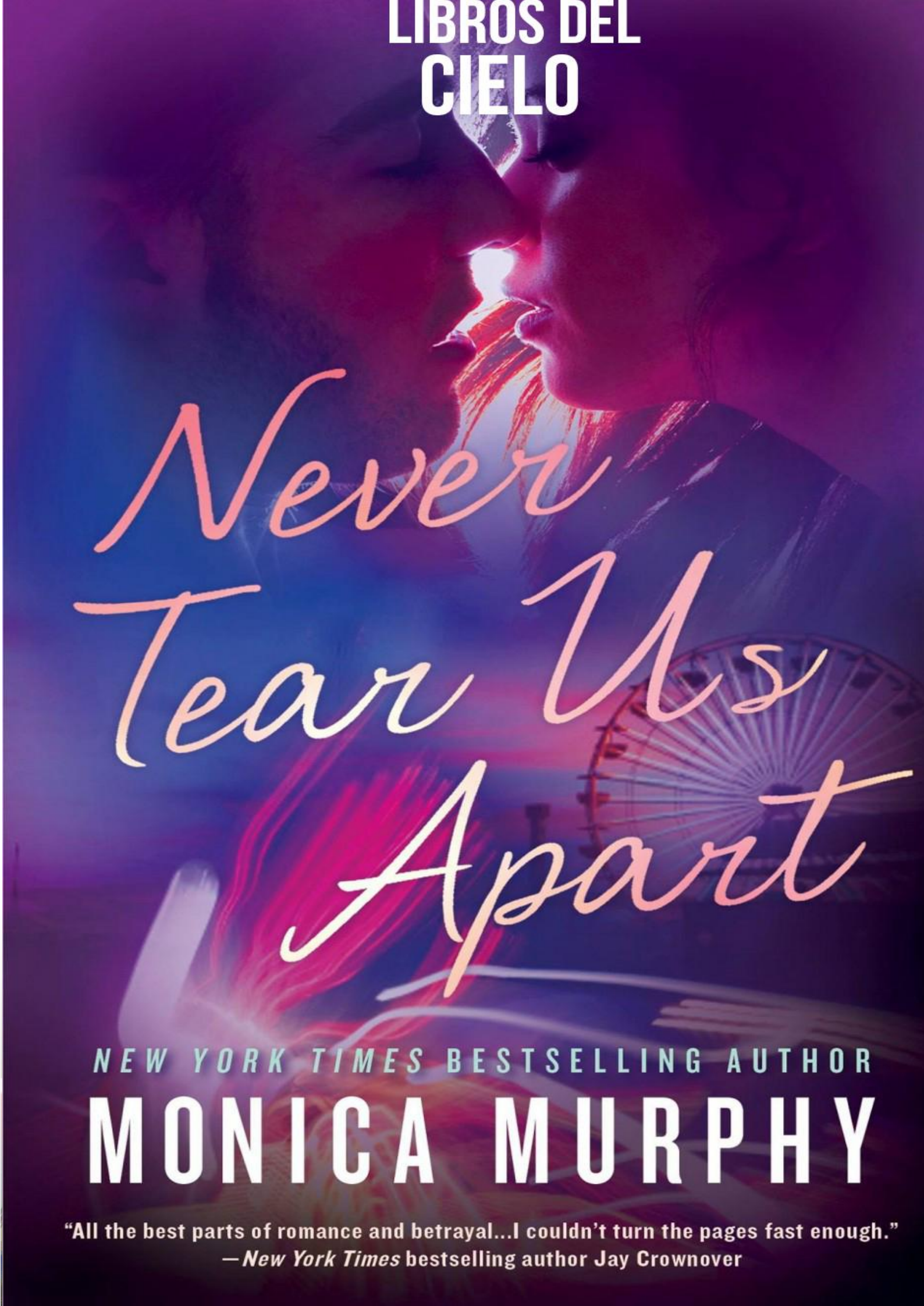
LIBROS DEL CIELO



Never Tear Us Apart

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

MONICA MURPHY

"All the best parts of romance and betrayal...I couldn't turn the pages fast enough."
—*New York Times* bestselling author Jay Crownover

LIBROS DEL CIELO

Esta traducción fue hecha sin fines de lucro.

Es una traducción de fans para fans.

Si el libro llega a tu país, apoya al autor comprándolo. También

Puedes apoyar al autor con una reseña o siguiéndolo en las redes sociales y

Ayudándolo a promocionar su libro.

¡Disfruta la lectura!





LIBROS DEL CIELO

NOTA

Los autores (as) y editoriales también están en Wattpad.

Las editoriales y ciertas autoras tienen demandados a usuarios que suben sus libros, ya que Wattpad es una página para subir tus propias historias. Al subir libros de un autor, se toma como plagio.

Ciertas autoras han descubierto que traducimos sus libros porque están subidos a Wattpad, pidiendo en sus páginas de Facebook y grupos de fans las direcciones de los blogs de descarga, grupos y foros.

¡No subas nuestras traducciones a Wattpad! Es un gran problema que enfrentan y luchan todos los foros de traducciones. Más libros saldrán si se deja de invertir tiempo en este problema.

También, por favor, NO subas CAPTURAS de los PDFs a las redes sociales y etiquetes a las autoras, no vayas a sus páginas a pedir la traducción de un libro cuando ninguna editorial lo ha hecho, no vayas a sus grupos y comentes que leíste sus libros ni subas las capturas de las portadas de la traducción, porque estas tienen el logo del foro.

No continúes con ello, de lo contrario: ¡Te quedarás sin Wattpad, sin foros de traducción y sin sitios de descargas!





LIBROS DEL CIELO

STAFF

MODERADORA

Sofía Belikov

TRADUCTORAS

Miry GPE
Hansel
Val_17
MaJo Villa
Daniela Agrafojo
Victoria.
Sofía Belikov
Maggie S.
Beatrix
Maii
Alessandra Wilde
Kath1517
Nickie
Verito
Monse C.
Arantza
evanescita
Mire
Mary Warner
Vane hearts
Pau Cooper
Janira
yure8
Jeyly Carstairs
Johanamancilla
Snow Q
Michelle♡
Julie

CORRECTORAS

Dannygonzal
Sofia Belikov
Laurita PI
GypsyPochi
Melizza
Melwin R
Daliam
Melina
Miry GPE
Itxi
Daniela Agrafojo
Anny R'
Anna Karol
mawi
Moreline
Lynbe
Grace Hope
J A N I

LECTURA FINAL

AnnyR' & Anna Karol

DISEÑO

Genevieve



LIBROS DEL CIELO

ÍNDICE

Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Nota de la Autora
Never Let You Go
Sobre el Autor







LIBROS DEL CIELO

SINOPSIS

Hace mucho tiempo, cuando tenía quince y era una persona completamente distinta, salvé la vida de una chica. Sólo pasé unas cuantas horas con ella, pero de alguna manera, tuvimos una conexión, y desde entonces, no he sido el mismo. Nadie entiende lo que pasamos. Nadie sabe lo que es ser nosotros. Sobrevivimos, pero aun así, no siento que esté viviendo realmente… hasta ahora.

Ocho años más tarde, la encuentro.

Quiero hacerla mía.

Necesito hacerla mía.

Pero me odiará para siempre cuando descubra quién soy en realidad.

Never #1





Con sus plumas te cubrirá. Y debajo de sus alas estarás seguro;

Escudo y adarga es su verdad.

-Salmo 91;4





1

Ahora

Traducido por Miry GPE

Corregido por Dannygonzal

Katherine

Las luces son brillantes y calientes, siento pequeñas gotas de sudor formarse a lo largo de la línea de mi cabello. Sin embargo, no toco mi rostro. Podría arruinar el maquillaje que alguien acaba de pasar los últimos treinta minutos aplicando cuidadosamente, por lo que agacho la cabeza y me retuerzo las manos en su lugar, observando lo húmedas que se hallan mis palmas, aunque los dedos se sienten como hielo. Una contradicción apropiada, considerando cómo me siento.

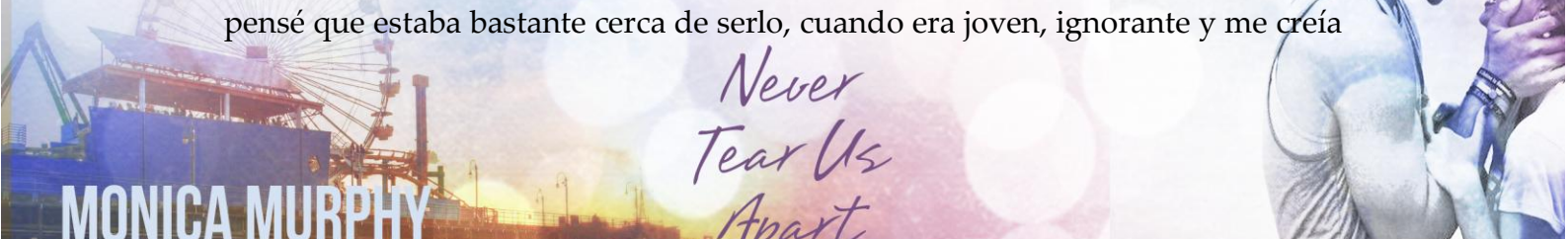
Nerviosa. Emocionada. Aterrorizada. No tengo ningún sentido. Lo que hago no tiene sentido, especialmente para mi familia.

Estoy a punto de estar ante cámaras. Lista para contar mi historia.

Finalmente.

La reportera es alguien que he visto en la televisión desde que puedo recordar. Es famosa. Todo el mundo conoce su nombre. Es bonita en ese tipo de conductora de noticias. Cabello rubio oscuro perfectamente peinado, brillantes ojos azules muy maquillados. Líneas color rosa durazno definen sus mejillas y sus labios son de un sutil color rojo. Es eficiente y sabe exactamente lo que quiere. Puedo decirlo por la forma en que da órdenes en la habitación, por la rapidez con la que la red de empleados cumple sus órdenes. Es fuerte. Confiada. Perfecta.

Recordándome que definitivamente yo no lo soy. Todos mis defectos se burlan de mí, me recuerdan que no soy perfecta. En algún punto de mi vida pensé que estaba bastante cerca de serlo, cuando era joven, ignorante y me creía



intocable. Pero la perfección es difícil de obtener. Y una vez que la pierdes de vista, es imposible de recuperar.

Imposible.

—¿Estás lista, Katherine? —La voz de la reportera es suave y uniforme, levanto la vista, encontrando su mirada simpática. La humillación me inunda y me siento más derecha, colocando una expresión en blanco en mi rostro. No necesito su compasión. Después de sentir el vacío interior durante tanto tiempo, incapaz de desenterrar incluso un gramo de valor, incapaz de enfrentar… *nada* de esto, finalmente me siento lo suficientemente fuerte y no puedo olvidarlo.

Sólo me tomó ocho años y la muerte de mi padre para hacer que esto suceda, pero lo estoy haciendo.

—Estoy lista —le digo con un gesto firme. Escucho a mamá a un lado, murmurándole algo a Brenna, y me niego a mirarlas, demasiado temerosa de que mi fuerza se evapore. Ellas vinieron conmigo, les dije que necesitaba su apoyo, pero ahora me pregunto si fue un error. No quiero escuchar los sollozos de mamá mientras trato de hablar. No quiero verlas observándome, mientras derramo todos mis dolorosos y horribles secretos, con expresiones aterrorizadas y lágrimas en los ojos.

Todos han derramado suficientes lágrimas por esta tragedia que es mi vida. Debería celebrar que estoy viva, no escondida en las sombras. No se me ha permitido hablar durante tanto tiempo y me siento casi… liberada. Sí, a pesar de las terribles cosas que estoy a punto de revelar, me siento aliviada. Libre. Desde el momento en que llegué a casa, papá exigió nuestro silencio. Particularmente el mío. Se sentía demasiado incómodo, demasiado avergonzado de haberle fallado a su hija.

Lo escuché decir eso una vez, cuando él y mamá se metieron en una gran pelea poco después de que volviera a casa. Pensaron que me hallaba durmiendo a salvo en mi dormitorio, pero sus gritos me despertaron, no es que durmiera mucho en ese entonces. Aún tengo momentos difíciles. Pero lo recuerdo como si hubiera sido ayer, quedó grabado tan profundamente en mi cerebro. La desesperación en la voz de papá, eso es lo que me sacó de la cama primero. Eso y que mi nombre fuera mencionado una y otra vez, sus voces en aumento.

Salí de la cama y caminé por el pasillo, mi corazón acelerado. Presioné mi cuerpo contra la pared del pasillo y escuché, incapaz de dar la vuelta y alejarme cuando comprendí que no sólo hablaban sobre mí, *peleaban* sobre mí.

—*No puedes mantenerla bajo llave* —dijo mamá—. *Sé que siempre fui la sobreprotectora, pero creo… no, sé que lo estás llevando demasiado lejos.*



—Le fallé, Liz. Le fallé a nuestra niña y no hay nada que pueda hacer para cambiar eso.

Pero él podría haberlo cambiado, si sólo me hubiera aceptado. Abrazándome como abrazaba a mi hermana mayor, Brenna, sin pensar y con mucho afecto. Si hubiera dejado de verme con tanta vergüenza y humillación llenando sus ojos, como si fuera algún tipo de error que regresaba a casa con ellos, manchada y desagradable. Pasé de ser la niña de papá a la hija que papá no quería tocar, todo en cuestión de días.

Me dolía en ese tiempo. Me sigue doliendo. Y él murió hace seis meses.

—Podemos detener la grabación en cualquier momento si necesitas un momento para reponerte mientras nos cuentas tu historia —me reafirma la reportera en su voz suave y profesionalmente reconfortante, le sonrío y asiento, pensando que eso no será necesario.

Necesito contarlo, y no quiero parar, o volver en otro momento. Necesito purgarlo de mi alma de una vez por todas.

Más que nada, tengo que dejar las cosas claras.

Ha habido un sinfín de informes sobre lo que me sucedió. Innumerables documentales de una hora dedicados a mi caso. Dos películas hechas para televisión y alrededor de una billonésima de programas de crímenes reales. Mi rostro estuvo en la portada de la revista *People* cuando me encontraron por primera vez hace ocho años. Vistiendo una camiseta gris y pantalones a juego que una mujer policía me dio y que eran dos tallas más grandes, mis ojos llenos de lágrimas mirando hacia la cámara mientras me escoltaban fuera de la estación de policía. Me llevaban al hospital para poder ser examinada.

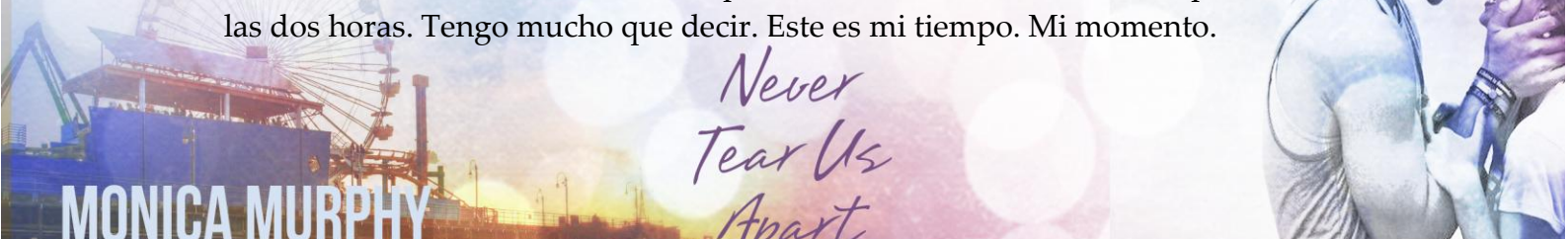
Un escalofrío me recorre la columna ante el horrible recuerdo.

Conservé esa revista, escondida en una caja. La guardé. Mi supuesta demanda de fama. El por qué, no lo sé. No es como si documentara un recuerdo agradable.

Pero es mía. Mi vida. No puedo cambiarlo, no importa cuánto quieran que lo hagan todos los que me aman.

La revista *People* quiere hablar conmigo ahora, especialmente desde que se enteraron de esta entrevista. Quieren volver a poner mi rostro en la portada, pero no he dicho que sí. No creo que vaya a hacerlo. Los editores quieren que escriba un libro sobre mi experiencia, pero no creo que lo haga. Esta vez, contaré mi historia de principio a fin. La entrevista programada saldrá al aire durante una hora, pero ya me fue asegurado de que si tengo más que decir, la cadena me dará dos.

Debe ser una semana lenta, pero no discuto con ellos. Creo que tomaré las dos horas. Tengo mucho que decir. Este es mi tiempo. Mi momento.



Y luego nunca hablaré de Aaron William Monroe en público de nuevo.





2

Antes

Traducido por Hansel

Corregido por Sofía Belikov

Katie

El sol apareció entre la niebla tenue justo para el momento en que dejamos el hotel. Sus rayos intensos acariciaban mis brazos, y abrigaban mi cabello y rostro mientras nos dirigíamos al oeste por la acera, y lamenté llevar la brillante sudadera roja que mamá me compró ayer por la noche en una tienda de regalos. Le había rogado por ella, suplicando con los ojos abiertos de par en par y las manos juntas en una plegaria fingida. Ella había aceptado de mala gana, quejándose acerca del precio todo el tiempo.

A pesar de mi amor por la sudadera exageradamente roja, era voluminosa y se vería muy estúpida si trataba de atarla a mi cintura.

Me encontraba atascada con ella.

El cielo era de un azul tan increíble que parecía casi irreal, como salido de un cuadro. El viento se sentía fresco, trayendo consigo el aroma del océano. La humedad se propagaba por el aire, tanto por el Pacífico como por la niebla, y podía sentirla en mi cara, tomando ventaja frente al calor del sol. Pura, la alegría parecía arrastrarse sobre mí y no podía recordar un momento en que me hubiera sentido tan emocionada.

Nunca más volvería a sentir la misma emoción inocente.

Cuando finalmente llegamos, la pasarela se hallaba más concurrida de lo que jamás la había visto, y los paseos acababan de abrir. Me puse inmediatamente en marcha, pidiéndoles a mamá y papá que nos dejaran ir por nuestra cuenta.





—¡Brenna sale con sus amigos todo el tiempo! —El zumbido en mi voz era inconfundible. Había estado declarando mi caso, afirmando que era lo suficientemente grande y que podría manejarlo, pero sonaba como un bebé.

—Eso es porque yo tengo quince, y no soy una llorona como tú —dijo Brenna con condescendencia, mirando a su mejor amiga, Emily, antes de que ambas se alejaran. A veces, odiaba a Brenna. Y la verdad era que no me agradaba mucho Emily. Siempre me molestaba. Haciéndome sentir tonta.

Mi mejor amiga, Sarah, se las quedó viendo con enojo junto a mí. En serio no necesitábamos que sus comentarios nos arruinaran algo que tanto ansiábamos.

Pasar todo el día en el parque de atracciones por nuestra cuenta, sin la compañía de mamá y papá. Sarah y yo cumpliríamos trece el próximo mes, nuestros cumpleaños a sólo seis días de diferencia, y estábamos dispuestas a probar un poco de independencia.

—Sarah tiene su teléfono —continué, mirando a papá, y suplicándole con la mirada. Pude ver cómo la suya vacilaba, y necesitaba aferrarme a eso rápidamente—. Vamos a llamar cada hora, lo juro.

—No lo sé…

Echándole un vistazo rápido a mamá, pude ver que en realidad no le gustaba demasiado la idea. Sin embargo, no era ella a quien tenía que convencer.

A papá sí.

—*Por favor.* Podemos encontrarnos cada dos horas si quieres. Juntarnos para el almuerzo. Sólo son las diez. Podemos juntarnos al mediodía, justo ahí. —Señalé el patio de comida—. Por favor, por favor, *por favor.*

—Vamos a portarnos bien —dijo Sarah con solemnidad, su expresión seria. Tan seria que casi quería reír.

Pero lo afirmé todo. No había manera de que arruinara esto, no cuando estábamos tan cerca.

—No hablen con extraños —dijo papá, señalándonos. Me di cuenta de que se encontraba cerca de aceptar. Era un blandengue—. Y no salgan de esta pasarela, ni siquiera para ir a la playa.

Mi corazón amenazaba con estallar de emoción. Sabía que casi lo teníamos.

—Jim, ¿en serio? —La voz de mamá se oía llena de incredulidad, pero la ignoré. Algo que aprendí a hacer bastante bien los últimos meses. No habíamos estado llevándonos bien. Siempre trataba de decirme qué hacer. Me encontraba harta de eso. Desesperada por independencia, con ganas de forjar mi propio







camino, no seguirla. ¿Qué sabía ella de mi vida? Las cosas habían cambiado mucho desde que era una niña: ella no tenía ni idea.

—Ah, vamos, Liz. Estará bien —le aseguró papá antes de voltear su sonrisa soleada hacia mí—. Tendremos que dejarla ir en algún momento, ¿verdad?

Mamá suspiró, y oí el cansancio en su voz. Por alguna razón, lucía estresada últimamente. Nos encontrábamos de vacaciones: ¿por qué no podía simplemente relajarse? —Llámame a las diez y media, y hazme saber dónde están.

¿Diez y media? Eso era en menos de treinta minutos. Hablando de controlar. —Bien —concedí, actuando toda seria, pero en secreto quería saltar de arriba a abajo. Por la forma en que Sarah cambiaba de un pie a otro a mi lado, me di cuenta de que sentía lo mismo.

Estábamos tan increíblemente en sincronía, que Sarah y yo nos echamos a correr antes de que pudieran cambiar de opinión.

—¡No hablen con extraños! —gritó papá detrás de nosotras, haciéndonos reír.

—A menos que sean lindos —murmuró Sarah, luego se rió aún más.

No dije nada. Mi mejor amiga se volvió loca por los chicos justo al final de la escuela y su fiebre por los novios no había disminuido. Ella quería uno. Ahora.

¿A mí? No me importaba. Ninguno de los chicos en la escuela me interesaba. Los conocía a casi todos desde el jardín de infantes, algunos incluso más tiempo porque fui a la guardería con ellos. La mayoría me parecía irritante. ¿La idea de besar a uno?

Qué asco.

—Por favor, no coquetees con chicos todo el día —dije, porque… no quería tratar con eso. Hoy no. Este era *nuestro* día. Nuestra oportunidad de estar solas. De comer lo que quisiéramos. *Hacer* lo que quisiéramos. Teníamos las pulseras de neón verde que nos permitían entrar en cada atracción durante todo el día y todas las veces que pudiéramos soportarlo y estábamos listas.

No quería perder mi tiempo coqueteando con chicos de secundaria que se reirían si sabían que sólo teníamos doce. Me veía de doce, pero Sarah no.

Parecía mayor.

—No seas tan aburrida. —Sarah había sido inteligente. No llevaba sudadera, solamente una camiseta que comenzaba a sacarse, revelando un bikini rosa brillante. Tenía pechos, mientras que yo todavía era bastante plana, pero no me sentía celosa. No realmente.



—No lo soy. Es sólo que… hoy no estoy interesada en chicos. Quiero divertirme. —Le sonreí y ella me devolvió la sonrisa.

—Definitivamente vamos a divertirnos. Y los chicos *son* muy divertidos. Simplemente no te has dado cuenta de eso todavía. —Dobló la camiseta y la metió en el bolso que llevaba con ella—. Ahora, vamos a la rueda de la fortuna.

Fruncí el ceño. Qué vergonzoso. —¿En serio?

—Vamos a empezar con cosas pequeñas. —Su sonrisa diabólica creció—. Y a guardar lo mejor para más tarde. —Apuntó la montaña rusa gigante que se avecinaba por delante de nosotras. En ese momento, un tren de vagones salió volando con todos los pasajeros gritando, la mayoría de ellos con los brazos en el aire y el cabello volando tras ellos.

Mi corazón se aceleró por simplemente observarlos. No podía esperar.



3

Ahora

Traducido por Val_17

Corregido por Laurita PI

Katherine

—Y entonces, ¿qué pasó?

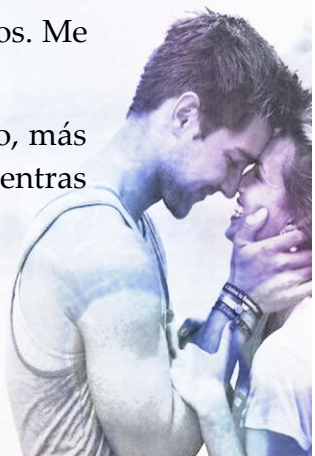
La voz de la reportera me saca de mis pensamientos. Me perdí en ellos, después de no haber visitado esos recuerdos concretos en mucho tiempo. Todo el mundo siempre se enfoca en las cosas malas, incluida yo. Qué me hizo él. Cuánto tiempo me mantuvo. Dónde me mantuvo. Cómo me encadenó como un perro, me vendó los ojos, y no podía ver nada y me encontraba tan increíblemente asustada que me hice pipí encima cuando me quitó la venda esa primera vez. Sabía por la mirada determinada en su rostro lo que iba a hacerme.

Pero *en realidad* no lo sabía porque mi educación sexual no iba mucho más allá de unos pocos libros de temática adulta que leí con escenas de sexo muy insulso y esas películas horribles que muestran en la escuela sobre conseguir tu periodo, las hormonas y esas cosas.

—Me divertí mucho esa mañana —digo, mi lengua se siente gruesa en mi boca porque *sí me* divertí esa mañana y hay un atisbo agridulce en esos recuerdos. Sarah y yo riéndonos y haciendo el ridículo, lo que debería hacerme sonreír. Pero es tan doloroso recordar los buenos momentos de ese día. Están completamente eclipsados por la parte mala—. Nos encontramos con mis padres para el almuerzo en el patio de comidas, justo como lo prometimos. Me comí un perrito de maíz.

Los detalles siguen allí, un poco borrosos, pero mientras más hablo, más claro se vuelven. Recuerdo las gaviotas que aterrizaban en las mesas mientras





comíamos. Cómo se me cayó al suelo el último pedazo de mi perro de maíz y un pájaro gris se abalanzó para robarlo antes de que pudiera recogerlo.

No es como si hubiese vuelto a comerlo, pero aun así.

La reportera sonríe, tratando de hacer que me sienta cómoda, estoy segura. —Fue un buen día con tu familia y tu mejor amiga.

—Sí. —Asiento, pensando en Sarah. Cómo nos fuimos distanciando después de todo lo que pasó. Cómo a ella no le gustaba estar cerca de mí porque la hacía sentir incómoda. Me lo dijo una vez, ambas lloramos, sin entender por qué no podíamos volver al mismo lugar que antes, cuando éramos mejores amigas. Soltó las palabras rápidamente, apretando los labios cuando fueron dichas. Parecía que quería retirarlas.

Pero no pudo. Era demasiado tarde. Se sentía culpable, dijo ella. No me protegió, y pensé que sonaba como un montón de mierda, pero no discutí.

En la secundaria fuimos extrañas. Ni siquiera me miraba cuando pasábamos junto a la otra en el pasillo para ir a clases, y oí rumores de que ella dijo cosas malas sobre mí. No sé si alguno fue verdad.

Después de que me fui, nunca la vi de nuevo.

—¿Todavía hablas con Sarah? —pregunta la periodista, como si pudiera entrar en mi cerebro y saber exactamente lo que pienso. Escuché que es increíblemente intuitiva y que debería estar en guardia. Sabe exactamente cómo obtener información de la gente incluso antes de saber lo que están ofreciendo.

—No. —Niego con la cabeza, odiando cómo la palabra sale temblorosa. La pérdida de su amistad fue la segunda cosa más dura, detrás de la pérdida del afecto de mi padre. Con mamá nos hicimos más cercanas. Increíblemente, Brenna se convirtió en mi mejor amiga y mi confidente más cercana. Todavía lo es.

Pero eso es porque no tengo amigos. No dejo que nadie nuevo me conozca. Y mis viejos amigos me abandonaron. O yo los abandoné.

No estoy segura de lo que ocurrió primero.

—Tal vez se sentía demasiado culpable, después de lo sucedido. ¿Crees que ella se sentía responsable de tu desaparición?

—No. No lo sé. —Las palabras se precipitan fuera de mi boca y sueno a la defensiva. Joven. Juré que me mantendría calmada y firme y la reportera, su nombre es Lisa, prometió que no me haría preguntas incómodas. Esperaría a que ofreciera información voluntariamente.

Pero apuesto a que pensó que tendría que lidiar con el asunto incómodo con Aaron William Monroe. No con la pérdida de mi mejor amiga.







Lisa está mirándome en este momento, tratando de desmenuzar mi cerebro, y pongo mi rostro en blanco, presionando mis labios para que no escapen palabras no deseadas. He creado todo tipo de mecanismos de defensa en los últimos años y este es uno de ellos.

—Dime lo que pasó después del almuerzo —dice Lisa.

Respiro hondo y contengo la respiración, preguntándome qué debería decir en primer lugar.

Aquí es donde la historia se pone difícil.





4

Ahora

Traducido por MaJo Villa

Corregidor por Sofía Belikov

Ethan

Escucho a otra persona decir su nombre por primera vez en años y me detengo en seco.

Girándome, echo un vistazo a la televisión que cuelga en la pared de mi estrecha sala de estar, entrecerrando los ojos hacia la pantalla. No tengo las gafas, por lo que las busco de prisa, encontrándolas en el mostrador a meros centímetros desde donde me encuentro en la cocina y me las pongo.

Todo se enfoca y mi boca se abre.

—*Esta semana en* Noticias Recientes con Lisa Swanson, *Katherine Watts, sobreviviente de un secuestro, habla por primera vez en ocho años acerca de su terrible experiencia.*

Me quedo mirando, completamente congelado, mientras la imagen de Katherine llena la pantalla del televisor. Su cabello luce un poco más oscuro, pero todavía es del mismo rubio como la miel dorada. Luce mayor, lo cual tiene sentido porque, mierda, han pasado ocho años, justo como el locutor dice, y todos hemos cambiado mucho en los últimos ocho años.

Mucho.

—Me divertí mucho esa mañana —dice, su voz suave y dulce llenando la habitación y mi cabeza, haciéndola girar. Suena igual, pero a la vez diferente. Mayor.



Se divirtió esa mañana. Estoy seguro de que lo hizo. El paseo marítimo es un lugar divertido cuando tienes doce. A mí también me encantaba. Todavía lo hace.

Pero no tengo malos recuerdos que empañen el lugar como ella.

—Al principio, él fue muy agradable —continúa, su voz disminuyendo a medida que deja caer su cabeza y hunde los dientes en su labio inferior. Reconozco esa mirada. Supongo que no ha cambiado mucho en ocho años, o al menos, no su forma de mostrarse.

Se está sintiendo insegura. Vacilante.

La electricidad zumba a través de mis venas mientras la observo, la escucho, saboreando el sonido de su voz familiar pero diferente. Suena tan compuesta, tan articulada, sus palabras medidas, el tono fuerte. También luce bien. Bonita con el cabello largo y rubio, los ojos azules grandes, la boca…

Cierro los ojos por un momento breve y trago saliva con fuerza. Los recuerdos me inundan, uno tras otro, ardiendo en mi interior como un reguero de pólvora, y me aferro al borde de la encimera. Los recuerdos no son deseados. Los había desterrado de mi mente, había combatido esos demonios hace mucho tiempo y les había ganado. Representan una parte antigua de mi vida, una que me esfuerzo por olvidar que siquiera sucedió.

Sin embargo, justo así, al verla, *al oírla*, me convierto en mi antiguo yo de nuevo, tan abiertamente roto que hace que mi corazón duela.

—¿Aparentemente inofensivo? —le pregunta Lisa en ese tono de sensatez suyo que hace que el cabello de mi nuca se ponga de punta. He escuchado esa voz dirigida hacia mí más de una vez. Cuando era un niño y me mataba del miedo y no sabía qué decir.

Odio a Lisa Swanson.

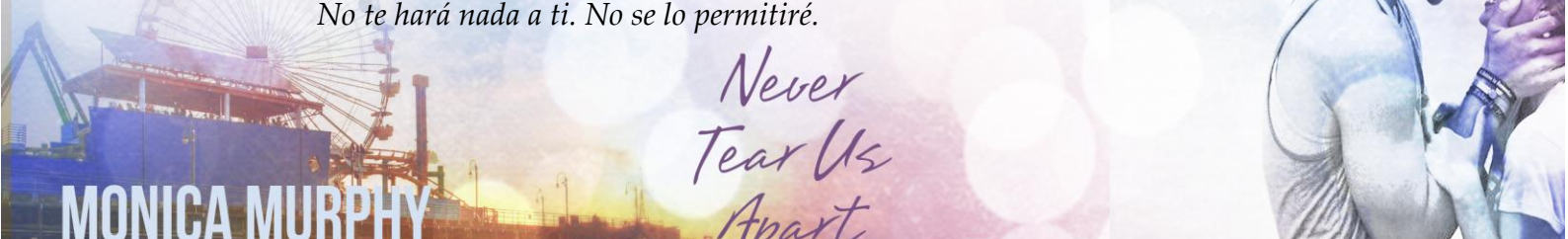
Una nueva imagen aparece en la pantalla. Katherine en el momento en que fue encontrada, su mirada llena de lágrimas dirigida directamente hacia la cámara, la angustia escrita por todo su rostro juvenil. Lleva unos pantalones de gimnasia holgados y su cabello se encuentra en una cola de caballo descuidada. Un policía y una mujer uniformada se hallan de pie a sus costados, acompañándola hacia el hospital.

Katie. Cuando la veo de esa manera, todo regresa de nuevo a mí, recuerdo tras recuerdo, palabra tras palabra, promesa tras promesa. Mis piernas se sienten débiles y me aferro con más fuerza al borde de la encimera.

No puedes tener miedo, Katie. Tienes que ser valiente. Tienes que venir conmigo.

¿Qué si nos encuentra? ¿Qué hará?

No te hará nada a ti. No se lo permitiré.



¿Lo prometes?

Lo prometo.

—¿Alguna vez ha intentado contactarte?

Lisa está de regreso en la pantalla, sus ojos entrecerrados, la cabeza inclinada como si estuviera concentrándose con toda su fuerza. Como si le importara.

Resoplando ruidosamente, sacudo la cabeza. A ella sí le importa. Le importan sus índices de audiencia, su dinero y la próxima gran entrevista que pueda enganchar.

No puedo creer que Katherine le hable.

Katie.

Mi Katie.

Ha pasado tanto tiempo desde que me referí a ella de esa forma, que suena extraño. Pero era mía. Por poco tiempo, la cuidé, fui el encargado de su seguridad. Me llamaba su ángel de la guarda y aunque yo lo negara, en el fondo, se sentía bien que me llamara así. Que pensara en mí de una forma buena. De una manera positiva.

Sin dudarlo hice lo que era correcto. Tenía que hacerlo. No podía dejar que se la quedara. Él hubiera…

Ni siquiera puedo imaginar lo que le habría hecho.

No solamente era su ángel de la guarda, ella me llamaba su héroe. Me lo dijo justo antes de que llegáramos a la estación de policía. Puedo oír su voz, clara como el día, zumbando en mi cabeza.

Me salvaste de él. Eres mi héroe. Como un ángel del cielo.

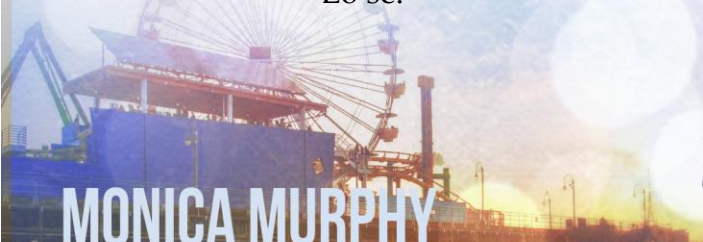
Yo no creía en Dios ni en los ángeles, pero en ese momento, quise hacerlo. Con todas mis fuerzas.

—¿Contactarme? No —dice Katherine con vehemencia, moviendo la cabeza—. Nunca.

—¿En serio? —Lisa arquea una ceja. Sin embargo, otra imagen aparece en la pantalla, una foto de una carta. Reconozco esa letra, y mis dedos se curvan con tanta fuerza alrededor del borde del mostrador que siento como si pudiera destrozarlo con las manos.

La siguiente toma es de Katherine, sus labios separados, sus ojos mucho más abiertos. Cualquier jodida cosa que Lisa le acababa de mostrar no podía ser buena.

Lo sé.







Y luego el rostro de él está allí. Una foto en blanco y negro, su mandíbula sobresaliendo tercamente, la boca dibujada en una línea delgada, los ojos en blanco y negro. Su expresión es fría, su cabeza rasurada por completo, y juro que hay un tatuaje gigante en el costado de su cuello. Por supuesto.

Después de todo, está en la cárcel. Ha tenido que adaptarse al estilo de vida de prisionero tanto como le es posible o le lincharían el pene. Pederasta. Violador. Asesino.

Mi padre.





5

Antes

Traducido por Daniela Agrafojo

Corregido por Itxi

Will

—Entra allí.

Me quedé quieto ante el sonido de su voz rugiendo desde su habitación, el borde amenazante en ella. Estaba borracho. De nuevo. Últimamente, siempre se emborrachaba y me ignoraba la mayor parte del tiempo, pero no esta noche.

Mierda.

Arrastré los pies dentro de su dormitorio, mi nariz arrugándose con asco ante el olor que me golpeó. No podía describirlo, no totalmente. Rancio. Viciado. Sudor. Borrachera. Sexo.

—¿Dónde estuviste? —preguntó cuándo me detuve frente a su cama. Yacía sobre ella con su sucio bóxer blanco y nada más, su piel pálida, el pelo en su pecho escueto contra la blancura de su carne. No se había afeitado y su cabello era salvaje, elevándose alrededor de su cabeza.

Se veía como un jodido loco.

—En la escuela —dije, mirando a cualquier otro lugar excepto a él. Era difícil de mirar, esta cáscara de hombre que solía ser algo grande, algo importante. Al menos, eso era lo que me decía.

Nunca lo vi de esa manera, pero, ¿qué sé yo? Sólo tenía quince años. Ignorante y estúpido. De nuevo, cosas que él me decía.

—Maldito mentiroso —escupió—. Dime la verdad.



—Ahí es donde estuve —insistí—. En la escuela. Tenía práctica de fútbol. —Me enfocaba en los deportes y la escuela, así no tendría que volver a casa. Así no tendría que lidiar con él. La mayoría del tiempo podía dar una mierda por dónde estaba o qué hacía. No podía entender por qué actuaba de esta forma.

Un presentimiento trepó sobre mí, enfriando mi piel.

Quería algo de mí. No sabía qué.

—¿En verano? "Práctica de futbol" —imitó, su voz con ese gemido alto que lo hacía sonar como si estuviera imitando a una chica. O a mí con una voz de chica. *Idiota*—. ¿Piensas que eres un gran estudiante, jugando futbol, baloncesto o cualquier otro jodido deporte por ahí? ¿Intentando conseguir a todas las chicas con ese sucio hocico tuyo?

Mantuve la boca cerrada, sin decir nada. ¿Qué demonios sabía él? Si decía la cosa equivocada, me golpearía. Podría verse como un perezoso desparramado en su cama, pero el hombre podría moverse rápido cuando tenía que hacerlo.

Debería saberlo. Fui golpeado de la nada antes.

—Tengo una nueva novia —dijo, cambiando por completo de tema—. Quiero que la conozcas.

Mi mirada finalmente encontró la suya y no me gustó lo que vi. Diversión quemaba en sus ojos oscuros como el diablo y sus labios se encontraban curvados en una sonrisa de mierda. —¿Cuándo? —pregunté cautelosamente.

—Ahora —anunció, y en ese momento exacto, la puerta que conectaba al dormitorio se abrió, y una mujer usando nada más que bragas y sostén negro salió, deteniéndose justo delante de mí con las manos en sus caderas.

La miré fijamente, notando las débiles líneas alrededor de su delgada boca, la dureza en su mirada, igual a la de mi papá. Su cabello era de un rubio anaranjado y se veía frito en los extremos. Su piel era pálida y cenicienta.

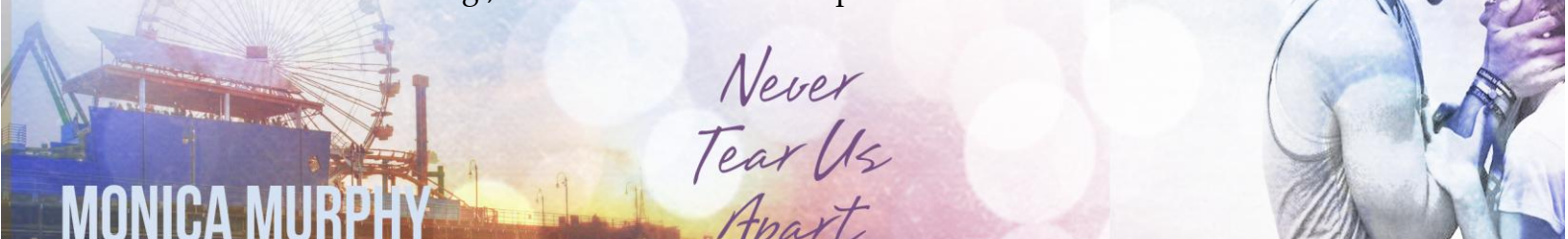
Parecía muerta.

—Hola. —Su voz era áspera, como si ya hubiera fumado un millón de cigarrillos en su vida, y probablemente lo hizo. Podía oler los débiles rastros de humo en ella, un olor que reconocía ya que fumé unos pocos cigarrillos por día.

Mi único vicio.

»Soy Sammy. —Extendió su mano, sus uñas rosadas como dagas me apuntaban como un arma—. Tú debes ser Willy.

Miré a mi papá, odiando el maldito sobrenombre tanto que quería gritar. —Will —la corregí, sacudiendo su mano rápidamente antes de soltarla como si



estuviera cubierta de una enfermedad. Podría haberlo estado—. ¿Me puedo ir ahora? —le pregunté a papá.

—No. —Sonrió y palmeó el lugar junto a él en el colchón—. Ven aquí, Galletita.

Llamaba a todas sus novias Galletita. Me preguntaba si la estúpida Sammy se daba cuenta de eso. Por la pequeña risita que le dio y la ansiosa manera en que se subió a la cama, asumía que eso sería un no.

»¿Te gusta mi nueva Galletita, Willy? —preguntó, apretándola más cerca y haciéndola reír aún más—. ¿No es dulce?

No. La odiaba. Se veía como una vieja prostituta de la calle. Todas lo hacían. Probablemente era adicta a las metanfetaminas o al crack o a lo que fuera que les gustaba hacer, y él alimentaba su hábito. Le gustaban las metanfetaminas y el crack y toda la otra mierda, también. Algunas veces. Otras veces limpiaba su acto y se veía bien. Mi papá era un hombre de buena apariencia cuando tomaba una ducha, se peinaba el pelo, rasuraba su cara, y se vestía como un ser humano normal.

Pero este momento no era ninguna de esas veces. Se había deslizado y caído en su oscura fosa mental. Podía decirlo. Sabía qué era lo que quería que hiciera. Me hizo hacerlo antes, cuando era más joven y me sentía demasiado débil y asustado para protestar.

No más. Era más fuerte ahora. Jugar deporte, resultar golpeado en el campo, en la cancha, me hizo más rudo. Podía derribar su trasero si quería. Éramos de la misma altura. Esperaba sacarle algunos centímetros al idiota. ¿Entonces qué iba a hacer?

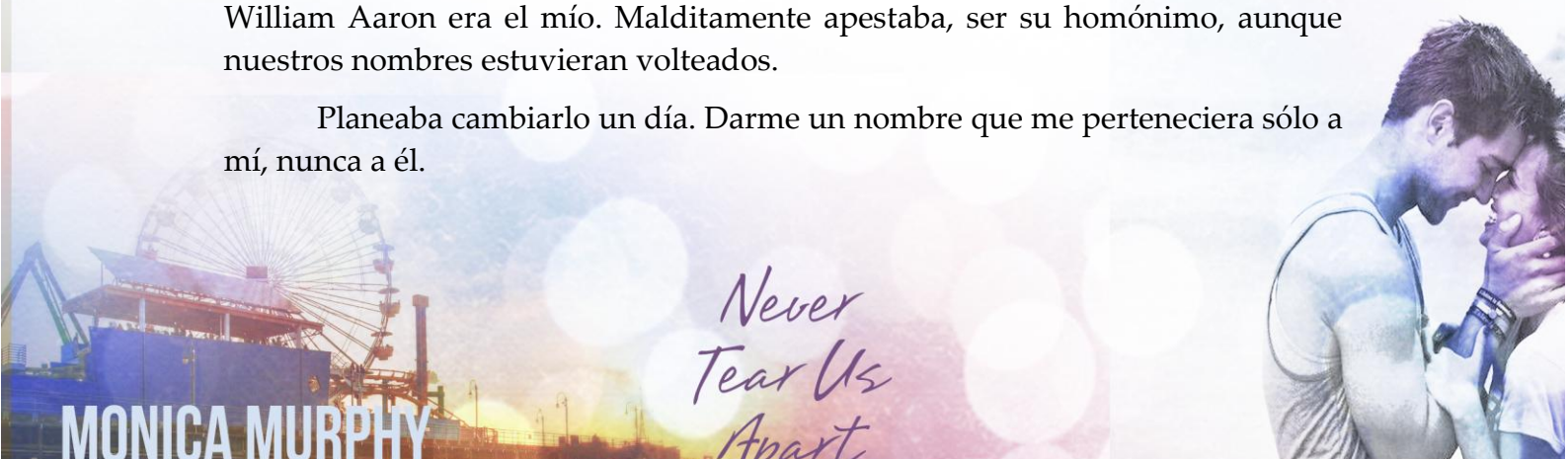
Quería que se asustara de mí como una vez estuve asustado de él.

»Siéntate en la silla por allá, Willy. —Ondeó la mano hacia la usada silla verde pálido que había en la esquina de su habitación. La silla supuestamente le perteneció una vez a mi madre.

La única evidencia que permanecía en nuestra casa que probaba que existió. No había ninguna foto de ella. Las rompió todas, las quemó. Las destruyó, destruyéndola a ella y a mis recuerdos por completo.

—No me llames así —dije a través de mis dientes apretados, odiando el sobrenombre. Odiando el nombre en general. Era *su* nombre. Aaron William. William Aaron era el mío. Malditamente apestaba, ser su homónimo, aunque nuestros nombres estuvieran volteados.

Planeaba cambiarlo un día. Darme un nombre que me perteneciera sólo a mí, nunca a él.



—Willy —llamó Sammy, inclinando su cabeza hacia atrás como si le aullara a la luna. Papá se rió y rodó sobre ella así estaba de espaldas, su mano sobre su seno, su boca en la de ella por un breve momento antes de elevarse y mirarme.

—Siéntate en la silla.

—Jódete —le dije.

—Siéntate. En. La. Silla —ordenó, su voz baja y amenazadora.

—Vamos, Willy. Sólo quiere que observes. Me dijo que te gustaba observar —dijo Sammy, riéndose cuando pellizcó su pezón para callarla. Pero no se callaba. Comenzó a cacarearse como una bruja y la apretó con fuerza, rodando encima de ella, su mano sobre su boca. Ella comenzó a gritar bajo su mano, el sonido amortiguado, y tomé mi oportunidad.

—Jódete —gruñí otra vez antes de volverme y huir, corriendo hacia mi cuarto a través del angosto pasillo y cerrando de golpe la puerta detrás de mí. Giré el seguro y me lancé sobre la delgada cama, mi corazón golpeando, el rugido en mis orejas haciendo que no escuchara nada más.

Miré la manilla de mi puerta por un largo tiempo, esperando que empezara a sacudirse, a que golpeara mi puerta y demandara que lo dejara entrar. Lo hizo antes. Incontables veces. Cuando era más pequeño me tomaba por el cuello y me llevaba de nuevo a la habitación, forzándome a sentarme en la silla.

Forzándome a observar.

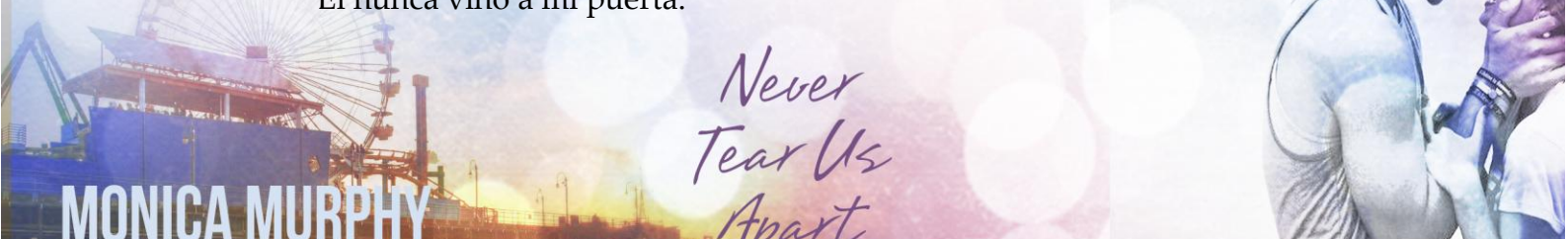
Todo dentro de mí quemó y agarré mi almohada, apretándola con fuerza. Lo odiaba. Odiaba a mi madre por dejarme con él. ¿Por qué no me llevó? Lágrimas picaron en las comisuras de mis ojos y parpadeé para alejarlas, rehusándome a llorar. Había llorado suficiente. Finalmente era tiempo de endurecerme. Era demasiado viejo para la mierda llorona.

Tres años más. Tenía tres años más de escuela y luego iba a graduarme y a correr. Si no podía entrar a la universidad, iría directo al ejército. La marina. Algo como eso. Cualquier cosa para escapar. No estaba asustado de nada allá afuera.

Me sentía demasiado malditamente asustado de lo que podría venir si me quedaba aquí.

Yací en mi cama apretando la almohada contra mí por un largo tiempo, mi cuerpo tenso, mis músculos tan rígidos que dolían cuando trataba de moverme. Finalmente cerré los ojos, dejando que el cansancio lentamente me llevara.

Él nunca vino a mi puerta.



Esa fue la última vez que me pidió que observara.





6

Ahora

Traducido por Victoria.

Corregido por GypsyPochi

Katherine

¿Vas a verlo?

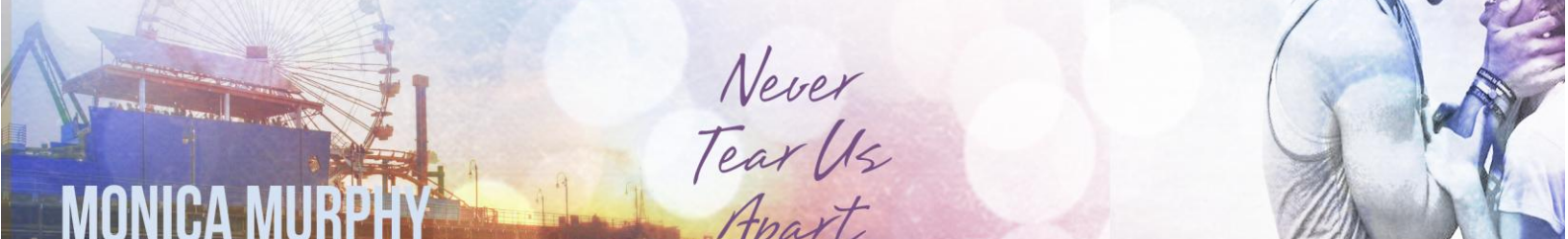
Fijo la mirada en el mensaje de texto de mi hermana, mis dedos moviéndose con duda sobre las teclas. ¿Cómo debo responder? Si trata de invitarse a sí misma otra vez, voy a tener que rechazarla. No quiero tenerla conmigo esta noche. No quiero a nadie conmigo.

¿Tú sí?

Envío el mensaje y espero su respuesta. Me estoy escondiendo, asustada de la reacción de los medios. Esta noche, después de que el programa salga al aire, mi vida tiene el potencial de cambiar completamente. Va a ser una repetición de lo que ocurrió antes, cuando nos presentamos a todo el mundo, cuando les dijimos que no queríamos hablar. Que nos negábamos a hablar.

En los años siguientes, ha habido tantas teorías acerca de lo que me pasó. Era una fugitiva. Lo pedí. Quería estar con él. Quería ser su esclava sexual. Me sentía desesperada por escapar de mis padres estrictos. Odiaba mi vida. Era una preadolescente malhumorada en busca de diversión. Era una jodida zorra que merecía todo lo que me ha pasado. Era una puta sucia a la que le gustaba chupar pollas.

Cada una de esas horribles mentiras se habían dicho de mí, esparcidas por toda la web. Hay videos en YouTube dedicados a mis supuestas mentiras. Vi uno una vez y luego inmediatamente vomité. Todavía puedo recordar lo que decía el video.



Tentadora. Zorra. Ella lo atrajo porque se vistió provocativamente. Lo folló porque quiso. Se mantuvo en silencio después de que fuera rescatada porque era culpable. Tenía secretos que ocultar. Era una drogadicta. Una puta. La perra y puta novia de su hijo, y se la compartieron entre ellos.

Debido a que sobreviví, por alguna razón, me han culpado. Lo pedí. Que un asesino en serie me secuestrara a plena luz del día y que me cautivara como si fuera su propio juguete personal.

Mi teléfono suena y reviso el mensaje de Brenna.

Realmente no quiero verlo. El día que tuve la entrevista escuché lo suficiente.

¿No era esa la verdad? Estoy a punto de responderle cuando otro texto me llega.

Mamá llamó y me preguntó si deberíamos estar todas juntas esta noche. Dije que iba a peguntarte primero.

Um, no. No quiero estar con mamá. Ella va a llorar y tratar de consolarme y no, gracias. Dije mi parte. Pero sí quiero verlo. Sola. Quiero ver cómo me retratan. Lisa juró y perjuró que sería algo positivo. Que no me haría quedar mal; porque yo era una víctima.

La corregí y le dije que no soy una víctima. Soy una sobreviviente. Gran diferencia.

Enorme.

Quiero verlo sola. Dile a mamá que gracias pero que necesito verlo por mí misma.

Envío el mensaje antes de que pueda cuestionar mi decisión y espero su respuesta.

Mis padres nunca se mudaron. Mamá todavía está en la casa donde crecí y Brenna no está demasiado lejos, viviendo en un apartamento con su novio, Mike. Es maestra de tercer grado en la misma escuela primaria a la que asistimos. Todavía me sorprende: mi impaciente y pesada hermana mayor le enseña a un montón de niños de ocho años todos los días, y le encanta.

Me mudé a propósito. Estoy una hora al sur de donde crecí, en un pueblo muy pequeño, no muy lejos de donde ocurrió el secuestro. Vivo en el punto medio y no sé por qué esto me tranquiliza, pero tampoco me gusta cuestionar mis motivos muy de cerca.

Teniendo en cuenta todo lo que ocurre, me estoy escondiendo en este momento. He tomado todas las medidas adicionales para no ser encontrada y me gusta que sea así. Lo prefiero. Con los comerciales de News in Current, en rotación constante, destacando ese momento cuando veo una carta que él me



envió, pero de la cual no sabía nada —gracias, mamá, por guardarme ese secreto en particular— y la mirada de pánico en mi cara justo antes de que ellos busquen su ficha policial, me siento contenta de haber tomado esas precauciones.

Ese es el momento que más odié durante la entrevista. Bueno, ese y otro, donde tenía que defender con vehemencia al chico que me salvó de un monstruo.

Que me salvó de su padre.

Suena mi teléfono celular, sorprendiéndome, y casi se cae de mis dedos. Echo un vistazo a la pantalla y veo que es mamá.

Excelente.

—Cariño, ¿estás segura de que quieres estar sola esta noche? —Suena preocupada. Puedo oírlo, prácticamente siento la emoción vibrando en su voz—. ¿Qué pasa si te pones terriblemente molesta? No creo que esto sea algo que debas experimentar por ti misma. Nosotras queremos estar contigo. —Y por nosotras, se refiere a Brenna y a ella.

—Aprecio tu preocupación, mamá, pero no quiero quedarme con nadie. —Sueno firme. De madera. Como solía hablar con papá.

—¿Qué tal si Brenna y yo vamos allá? —sugiere.

—Por favor, mamá. —Suspiro y cierro los ojos, en busca de paciencia. No quiero enojarme. Ella tiene buenas intenciones—. Prefiero hacer esto sola. Juro que si me siento triste o si me asusto, o lo que sea, te llamaré.

—Está bien. —Resopla un largo suspiro, cansada—. Bueno. Sólo… quiero estar allí para ti.

—Siempre lo has estado.

—Tu padre… —Su voz va a la deriva y suspira. Lo extraña. Lo mismo ocurre con Brenna. Las dos son muy frágiles y no hablan de él demasiado porque su muerte es muy reciente.

Yo no me siento igual. Ya lo había perdido hace muchísimo tiempo.

Sin decir nada, espero a que continúe.

»Puede que él no haya reaccionado de la manera en que queríamos que lo hiciera, pero hay que saber que te amaba igual. Antes de que ocurriera y después —dice.

Lo está defendiendo y lo entiendo, pero está mintiendo. Puede que me haya amado, pero no igual. Me veía como contaminada. No como su niña. Una mujer en el cuerpo de una niña.

Casi tengo trece años…



Recuerdo que pensé que parecía tan viejo en ese momento. Que me encontraba a punto de cruzar ese puente mágico de los doce a los trece años, donde me transformaría en una mujer con pechos y curvas y su período y tal vez, incluso… eventualmente… un novio.

Eso nunca ocurrió. Después me maté a mí misma de hambre, creyendo que no era digna de alimentos. Ni de vida. Me hallaba bajo las noventa libras y no tuve mi periodo hasta los dieciséis. Nunca tuve un novio. Nunca fui a mi fiesta de graduación o a cualquier baile de la escuela. A ningún partido de fútbol, ninguna fiesta, ninguna pijamada, nada. Todo eso me asustó. Los chicos me asustaban. Peor aún, los hombres me petrificaban. Los profesores varones en especial. Siempre me miraron. Me examinaron. Podía sentir sus miradas arrastrándose sobre mí como pequeñas hormigas marchando en una línea por mis piernas, sobre mis caderas, a través de mi estómago, alrededor de mis pechos.

Las lágrimas se derraman por mis ojos antes de que pueda detenerlas.

—Um, gracias por eso, mamá, pero me tengo que ir. —No la dejo hablar. Termino la llamada y pongo mi teléfono con mucho cuidado a mi lado en el sofá, dejando que las lágrimas sigan cayendo.

No estoy bien. Creía que sí, pero no lo estoy. Supuse que al contar mi historia y conseguir que saliera de mí de una vez por todas, estaría hecho. Por fin me sentiría limpia. Después de pasar los últimos ocho años de mi vida sintiéndome como una zorra sucia y culpable —gracias, Internet, por poner esos pensamientos en mi cerebro—, estaría limpia, sana y pura de nuevo.

Pero no lo estoy. Fui violada de la peor manera.

Mentalmente.

Emocionalmente.

Tanto que la violación física ya no importa más.



7

Ahora

Traducido por Sofía Belikov

Corregido por Meliizza

Ethan

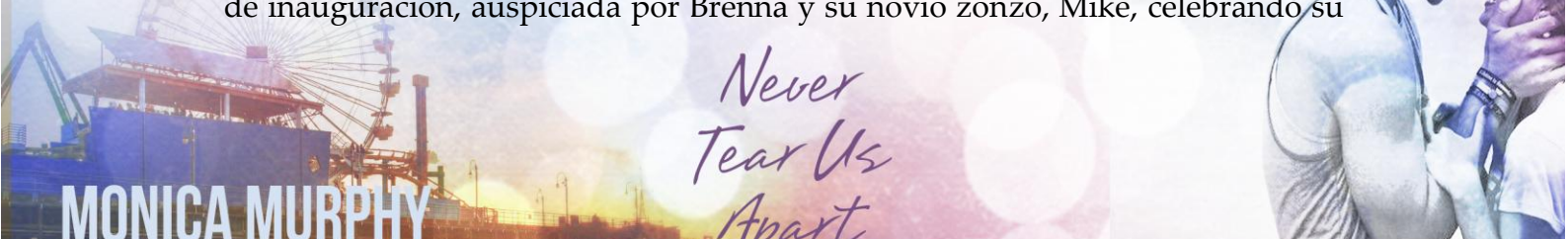
Me siento en el sofá, la anticipación llevándome al borde mientras espero que transmitan las *Noticias del Momento*. Empiezan a las nueve y terminan a las once. Dos horas para ver a Katie, y me siento mal, culpable y todas esas cosas, pero también emocionado. Y nervioso.

Tienen que mencionarme. Soy una parte importante en esta historia, en *su* historia. ¿Me harán lucir mal? Estoy seguro que sí. Odio a Lisa Swanson, y a ella tampoco le agrado demasiado.

Arranqué tan forzosamente a Katie Watts de mi mente que no me he permitido pensar en ella por años. No podía. Pero ahora que ha regresado, me ha consumido. He pasado horas en la computadora buscando información sobre ella, tratando de averiguar dónde está, qué está haciendo, en quién se ha convertido.

Desafortunadamente, no he podido encontrar demasiado. Tiene todo privado. No me sorprende. No cambió su nombre a excepción de ponerlo completo y más formal: Katherine. No se ha graduado de la secundaria, al menos no públicamente. Su hermana es maestra. Brenna Watts tiene una página de Facebook con ajustes de seguridad bastante buenos, pero aun así la registré como un acosador, buscando imágenes de Katie, cualquier mención de ella, un enlace a su propio perfil.

Katie no tiene perfil. Tampoco hay demasiadas menciones de ella en la página de su hermana. Pero hay una foto de hace un año que muestra una fiesta de inauguración, auspiciada por Brenna y su novio zonzo, Mike, celebrando su



mudanza juntos. Es una foto grupal, con un montón de personas amontonadas en una sala de estar pequeña, alzando sus vasos en un brindis para la cámara. Quien fuera que la haya tomado, debió haber estado de pie sobre algún mueble, taburete o algo, porque se veía desde lo alto.

La vi entre el mar de personas, sin vaso en mano, pero una ligera sonrisa en el rostro. Llevaba el cabello amontonado en un nudo desastroso en la cabeza, pequeños rizos acariciando sus mejillas, su mirada directa. Lucía…

Hermosa.

Perdida.

Triste.

Solitaria.

Rota.

Me quedé viendo la foto por un largo tiempo. Le di un clic con el botón derecho y la guardé en mi disco duro como el acosador que soy. ¿Qué haría si la buscara? ¿Estaría feliz? ¿Me odiaría? ¿Pensaría que era un idiota o todavía creería que soy su héroe? ¿Su ángel guardián?

Me salvaste de él. Eres mi héroe.

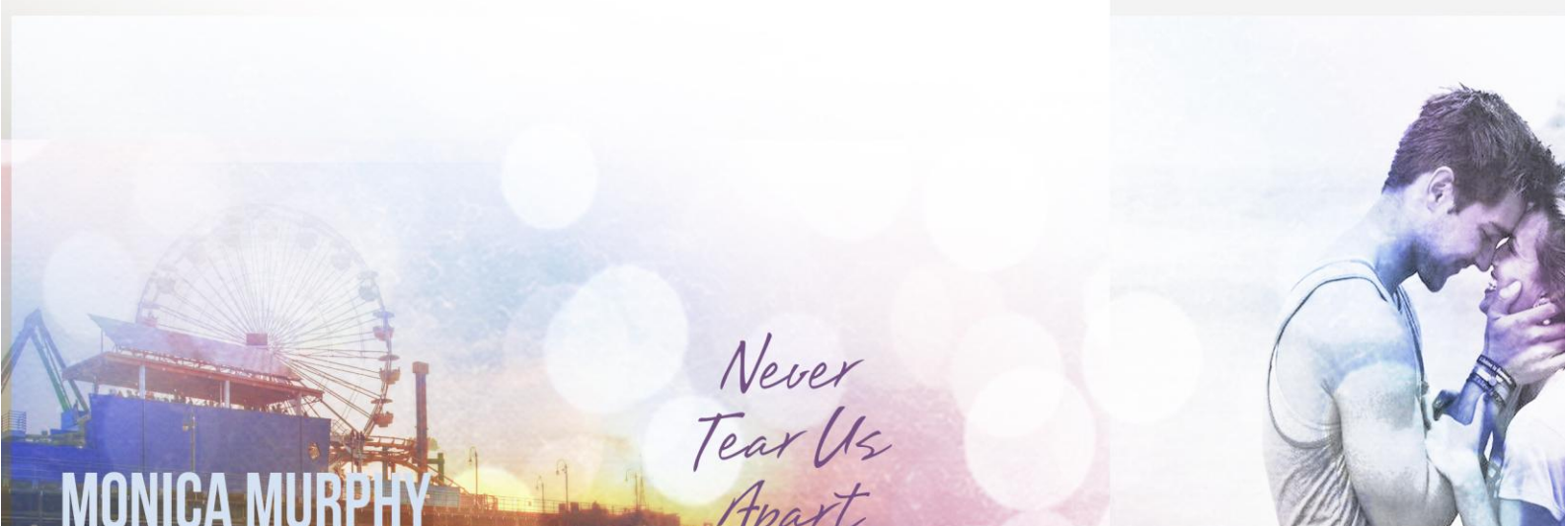
Sus palabras resuenan en mi mente. Todavía. Siempre. Me rompen el corazón, atravesándome el alma como si ella nunca la hubiera abandonado.

Y no lo ha hecho.

Le echo un vistazo a la televisión y veo que el programa anterior ha terminado, y la imagen de Lisa Swanson abarca la pantalla, su mirada llena de una sinceridad falsa, su expresión como la de una reportera seria y perra, como me gusta llamarla. Subo el volumen así su voz atraviesa mi sala de estar, llenando mi cabeza y pensamientos, y deseo decirle que cierre la maldita boca.

Pero no lo hago.

Porque incluso aunque me mata admitir esto, quiero ver.



8

Antes

Traducido por Maggie S.

Corregido por Laurita PI

Katie

Las cartas llegaron puntualmente, apareciendo en mi buzón cada dos semanas, por lo general los jueves o los viernes. Le había contado que siempre revisaba mi correo después de la escuela. Nos enviamos mensajes antes pero eso se sintió muy frío e impersonal. Le pedí cartas en su lugar, y él aceptó.

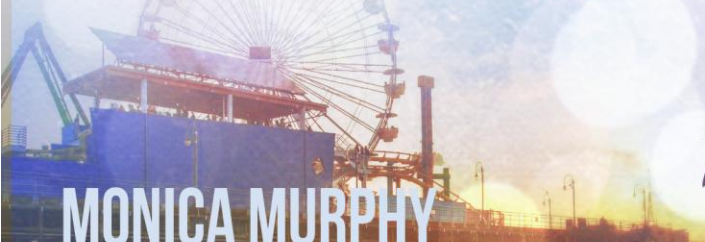
Me gustaba ver su escritura a mano, los trazos en negrita a través del papel, las manchas de tinta que me recordaban que era zurdo y arrastraba su mano a lo largo de las palabras que escribía. El papel arrugado me dijo que lo arrancó de un cuaderno. Las notas en los márgenes que eran tontas me recordaron que todavía era joven.

Éramos jóvenes, aunque la mayor parte del tiempo no lo parecía. Los dos tuvimos que crecer tan rápido. Creía que por eso nos atraíamos el uno al otro todavía. Almas gemelas que sufrieron a manos del mismo hombre y todo eso.

Abrí el buzón y tomé lo que se encontraba dentro, apartando mi carta del montón y metiéndola en mi bolsillo de la suerte. Entrando a mi casa, dejé el resto del correo en la barra de la cocina y murmuré un hola en saludo al llamado de mi madre desde la sala.

Ella no me presionó, no preguntó sobre mi día hasta más tarde, cuando estábamos sentadas en la mesa del comedor e hizo su mejor esfuerzo para seguir la conversación forzada en la que nuestra familia se envolvió. Casi fue doloroso, tener que soportar la comida en la casa de los Watts.

Lo odié. También Brenna.







Cerrando la puerta de mi cuarto con un resonante chasquido, giré el seguro y después salté a mi cama, sacando la carta en mi bolsillo. La acaricié con dedos temblorosos, la anticipación llenándome por sus posibles palabras. Podrían ser buenas. Podrían ser malas. Algún día estas cartas podrían desaparecer, y trataba de prepararme para eso. Habíamos mantenido correspondencia durante casi un año. Él era la única persona con la que realmente quería hablar. No tenía amigos en la escuela, ya no.

Sólo Will.

Desplegué la carta, mordiendo mi labio inferior mientras devoraba sus palabras.

Katie,

Sigues preguntándome cómo me siento en la casa hogar como si estuvieras preocupada por mí o algo. He intentado evitar esa pregunta pero no puedo contenerme más tiempo. Odio este lugar. Los chicos son unos idiotas. Roban mis cosas y me metí en una pelea con uno de ellos la semana pasada. Ni si quiera fue mi culpa en primer lugar. Y todavía no tengo los cincuenta dólares que él me robó.

Al ritmo al que voy, nunca saldré adelante, nunca llegaré a ninguna parte.

¿Te dije que he dejado el fútbol? Tuve que abandonar todas mis actividades después de la escuela para poder encontrar un trabajo. Tengo dos, uno de fiar y otro en el que me pagan por debajo del agua. Ambos apestan pero al menos gano algo de dinero. Tengo que encontrar un nuevo lugar para ocultar todo. Tal vez podría abrir una cuenta bancaria, no sé. Creo que necesito un adulto para que me ayude con eso, lo que es una mierda. ¿Puedo trabajar y ganar mi propio dinero, pero no puedo abrir una cuenta de ahorros?

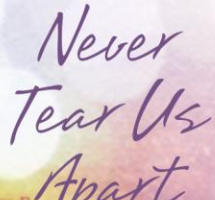
Suficiente de mis quejas. ¿Cómo estás? ¿Cómo vas en la escuela? ¿Pasaste el examen de historia? Apuesto a que lo hiciste. Estudiaste mucho y siempre te preocupas por tus notas. ¿Cómo te está tratando tu papá? En tu última carta mencionaste que Brenna ha sido extra amable contigo. ¿Todavía lo es?

Desearía poder verte. Hablarte. El juicio se ha retrasado de nuevo. Sé que no quieres hablar de él, pero siento que la única vez que te voy a llegar a ver es en el juicio y eso simplemente apesta, Katie.

Pero sé que no puedes encontrarte conmigo en cualquier lugar. Sé que tus padres no te dejan fuera de su vista y así es como debe ser. Ellos necesitan cuidarte y asegurarse de que te encuentras a salvo.

Si no puedo estar allí, entonces ellos tienen que ser la mejor alternativa.







Tengo que ir a trabajar, así que siento dejar esta carta corta. Sólo sé que te extraño.

Will.

Leo la carta otra vez, con mi corazón lleno de dolor por lo que estaba pasando. Él era tan miserable. Trabajando tan duro ¿Para qué? ¿Así alguien pudiera robar su dinero? ¿Qué tan injusto era eso?

Pero la vida era completamente injusta. Sabía eso. También Will. Éramos los únicos que realmente lo entendíamos.

Los únicos que nos entendíamos el uno al otro.





9

Ahora

Traducido por Beatrix

Corregido por Melwin R

Katherine

Viendo la entrevista anterior, viendo las fotos antiguas de mí misma, fotos de la escena del crimen, fotos de pruebas… todos los recuerdos volvieron. Uno tras otro, por lo que muchos de ellos después de haber sido encerrados a cal y canto, en la esquina más oscura, más alejada de mi cerebro, me asaltaron. Me abrumaron. En última instancia, trajeron un dolor de cabeza enorme.

He oído un montón de historias acerca de cómo cuando la gente tiene una experiencia traumática, el cerebro los protege desterrando la memoria. Una niña con la que fui a la escuela primaria fue atropellada por un coche, lanzándola cincuenta metros en el aire, y ella recuerda…

Nada. Ni una pizca de ello.

Cómo me gustaría que mi cerebro me hubiera protegido de los traumáticos días que experimenté mediante el bloqueo de esos terribles recuerdos, pero nunca me pasó. Yo podría haber hecho todo lo posible para enterrar esos recuerdos por mi cuenta, pero ellos siempre están allí. Al acecho. A la espera de volver a salir y visitarme.

Esta noche, pensé en él por primera vez en… siempre. Y cuando me refiero a él, no estoy pensando en el grande, malo, horrible, monstruoso *él*.

Estoy pensando en el otro él. El hijo. William.

Will.



Durante la entrevista, Lisa lo hizo subir en primer lugar, preguntando si alguna vez había tenido contacto con él después de todo lo que pasó. Dije que no.

Mentí.

Él se acercó a mí primero, después de todo lo que pasó. Una carta escrita a mano en un garabato apenas legible con rápidos y duros golpes a través del papel rayado. Palabras de tristeza y dolor, deseos de que yo estuviera mejor, esperanzas que fuera a estar bien, y una disculpa.

Una larga, sentida disculpa que no tenía ninguna razón para ofrecer. Obró bien conmigo. Me salvó. También incluyó un regalo con su carta, una pulsera con un encantador ángel de la guarda.

Yo llevaba el brazalete durante mucho tiempo, la única cosa que me mantenía sintiéndome segura. Nos escribimos cartas una vez por semana al principio, luego un par de veces al mes. Enviando un correo electrónico de vez en cuando, incluso conseguí la suficiente valentía como para el intercambio de textos cuando finalmente conseguí mi propio teléfono móvil. Pero en última instancia, mi madre se enteró de nuestra correspondencia y se me prohibió volver a hablar con Will de nuevo.

Ella lo desterró de mi vida y lo permití, por tener demasiado miedo a desafiarle.

No me había puesto el brazalete que Will me dio en años, manteniéndolo con seguridad escondido en una caja de joyas antiguas. Pero la noche de la entrevista, después de que se emitió, busqué en la caja y me puse el brazalete, mis dedos se deslizaban sobre el dije una y otra vez, deseando fuerza. Deseando valor.

Lisa me envió una mirada escéptica cuando ofrecí mi respuesta acerca de Will, pero no me moví. No hice más que un parpadeo. Después de un largo momento, tranquila me informó que ella no sabía lo que le pasó a él tampoco. Sólo podía suponer que había cambiado de nombre, creado una nueva identidad, una nueva vida, y siguió adelante.

Tenía la esperanza de que fuera el caso. No me gustaba pensar en la alternativa. ¿Qué pasa si volvió a una vida de crimen como su padre? ¿Y si él no podía deshacerse de la carga y la culpa de ser el hijo de ese hombre tan horrible? ¿Y si… y si él tomó su propia vida y ya no está vivo? Sé que durante años yo estuve tentada. Los pensamientos suicidas corrieron desenfrenados por mi cerebro, sobre todo cuando era más joven y no sabía cómo hacerle frente.

Pero lo superé. Y seguí por otro camino. ¿Lo hizo Will? ¿Pudo él superarlo?



Lisa apenas lo mencionó durante la entrevista. Algunas referencias aquí y allá, sé que merecía más que eso. Es la *única* razón por la que todavía estoy viva. Ella no incluyó el clip en el que hablamos de él en la entrevista televisada, tampoco. Eso me puso inexplicablemente triste.

Will no era mi enemigo. Él me ayudó. No me importaban las muchas páginas de noticias que lo implicaban como parte del plan maligno de su padre. Fue interrogado mucho sobre por qué no me llevó a la policía antes. A mí también me interrogaron una y otra vez sobre el papel de Will en todo esto.

¿Abusó de usted?

No.

¿Le hizo tocarle?

No.

¿Tuvo sexo con usted?

No.

¿Le forzó? ¿Llegó a ser violento con usted?

No y no.

La policía nunca parecía totalmente satisfecha con mis respuestas.

¿No se daban cuenta de que había sido sólo un niño, como yo? Yo tenía casi trece años cuando ocurrió. Él tenía quince años. *Lo suficientemente cerca de un adulto,* murmuró uno de los policías en voz baja durante mi interrogatorio inicial. *Hemos metido a asesinos en la cárcel que eran más jóvenes.*

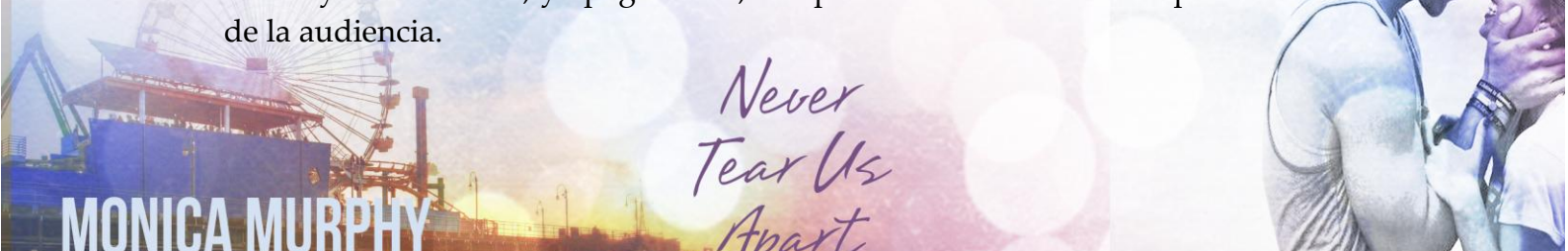
No era cierto lo que estaban dando a entender. Él era mi héroe.

Mi ángel.

Mi respuesta a su carta y el regalo fue una tarjeta llena de gratitud, escrita con letra de niña. Le envié un pequeño regalo, así, la única cosa que pude manejar teniendo en cuenta que todavía era una niña y sabía sin duda alguna, que mis padres estarían furiosos si se enteraban de que mantenía correspondencia con el hijo de mi secuestrador. No importaba que él me hubiera salvado. A sus ojos, Will era el enemigo.

A mitad de la entrevista, me rendí de seguir viendo y en mi ordenador portátil usé *Google.* Mis búsquedas fueron sin resultados. Creo que Lisa tenía razón. Debe haber cambiado su nombre, su identidad, y se fue lejos.

La entrevista terminó pero todavía estoy buscando y cuando finalmente me incorporo me duele la espalda, al igual que mis hombros. Echo un vistazo alrededor, viendo el programa nocturno en el que la presentadora de televisión sonríe y hace bromas, y apago la TV, incapaz de reírme con claves procedentes de la audiencia.



Falso. Todo se siente falso. Irreal. Tengo la mano enfrente de mí y encojo los dedos, los estiro de nuevo, mis nudillos estallan, y noto que mis dedos…

Están temblando.

Cerrando de golpe mi portátil, salto de la silla y vago a través de mi pequeña casa, inquieta. Mamá me envió un mensaje después de que la entrevista terminara, preguntando si estaba bien, y yo le aseguré que era así. Y estoy bien. Viéndome a mí misma en la televisión es… extraño, escucharme a mí misma volver a contar la historia fue catártico. Había estado conteniendo esas palabras durante tanto tiempo, es bastante liberador, sabiendo que mi historia está ahí ahora.

Mi vergüenza está ahí para que todos la vean.

Es tarde y estoy cansada. Tengo que ir a la cama, así que sigo los movimientos. Lavarme la cara, cepillarme los dientes, cepillarme el pelo y hacer un moño desordenado en la cima de la cabeza. Me quedo mirando mi reflejo en el espejo, mis características simples, mi descolorido pelo rubio, ojos azul pálido. Me siento… vacía.

Insípida.

En blanco.

Me cambio a una camiseta y pantalones de chándal y tiro mi ropa en el cesto de la ropa sucia. Mi rutina es la misma cada noche. Nunca se desvía. Me gusta la rutina. Me hace sentir en control.

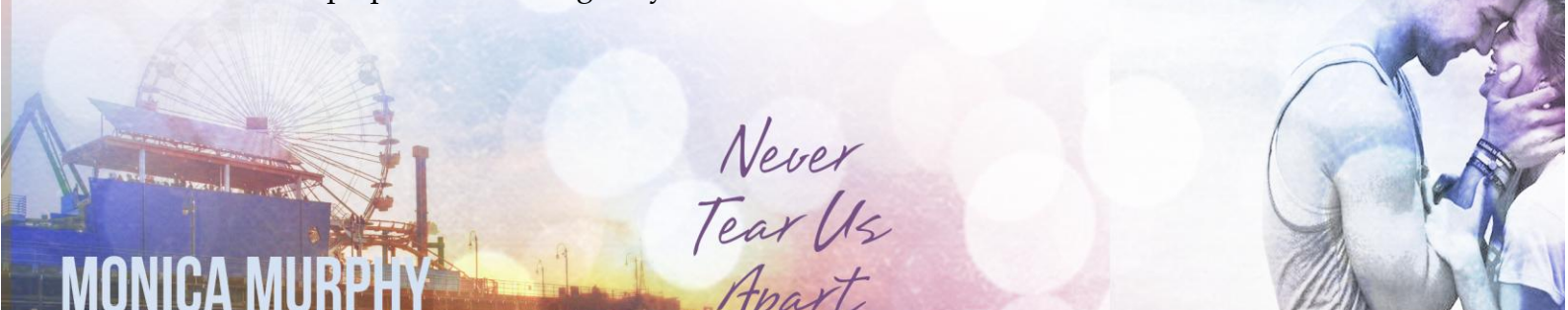
Segura.

Deslizándome entre las sábanas, me meto en la cama, conecto el teléfono para cargarlo, y luego apago la lámpara de la mesilla de noche. La casa está en silencio, de manera inquietante es así, y por lo general me gusta. Vivo al final de la calle en un callejón sin salida; el patio trasero termina donde empieza el bosque. Mi madre pensó que estaba loca, con ganas de vivir en una casa que topa con un bosque.

Ella tiene miedo de que alguien esté al acecho en las sombras, me dijo Brenna, tratando de hacer una broma aunque sé que era grave.

Están escondidos en las sombras, respondí. *No importa dónde estemos, lo que hagamos. Si están por ahí, van a encontrar una manera de atraparnos.*

Brenna me dijo que era morbosa. Está en lo correcto. *Soy* morbosa. Cuando ya te has enfrentado a tu muerte una vez, ¿qué tienes que temer? Me digo que debería estar viviendo. No escondiéndome en mi pequeña casa segura con mi pequeña rutina segura y mi insulsa existencia vacía.



Sin embargo, no es tan fácil. No tener miedo. Creyendo que eres valiente. Admiro a los que se pueden mover por la vida sin una preocupación en el mundo. Quienes hacen lo que quieren cuando quieren.

No puedo hacer eso. No me lo permito. Tengo demasiado miedo.

Por ahora, me quedo aquí. Mi casa, la tranquilidad, el barrio, la vieja señora Anderson que vive al lado y puede ser un poco entrometida a veces aunque sé que es buena, eso me tranquiliza.

Al igual que mi rutina.

Mientras estoy acostada aquí en la oscuridad, dejando que mis pensamientos vaguen, mi mente se llena de imágenes de un Will de quince años, aterrado. Tomo el brazalete y froto mi pulgar sobre el dije una y otra vez.

El sueño finalmente llega, pero de manera irregular. Me despierto casi a cualquier hora del día, los números rojos en mi viejo despertador —uno que he tenido desde antes, cuando era simplemente la Katie normal—, burlándose de mí en la oscuridad. Hay algunas cosas de las que no puedo librarme. El estúpido despertador es uno de ellos.

Mis temores son otros.

Me imagino marchándome. Huyendo como Will hizo. Envidio su libertad. De ser capaz de desprenderse de su piel y pretender ser otra cosa. Alguien más. Incluso si lo hiciera y se me presentara un nuevo nombre, una nueva vida, sé que los restos de mi viejo pasado se aferrarían a mí. La preocupación. El miedo. La tristeza.

Son difíciles de eliminar.

Aún más difícil de vivir.





10

Antes

Traducido por Maii

Corregido por Daliam

Will

Me encontraba fuera del almacén, todo mi cuerpo temblaba cuando me detuve frente a la puerta. La había dejado allí, la encontré la noche anterior y me aleje, no puedo comenzar a explicar por qué. Lo que hice… estuvo mal. Me rogó que no me marchara.

Me rogó.

Y de todas formas, la deje ahí.

Mi estómago se retorció y cerré los ojos, tomando una respiración profunda. Tenía que entrar, ella podía encontrarse allí aún, asustada, fuera de sí, y necesitando que la cuidara.

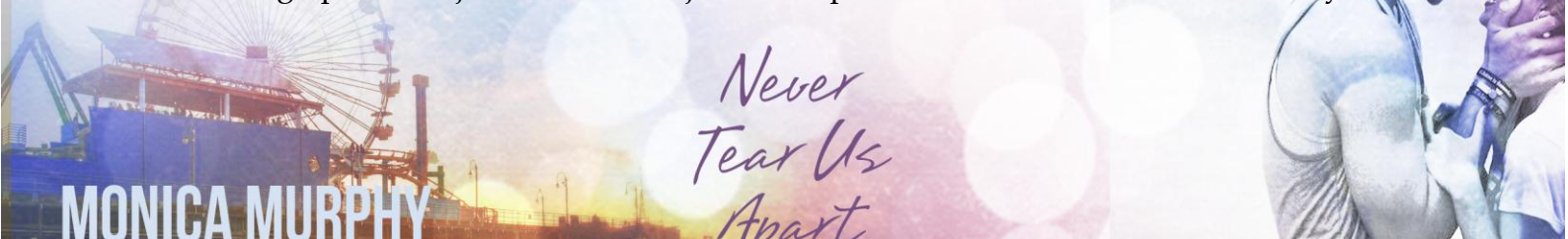
Pero, ¿y si no está? ¿Y si se fue? y si él…

No, moví la cabeza una vez, alejando ese pensamiento. Ella estaría ahí. Tenía que estarlo.

Con manos temblorosas, marqué la combinación de la cerradura y se abrió de inmediato, empujé lentamente la puerta.

Las bisagras crujieron de forma estrepitosa, contrastando con la tranquilidad de la tarde, di un paso adelante, parpadeando por la oscuridad que había en el interior.

Entre al almacén con la nariz fruncida y la cabeza abajo porque el techo era muy bajo. Apestaba en el interior. Los insectos volaban alrededor de mí y los golpeaba alejándonos, mis ojos se adaptaron lentamente a la oscuridad y



pude observar varias formas. Una pila de cajas, un revoltijo de muebles antiguos.

Un viejo y sucio colchón en el piso, con una chica curvada encima de él.

Me detuve en seco, mi respiración tan dura que sentía la garganta irritada, y la cabeza dando vueltas. Casi esperé que toda esa cosa fuera parte de un sueño. Pero ella era real. Encadenada a la pared con grilletes alrededor de sus tobillos. La venda de los ojos había desaparecido, pero tenía cinta de enmascarar tapando toda su boca. Se encontraba en posición fetal, con la cabeza inclinada hacia abajo, y su cabello rubio enmarañado, hecho un lío.

Mierda, sentí que me enfermaba. Mi cabeza y estómago daban vueltas, tropecé con algo en el piso, lo que hizo que ella se sentara derecha, abriendo los ojos e intentando descifrar quién era.

Soltó un grito ahogado por debajo de la cinta que cubría su boca y me puse de cuclillas frente a ella, estiré el brazo para tocar su cabello, pero lo retiré cuando retrocedió ante mi toque. Sus ojos se llenaron con lágrimas, dejando surcos en toda su cara sucia mientras caían, y gritó nuevamente, con la cinta amortiguando el sonido.

—Quiero ayudarte —susurré, cayendo de rodillas encima del colchón sucio. Se alejó de mí, apoyándose en la pared, haciendo sonar las cadenas contra el suelo de madera—. Por favor.

No podía creer lo que estaba viendo. Había una prisionera a sólo unos metros de mi casa. Una chica. Sabía que era más joven que yo, aún no tenía tetas, por lo que podría tener entre once o doce años. No más que trece.

Y mi padre la mantenía cautiva. Casi no lograba hacerme a la idea.

»Necesito que confíes en mí. —Tomé una respiración profunda mientras mi cerebro intentaba encontrar el pensamiento correcto para decir. ¿Cómo podría ganar su confianza cuando ya la dejé una vez aquí, sola?—. Déjame retirar la cinta de tu boca.

Gritó nuevamente, más fuerte esta vez, y sacudió la cabeza con furia, su cabello disparado en todas direcciones.

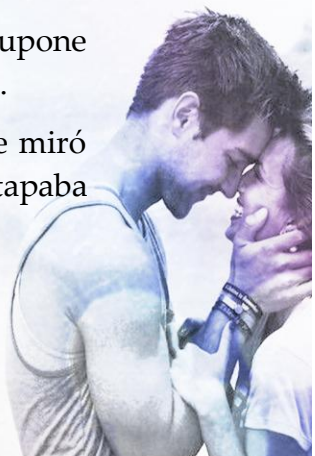
Levantó su brazo y lanzó un dedo acusatorio hacia mí, y fue como sentir un disparo directo al corazón.

Culpa. Eso fue lo que sentí. Ella me culpaba por dejarla.

No podía sostenerme frente a ello. La había dejado. ¿Pero qué se supone que debía hacer? Estaba aterrado, casi no podía creer lo que estaba viendo.

»Déjame hacerlo por ti —susurré, mientras me acercaba a ella. Me miró con cautela, con las lágrimas aun corriendo por sus mejillas, la cinta que tapaba su boca y el cuello—. Te quitaré la cinta, y podremos hablar.





La primera vez que la encontré, apenas hablamos. Me invadió el pánico, sin saber qué hacer.

Ahora, esta noche, quería hacer lo correcto.

Me acerqué a ella como si fuera un animal salvaje que quería domar, moviéndome lentamente, un centímetro a la vez. Nunca dejé de lado mi intención de hablar con ella, haciendo un esfuerzo en calmarla con palabras bajas y tranquilizadoras. Nunca desvió su mirada de la mía mientras se sentó, temblando contra la pared.

Hasta que finalmente me acerqué a su lado, y estiré mi brazo, tocando la cinta con los dedos. Se estremeció, pero no se alejó, lo que tomé como una buena señal. —Esto va a doler —murmuré—. Voy a arrancarlo de un tirón, es mejor de esa manera.

Antes de que pudiera darme alguna señal de estar de acuerdo o no, arranqué la cinta de su cara con rapidez. Una vez que la cinta estuvo fuera, dejó escapar un sollozo, el sonido se sintió sorprendentemente fuerte en el almacén, y se lanzó hacia mí, con las cadenas envolviendo sus muñecas al igual que sus tobillos. La sostuve, su cara pegada a la mía mientras comenzaba a balbucear.

—Llévame lejos de aquí, por favor. Necesito encontrar a mis padres. Mi hermana. Mi amiga. Por favor, llévame a un lugar seguro. Por favor, por favor. Haré cualquier cosa. Te pagaré, lo prometo. —Comenzó a llorar y envolví mis brazos en su cintura, abrazándola, dándole palmaditas en su espalda. No sabía qué más hacer, cómo reconfortarla, pero no dijo ni una palabra. Sólo lloró en mi hombro, sus lágrimas mojaron mi camiseta, sus sollozos de dolor, me herían también. Me dolía el pecho, y mis ojos y garganta quemaban.

Nunca había visto tal demostración de emociones, de miedo. Nadie había logrado afectarme de esta manera, nunca. Sentí sus sollozos amortiguados por mi hombro, su delgado cuerpo temblando.

¿Qué le hizo mi padre?

No podía llegar a imaginarlo.

—Nos marcharemos —susurré, acariciando su cabello. Intentando cualquier cosa para tranquilizarla—. Más tarde, en la noche.

Se apartó de mí, con una expresión de horror en su cara que nunca olvidaré. —¿Qué quieres decir con más tarde? —sacudió su cabeza—. No puedo esperar. Tengo que salir de aquí ya.

—No tenemos opción —dije con firmeza.

—Él volverá —respondió—. Y, cada vez que vuelve, es peor. No sé si puedo… si puedo soportarlo.





Tomé una respiración profunda, empujando todos los pensamientos sobre lo que le pudieron haber hecho fuera de mi cabeza. —No puedo evitarlo. Tengo que preparar todo primero.

—¿Preparar qué? —prácticamente gritó. Se retiró de mi abrazo, presionándose contra la pared, como si no pudiera soportar estar cerca de mí. Las cadenas chocaban contra el suelo, recordándome que era una maldita prisionera, y el disgusto llenó mi estómago, provocándome nauseas. Tomó cada parte de mí no voltear la cabeza y vomitar—. ¿Tienes la llave?

—¿Para qué quieres una llave? —dije frunciendo el ceño.

—¿Para esto? —Alzó sus muñecas, y luego sus pies, mostrándome el pequeño candado que mantenía la cadena alrededor de su tobillo—. Necesito quitarme estas cadenas.

Sacudí mi cabeza, sintiéndome desarmado. ¿Cómo conseguiría quitarle las malditas cadenas? —Necesito ir por unas pinzas.

—Necesitas sacarme de aquí, eso es lo que debes hacer. *Ahora*. —Puso énfasis a la última palabra, con todas sus lágrimas agotadas, la determinación se apoderó de su cara. Sus ojos azules brillaron, todavía húmedos por las lágrimas, y pude ver realmente lo bonita que era.

»Va a asesinarme, lo sabes.

Mi boca se secó. ¿Cómo podía estar tan firme, calmada, y decir aquello? —No, no lo hará.

Se rió y sonó como loca. Como si hubiese perdido la cabeza.

—Lo hará. Lo he visto en sus ojos. Su… él puso sus manos alrededor de mi cuello, como si intentara asfixiarme. —Lloraba nuevamente, pero no sé si era consciente de eso. —No puede dejarme ir. Debe asesinarme. He visto su cara, lo he visto todo sobre él.

Se movió lejos de mí, presionando su cara en la pared, como si no pudiera mirarme. Y me quedé allí, de rodillas en ese repugnante colchón, la impotencia apoderándose de mí. Desesperanzado. Entonces, la ira surgió a través de mí, haciendo calentar mi sangre con odio, y cerré mis manos en puños.

—No permitiré que vuelva a tocarte.

No se molestó en mirarme. —Vete.

Sus palabras me golpearon. ¿No quería mi ayuda? ¿Se había rendido?

—Dime tu nombre. —Fue más una orden que un pedido. Quería decirle el mío, darle la seguridad que necesitaba.



—No. —Me miró por encima del hombro, su cabello cubría uno de sus ojos—. Déjame sola. No quieres ayudarme. Tienes demasiado miedo a que te atrapen.

No podía entender lo que me dijo. Ella no quería decir eso. ¿Estaba dispuesta a renunciar a todo, a toda su vida, así podría… qué? ¿Morir bajo las manos de mi padre?

¡A la mierda con eso! Me rehusaba a dejar que sucediera. Iba a salvarla. Debía hacerlo. Era la única opción.

—Regresaré —le dije, mientras me erguía y sacudía el polvo de mis vaqueros. Aún no me miraba, su cara aún estaba pegada a la pared, y sus hombros se sacudían, como si continuara llorando.

Ver eso, sentir sus sollozos… rompió mi irrompible corazón.



11

Ahora

Traducido por Alessandra Wilde

Corregido por Melwin R

Ethan

La encontré.

Mi búsqueda de una tal *Katherine "Katie" Watts* fue implacable. Después de ver su entrevista con Lisa Swanson, pasé casi una semana recorriendo la web en busca de cualquier pedacito de información que pudiera descubrir. Cada artículo de noticias que pude encontrar sobre el crimen y su descubrimiento, lo leí; algunos ya los había visto antes, después de que sucediera por primera vez. Cada documental criminal creado por ella, lo vi en *YouTube*, *Hulu*, *Netflix*… todos ellos. Una y otra vez. Una y otra vez. Algunos ya los había visto pero muchos eran nuevos, salieron después de que me obligué a dejarla ir, sacándolos tanto a ella como a lo que ocurrió entre nosotros de mi cerebro.

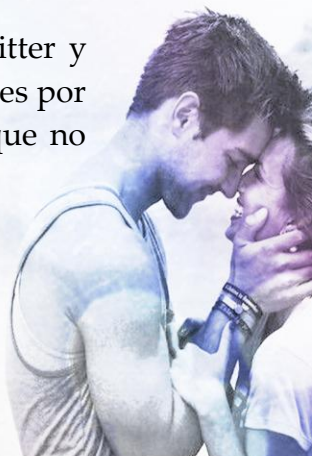
Ahora buscaba una pista. Un rayo de verdad, un poco de información que pude haber pasado por alto antes.

Eso ayudó. Después de una búsqueda poco ética en la web, descubrí donde vivió de pequeña, donde fue a la escuela primaria, y quien era su mejor amiga, la que la acompañaba el día en que fue raptada. Su nombre había sido retenido en los medios de comunicación, pero revise meticulosamente los documentos de la corte hasta que la descubrí en la lista de testigos.

Sarah Ellis fue fácil de encontrar. Sus cuentas de Instagram, Twitter y Facebook aparecieron con facilidad, incluso con todas las otras Sarah Ellises por ahí. Pero no se veía como si estuviera más en contacto con Katie, así que no tenía sentido buscarla.







Finalmente encontré un poco de información pertinente por accidente. Legalmente también, revisando un registro civil, encontré los documentos para la compra de la casa de Katie.

En otras palabras… tenía su dirección.

Busqué su casa en *Google Maps* y la estudié. Vieja. Pequeña. Patio delantero pequeño, rosales alineados en una cerca blanca. Hay un pequeño pórtico con un columpio en él. Parece un barrio seguro, tranquilo, a las afueras de un bosque de altos pinos.

Ha vivido allí un año. Las escrituras de la casa están sólo a su nombre. Sin ningún chico. Estoy asumiendo que no tiene novio.

Mierda, en serio tengo la esperanza de que no tenga uno.

Están transmitiendo su entrevista ahora… la estoy viendo otra vez porque hay algo en la voz de Katie que me tranquiliza. Me da esperanza. Me hace anhelar. Habíamos establecido una conexión en ese entonces, cuando éramos jóvenes y sentimos como nadie nos entendía. Sus padres rompieron eso y me dije que era lo mejor. No la necesitaba, no quería necesitarla, por lo que me había olvidado de ella.

O eso pensé.

Ahora estoy jodidamente obsesionado. Quiero conocer a la Katie de hoy y decirle que lo siento. Que espero que sea feliz. Quiero preguntarle si el fantasma de mi padre todavía la persigue.

Porque me persigue. Constantemente.

—¿Cuáles son tus planes para el futuro? —le pregunta Lisa a Katie. La entrevista está por terminar.

—En este momento sólo vivo el día a día —responde Katie, su dulce voz llenando mi cabeza, invadiendo mis pensamientos. Detengo mi búsqueda y levanto la cabeza, estudiando su imagen en el televisor.

Tan hermosa. Su cabello rubio dorado es largo y ondulado en los extremos y sus ojos azules son oscuros, como un cielo de medianoche. Parece inocente. Como un ángel.

Podría ser mi ángel. Me podría salvar. Si tan sólo pudiera verla, hablar con ella. Sólo una vez.

—Debes tener algunos planes, ¿no es así? ¿Cosas que deseas? ¿Una carrera? ¿Matrimonio? ¿Niños? —persiste Lisa.

Su estremecimiento está ahí, tan sutil que estoy seguro de que una persona promedio no se daría cuenta.







Sin embargo, yo sí. Lo vi. Sus ojos se movieron en lo más mínimo y una punzada le hizo arrugar la nariz. No le gustaban esas preguntas.

—No sé lo que está reservado para mí. Voy a la escuela, vivo por mi cuenta, por primera vez, y me gusta. Espero encontrar a alguien algún día, pero… —Su voz se apaga y se queda en silencio por un momento. Inclina su cabeza, su pelo cayendo en frente de su cara, y observo, hipnotizado una vez más, a pesar de que he visto esto muchas veces—. No estoy segura de qué me depara el destino —termina suavemente.

—¿Qué es lo que no te depara el destino? ¿Matrimonio? —Lisa es como un perro con un hueso. Nunca lo deja ir. No hasta que consiga lo que quiere. Y quiere sexualizar a Katie. De una manera agradable, de una manera apropiada, con el matrimonio y los niños y todas las cosas que espera que hagamos como buenos pequeños ciudadanos del mundo.

—Todo eso —dice Katie con un movimiento de cabeza, alzando la mirada y encontrándose con la de Lisa una vez más—. No sé si soy capaz de ello. De confiar en alguien.

Y esta última frase es lo que me mata.

Él arruinó todo. Dañando todo para esta chica. No confía en nadie. Cree que no puede amar a nadie. Lo que es peor, no dudaría por un momento que piensa que no es digna de ser amada.

Me puedo identificar con ella. No *soy* digno de ser amado. Al menos, eso es lo que siempre creí, durante todos estos años a medida que avanzaba y trataba de encontrar una nueva manera de vivir mi vida. No bajo la sombra de mi padre, quien espera su condena a muerte casi alegremente. Me pregunto lo que piensa de la entrevista de Katie.

Porque estoy seguro de que observó cada puto segundo de ella. Justo como yo.

Justo como yo.



12

Antes

Traducido por Kath1517

Corregido por Melwin R

Katie

Él no iba a regresar.

Supuse que estaba lleno de mierda. Un mentiroso. No sabía quién era. O cuál era su nombre, tampoco. ¿Qué quería? ¿Cómo me encontró? Ni siquiera sabía en dónde estaba yo. Alcance a ver por la ventana del cobertizo la primera noche que fui traída aquí, justo antes de que el hombre deslizara la venda sobre mis ojos y me envolviera en la oscuridad. Pero lo único que vi fue un patio vacío, con la excepción de un solitario, desgastado y astillado caballo que parecía haber venido de un carrusel apoyado contra la cerca. Ver a ese caballo me hizo sentir triste. No pertenecía aquí.

Yo tampoco pertenecía aquí.

El hombre no había regresado desde esta mañana temprano. Me trajo una dona para desayunar y la devoré, sin importarme que el glaseado estuviera húmedo y pegajoso y que tuviera sabor a rancio. Estaba muriéndome de hambre. Todavía lo estaba. Mi estómago gruñía y presioné mi frente contra la pared, cerré mis ojos y desee que los dolores del hambre se fueran.

La cara de mi mamá se cernía en mi mente y apreté los ojos con fuerza, tratando de aferrarme a la esperanza, al futuro. Vi su rostro, el rostro de papá, la cara de mi hermana, el rostro de Sarah, y esperé que no estuvieran muy preocupados por mí. Que estuvieran buscándome. ¿Lo estaban? ¿Me encontrarían? ¿Alguien me encontraría?

No.





Vinieron las lágrimas. Lentamente. Mis ojos quemaron, mi garganta dolió, y tragué un sollozo, lo forcé hacia abajo como si fuera comida que me sostendría por un poco más. Necesitaba *algo* para sustentarme. Había perdido toda esperanza. Él estaría pronto de regreso. Me tocaría, me forzaría, pondría su boca en mí, y oh, Dios mío…

Desvanecí los pensamientos, el horror, la realidad de mi cerebro. Las contraventanas estaban cerradas, me había vuelto muy buena haciéndolo.

Cuando movía mis piernas, las cadenas hacían ruido al chocar contra el suelo y hacía una mueca por la punzada entre mis piernas. Dolía en todas partes, pero en especial ahí. Estaba amoratada y golpeada, el interior de mis muslos era negro y azul, mi pecho, mis piernas y brazos…

Marcas por todas partes. Él era brutal manejándome. Como si fuera una muñeca de trapo, arrojándome alrededor, reajustándome, abriendo mis piernas, moviendo mis brazos, inclinando mi cabeza lo justo. Quería que me viera de cierta manera, cada vez, y no lo entendía.

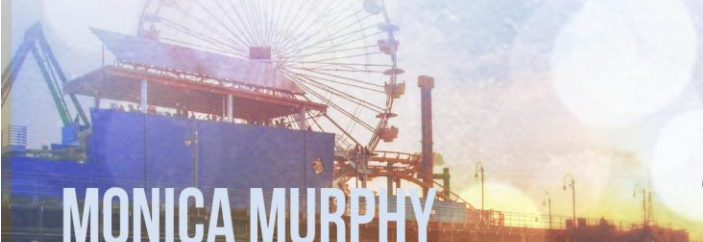
Pensé en sus manos. Dedos romos. Palmas anchas. El sonido que hacían, como el crujido de un arma cuando me abofeteaba. El picor en mi piel cada vez que sus manos hacían contacto, el arrastre debajo de mi piel, como pequeñas lombrices retorciéndose a lo largo de mis músculos y huesos, excavando profundamente dentro de mí. Me estremecí, y el miedo hizo que mi estómago se tensara. Él vendría pronto y no sabía si podría soportar otra visita suya. No sabía si *él* podría soportar otra visita. Después de lo que sucedió la última vez…

Traté de tragar. Mi garganta estaba áspera como papel de lija, los tendones inflamados. Tenía moretones alrededor de mi cuello. No dudaba que se habían formado por la impresión de sus dedos, cinco pequeñas marcas a un lado, cinco borrones de color púrpura en el otro. De cuando me ahogó con tanta fuerza que mi cabeza golpeó el colchón con un golpe seco una y otra vez y juro que me desmayé.

Preferiría desmayarme. Así no tendría que sufrir más. Estaba tan cansada de esto. Exhausta. Habían sido sólo unos días. Había perdido la cuenta de exactamente cuántos, pero no podía soportarlo más. Necesitaba irme. Necesitaba escapar antes de que me acabara para siempre…

La puerta del cobertizo de repente se abrió, dejando entrar un haz de luz del sol, y luego se fue, cerrándose con un suave clic. Me quedé tiesa, traté de contener el aire así podría escucharlo escabullirse.

La suavidad era lo que más me asustaba. Prefería que entrara como una ráfaga, su rabia palpable y la voz fuerte. En cambio, entró a hurtadillas. Como tu peor pesadilla cobrando vida. Tranquilo y calculador, y con una sonrisa escalofriante en su cara.







Seguí dándole la espalda, mis músculos tiesos a pesar del temblor. Todo dentro de mí dolía y presioné mis labios secos con fuerza, tratando de contener el sollozo que quería escapar.

—Hola.

Ante el sonido de la suave voz masculina me di vuelta. La sorpresa y el alivio provocaron que las lágrimas emanaran de mis ojos y me dejé caer contra la pared.

—Viniste —suspiré.

Se movió hacia mí, el chico que pensé que era un mentiroso. Estaba equivocada. Estaba de pie frente a mí como un héroe en vida, sus ojos oscuros fijos mientras me estudiaba, su boca dibujada en una delgada línea. Mi mirada cayó de su rostro para ver que cargaba algo que jamás había visto en su mano. Tenía un mango grande y la punta de metal me recordaba a un alicate.

Se veía como un arma. Como si pudiera alzarla sobre su cabeza y aplastarla sobre mí en segundos.

—Un cortador de pernos. —La alzó y me estremecí, tras lo cual se dio cuenta. Su mirada se llenó de dolor, se dejó caer de rodillas en el borde del colchón—. Ven aquí, todo estará bien. No te lastimaré. Quiero cortar la cadena. Primero la de tu tobillo, luego la de tus muñecas. Será más fácil de esa forma.

El alivio me llenó de nuevo y mi corazón prácticamente cantó con esperanza. Me aparté de la pared, empujando mi pierna hacia él, desesperada por deshacerme de la cadena de una vez por todas. No pude pasar por alto la forma en que hizo una mueca cuando vio los moretones en mi pantorrilla, en mi rodilla.

Mi muslo.

Ignoró los cardenales, las marcas. Sus oscuras cejas se fruncieron mientras se inclinaba sobre mi pierna, su cabello oscuro como la noche cayó sobre su frente. El cabello era extrañamente negro y me pregunté si se lo teñía.

También me pregunté por qué.

»Dime tu nombre —resopló mientras alcanzaba mi tobillo, su toque era cuidadoso mientras maniobraba mi pie para hacerlo. La acción me recordó a *él*. El hombre que me tomó, y por un momento me tensé, mi pecho se tensó y mi corazón golpeteó.

—Dime el tuyo primero —susurré, las palabras saliendo con rapidez, casi arrastrándose juntas. Mi cabeza se sentía mareada y sabía que era por la falta de comida. Tenía tanta hambre, tanta sed.



Alzó su cabeza, su mirada encontrando la mía de nuevo. Oscura y directa, seria y llena de miedo, se veía tan asustado, tan inseguro como yo me sentía.

—Will —susurró.

—Soy Katie —susurré de regreso, estremeciéndome cuando sentí el frío y duro metal de la herramienta mientras se curvaba contra la cadena y rozaba mi piel.

—No te muevas, Katie —me advirtió, su mirada cayó de la mía una vez más para poder concentrarse en la tarea entre manos. Observé, también. Noté como sus manos agarraban el mango de la cortadora e inhalaba con fuerza, como si necesitara prepararse. Darse fuerza a sí mismo—. No quiero lastimarte.

Mi corazón dio un salto. Ese fue el momento exacto en que supe que este chico era mi ángel guardián, enviado para protegerme. Sólo a mí.

Él era mío.



13

Ahora

Traducido por Nickie

Corregido por Melina.

Katherine

—Entonces. —La doctora Sheila Harris pliega las manos sobre su regazo, la dócil sonrisa en su rostro modesto. Nada amenazadora—. ¿Cómo ha sido tu semana? ¿Has estado haciendo progresos en cuanto a tus metas?

Aparto mi mirada de la de ella, manteniéndola enfocada en mis uñas. Mis cutículas son un desastre y me las quito, arranco una tan fuerte que comienza a sangrar. Me hace esa pregunta cada vez que estoy aquí, aunque la parte de las metas es nueva, una referencia a la conversación que tuvimos la semana pasada. —Oh, tú sabes. Lo usual. Hice una entrevista en la televisión nacional con Lisa Swanson. No es nada.

—La vi. —Diversión espolvorea el tono de la doctora Harris. Sabía que iba a hacerla. La entrevista ha sido un tema de discusión por un tiempo. Era parte de mi plan. Una de mis metas con la esperanza de que encontraría paz, fuerza.

No estoy segura si estoy de acuerdo con esos objetivos, pero lo intento.

—¿Qué le pareció? —pregunto.

—Pensé que eras muy valiente —dice, su tono es ahora serio—. Revelaste más de lo que esperaba.

Levantando la cabeza, la estudio de manera encubierta. Me está mirando, con esa sonrisa neutral aun plantada en su rostro, siempre paciente, siempre amable. —Quería ser completamente honesta y abierta.

—¿Crees que eso fue inteligente?





Lo pienso antes de responder. —No estoy segura. Ha sido una locura —admito—. Todo tipo de medios de comunicación buscándome. Agentes. Publicistas. Revistas. Sitios web. Todos quieren hablar.

—¿No pensabas que eso pasaría?

—Lo sabía. Esa parte no fue una sorpresa. —Estaba completamente preparada. O eso pensaba.

—¿Qué cosa, entonces? ¿Fue una sorpresa?

—No lo sé. —Me encojo de hombros. Estoy mintiendo. Es sólo que no quiero admitir que pensé que me sentiría mejor después de contar mi historia. Que de alguna forma me sentiría purificada por completo. Más fuerte.

¿El problema? No me siento nada diferente a lo que hacía antes de que se emitiera la entrevista. Oh, al principio sí. Me sentí aliviada, como si hubiera expulsado todo fuera de mí. ¿Pero ahora? Soy la misma. Ninguna diferencia.

Sin sanar.

—Mucha gente tiene curiosidad —manifiesta Sheila.

—Eso definitivamente me sorprendió. El gran número de personas que vio la entrevista y quiere saber más. —Enfatizo la palabra *más* porque es algo que dicen repetidamente. Más de mi historia, de mi futuro, de mi pasado, más, más, más. Siento que estoy siendo llevada en veinte direcciones diferentes y no sé qué camino tomar.

—No creo que debas estarlo. Los medios devoran esta clase de historia. Mira esas pobre chicas que fueron mantenidas cautivas durante todos estos años en Ohio. Y Elizabeth Smart. Jaycee Dugard. El mundo estaba cautivado con sus historias. Todavía lo está. Cada una de ellas ha publicado un libro, hecho varias entrevistas. Algunas hablan en lugares públicos. Han convertido sus tragedias en un mensaje de esperanza y fuerza.

—No estoy segura de que yo sea capaz de eso —admito.

—Es algo en lo que podemos trabajar, ¿no crees? No es que necesites volverte una figura pública, ¿pero tratar de encontrar ese propósito? ¿Indagar profundamente y descubrir tu fuerza inherente? Está ahí, sabes —dice, con tono seguro. Como si no debiera dudar de ella.

—¿Realmente lo crees? —Odio que sueno tan llena de duda.

—¿Tú sí?

—No lo sé. —Lanzo un gran suspiro—. A veces me pregunto si fue un error, hacer la entrevista.

—¿Cómo te sientes con eso en este preciso momento?

—Me gustaría ser una ermitaña —digo sin vacilar.





Se ríe suavemente. —Ya te has auto proclamado una.

Ouch. Cambio de tácticas. —Desearía no existir.

La risa se detiene. —No quieres decir eso en serio.

Me encojo de hombros. Sin dar una respuesta verbal. Es verdad. Si no existiera. No tendría que lidiar con nada de eso. Yo me lo causé, así que no tengo a nadie más a quién culpar.

Eso no es cierto. Culpo a Aaron William Monroe por hacerme esto. No seguiría sufriendo si él simplemente me hubiera asesinado y hubiera acabado con eso. Conmigo.

La sola idea me hace estremecer, como si sus dedos ásperos y helados estuvieran envueltos alrededor de mi cuello en este exacto momento y trataran de asfixiarme.

»¿Estás bien? —pregunta la doctora Harris, y no digo nada. Estoy segura de que me vio encogerme. No se le escapa nada a mi terapeuta.

Nos quedamos en silencio por un par de minutos, el tictac del reloj que se encuentra en una estantería cercana es el único sonido. Me vuelve loca, ese repetitivo tic-tac, tic-tac. Creo que lo tiene ahí a propósito, para volver a todos sus pacientes dementes así no tenemos más opción que llenar el silencio con nuestros problemas y dificultades.

Finalmente, no puedo aguantarlo más.

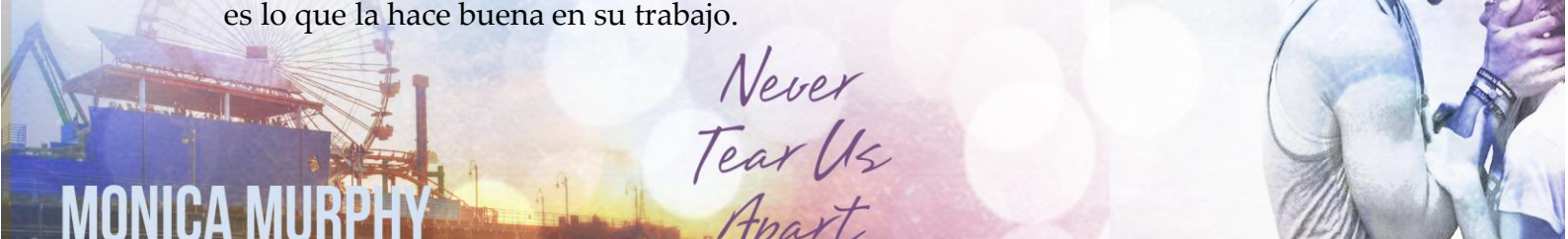
—A veces me pregunto qué hubiera pasado si él me hubiera… matado —admito, tragando con fuerza.

—Te habrías ido. No hay nada que preguntarse. No tendrías futuro. Habrías sido una muerta de doce años con una familia devastada y un hombre que sería capaz de matar a muchas otras chicas después de ti —dice rotundamente.

Está tratando de conmocionarme, convencerme de que mi línea de pensamiento no tiene sentido sin decirlo en voz alta. No puede decirme si está bien o mal. Eso va en contra de su código de terapeuta o lo que sea.

—¿Sin embargo, hubiera sido mejor? —pregunto—. No para mi familia. Habrían sufrido sin importar qué. —Pienso en mi padre, luego lo destierro inmediatamente de mi mente. Todavía estoy molesta por la forma en que me trató, pero no hay nada que pueda hacer al respecto. Se ha ido—. Para mí —agrego, levantando la cabeza para mirarla a los ojos—. ¿Habría sido mejor para mí?

Su rostro está impasible como de costumbre. Dios, desearía que esta mujer pudiera mostrar un ápice de emoción. Sólo una vez. Aunque creo que eso es lo que la hace buena en su trabajo.



»Se habría acabado —continúo—. Terminado, ¿sabes? Quiero decir, mírame. Vivo una cáscara de vida. Rara vez dejo la casa. Voy a la escuela en casa. Realmente no tengo amigos. Una inexistente vida social con la excepción de salir con mi hermana y su novio en alguna ocasión, y es sólo por lástima. Y por supuesto, ningún hombre querrá nunca… —*Estar conmigo. Tocarme. Besarme.*

Mi voz se vuelve vaga y me quedo callada, cerrando los ojos para mantener a raya todos los feos pensamientos. Me bombardean en los peores momentos, siempre cuando me siento deprimida, hundiéndome aún más, quitándome el aliento y la fuerza, todo de una sola vez.

—¿Te sientes sola, Katherine?

Abro los ojos y dejo caer mi cabeza de nuevo, sin querer ver algún tipo de compasión en su mirada, ni siquiera un atisbo. Puede permanecer estoica la mayor parte del tiempo, pero de vez en cuando sus ojos la traicionan. Sólo por un segundo, casi como si me lo imaginara. —A veces —admito.

—Deberías tratar de salir más. Unirte a un club o algo —sugiere.

Comienzo a reírme pero sin humor. —Claro. Un club. ¿A cuál debería unirme? ¿Crees que existe un grupo para las víctimas sobrevivientes a asesinos seriales?

Ignora mi sarcasmo. —Hay toda clase de grupos de apoyo ahí afuera, Katherine. Estoy segura de que puedes encontrar uno que se adapte a ti y a tus necesidades. Tengo recursos. Mucha información que puedo enviar a casa contigo.

La misma que trató de darme antes. No gracias. No estoy interesada. —No puedo salir en público ahora. La gente podría reconocerme.

—Tú eres la que quiso hacer la entrevista —señala, y eso es todo. Estoy un poco molesta.

—Tienes razón. Pensé que sería terapéutico, considerando que estas visitas realmente no lo son. —Me pongo de pie de un salto, todo mi cuerpo tiembla estoy tan molesta—. Debería irme.

Me mira, con una ceja levantada. —¿Crees que es prudente?

—No lo sé. —Me siento como si estuviera a punto de escurrirme de mi piel—. No creo que importe. No puedo evitar como me siento.

—Tienes sentimientos encontrados.

—Siempre.

—¿Por qué?







Me dejo caer de vuelta en la silla, todo el aire me abandona, mis pulmones se sienten desinflados, mi cabeza da vueltas. —No lo sé. Quiero vivir. Preferiría estar muerta. Quiero ser fuerte. Es mucho más fácil ser débil. Quiero enfrentar mis miedos y darles batalla. Quiero huir y fingir que no existo.

—Pero existes. Estás haciendo tu mejor esfuerzo para ser fuerte. —Se inclina hacia adelante en su silla y yo quiero encogerme en la mía—. La primera cosa que enfrentaste fue la entrevista. Contar tu historia.

—¿Y? —Mi voz es pequeña y enrollo mis brazos a mí alrededor, de repente siento frío.

—Y lo hiciste. Y sobreviviste. Saliste por el otro lado. Deberías estar orgullosa de ti. —Su voz es firme, como si tratara de apostar su fuerza sobre mí—. ¿Lo estás?

—¿Orgullosa de mi? —me burlo—. No ¿Por qué tengo que estarlo? Todo lo que hice fue sobrevivir.

—Escapaste. Identificaste a un violador y asesino serial, y gracias a ti fue capturado.

—No fue todo por mí. Tuve ayuda. —Pienso en él. Otra vez. Pasa por mi mente más seguido de lo común estos días. Mi ángel guardián. Busco el dije de mi brazalete, pasando mi pulgar sobre el—. No tuve nada que ver con mi escape.

—No te das el crédito suficiente.

—Tenía doce. Estaba completamente indefensa. Su hijo fue el que me salvó. Me llevó a la estación de policía. —No había querido quedarse. Will había planeado dejarme antes de regresar. A qué, no estaba segura.

Nada bueno.

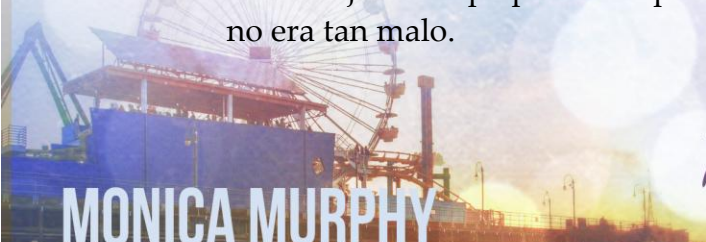
—Tuviste la fuerza para testificar —me recuerda—. Hablaste en una corte y ayudaste a condenar al hombre que te secuestró y violó.

Violó. Odio eso palabra. Me hace sentir como mercancía dañada, tal vez porque lo *soy*. ¿Quién me querría? Apenas puedo mirar a un hombre a los ojos, y mucho menos hablar con uno. —No quiero hablar más de esto.

—¿Sobre qué?

—Él. Lo que me hizo. Cómo me violó. Cómo estoy arruinada para cualquier otro hombre —escupo. Siempre vuelve a eso, a él, y lo que me hizo. Quieren todos los detalles espantosos. Un lista exacta de lo que me hizo, dónde me tocó, cuántas veces…

Cierro los ojos y dejo que me inunde. Lo que hizo. Lo que dijo. La mirada en sus ojos. Los pequeños toques de bondad que daba para convencerme que no era tan malo.







Era el diablo.

—¿Crees que estás arruinada? —pregunta la doctora Harris.

—Sí —susurro—. Es por eso que a veces desearía haber muerto. Sería mucho más fácil, ¿sabes? Me habría ido. No tendría que lidiar con nada de esto.

—¿Dices que te sientes suicida?

Siempre la misma pregunta, siempre con miedo de que me haga daño a mí misma. —Para nada.

—¿Te arrepientes de haber hecho la entrevista?

Abriendo los ojos, la miro fijamente. —No. Tenía que hacerse. Asumo que eso es parte del proceso.

—Creo que tienes razón —dice, con voz suave, su expresión amable. Ese pequeño atisbo de bondad me tranquiliza y me siento derecha, mi pulgar sigue tocando el dije de plata del ángel guardián—. Hablar de lo que paso hace tantos años va a traer un montón de emociones difíciles. Serás llevada de vuelta a cuando ocurrió y vas a tener que lidiar con esos sentimientos de nuevo.

Y no lo hice adecuadamente la primera vez, no en realidad. Tuve que fingir que todo estaba bien, incluso aunque no fuera así. —Debería ser más fuerte —digo—. No debería afectarme de esta manera.

—Todos lidiamos con los traumas de forma diferente —comienza, pero la interrumpo.

—Quiero ser más fuerte.

—Lo lograrás. —Sonríe, con esa sonrisa tensa, de labios-cerrados que está llena de mentiras—. Algún día.

—¿Cuándo?

—Cuando estés listas.

—Pero lo estoy ahora.

—¿Lo estás?

Silencio otra vez. Tal vez tiene razón. Quizá no estoy lista.

Tal vez nunca lo esté.



14

Ahora

Traducido por Beatrix

Corregido por Melina.

Ethan

Soy un hombre obsesionado.

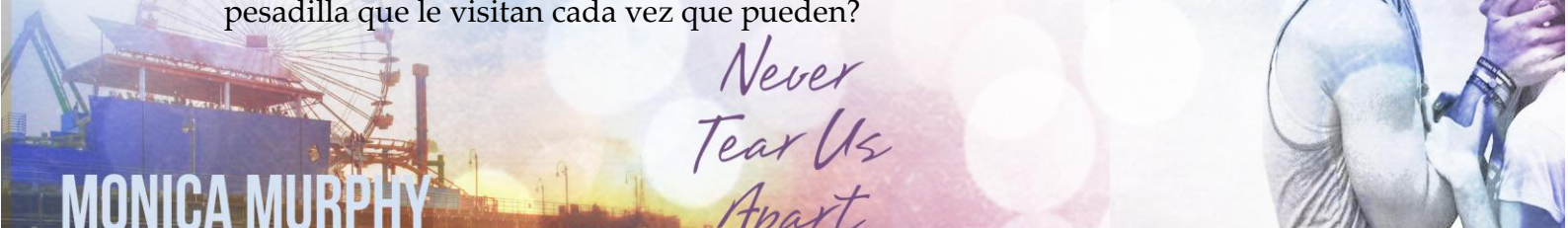
Me siento en mi coche en la misma calle de la casa de Katherine Watts, agachado en el asiento del conductor, tan agachado que tengo el nivel de los ojos con el volante mientras observo su casa. No hay ningún movimiento, ningún coche aparcado en el camino de entrada, no pasa nada en absoluto, y estoy ansioso. Quiero estar más cerca, pero no demasiado cerca. Ella no me reconocerá si está allí, si me encuentra. No quiero asustarla y estoy seguro de que está nerviosa. Podría pensar que soy un reportero, tratando de desenterrar algo de información.

Es la cubierta perfecta.

Infierno, no debería estar aquí. Me prometí que no volvería a su casa, que no iba a tratar de echarle un vistazo.

Pero aquí estoy, al acecho. Esperando. Sólo quiero asegurarme de que está bien. Que está a salvo. Después de que la entrevista salió al aire, estoy seguro de que ha tenido que hacer frente a una enorme cantidad de atención de los medios. No puede ser fácil. ¿Tiene un sistema de apoyo sólido? ¿Amigos? ¿Familia? De verla una y otra vez en esa entrevista, tengo la clara sensación de que está aislada. Sola.

Puedo atestiguarlo. Y no me gusta eso. ¿Tiene ese dolor constante en la boca del estómago? ¿Le acecha en los momentos más oscuros de la noche, cuando está sola y vulnerable en su cama, con recuerdos envueltos en una pesadilla que le visitan cada vez que pueden?



Demonios, espero que no.

La inquietud hace que todo mi cuerpo se sienta como si fuera una gran contracción muscular y me diera por vencido tratando de mantenerme sobrio en el coche. Es demasiado pequeño, demasiado contenido, y me siento como si estuviera sentado en una olla a presión. Como que voy a explotar y destruiré todo en cualquier momento.

La paciencia nunca ha sido mi fuerte.

Así que salgo del coche y poco a poco comienzo a caminar por la acera hacia su casa. Mis pasos avanzan paulatinamente, las manos en los bolsillos de mis pantalones vaqueros, una expresión neutra, la postura casual. Estoy usando una sudadera negra, gafas de sol cubriendo mis ojos aunque el sol es débil. Esta calmado. Teniendo en cuenta que es justo después de las once de la mañana, puedo asumir que casi todo el mundo está en el trabajo. Con la excepción de la mujer mayor sentada en el pórtico de la casa que está justo al lado de Katherine Watts.

Su vecina.

Mierda.

Hago todo lo posible para no mirar en su dirección, manteniendo la cabeza hacia otro lado, aunque me muero por ver la casa de Katie. Quiero echa un vistazo a todos los detalles posibles para poder memorizarla. Tal vez descubrir una pista, un pequeño vistazo a lo que hace Katie. Quiero entenderla.

Desesperadamente.

—¿Necesitas alguna ayuda, joven?

Parando, me vuelvo a encontrar a la anciana sentada en el borde de la mecedora del pórtico, mirándome con ojos de halcón, lista para saltar. Puedo sentir un espíritu afín, ella no confía en nadie, igual que yo. Apuesto a que es el único miembro de la patrulla vecinal en esta calle. —Hola. —Le saludo con la mano.

Su expresión no vacila. No queriendo decir algo, pero tampoco súper amable. —¿Estás buscando a alguien?

Señalo la casa de Katie. —Creo que yo vivía allí cuando era un niño.

Sus cejas delineadas ascienden. —¿Crees?

—Estoy bastante seguro. —Le lanzo una sonrisa amistosa—. Fue hace mucho tiempo.

—Mmm. No te ves tan viejo.

—Lo bastante como para tener algunos recuerdos borrosos. —Mantengo mi sonrisa plantada firmemente en su lugar, pero ella la rechaza.







Sigue estudiándome, evaluándome. Probablemente piensa que no soy para nada bueno.

Eso sería correcto.

—¿Con ánimo para recordar? —pregunta—. ¿Es por eso que estás aquí? No me digas que eres un reportero.

Ignoro la observación de reportero. Podría ser la tapadera perfecta, pero tengo la sensación de que esta mujer me echaría en un instante si sospechara que estoy aquí para husmear. —Sensación de melancolía. —Eso no es una mentira del todo—. Extrañando a mi madre. —Es más fácil fingir que la echo de menos a ella que a un padre querido.

—Oh ¿la perdiste? —Su expresión no cambia mucho, por lo que no sé si es sinceramente amable o no.

Asiento, no estoy seguro si miento o no. Nunca dio la cara, ni siquiera cuando se armó un gran lio y el nombre de papá junto a asalto y disparo se transmitieron en todas las noticias. ¿Qué mujer no extiende la mano y trata de ponerse en contacto con su único hijo? Acabé en una casa de acogida hasta que me escapé cuando tenía diecisiete años, no es que mis padres adoptivos se preocuparan. Sólo querían recoger los cheques mensuales.

La vida era un infierno cuando estaba con mi padre, y el infierno continuó en una escala menor después de que fui sacado de su casa. Necesitaba un héroe. Que alguien viniera a rescatarme, y apostaba por que mi madre era la única que debía hacerlo. El reencuentro se había reproducido una y otra vez en mi cabeza durante esos años, pero nunca ocurrió.

Ella era o bien una perra sin corazón o estaba muerta. Prefiero pensar que está muerta.

Es más fácil de esa manera.

»Es una lástima. —La expresión de la anciana nunca, nunca titubea. Estoy impresionado—. No recuerdo a ninguna familia con un muchacho joven que viviera en esa casa, hijo.

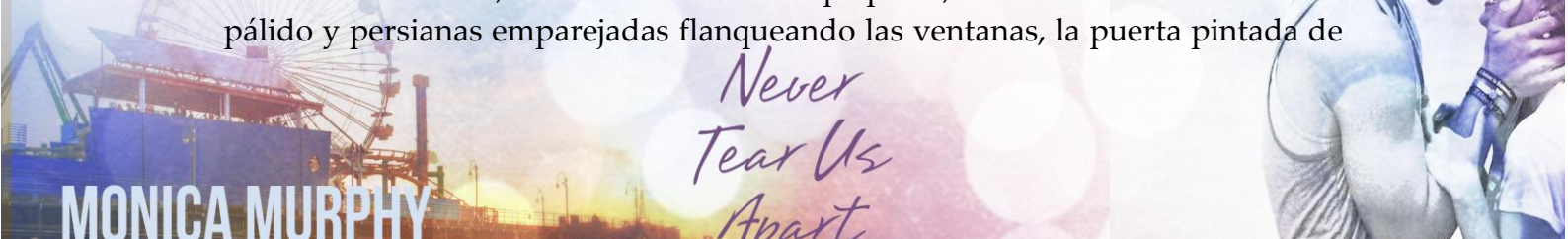
—¿Cuánto tiempo has vivido aquí?

—Casi veinte años.

Bueno, infiernos. Ella lo sabría. —¿Sí? Bueno… gracias por la información.

—Tal vez te estás equivocando de casa —sugiere—. Podría ser en una calle cercana diferente. Todas se ven bastante similares por aquí.

—Tal vez. Puede que tenga razón. —Finalmente me permito mirar con añoranza a la casa, la casa de Katie. Es pequeña, blanca con un borde azul pálido y persianas emparejadas flanqueando las ventanas, la puerta pintada de



un rico, color rojo brillante, sorprendiéndome. Colores tan vivos, pero tal vez a ella le gustan los colores brillantes. Macetas de flores de colores salpican el pórtico delantero y un columpio de madera cuelga desde el techo, similar al que mi interrogadora está usando.

Si pudiera, me adentraría al patio de Katie y miraría a través de las ventanas para ver cómo vive. Sus gustos, sus muebles, las fotos que pudiera tener en las paredes. Pero ninguna de esas ventanas está desnuda. Cortinas o persianas cubren todas y cada una por lo que puedo ver y, además, me vería como un maldito criminal, un mirón tratando de echar un vistazo a una mujer vulnerable y sola en el interior.

De ninguna manera voy a permitir que me haga compartir algún rasgo con mi padre. Mi odio a mí mismo ya es suficiente. Todas las comparaciones a él jodidamente me destruirían.

»¿Quién vive aquí ahora? —pregunto con indiferencia, haciendo caso omiso de la manera en la que mi corazón se acelera. Quiero una sola palabra acerca de Katie, Katherine. Un pequeño detalle, un bocado de información que pueda tener conmigo para saborear más tarde.

Dime que está a salvo. Dime que es feliz. Dime que tiene amigos y un gato y tiene un buen trabajo y está viendo a alguien que podría ser especial. Dime que está cerca de su familia y sonríe mucho y no está muy sola. Dime que estoy equivocado. Dime todo eso. Necesito oírlo. Necesito asegurarme de que está bien.

Eso es todo lo que quiero. Saber que está a salvo.

—Eso no te importa —dice la mujer, como regañándome. Doy un paso hacia atrás, sorprendido por la explosión de calor que brilla en sus ojos. Protectora. Me gusta eso. Me tranquiliza saber que Katie tiene a alguien a su lado viviendo tan cerca de ella. No es que esta mujer de aspecto frágil pudiera evitar cualquier cosa que suceda, pero… podía marcar el novecientos once. Alejar los bichos raros que acecharan alrededor de la casa de Katie. Como yo—. Ella es una persona privada.

Y eso es todo lo que dice. Lo único que me dará.

Nos miramos el uno al otro por un momento y alejo la mirada primero, dejando que gane. Preguntándome si le dirá a Katie que un hombre desconocido vino hoy. ¿Me importa?

Probablemente no.

—Gracias por su ayuda —le digo a la anciana mientras comienzo de nuevo a ir hacia mi coche. Mi decepción es palpable y me esfuerzo para alejarla. No sé qué demonios estoy haciendo, lo que creo que podría salir de esto. ¿Un cierre? Esto nunca se cerrará, lo que me pasó, lo que sucedió a Katie.



Compartimos algo que nadie más entiende. Me gustaría poder hablarle, pero no puedo. No quiero abrir una vieja herida y hacerla sangrar.

Voy a tener que estar satisfecho con los pequeños trozos y piezas de Katie que poco a poco pongo juntas por mi cuenta.

Por ahora, eso es suficiente.





15

Antes

Traducido por Verito

Corregido por Melina.

Katie

Estar acostada en un delgado colchón por días mientras estaba encadenada a una pared me dejó débil. No había comido mucho y tampoco bebido mucho. Así que cuando Will me entregó una botella de agua luego de cortar la cadena de mi tobillo, tragué prácticamente la cosa entera de un solo sorbo.

—Tómalo con calma —me advirtió, su voz baja y calmada llena de preocupación. Levanté la mirada, vi su ceño y cara fruncidos, mis labios aún estaban envueltos alrededor de la abertura de la botella—. No quieres vomitarlo todo.

Tenía razón. Bajé el ritmo, tomando su consejo, mi miraba nunca lo abandonó mientras buscaba algo en una mochila que trajo y sacaba lo que parecía ser una camiseta doblada. Me la ofreció.

»Para ti.

Observé la camiseta que sostenía en sus manos. Era azul marino con letras blancas, pero no podía descifrar qué decía. —¿Qué es? —pregunté, sin ser capaz de confiar en él completamente. ¿Qué si tenía motivos ocultos? Quizás era amable para poder aprovecharse de mí. No lo conocía. No sabía por qué querría ayudarme. No entendía nada de esto.

—Una camiseta. Para que puedas cambiarte la que estás usando. —Hizo un gesto en mi dirección—. Pensé que quizás querías usar ropa limpia, aunque no tengo pantaloncillos o algo para ti. Soy muy grande y tú eres, eh, muy pequeña.





Él no era tan grande, pero era más alto que yo. Tomé la camiseta y la sacudí para descubrir que era una camiseta de fútbol de una escuela secundaria. El nombre estampado en la parte delantera, un águila mascota sacando pecho, su expresión amenazante. —¿Fuiste a esta escuela? —le pregunté.

Will ignoró mi pregunta y miró alrededor. —Necesitas apresurarte. No queda mucha luz diurna.

—No puedo cambiarme frente a ti —susurré y se alejó de mí sin decir una palabra, me dio la espalda cuando se inclinó a buscar algo en la mochila que tenía en sus manos. Mientras revolvió dentro de ella, lo observé por un momento para asegurarme de que no giraría.

—Apresúrate, Katie —urgió y me deshice de mi camiseta sucia y rota, dejándola caer al suelo antes de tirar de su camiseta sobre mi cabeza. Era muy grande, las mangas me quedaban en los codos, el dobladillo sobre la mitad del muslo, escondiendo los pantalones cortos manchados y sucios que llevaba. Me puse de pie en mis piernas temblorosas, casi caí al suelo porque mis rodillas se sentían como si fuesen a ceder.

Se giró y se apresuró hacia a mí para agarrar mi codo, y me alejé de su toque. —Estoy bien —murmuré, mi piel ardiendo donde sus dedos rozaron contra mi piel. No era un ardor malo. Más como electricidad hormigueante que se sentía como un choque a mi sistema.

No lo entendía.

—Creí que te ibas a caer —murmuró, su cabeza inclinándose mientras me miraba, mechones de cabello negro cayendo sobre su frente. Una vez más pensé que el color era completamente innatural y lo estudié, realmente lo estudié, tratando de descifrarlo.

Usaba una camiseta negra. Lisa. Pantalones vaqueros negro desvanecido, y las más desgastadas zapatillas Vans que había visto cubrían sus pies. Era todo negro, de los pies a la cabeza, una larga línea, con cabello colgando sobre sus ojos y una expresión desafiante en su rostro. Me recordaba a los chicos emo que iban en mi escuela, a pesar de que él no era pálido como solían ser ellos. Y tenía músculos. Sus brazos no eran enormes pero sus bíceps estaban definidos. Se veía fuerte.

Casi intimidante.

»Necesitamos irnos —dijo firmemente, su mirada encontrando la mía. Sonaba como un hombre, con esa voz profunda, pero por la mirada en su cara, el nerviosismo en sus ojos, podía ver que realmente era sólo un niño.

Como yo.



Hice una pausa, insegura de si debía ir con él, y se dio cuenta. Debió ver la renuencia en mi mirada y cuando nuestros ojos conectaron, confesé—: Estoy asustada.

Su expresión se quebró por el más breve momento. No creo que supiese exactamente qué hacer conmigo. —No puedes estar asustada, Katie. Tienes que ser valiente. Tienes que venir conmigo.

Quería. Realmente lo hacía. —¿Y si nos encuentra? ¿Qué hará?

La determinación que confirmaba su mandíbula lo hacía lucir más masculino. No muy infantil por mucho más. —No te hará nada. No lo dejaré.

—¿Lo prometes? —Pedía demasiado, pero necesitaba escuchar las palabras. Necesitaba la seguridad.

Su mirada era solemne. —Lo prometo.

Quería creerle. Necesitaba creer en alguien que me sacara de aquí. Así que puse toda mi fe en él. Tenía que hacerlo.

No había otra opción.

Sin vacilar se giró y se dirigió a la puerta del cobertizo. Lo seguí, haciendo mi mayor esfuerzo para mantenerme a la par, la botella de agua casi vacía seguía apretada en mi mano. Él tomó mi otra mano para ayudarme a bajar los escalones de madera desvencijados, sus largos dedos apretados alrededor de los míos, y di un respingo cuando los ásperos bordes de la madera rasparon las plantas de mis blandos pies.

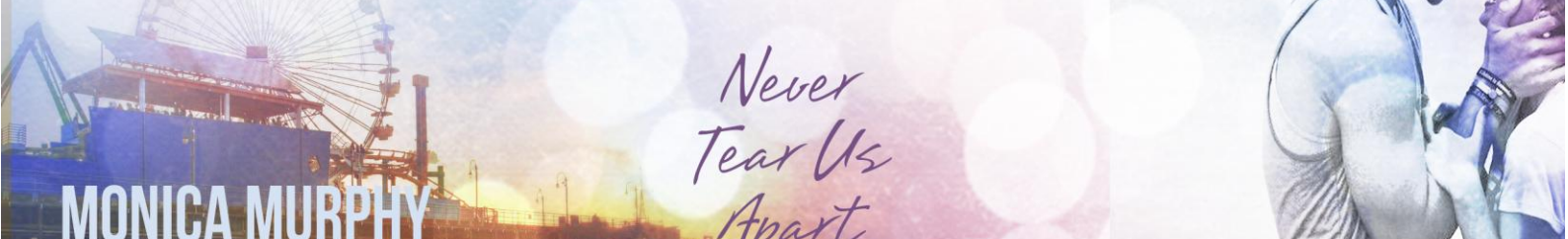
»Necesitas zapatos —murmuró, buscando en su mochila mágica. Sacó un par de sandalias naranja brillante de *Old Navy*, esas baratas que puedes conseguir por menos de cinco dólares—. Encontré estas. —Me pregunté a quién le habían pertenecido.

Sin embargo, ya no importaba. Ahora me pertenecían a mí.

Me deslicé en ellas y a pesar de que eran un poco grandes, servirían. Me sonrió. Esa curva ladeada de sus labios con la boca cerrada apareció y se fue, todo en un parpadeo. Luego con un movimiento de su cabeza, me indicó sin palabras que quería que lo siguiese. Lo hice. Me mantuve un paso detrás de él mientras escapábamos del patio trasero, pasando el solitario caballo de carrusel apoyado en la esquina de la valla.

—¿Es ese tu caballo? —le pregunté, queriendo saber si vivía aquí. Como jugaba un rol en este momento, esta situación.

Se detuvo por un momento, su cabeza girando en dirección al caballo, una mirada lejana cruzando su cara. —Sí. Lo encontré en un contenedor de basura no muy lejos del parque.



El parque. El parque de diversiones. Estaba cerca. Más cerca de lo que pensaba.

»Generalmente los venden. Los subastan. A la gente le gusta comprarlos. Es como comprar una memoria, un pedazo de felicidad de su niñez —continuó, y lo observé. Preguntándome si este caballo representaba una pieza de felicidad de su infancia. Aunque él seguía siendo un niño. Mayor que yo, pero definitivamente aún no un adulto.

»Pero este, lo tiraron como si no importara. Estaba roto. Desteñido y astillado, un feo color marrón que probablemente no se veía tan bien con los otros caballos y animales de colores brillantes en el carrusel. ¿Has estado en ese carrusel? —Su mirada encontró la mía y asentí—. Es brillante y ruidoso, con las campanillas y los timbres y la música. Este chico no encajaba.

Tenía este extraño presentimiento de que él no continuaba hablando del caballo. Hablaba de sí mismo.

»Necesitamos irnos —dijo, sonando irritado. Le dio una última, larga mirada al caballo y luego nos marchamos. Me guio al portón y lo abrió, indicando que debería salir primero, y lo hice, con mi pecho apretado y mi mirada aguda. Una pequeña parte de mí estaba asustada de que esto pudiese ser una trampa. Él podría estar llevándome a mi perdición.

Estábamos en un vecindario, líneas de pequeñas casas aparentemente casi una encima de la otra, en pequeñas y ordenadas filas. Los patios no eran nada más que hierba, viejos carros estaban estacionados en caminos de entrada o en la calle. Barras de metal oxidado cubrían la mayoría de las ventanas de las casas, manteniendo a los chicos malos fuera o a los buenos dentro, no estoy segura.

No había niños jugando afuera, ni voces que venían de los patios traseros o desde el interior de las pequeñas casas. Era extrañamente calmado, el sol bañaba el cielo en un brillo naranja rosáceo mientras se escondía en el oeste. Caminamos con dificultad cuesta arriba, Will manteniendo su paso tranquilo y uniforme, yo haciendo mi mejor esfuerzo de estar con él, pero ya estaba cansada. Exhausta. Adolorida.

Lista para rendirme y recién comenzábamos.

Una vez que alcanzamos la cima de la colina, me di cuenta de dónde estábamos. No muy lejos de la calle principal que daba directo a la playa y al paseo marítimo. Observé sobre mi hombro, mi respiración quedándose en mi garganta cuando vi el océano, el sol una bola naranja amarillenta hundiéndose en el ondulante azul. El parque de atracciones ya estaba iluminado, el círculo de la rueda de la fortuna una luz intermitente verde y roja, el camino de la montaña rusa iluminado por luces blancas.



El arrepentimiento me golpeó como un puño en el estómago. Nunca me subí a la montaña rusa con Sarah. Tampoco comí un Twinkie frito como quería. No hice mucho de nada.

Pero al menos estaba viva.

»No falta demasiado —prometió Will, y me giré para verlo, vi la culpa en su expresión. Me pregunté si mentía.

Incertidumbre creció dentro de mí, como también sospecha. —¿A dónde me llevas? —pregunté. Más como que demandé.

—Estación de policía. —Sacudió la barbilla en la dirección general, una que estaba cuesta arriba. Realmente no creía que pudiese subir toda esa estúpida colina—. Está más cerca del centro.

—¿Cuán cerca estamos del centro?

—No muy lejos. —Bajó la cabeza, su cabello cayendo frente a su rostro, como si lo usara como un escudo.

Mentía. Podía decirlo. —¿No tienes un teléfono celular? —No tenía. Sarah sí. Deseé tener uno. Apuesto que mamá y papá también deseaban que tuviese uno.

—No. —Negó con la cabeza, la menor mueca curvando sus labios—. No puedo permitírmelo.

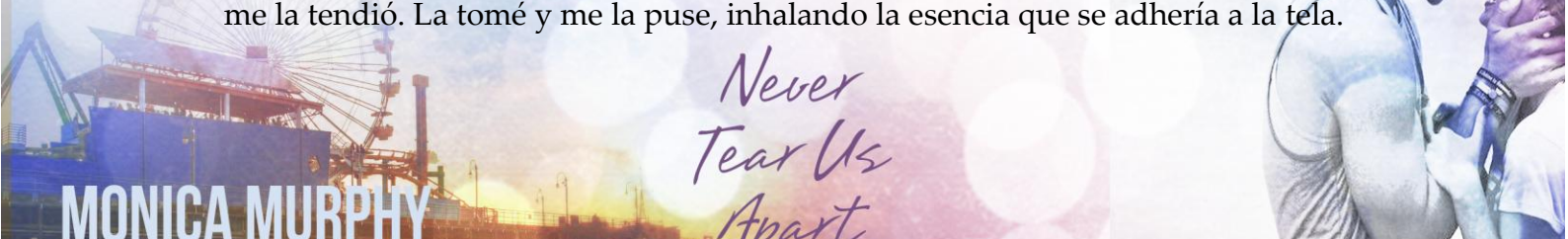
Sin otra palabra comenzó a caminar otra vez y no tuve otra opción más que seguirlo. Soplamos y resoplamos subiendo la colina, yo soplando y resoplando más, dado que él estaba en perfecta forma. No había estado amarrado a una pared por el último par de días, golpeado y brutalizado y alimentado con nada más que una dona aquí y un par de galletas allá, la ocasional bolsa de Doritos acompañado por un refresco con gas.

Odiaba el refresco con gas. El ser capaz de enfocarme en mi odio a una sola cosa en particular, después de todo lo que había pasado, era probablemente una indicación de que estaba en estado de shock. No lo sabía. Veía *CSI* con mis padres y tomé unos pocos términos criminales/policiacos, pero la mayor parte del tiempo, no prestaba atención.

Había un montón de cosas a las que no les prestaba atención y deseaba haberlo hecho.

»¿Estás bien? —preguntó Will sobre su hombro y yo murmuré un sí en respuesta. Hice una mueca con cada paso, los músculos en mis pantorrillas me dolían, y temblé cuando una briza fría proveniente del océano pasó sobre mí.

De alguna manera, él lo notó. Notaba todo y no estaba segura de sí eso debería asustarme o no. Sacó una sudadera gris claro de su mochila mágica y me la tendió. La tomé y me la puse, inhalando la esencia que se adhería a la tela.



Olía a detergente y algo más. Algo inidentificable, y presioné mi nariz contra el cuello, inhalando. La sudadera era suave y cálida, el olor tranquilizante, y me envolvía por completo, me tragaba, como su camiseta que traía puesta.

—Ponte el gorro sobre tu cabeza —me dijo, y lo hice.

—¿Por qué? —tiré de los cordones para el que el gorro me quedara apretado, moldeado alrededor de mi cara.

—Tu cabello. Es brillante. Él podría… podría reconocerte si llega a pasar por aquí. —Su voz era dubitativa y vi la mirada salvaje en sus ojos—. Fue a trabajar. Debería regresar pronto. Si no se detiene en el bar primero.

Todo dentro de mí cayó. Mi estómago tembló y mi boca se secó. Dios, me sentía como si fuese a vomitar. Era una tonta por pensar que me liberaría de él. Me podría encontrar. Podría encontrarnos a ambos. Por todo lo que sabía, este chico me llevaba a él y yo era lo suficientemente tonta como para seguirlo a donde quiera que íbamos. —¿Qué es él *para* ti?

Negó con su cabeza, sus fosas nasales dilatadas. —No importa.

Caminamos en silencio por unos minutos y su respuesta pesaba mucho en mi mente. No era lo suficientemente bueno. Él sabía más de lo que dejaba ver y yo estaba asustada. Asustada de estar cometiendo un error. Asustaba de estar caminando hacia una trampa.

—La cosa es que *sí* importa —dije finalmente poniéndome a paso con él, así que caminé a su lado, mi respiración entrecortada, mis pies doliendo, especialmente mis dedos. Se curvaban apretados dentro de las sandalias baratas, tratando de mantenerlas en mis pies.

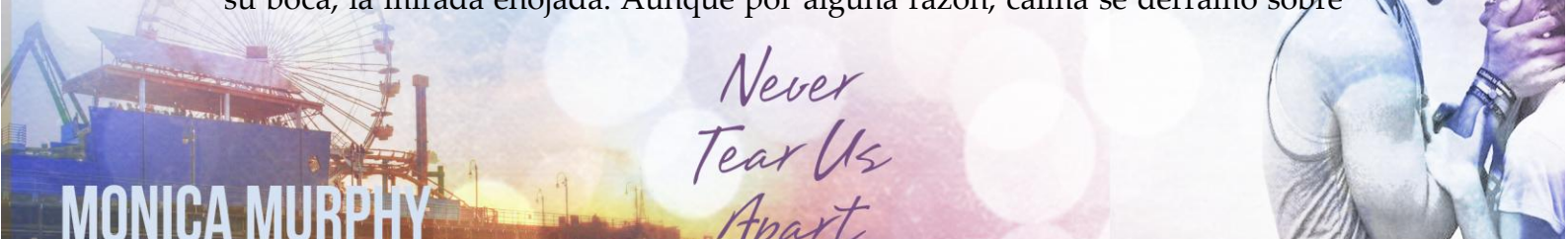
—¿Qué importa? —Me dio una mirada cautelosa, de soslayo.

—Quién es él para ti. Necesito saberlo antes de ir más lejos. —De dónde vino la fuerza no estaba segura, pero levanté mi barbilla, esperando lucir lista para los negocios.

Nos detuvimos en medio del camino, mirándonos el uno al otro, nuestras respiraciones sonaban más fuerte que los familiares sonidos nocturnos. Un perro ladró en la distancia cercana. Coches pasaron, sus luces pasando sobre nosotros, iluminándonos por un breve segundo antes de que desaparecieran. Una gaviota solitaria voló sobre nosotros, un corto y duro grito triste, y sentí como si ese sonido triste pudiese tragarme por completo.

—No debería importar —dijo Will con gravedad—. Él no es nada. No soy como él.

Lo observé, las luces de los coches que pasaban iluminaban su rostro, y me di cuenta de que se parecía vagamente a él. Mi secuestrador. Era la forma de su boca, la mirada enojada. Aunque por alguna razón, calma se derramó sobre



mí, reasegurándome que había tomado la elección correcta. No estaba aterrorizada. Él me salvó. Me sacó de ese almacén infernal como si no fuese gran cosa, cuando había sido mi prisión por días.

—Es tu padre.

Un musculo en su barbilla se flexionó, pero además de eso, nunca se movió. Tampoco lo hice yo. Continuamos mirándonos el uno al otro hasta que una bocina sonó, sorprendiéndonos a ambos. —Tenemos que irnos —murmuró.

—No eres… —Extendí mi mano por él y tomé la suya, apretándola fuerte. Demasiado fuerte quizás, pero no me importó. Mirando hacia abajo, estudié nuestros dedos unidos, agradecida por la conexión, rezando porque él no tratase de engañarme. Por qué este chico me calmaba, no sabía y no podía comenzar a entenderlo. Tal vez fue el hecho de que me rescató. Sin pensarlo, sin preocuparse de qué le pasaría. Se estaba poniendo a sí mismo en riesgo al hacer esto. Ayudándome. No podía olvidar eso—. No estás… no estás llevándome a él, ¿verdad?

Apretó mis dedos y no me inmuté. Necesitaba su seguridad. Necesitaba creer que él quería salvarme. —No. No te haría eso.

—¿No lo harías? —Lo miré, sin dejar ir su mano. No quería dejarlo ir jamás. Curvé mis dedos alrededor de los suyos, sentí su pulgar acariciar la parte superior de mi mano, y un aleteo cosquilleó en mi bajo vientre.

—Nunca —dijo con firmeza, su voz profunda en directo contraste con el miedo en sus ojos. Él estando asustado era una seguridad para mí también.

Pero aún necesitaba escuchar sus palabras.

—¿Lo prometes?

Will sostuvo en alto nuestras manos conectadas. Y su mirada, tan seria, nunca dejó la mía. —Lo prometo.



16

Ahora

Traducido por MaJo Villa

Corregido por Melina.

Katherine

Confrontando a tus miedos.

Miré las palabras en *Google* y salió un montón de buena información, devorándola toda en cuestión de horas en el transcurso de una larga noche sin dormir que se transformó en dos, que se convirtieron en tres. Leí un artículo tras otro, con mis párpados pesados, mi cerebro sobrecargado con trucos y consejos, palabras tranquilizadoras y citas reiterativas.

Mi insomnio me había dado una patada a lo grande y no me gustaba tomar pastillas para dormir, aunque he tenido algunas prescritas. No me gusta tomar medicamentos. El Xanax, el Prozac, el Ambien… lo he intentado todo.

También los odié a todos. Hacían que mi cabeza se sintiera nebulosa. No me sentía bien, no pensaba bien, no actuaba como yo. Prefiero hacerle frente a los demonios en mi cabeza que hacerme dependiente a drogas que alivian el dolor.

Mi cita con la Dra. Harris hace unos días atrás me dejó con una sensación de inquietud, una que todavía no podía quitarme de encima. Me sentí mal, por gritarle, por actuar como lo hice. En cierto modo me sentí trastornada y le eché la culpa a mi psiquiatra. Estoy segura de que está acostumbrada a ese tipo de cosas, pero le envié una disculpa por correo electrónico de todos modos. Me aseguró en su respuesta que no era necesario, pero estoy contenta de haberlo hecho. Contenta de haber sido lo suficientemente adulta para darme cuenta de cuando hacía un berrinche como un niño.







No ayudó que esa tarde cuando regresé a casa después de nuestra cita, mi vecina, la señora Anderson, me hiciera saber que un hombre sospechoso había "estado deambulando alrededor de mi casa". Le dije que lo más probable era que fuera un reportero buscándome, ella sabía quién era yo en realidad, lo descubrió con bastante rapidez después de que me mudara porque ella es realmente la persona más entrometida que he conocido en mi vida, pero no pareció satisfecha con esa respuesta.

Lo que me dejó precavida.

—Un hombre joven sospechoso. —Había dicho—. Llevaba gafas de sol aunque el cielo estaba nublado por completo. Me dio una historia disparatada de haber vivido en tu casa cuando él crecía. No le creí. Tampoco terminaba de disgustarme, pero supuse que no buscaba nada bueno. —Sus ojos se habían entrecerrado—. Hay algo en él que me hizo pensar que era inofensivo. ¿Tal vez un ex buscándote después de que te viera en la televisión?

Casi me reí de su sugerencia, pero me contuve. —Lo dudo —le había dicho, y me dio un pequeño carraspeo por respuesta, sin sentirse satisfecha, estoy segura.

Un ex. Eso implicaría haber estado con alguien en primer lugar. Soy tan soltera como siempre. Nunca me han besado. Nunca me han abrazado con ternura los brazos de un hombre, nunca me han hecho el amor, y de todos modos, ¿eso es de verdad? ¿Qué quiere decir, incluso hacer el amor? No sé lo que se siente estar en una relación.

La falta de sueño me ha vuelto ansiosa. Repasar los innumerables sitios de cómo confrontar las cosas es lo que me ha estado frenando y ha contribuido a mi ansiedad. Sin embargo, he seguido algunos de los pasos sugeridos, y he llegado con un plan de juego.

Estoy lista para enfrentar mis miedos.

En primer lugar, tenía que hacer una lista. Era larga, pero fui capaz de agrupar algunas cosas (otra sugerencia de uno de los sitios que leí), y eso ayudaba a que mis temores de la lista fueran menos intimidantes. A continuación, reacomodé mi lista de lo que me daba menos miedo a lo que me daba más.

¿El temor que espero poder conquistar primero? ¿El que se supone es el más fácil? Pasar un tiempo prolongado en un lugar público lleno de gente.

¿El temor más grande que encabeza mi lista? Tener intimidad con un hombre.

Dado que ese parece tan increíblemente inverosímil y el más lejano para enfrentar, supongo que jamás sucederá.



Decidiendo que no hay mejor tiempo como el presente, me dispuse a conquistar lo que pensé que sería el elemento más fácil en mi lista. Ir a un lugar que contiene muchos de mis miedos, un lugar del que no le puedo contar a nadie.

La culpa me inunda cuando conduzco a lo largo de la carretera con la ventana baja, el viento soplando a través de mi cabello, el sabor salado del océano pesado en la brisa. Si mamá y Brenna supieran lo que estaba haciendo, habrían enloquecido. Enloquecido. Estoy como enloqueciendo sólo de pensar en ello. ¿Cómo voy a lidiar con ello cuando realmente llegue allí?

Tal vez he mordido más de lo que puedo masticar.

La época del año es la equivocada, al igual que el clima, pero eso no parece importar. Una vez que salgo de la carretera y comienzo a recorrer el camino que lleva hacia el océano, mi corazón empieza a acelerarse. Mis manos están húmedas. Paso el punto en la esquina de la calle en donde Will Monroe me dijo que tirara de la capucha de su sudadera por encima de mi cabeza y empiezo a temblar.

Me encuentro en la señal de parada, esperando que los otros coches pasen primero, imaginándome a mí misma de pie en esa esquina de la calle. Los coches pasando, el resplandor amarillento de sus faros rayando el cielo crepuscular púrpura. El leve rugido de la montaña rusa, mientras se amplía a lo largo de las antiguas pistas de madera, los que la montan gritando de alegría.

Siempre he creído que imaginé esa parte. Oír la montaña rusa y a los que la montan. Los gritos. Todo estaba en mi cabeza, algo que inventé.

Una bocina suena, sorprendiéndome, y suelto los frenos, presionando mi pie en el acelerador. El coche se tambalea hacia adelante como un meteoro a toda velocidad a través del espacio, justo en el camino de un vehículo que se había puesto impaciente conmigo y había intentado girar a la izquierda. El conductor toca la bocina y el sonido inesperado me hace jadear y maldecir.

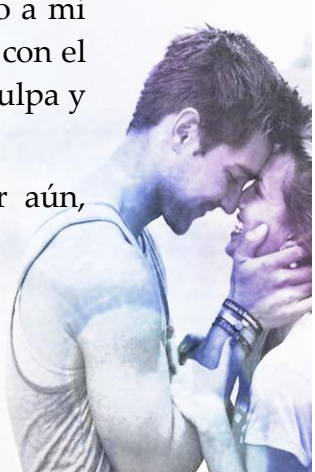
Demasiado tarde, demasiado tarde. Dios, voy a morir en una intersección a unos meros kilómetros de donde me secuestraron. A unos meros kilómetros de donde fui rescatada.

¿Qué tan irónico es esto?

Me lanzo a través de la intersección, las ruedas de mi coche nunca pareciendo tocar el suelo, lo cual es imposible, lo sé. Echando un vistazo a mi izquierda, veo al conductor irritado sacándome los dos dedos del medio, con el rostro contraído por la rabia desmesurada. Le ofrezco una mirada de disculpa y un saludo con mi mano, pero no le importa.

Estoy segura de que piensa que soy una completa idiota. Peor aún, parece que desea que poder estrangularme hasta matarme.





En el momento en que logro atravesar la intersección, me detengo, mis ruedas chocando contra el borde de la acera. Llevando mi coche a estacionarse, me cubro la cara con mis manos temblorosas, mi respiración desigual y fuerte contra mis palmas ahuecadas.

¿De verdad creí que podría lidiar con esto?

Lo presioné con demasiada fuerza. Demasiado rápido. Ir a la escena del crimen, literalmente, fue una loca idea. Quiero ser curada. Quiero estar bien. Quiero sentirme fuerte, despreocupada y segura de que puedo hacer lo que quiera sin ninguna preocupación. No debería tener que preocuparme tanto, ¿sabes? No debería tener tanto miedo.

Pero no soy ninguna de esas cosas. Confiada. Fuerte. Despreocupada. Esas palabras pertenecen a la vieja yo. Una vez que se pierde la inocencia, nunca puedes recuperarla. Ese es mi problema. Perdí mi inocencia a la edad de doce años, demasiado pronto. Y el hombre que me la robó me perseguirá para siempre.

La ira surge y la dejo que me inunde. Estoy loca. Irritada conmigo misma. Necesito superar esto. Vivir una vida normal. Buscar amigos. Salir con chicos. Brenna me ha ofrecido arreglarme citas más de una vez. Su novio tiene un montón de amigos solteros a quienes aprueba. Chicos agradables. Chicos normales.

Pero siempre hay algo que me detiene. Como si estuviera esperando a… alguna cosa.

A alguien.

Dejo caer mis manos de mi cara y tomo una respiración profunda. Levantando la mirada hacia el espejo retrovisor para ver un coche estacionado justo detrás de mí. Es indescriptible. Negro. Podría ser un Honda, podría ser un Toyota… podría ser cualquier cosa. Un hombre se encuentra sentado al volante, su oscura cabeza inclinada, la mirada fija en su regazo, aunque no puedo ver la mitad de su cara considerando que está cubierta por unas gafas de sol.

Todos los finos pelos de mi cuerpo se erizan al darme cuenta. ¿Me está siguiendo? Su cabeza todavía se encuentra inclinada, su cabello oscuro cayendo sobre su frente, una camiseta blanca extendiéndose a través de sus hombros anchos y su pecho. Se ve joven. Inofensivo. Pero las apariencias pueden ser engañosas. Yo sé esto.

Lo he vivido. He sobrevivido.

Parpadeando con fuerza, continúo observándolo. De hecho, descaradamente lo estoy mirando fijamente por el espejo retrovisor, con mi garganta seca, mi corazón aumentando la velocidad. Los coches pasan con



rapidez, impacientes por llegar a sus destinos, pero no el coche detrás de mí. Espera. Como espero yo.

Es desconcertante.

Con cuidado, silenciosamente, como si él estuviera observando cada uno de mis movimientos, como si literalmente se encontrara sentado a mi lado, coloco mi coche en marcha, encendiendo mi luz parpadeante izquierda, y lentamente salgo hacia la calle.

No me sigue.





17

Ahora

Traducido por Nickie

Corregido por Melina.

Ethan

Casi me atrapa.

Mi pánico aumenta mientras conduzco hasta estar aproximadamente a siete coches detrás de ella. La calle está llena de gente como de costumbre, a pesar de que ya pasamos la atareada temporada de verano. Es una angosta carretera de doble carril, por lo general increíblemente llena durante el verano pero no tan frustrante en este momento.

No, lo que me frustra es que casi me descubre cuando le puse el auto detrás. La dejo ir. Tengo que dejarla ir. Seguirla inmediatamente después de que se sumergiera de nuevo en el tráfico habría sido agitar una bandera más grande y roja que nunca.

Peligro. Alerta. Hay un extraño siguiéndote. Llama al novecientos once.

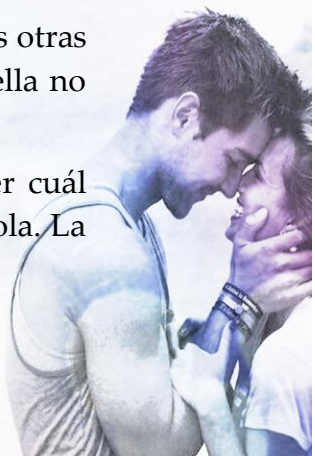
No podía arriesgarme.

¿Qué demonios estaba haciendo ella aquí de todas formas? Creo que se ha vuelto completamente loca. Va a regresar al parque de atracciones. Puedo sentirlo en mis huesos, presentirlo como si estuviera sentado en su cerebro haciendo mi mejor esfuerzo para razonar con ella pero no quisiera escuchar.

¿De verdad iría al parque? ¿O está buscando la playa? Hay muchas otras cerca. Yo hubiera preferido las que están en la dirección opuesta, pero ella no está cooperando.

Inclinando mi cabeza, trato de levantarme en mi asiento para ver cuál camino va a tomar. El semáforo está en rojo. Su auto es el tercero en la cola. La





luz es breve, pero no demasiado, y de verdad espero que gire a la izquierda. Eso significa que se irá. Que no tiene planes de quedarse, bajar del auto y entrar al parque, ninguna de esa mierda.

La luz se vuelve verde.

Es la segunda en girar a la derecha.

Mierda.

La luz se torna amarilla al décimo auto. Tres más giran a la derecha antes de que se ponga roja. Ahora soy el tercero en la fila. Tengo que esperar aproximadamente tres minutos, pero se sienten como tres horas.

Podría perderla. Ella podría estacionar en algún lado y entrar directo en ese estúpido parque y ser tragada por la multitud. No puedo permitirlo. Debo encontrarla. ¿Y si le pasa algo? No sale mucho. Lo admitió en la entrevista. Que era un poco ermitaña. Hace cursos universitarios por internet (la tecnología es una cosa genial), no tiene muchos amigos, no se lleva bien con las multitudes.

Es un viernes. Un perfecto día de otoño y el clima es terriblemente espléndido, pero no habrá muchas personas en el parque porque es muy temprano.

Eso no importa. Aún podría perderla.

El semáforo finalmente se pone verde y acelero con impaciencia, golpeando la bocina cuando el chico delante de mí comienza a girar a la izquierda, luego cambia de opinión y va hacia la derecha. Me hace un gesto a través del espejo retrovisor y le devuelvo una sonrisa apenas disimulada, que se siente más como si le mostrara los dientes que otra cosa.

Me siento salvaje, como un animal. La sangre bombea con fuerza en mis venas, palpita en mi cabeza, la adrenalina me pone ansioso. Soy capaz de cualquier cosa, mi vista se desliza entre los muchos coches estacionados a un lado del camino, buscando el suyo. Esta mañana había aparcado mi auto en la misma calle de su casa, por un inesperado antojo; la necesidad de verla, seguirla, asegurarme de que está a salvo era casi abrumadora. Sucumbí ante el sentimiento a pesar de saber que era un error. No debería seguirla. No soy mejor que mi padre. Tratando de vigilarla como alguna clase de maldito enfermo.

Pero esa no es mi intención. Quiero garantizar su seguridad. Eso es todo. Ella ha invadido mis sueños. Su rostro los persigue, los recuerdos se retuercen, convirtiéndose en una Katie adulta. Viene hacia mí, con los ojos brillantes, una sonrisa curva sus labios, sus palabras son sólo para mí.

Me encontraste. Sabía que lo harías.



Quiere ser encontrada, pero sólo por mí. Ese es el tema recurrente en mis sueños. No confía en nadie más, no quiere a nadie más que…

A mí.

Despierto con el pene duro y mis fantasías alimentadas con nada más que ella. El precioso cabello rubio, labios perfectos y la piel cremosa y suave que quiero tocar. El sonido de su voz mientras susurra en mi oído, sus labios tocando mi piel y volviéndome salvaje por la lujuria.

Me encontraste.

Toda esta semana, desde que me levanto, no pienso en nada más que ella. Su nombre hierve en mi sangre y quema mi cerebro. No puedo concentrarme. No puedo funcionar una mierda. Así que voy a buscarla. Vigilarla.

Y ahora puedo perderla. *Demonios*. Golpeo el volante con el puño cerrado, el dolor se esparce por mi cuerpo pero no lo suficiente como para superar la ira.

Estoy tan enojado conmigo mismo que podría escupir clavos.

Perderla no era parte del plan. Me alejé de ella una sola vez, y me he arrepentido de ese movimiento mi vida entera. Recuerdo cuan agradecido me sentí al recuperar su confianza. Ella estaba tan recelosa esa noche, tan insegura ante cada uno de mis movimientos. Había tenido razones para pensar de esa forma, también.

Soy su hijo. No importa si tengo un nombre diferente, un entorno familiar ficticio, o apariencia distinta. Nada de eso importa porque su sangre aun bombea incontrolablemente en mis venas, haciéndolas vibrar.

Convirtiéndome en un cazador.

Sacudiendo la cabeza, alejo la idea. No estoy cazando a nadie. Nunca me sentí así antes por ninguna mujer que haya conocido. He salido con un puñado. Tuve una relación de semi-larga-duración con una. Se volvió demasiado para mí. Muy ruidosa, demasiado mandona, muy demandante, siempre queriendo más de lo que jamás podría darle.

Rompimos y despotricó contra mí de manera espectacular. Su ira era como un ser vivo que respira, interponiéndose entre nosotros con una postura que reflejaba la de ella. Los brazos cruzados delante del pecho, la cadera ladeada a un lado, los pies tamborileando el suelo como si estuviera esperando la próxima respuesta. Una de la que yo no sabía nada, una que no podía responder bien sin importar qué.

Después de esa última cita, nunca la vi de nuevo. No tenía deseos de buscarla, tampoco. Nunca me sentí así, como me siento por *ella*.







Poseído. Obsesionado. Ambos atributos negativos. Espantosos, terribles, rasgos malos que podrían terminar haciéndole daño a alguien, una persona inocente. Una chica.

Katie.

Perdido en mis pensamientos, conduje más allá de ella, captando un atisbo de su cabello dorado mientras pasaba a toda velocidad. Piso los frenos, entrando al pequeño estacionamiento de un restaurante de mariscos, aparcando en uno de los muchos espacios vacíos y apagando el motor de mi Honda. El enorme cartel rojo-y-blanco pegado frente a mí dice PROHIBIDO ESTACIONAR. Otro manifiesta SÓLO PARA CLIENTES DEL RESTAURANTE, LOS INFRACTORES SERÁN REMOLCADOS.

De cualquier manera voy terminar con una multa o siendo remolcado. No importa. Tengo que ir tras ella.

Salgo del auto y aprieto el mando a distancia antes de cruzar el estacionamiento y empezar a caminar por la acera, mi ritmo es rápido, prácticamente un trote suave. Ella está por delante de mí, sus caderas vestidas con vaqueros se mecen suavemente, con el largo cabello rubio-oro recogido en una coleta alta, las puntas rizadas rebotan alrededor de sus hombros cuando camina.

Se mueve a paso lento, su cabeza va de un lado a otro, como si estuviera tratando de absorber cada sonido, olor, y sabor. El sol se siente caliente cuando brilla sobre nosotros, bañándonos a ambos en una luz brillante, destellando en el cabello lustroso de Katie, y mis dedos literalmente pican por las ganas de tocarlo.

Picor de mierda.

Se detiene, y yo también, mirando el enorme riel de la montaña rusa que está justo encima de nosotros. Giro la cabeza hacia la entrada del parque de diversiones, sólo a unos pasos de distancia. No hay muchas personas adentro. El muro que lo rodea es bajo, así la intención no es mantener a la gente alejada, es más un parámetro para hacerte saber que has llegado. Recuerdo ver esa pared cuando era pequeño, sabiendo que la magia estaba justo detrás, y me emocionaba.

Apuesto que a Katie también. Hace ya mucho tiempo. Antes de que el canalla de mi padre arruinara todo.

Finjo que observo el oeste, mi mirada está en realidad sobre ella, las gafas de sol son el escudo perfecto. No me ve. Está demasiado enfrascada en observar la vía de la montaña rusa que se alza sobre ella. Está tensa, con el cuerpo entero rígido, como si esperara que algo trascendental pase.

Y entonces sucede.



El metal chirrea cuando la montaña rusa pasa rugiendo por encima, el puñado de personas dentro de los coches grita su diversión/terror, sus cabellos vuelan, varios pares de manos se alzan por encima de sus cabezas. Llega y se ha ido en cuestión de segundos, los gritos mueren en el viento, las vías de la montaña rusa todavía parecen chirriar y sacudirse, como si una línea de coches fantasma aún pasara por encima.

Se mantiene fija en su lugar, con la cabeza inclinada hacia atrás, su cola de caballo cae por lo que le llega hasta la mitad de la espalda. Doy un paso hacia adelante, poseído por un impulso que no puedo controlar. Quiero acercarme más. Lo suficiente para tocarla. Olerla…

Voltea y me congelo, mis pulmones se detienen, pero no mira detrás de ella. En vez de eso se acerca al muro bajo que rodea el parque hasta que está de pie contra él, con los brazos apoyados sobre la pared de concreto.

No vayas ahí. Te estás poniendo en peligro. Aún no estás lista. ¿Por qué siquiera estás aquí? ¿Por qué estás sola?

Los pensamientos corren por mi mente mientras espero que haga otro movimiento. Si pudiera ir hasta ella, lo haría. Si pudiera decirle que no debería entrar, no dudaría. La tomaría por el brazo y la alejaría de este lugar.

De repente alcanza su pequeño bolso, saca su teléfono y lo pone contra su oído. Oigo su hola llevado por el viento, siendo lanzado directamente hacia mí, y por un breve momento cierro los ojos.

Imaginando que me está diciendo hola a mí.

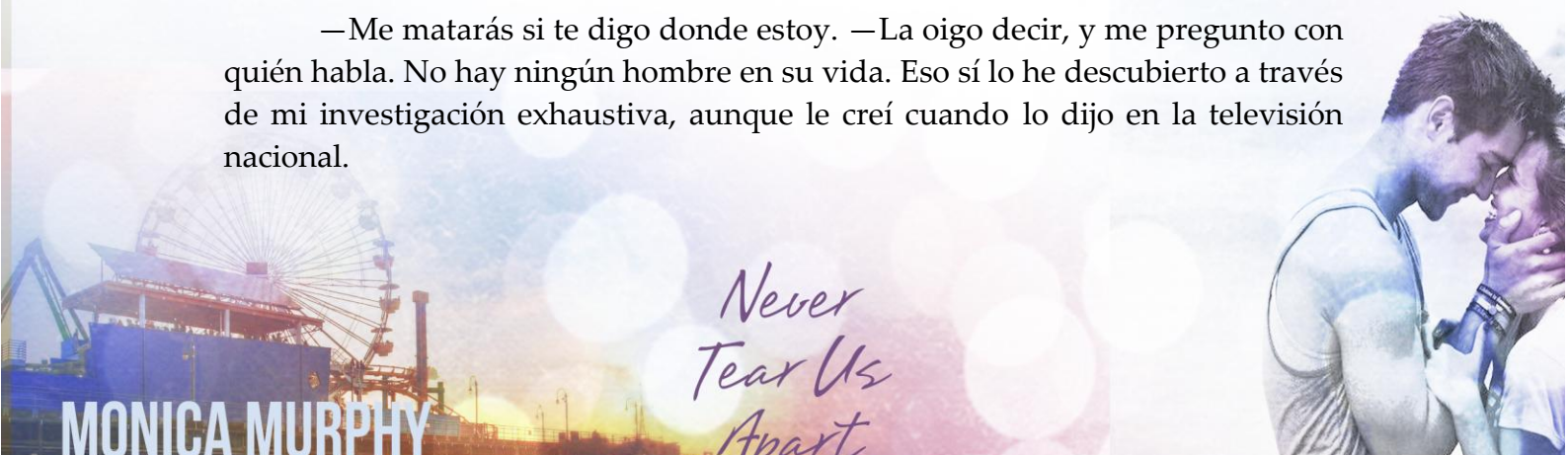
Me digo que no debería escuchar su conversación. Es una invasión de la privacidad. Una violación, y esa chica ha sido violada numerosas veces. Una cantidad inimaginable, y todas a manos de mi padre. La violación terminó cuando la saqué del cobertizo, pero los efectos de lo que él le hizo aún persisten.

Los recuerdos pueden disiparse, pero en realidad nunca se van.

Sin embargo ya había llevado esto demasiado lejos. Siguiéndola. Todo en nombre de la protección. Es mi deber, después de todo. Un trabajo que me dio hace mucho, mucho tiempo. Soy su protector. Su ángel guardián. Ella misma lo dijo y yo lo convertí en una promesa.

Una que me niego a romper.

—Me matarás si te digo donde estoy. —La oigo decir, y me pregunto con quién habla. No hay ningún hombre en su vida. Eso sí lo he descubierto a través de mi investigación exhaustiva, aunque le creí cuando lo dijo en la televisión nacional.



Tal vez es su madre. O su hermana, o posiblemente un amigo cercano. Cualquiera de ellos se pondría como loco si supieran donde estaba. Yo me estoy volviendo loco y estoy justo aquí con ella. Puedo salvarla, si es necesario. Interferir si tengo que hacerlo.

—Necesito hacer esto, Brenna. —Su hermana. Hace una pausa y doy un paso adelante, queriendo oír más, necesitándolo—. Brenna, para. Escúchame. Sé lo que estoy haciendo. Tengo que enfrentar mis miedos alguna vez, ¿cierto?

Otra pausa, su cuerpo entero se tensa mientras se para más derecha. No le gusta lo que está oyendo. —¿Qué hiciste qué? ¿Mamá está *rastreando* mi teléfono? ¿En serio? Oh, mi Dios, ¿Cuántos años crees que tengo? Ustedes dos no pueden protegerme para siempre.

Comienza a voltearse y yo también, me alejo, sin querer que me vea. Giro hacia la otra dirección y comienzo a caminar, mis pasos son calculados, pongo las manos en los bolsillos como si tuviera todo el tiempo del mundo. Una brisa me inunda, agria por la sal y algo más fuerte, casi podrido. Eriza mi cabello, silba contra mis oídos, y yo pongo las manos en puños. Deseando poder mirar atrás, negándome a hacerlo. En conflicto como siempre, pero no quiero hacerla sospechar.

Está a punto de matarme, pero sigo caminando, reduciendo mí ritmo, relajando la postura hasta que finalmente, finalmente hecho un vistazo por encima del hombro.

Para encontrar que se ha ido.



18

Antes

Traducido por Monse C.

Corregido por Melina.

Katie

Nunca debí tomarme ese refresco grande a la hora del almuerzo. Ahora tenía tantas ganas de orinar, pero no quería salirme de la fila para la montaña rusa. Habíamos estado allí de pie por los últimos treinta minutos y la fila estaba avanzando a paso de caracol. No es que a Sarah le preocupara. Ella había estado coqueteando con los chicos detrás nuestro prácticamente todo ese tiempo.

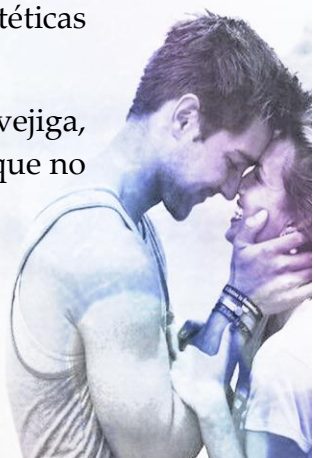
Es como si se convirtiera en una persona distinta cuando estaba cerca de los hombres. No me agradaba eso. Estaba lo suficientemente incomoda, al interactuar con chicos mayores. Y éstos chicos definitivamente eran mayores. Serían de segundo año de bachillerato a excepción de uno, que era un año menor. Sarah y yo seríamos de octavo grado. Éramos bebés comparadas con éstos chicos, pero a ella no le importaba. Amaba poner a prueba su habilidad para flirtear con cualquiera que encontraba.

Estaba enojada conmigo por no coquetear al igual que ella, así que me daba completamente la espalda, mientras constantemente movía su cabello sobre su hombro y se reía con cualquier estúpida cosa que ellos decían. Y decían muchas cosas estúpidas, su risa extremadamente fuerte, ocasionando que otras personas en la fila nos voltearan a ver. Ellos creían que eran divertidísimos pero yo giraba los ojos en muchas ocasiones, sus patéticas bromas haciéndome perder la paciencia.

Me balancee de un pie al otro, tratado de ignorar la presión de mi vejiga, pero no sirvió de nada. Iba a explotar sino encontraba un baño y puesto que no







estaba de humor para la absoluta humillación, tenía que ir ahora. Toqué el brazo de Sarah y ella dio vuelta, sus ojos entrecerrados, su sonrisa falsa.

Mi mano cayó, sorprendida por la evidente ira que irradiaba a olas. —Necesito usar el baño —le susurré, ladeando mi cabeza cerca a la suya para que sólo ella pudiese escuchar.

Sarah hizo un mohín, como si el hecho de que tuviese que usar el baño la disgustara cuando ella misma se había estado quejando de lo mismo después del almuerzo. ¿Qué? ¿De pronto se rodea de chicos y ya no tiene necesidades corporales?

—La fila es larga —me aseguró, señalando a las personas delante de nosotros—. Dudo mucho que avancemos tanto mientras vas al baño.

Gracias, anúncialo a todo el mundo, ¿por qué no? —Pero nuestros padres no quieren que nos separemos —le recordé.

Ella se encogió de hombros. —¿Serán sólo qué? ¿Cinco minutos? El baño está justo por allí. —Señaló y miré hacia el lugar que estaba indicando.

Hice un pequeño baile, pero realmente estaba tratando de aguantar las ganas de hace pipí. —No lo sé… —Mi voz se hizo pequeña y ella me lanzó una mirada. Una que me decía que estaba siendo patética. Había visto esa mirada antes.

Pero usualmente no dirigida hacia mí.

—No seas una bebé —prácticamente siseó, moviendo rápidamente su cabello—. Ve, yo cuidaré tu lugar. —Cuando titubeé, un suspiro se le escapó—. Nada malo va a pasarte, Katie. Sólo ve.

—¿Quieres que vaya contigo? —Uno de los chicos ofreció. El más joven. Tenía una mirada esperanzada cuando nuestras miradas se cruzaron, sonrió, mostrando una hilera de frenillos.

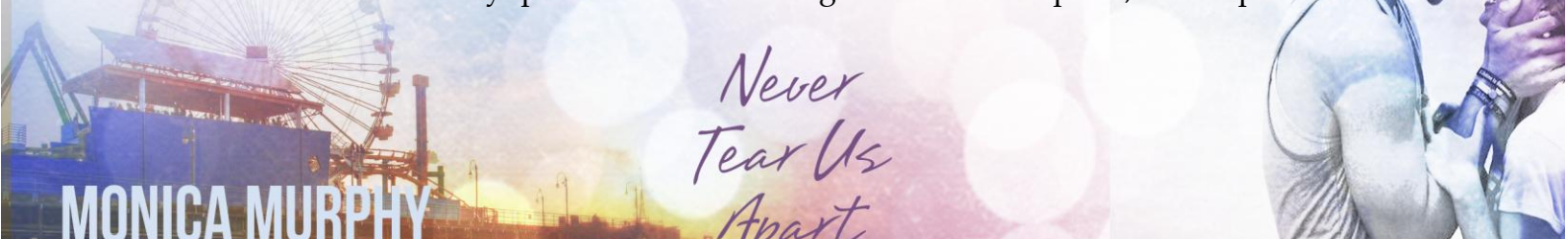
Estaba siendo amable, pero Dios. No necesitaba una escolta. Sarah tenía razón. Era solamente el baño y estaba justo allí. —Estoy bien. —Sonreí tímidamente, odiando que podía sentir el rubor en mi rostro—. Pero, gracias.

—Tú te lo pierdes —murmuró Sarah, y supe que creyó que era estúpida por no aceptar su oferta.

Como sea.

Tal vez debí haberla aceptado. Entonces, no hubiese tenido que ir sola, pero… no se sentía correcto el ir con él. Además, podía manejar esto. Por mi misma. No era una bebé.

—Regresaré enseguida —dije firmemente. Sujetando abajo la cadena que formaba la línea y pisando fuera tan ágilmente como pude, cosa que fue



realmente rara. Terminé brincando en un pie, prácticamente tropezándome conmigo misma, y oré por no mojar mis pantalones frente a todos.

Sarah me hubiese matado.

—No te vayas a perder —me dijo Sarah, haciendo reír a los chicos.

Prácticamente haciéndome llorar.

Aguantando las lágrimas, me fui, furiosa con ella. Más con mi reacción a su malicia. Ella tenía razón. El baño no estaba lejos. Todos estaban pintados con un horrible y brillante azul, un color fácil de reconocer del espectro de colores primarios, y me detuve cuando vi la larga línea para entrar.

Genial. Parecía tan larga como la de la montaña rusa.

Pero se movía rápido. La siguiente cosa que supe fue que estaba dentro del sucio cubículo, desatando mi sudadera de alrededor de mi cintura y colgándola en el gancho de la puerta del cubículo. Ya no había más asientos de papel, así que agarré algo de papel higiénico y lo enrollé alrededor del asiento antes de hacer lo que sentí fue la pipí más larga de mi vida.

Para cuando terminé de lavarme las manos, estaba segura de que Sarah y sus nuevos amigos estarían al frente de la línea listos para subir a la montaña rusa. Necesitaba apurarme antes de que los perdiera. Sarah era la que tenía celular. Si me separaba de ella, mis papás me matarían. Estaría atrapada siguiéndolos a cualquier lado hasta que me graduara de la preparatoria.

Esa era la última cosa que quería. Anhelaba independencia. Ni siquiera me gustaba pensar en mi misma como alguien de doce. Ya me hacía de trece. Sonaba mucho mayor, más maduro. Doce sonaba como una niñita.

Trece era prácticamente una mujer.

Una vez que salí del baño, amarré mi sudadera sin cuidado alrededor de mi cadera y comencé a acercarme a la fila de la montaña rusa, abriéndome paso a través de la multitud que de algún modo había aumentado en los últimos minutos. Un hombre continuaba gritando detrás de mí, su voz amigable pero insistente, diciendo—: ¡Ey, ey tú! —Una y otra vez.

No había forma que me estuviese hablando a mí.

»¡*Ey*! —Una gran mano me tomó del hombro, haciéndome parar por completo, me giré lentamente para encontrarme con un hombre parado frente a mí. Su rostro expresivo y una linda sonrisa. Lucía como cualquier otro padre andando por el lugar, con un pulcro cabello café y una mirada algo salvaje, como si quisiera estar en cualquier otro lado menos aquí. Era el tipo de mirada salvaje que me llenaba con ambos; curiosidad y cautela.

»Se te cayó tu sudadera. —La sujetó hacia mí, la roja y ofensiva prenda hecha bola en sus dedos, y miré su mano como si se tratase de una serpiente

preparándose para atacar y morderme en cualquier momento—. Se te cayó cuando saliste del baño.

No sé porque no lo había notado. —Gracias —dije tímidamente, tomando la sudadera. No la debí haber amarrado lo suficientemente bien. Amarré las mangas alrededor de mi cintura y até el nudo dos veces antes de estar satisfecha.

—Oye —movió su mejilla, de una manera amable y amigable. Me recordó a un chico de un comercial tratando de venderme una limonada. Todo soleado y completo, el ideal de un hombre familiar—. ¿Sabes dónde está la entrada a los teleféricos?

Esa había sido mi atracción favorita cuando era más joven. Es algo tonto, pero los usaba para ir de un lado del parque al otro. —Por allí. —Señalé y me di vuelta. Comencé a caminar. Necesitaba regresar con Sarah—. Gracias por encontrar mi sudadera —le dije sobre mi hombro.

Me siguió. No me gustó eso. Acelerando mi paso, ignoré el errático sonido de mi corazón y me dirigí hacia donde Sarah esperaba por mí en la fila.

—¿A dónde vas? —me gritó el hombre.

Miré hacia atrás sobre mi hombro y me di cuenta que se encontraba directamente detrás de mí. —A la montaña rusa, mis amigos están esperando.

Parecía desilusionado por ello. ¿Acaso esperaba tenerme a solas? Mi corazón comenzó a martillear aún más rápido. —Esa fila siempre es demasiado larga.

—No, eso no es cierto —murmuré, sacándole una risa. Caminó a mi lado y di un paso al costado poniendo espacio entre nosotros.

—¡Oh! Una luchadora. —La sonrisa cambió, se hizo casi… predadora—. Tú lo dices tal cuál es, no es así.

Una alarma me recorrió por el tono de su voz, la forma en la que me miraba. Bajé mi ritmo y comencé a alejarme de él. —Fue bueno hablar contigo —le ofrecí justo antes de que yo girara y comenzara mi escape.

Él dio un paso hacia adelante como si pudiese leer mi lenguaje corporal, tomándome del brazo y haciéndome parar. —Espera un minuto, tú no vas a ningún lado.

Traté lo mejor que pude de soltarme de su agarre pero era demasiado fuerte. —Detente —dije mientras me movía de su agarre pero sus dedos se cerraron alrededor de mi brazo demasiado fuerte.

—¿Detener qué? —De nuevo esa sonrisa benévola. Como si no pudiese lastimar a una mosca.







La gente pasó de largo, sin darse cuenta de mi predicamento. Ellos probablemente pensaron que éramos padre e hija teniendo un pequeño malentendido. —Estás sobre reaccionando. Sólo muéstrame donde están los teleféricos. Nunca puedo encontrar la entrada.

Me soltó antes de que pudiera decir algo y por la razón que sea, no corrí. En lugar de eso, le señalé la entrada a los teleféricos de nuevo, aunque al menos esta vez, estábamos más cerca. —Hay dos —expliqué—. Uno de este lado, y el otro al otro lado del parque.

—¿Cerca de las maquinitas? —preguntó.

Asentí. —Sí. —*Corre, Katie. Aléjate de este tipo.*

—Muéstrame la entrada de aquí. —Cuando comencé a protestar hizo una cara, una que me recordó a un perrito triste—. ¿Por favor? Mi esposa e hijos están por allá y voy tarde. Ellos probablemente ya se fueron. No quiero que mi esposa se enoje conmigo, ¿sabes?

Tenía una familia. ¿Qué tan malo podía ser? —Pero mis amigos…

—Esa fila es interminable. Estarás bien —dijo, restando importancia a mis palabras—. Tomará si acaso dos minutos. ¿Por favor?

Quería ayudarlo, pero no podía quitar de mi mente la forma en la que me había agarrado. Eso había sido raro. Pero ahora era tan amigable… estaba contrariada. Sabía que no debía hablar con extraños, pero debía ayudar a las personas, ¿no? Y este tipo, con su esposa e hijos esperando por él, necesitaba mi ayuda. —Vamos —dije con un ademán de mi mano.

Él comenzó a caminar a mi lado de nuevo, la sonrisa en su rostro…

Triunfante.



19

Ahora

Traducido por Arantza

Corregido por Melina.

Katherine

Los recuerdos eran tan fuertes el minuto en que caminé dentro, tan increíblemente poderosos, que podía sentirlos alzarse dentro de mí, uno tras otro. El llanto de las gaviotas, el siempre presente olor de la comida frita colgando en el aire, y los gritos. Los constantes gritos de las personas en la montaña rusa, y esa cosa con aspecto de rueda de la fortuna que tenía jaulas individuales que giraban dando vueltas y vueltas. Nunca me subí. Siempre asustada de vomitar todo el lugar.

Venir aquí fue un error. Estoy congelada en mi lugar, justo en la entrada del parque, recordando vívidamente la forma en que Aaron Monroe se me acercó, todo amistoso con mi sudadera en su mano, la sonrisa en su rostro, la manera suplicante en que pidió mi ayuda.

Había caído directamente en su trampa como la niña idiota de doce años que era. Ingenua y estúpida y deseosa de complacer a alguien a quien ni siquiera conocía. Le había mostrado la entrada al Sky Gliders y él había sujetado mi brazo de nuevo, dirigiéndome fuera del parque, directo al gigante estacionamiento cercano. Había presionado un cuchillo en mi costado, cerca de mis costillas, su punta afilada, atravesando mi delgada playera, y mis piernas casi me habían fallado justo entonces. Como si mis huesos estuvieran hechos de gelatina.

Y esa ni siquiera fue la peor parte de mi experiencia.

Me muevo hacia adelante como en un trance, sentándome con fuerza en un banco de la primera mesa que veo en una de las áreas de comida, cerrando





mis ojos por un breve momento. Éste era el lugar en que había comido con mi familia y Sarah y Emily, la amiga de mi hermana. Donde comimos banderillas y compartimos papas fritas y bebí completa una Pepsi grande como si estuviera muriendo de sed. Papá se burló de mí, agitando mi cabello, irritándome porque me estaba tratando como si tuviera siete, no casi trece. Tratando de darle a mi mamá mi sudadera, pero ella no me iba ayudar. Diciendo que yo era quien la había llevado, así que era yo quien la tenía que cargar por el resto del día.

No es mi responsabilidad, dijo ella, su boca una línea delgada, sus ojos llenos de irritación.

Me había hecho enfadar con esa observación. Yo me había afianzado de Sarah en el momento en que hicimos nuestro escape. Pienso en ese momento ahora, cómo todo pudo haber sido diferente si ella hubiera tomado mi sudadera. Me pregunto si se arrepiente de lo que dijo, si alguna vez piensa en ello.

Espero que no.

Ni siquiera sé qué le pasó a la sudadera. Había sido dejada atrás en el coche de Aaron Monroe. Recuerdo que apareció durante el juicio, como evidencia. Que ellos sabían que yo había estado en su coche porque la sudadera fue encontrada en el asiento trasero.

Es gracioso cómo el parque luce exactamente igual, como si difícilmente hubiese cambiado en lo absoluto. Incluso la gente que está aquí en este preciso momento se parece a la que recuerdo de hace ocho años.

Mirando alrededor, veo una chica joven vistiendo una sudadera casi idéntica a la que yo tenía. Siguen siendo populares, con Salvavidas escrito en letras blancas en negritas a través del frente, una gigante cruz blanca de rescate justo debajo. Me recuerda a una yo más joven, la misma expresión inocente y ojos brillantes. Largas, delgadas piernas y cuerpo enérgico. Cabello castaño claro recogido en una cola de caballo, su cara animada mientras le habla a quien sólo puedo asumir se trata de su hermana pequeña. Son muy parecidas.

Quiero sujetarla de los hombros y sacudirla un poco, decirle que nunca hable con extraños. Que no se separe de su mamá y papá. La vida es espeluznante. Hay depredadores en cualquier lugar.

Pero no lo hago. Mantengo mi boca cerrada, mi trasero continúa pegado al banco. Observo a la gente mientras entra al parque, sus cabezas inclinadas sobre el pequeño mapa que reciben cuando pagan por los tiquetes de un juego o las pulseras para-todo-el-día. La entrada al parque es gratuita, pero los juegos cuestan. Un montón de gente cruza el parque para poder llegar a la playa, pero no hay muchas personas ahí afuera hoy. Es otoño y el océano está frío. El sol es cálido, pero ciertamente, no intenso.



Una pareja pasa caminando; parecen de mi edad. Él sostiene su mano y le sonríe y ella se detiene, inclinando su cabeza hacia atrás cuando él le da un lento y suave beso en los labios. Se separan el uno del otro, sonriendo, y yo me doy la vuelta, sintiendo que estoy invadiendo un momento muy privado. Un momento que me llena con un extraño sentimiento de anhelo. De querer encajar, de encontrar lo que ellos tienen.

Por una vez, el anhelo sobrepasa el temor, y eso me sorprende.

Mi estómago gruñe cuando flota hacia mí un olor a ajo y me levanto, dirigiéndome al puesto que vende papas fritas con ajo. Compro una cesta de papas fritas de corte grueso cubiertas con ajo y queso parmesano junto con una botella de agua y me siento en el banco que había dejado vacío un par de minutos atrás, devorando las papas fritas y bebiendo mi agua, disfrutando la brisa, observando a la gente pasar. No está muy lleno y me da gusto. Las multitudes podrían haberme recordado el día en que sucedió y yo podría haber entrado más en pánico.

Estoy en pánico lo suficiente, muchas gracias.

Lentamente, mientras continúo comiéndome mi cesto de papas fritas que probablemente no podré terminarme nunca, mi ritmo cardiaco disminuye. La pulsación en mi cabeza desaparece y me siento más derecha, sintiéndome orgullosa. Lo estaba logrando. Sentada en el medio del parque de diversiones donde fui secuestrada, como si nada me preocupara en el mundo. Volví aquí y sobreviví. Podía manejar esto.

Esto era el principio de mí pudiendo manejarlo todo.

Recordando mi conversación con Brenna más temprano, frunzo el ceño. Estoy tratando de crecer y ellas continúan reteniéndome. Mamá tiene la contraseña a la aplicación de Encontrar mi iPhone en mi teléfono. Ella averiguaba dónde estaba y tenía a Brenna llamándome. No podía creerlo. Continuaban estando al tanto de mí como si todavía fuera una niña. No lo entiendo. Sí, entiendo su temor y que están preocupadas por mí, pero esto está yendo demasiado lejos. ¿Cómo podré superar toda esta mierda si todas las personas en mi vida que se preocupan por mí están tratando siempre de retenerme?

Mi apetito me deja ante ese pensamiento, comí tanto como pude y después tiré un par de papas en el suelo, siendo una de esas detestables personas que alimentan a las gaviotas a pesar de las señales que han puesto advirtiendo al respecto. Como que no me importaba. Siento lástima por las gaviotas. Sé que son sólo basureros que buscan por sobras, pero así es como sobreviven. Puedo o tirar las papas a la basura o alimentar a las gaviotas con ellas.

Escojo a los pájaros.







Un empleado de uno de los locales de comida pasa a mi lado, mirándome de reojo. Un adolescente, su cara salpicada con acné, sus ojos llenos de irritación mientras se deslizan sobre mí. Miro a otro lado, recojo mi basura y me pongo de pie, dejándola en el contenedor de basura cercano antes de apresurarme lejos del área de comida, irritada conmigo misma.

No debería permitir a un adolescente ejercer juicios sobre mí. Él probablemente ya se olvidó de mí y aquí estoy yo, pensando en ello. Apresurando mis pasos, ansiosa de alejarme, me encamino al extremo del parque donde sucedió. Donde fui secuestrada. Estoy llena de furia justificada por la actitud que sentí irradiar del empleado del área de comida y espero que mis emociones me den valor. Hagan que sea más fácil de lidiar con este momento, porque éste es al que más pavor le tengo.

Con el que no debería lidiar hoy si no quiero hacerlo. Estoy lo suficientemente orgullosa por haber entrado a este lugar. Ahora con la montaña rusa avecinándose, el escenario demasiado familiar, recuerdos vívidos mezclados con la realidad, me pregunto si debería irme.

Mis pasos se ralentizan mientras paso la fila para la montaña rusa. Esta tarde es corta. No la tienen acordonada como en el pasado y apostaría dinero a que podría pasar directamente. Encontrarme a mí misma sentada en uno de esos viejos carros con sus pequeños asientos tapizados, la barra de metal cerniéndose en mi regazo, asegurándome, llenándome con un falso sentimiento de seguridad.

La última cosa que quiero. Vivo con el falso sentimiento de seguridad constantemente. Ninguno de nosotros está a salvo. No realmente. Todos tendremos uno de esos pequeños momentos en algún punto. Algunos momentos son sólo más severos que otros. La mayoría de la gente los olvida con facilidad. Yo no. Pero me consideran afortunada.

Afortunada.

Detesto esa palabra.

Ese reconocible brillante edificio azul aparece de repente a mi izquierda y me estremezco. El baño. El lugar donde sucedió, donde él agarró mi sudadera y la sostuvo frente a mí, como un ofrecimiento, esa falsa sonrisa puesta en su cara. Estoy segura que él estaba ansioso porque yo cayera y lo hice. Caí de cabeza, indefensa y vulnerable. Queriendo ayudar y queriendo correr, en conflicto como cualquier otra preadolescente en el planeta.

Debí haber corrido.

Mis respiraciones están acelerándose, puedo escuchar el raspeo de mis pulmones, sentirlo como un cuchillo de sierra abriendo mi garganta. Trato de



inhalar profundamente, para calmarme, pero lo sé. Sé sin lugar a dudas que voy a tener un ataque de pánico si no pongo esto, todo esto, bajo control.

Respira, bebé. Respira.

La voz de mamá en mi cabeza. Ella me decía esas palabras una y otra vez, casi siempre después de que me despertaba de una pesadilla, gritando a todo pulmón. Corría a mi dormitorio y encendía la luz, la luminosidad despertándome, y yo me encontraría a mí misma temblando y llorando, lágrimas en mis mejillas, mi garganta cruda por los gritos.

Ese era siempre su consejo. Me abrazaría fuertemente mientras cepillaba mi cabello, mi cara enterrada en su cuello mientras inhalaba ese familiar, floral olor de mamá mientras murmuraba—: *Respira bebé; respira*. Yo levantaría la mirada, encontrando a papá de pie en el marco de la puerta, impotente y pálido, vestido con su playera negra y pantalones de pijama. Encontraría su mirada, rogándole con los ojos que entrara a mi cuarto, que sólo me tocara una vez. Me sostuviera. Me llamara su pequeña niña.

Él se alejaría como si no pudiera soportar mirarme e iría de regreso a su habitación. Cada una de las veces.

Después de mi ordalía, cuando regresé a casa, me convertí en la carga de mamá. Nunca la de papá.

Nunca de nuevo.

Me sacudo los viejos recuerdos y comienzo a caminar de nuevo, mis pasos lentos, mi cabeza pesada. La duda me embarga mientras me arrastro más y más cerca del edificio azul. No debí de haber venido aquí. Es como si tratara de torturarme a mí misma.

¿No me he torturado lo suficiente?

Es cuando comienzo a buscar mis lentes oscuros en mi bolsa, que siento que alguien corre hacia mí desde mis espaldas. Algo afilado, como un codo presionando en mi espalda, me golpea hacia adelante. Un jadeo se me escapa mientras doy un traspié, tropezándome, pensando que gracias a Dios no terminé en el suelo. Siento un fuerte agarre en mi hombro, la presión de un delgado pero fuerte cuerpo masculino contra mi espalda, y me pongo rígida del miedo.

—Dámela —dice una voz masculina, su boca en mi oreja. Puedo olerlo, colonia de farmacia barata mezclada con emoción y temor, mientras presiona su puño en la parte baja de mi espalda. El agarre en mi hombro se aprieta más y yo me encojo contra él.

Mi bolsa. Está tratando de llevarse mi bolsa y yo la sujeto más fuerte, llorando cuando él jala el asa tan violentamente que siento el cuero cortar la piel a través de mi blusa, pinchando la piel de mi hombro.





»¡Déjela ir, señora! —grita y escucho pasos aproximándose. ¿Salvadores? Él correrá. Me dejará en paz y correrá y todo terminará.

Pero me doy cuenta lo suficientemente pronto que lo están ayudando a él, no a mí, y pánico aprieta mi garganta, cortando todas y cualquier palabra que pudiera escapar. Mi cerebro se queda en blanco, literalmente en blanco, como un pizarrón al que acaban de limpiarle cada pequeña mancha, y lucho por vociferar, gritar, por maldecirlo, por hacer algo.

Nada sino ser débil-de nuevo-y simplemente aceptarlo.

—Apúrate, hombre —grita uno de los otros. Son jóvenes. Maldicen entre ellos, tratando de sonar como pandilleros o lo que sea pero sé que son sólo niños estúpidos, robando por capricho. ¿O fue planeado? ¿*Vayamos al parque de diversiones y robémosle a los turistas* es lo que se dicen los unos a los otros?

De alguna manera logro sacudirme de su agarre. Me doy la vuelta para enfrentarlos, aire dejándome en grandes, temblorosas respiraciones mientras analizo mi situación. ¿Lo dejo así y corro? ¿Y qué si uno de ellos tiene un arma? ¿Y por qué en el mundo nadie se ha dado cuenta de lo que está sucediendo? Veo una pareja a sólo un par de yardas de distancia, pero están tan concentrados en el menú del Dippin' Dots que observan que ni siquiera se dan cuenta de mi conflicto.

Increíble. Difícilmente mi cabeza puede asimilar el hecho de que esto realmente está pasando. ¿No me aparezco aquí, en el lugar de mis pesadillas, por años y estoy en el parque durante una hora, sólo para ser asaltada? ¿En serio?

A pesar de mi miedo, la ironía no se pierde en mí. No por un largo tiempo.

—¡Oye! —El que trató de agarrar mi bolsa grita. Toma un amenazador paso hacia adelante, sus ojos estrechos como pequeñas rendijas. Es un adolescente mayor, probablemente no puede ser mucho más joven que yo, y su expresión es feroz. Enojada. Aunque hay una pizca de temor ahí, también, acechando profundamente en su mirada y comienzo a retroceder, mis dedos envueltos alrededor de la correa de mi bolsa mientras la sostengo en su lugar. Manteniéndola cerca de mi costado. Una sacudida de miedo me atraviesa cuando los tres de ellos dan un paso adelante mientras continúo retrocediendo y contemplo mi próximo movimiento. Debería darles mi bolsa. Dejarlos tomarla. Tengo una tarjeta de crédito y una de débito en mi cartera, además de, tal vez, seis dólares, máximo. No la gran cosa, ¿verdad? Mi vida vale más que eso. No es que estén amenazando mi vida…

Pero mi teléfono está ahí adentro, también. ¿Sería tan malo dejar que el telefónico/novedoso descubrimiento de aparato de seguimiento que permite a mi madre y hermana mantenerse al tanto de mí desapareciera? Tendría que

cancelar mis tarjetas, conseguir una nueva licencia de conducir. Las llaves de mi carro están ahí adentro, también. No quiero quedar varada aquí, no después de esto. No después de todo. No creo que pudiera soportarlo.

»Maldita sea, dame la bolsa —murmura el niño mientras me embiste, sujetando la bolsa, sus manos y dedos envueltos alrededor en retorcidas y pequeñas garras—. Dámela, perra, y no saldrás lastimada.

Es la línea de *perra, y no saldrás lastimada* que me golpea duro en el estómago. Mis temblorosos, sudorosos dedos se aflojan como si tuvieran mente propia, deslizándose del agarre. Estoy a punto de dejarlos tomar mi bolsa cuando la voz de un hombre aparece de la nada.

Es alto y ancho, un borrón de movimiento mientras se abre paso a empujones entre nosotros, empujándome hacia atrás con pura fuerza bruta. Trastabillo lejos de él, mis dedos, de alguna manera, encontrando milagrosamente el asa de mi bolsa una vez más, y lo observo con fascinación mientras se hace cargo.

—¿Qué demonios creen que están haciendo? —El hombre no está gritando. No, su profunda voz es inquietantemente calmada mientras toma asidero del frente de la playera del chico. Los otros dos corren sin una palabra, dejando a su amigo, y el hombre lo jala cerca, enterrando su cara en la del chico de manera que están sólo a pulgadas de distancia el uno del otro—. Debería llamar a la policía.

El chico sacude su cabeza, y tartamudea—: D-de n-ninguna manera, señor. No hi-hice nada. Por favor.

Se miran el uno al otro, respirando el mismo aire, los dedos del hombre se aprietan más en la playera del chico de modo que la tela se estrecha contra su delgado pecho. Aguanto la respiración, mi cuerpo entero temblando mientras los observo, temerosa de que tal vez se lastimen el uno al otro.

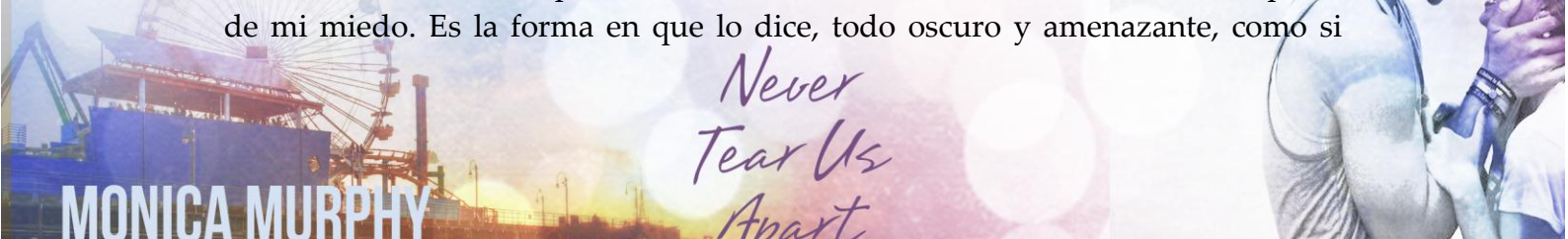
—Debería hacerte suplicar —murmura el hombre, el filo en su voz enviando un estremecimiento por mi columna—. ¿Qué clase de idiota trata de robarle una bolsa a la mitad del día a una mujer indefensa?

—N-no t-tenía in-intención de ha-hacerlo —tartamudea el chico, su voz temblorosa, sus ojos llenos de temor mientras dirige su mirada hacia mí por el segundo más breve.

El hombre le da un tirón a su playera y la cabeza del chico se mueve hacia atrás y hacia adelante como si fuera alguna clase de viejo juguete flaco, sin suficiente relleno.

—No te atrevas ni siquiera a mirarla.

Me enderezo un poco más, un escalofrío recorriendo mi columna a pesar de mi miedo. Es la forma en que lo dice, todo oscuro y amenazante, como si



fuera a arrancarle los ojos al chico antes de permitirle mirarme. Está mal, la emoción que pulsa en mi sangre, llena mi vientre. Aborrezco la violencia. Por supuesto que lo hago.

Pero hay algo en la forma en que este hombre se mueve, la forma en que habla, tan seguro, tan confiado. Hace que todo parezca tan fácil. Como si su trabajo, su deber, fuera correr hacia la lucha y rescatarme, asegurando mi bienestar.

»No eres digno de mirarla, mucho menos de tocarla, carajo. —Mi salvador lo deja ir, empujándolo con algo de fuerza en el pecho, lo que casi hace al chico tambalearse. Logra recobrarse antes de caer el piso y corre con sus botas Converse tan fuerte que escucho el chirrido de sus suelas contra el pavimento. Corre sin mirar atrás, tan rápido que desaparece en la pequeña multitud en cuestión de segundos.

Espero ahí sola, experimentando el enfrentamiento. Estoy temblando, casi violentamente, como si la temperatura acabara de disminuir por lo menos cuarenta grados, y envuelvo mis brazos alrededor de mí. Alivio y adrenalina es una mezcla embriagadora mientras pulsa a través de mi sangre, y hago mi mejor esfuerzo por calmarme con la intensa sensación.

»¿Estás bien?

Levantando la vista, me encuentro mirando dentro del par de ojos cafés más amables que he visto nunca. Una completa contradicción al oscuro, amenazante hombre del que acabo de ser testigo sólo unos momentos atrás.

Inclina su cabeza mientras espera por mi respuesta y yo me le quedo viendo, completamente falta de palabras. Está usando lentes, así que sus ojos se ven incluso más grandes y su expresión está llena de genuina preocupación; puedo, al menos, reconocer eso. Porque la he visto toda. Falsa, real, cada surco en sus frentes y fruncimiento de labios, la mayoría de ellos, sí, definitivamente la mayoría de ellos falsos. A nadie le importo. No realmente. Sólo quieren los horripilantes detalles.

Cómo esperan por los detalles, enfermos y retorcidos humanos que somos. Incluso yo, emocionándome por un extraño apresurándose en mi defensa con una ráfaga de violencia apenas contenida recorriéndolo. Encuentro esa pizca de violencia burbujeando justo debajo de su superficie extrañamente…

Emocionante.

»Oye —su voz es tan gentil, un susurro de sonido mientras me alcanza y me toca, y yo sigo sin hablar. Cabello castaño oscuro cae sobre su frente arrugada con preocupación, su exuberante boca con las comisuras hacia abajo. Sus pómulos son afilados, su mandíbula como el granito. Como un espléndido



hombre que ves en un anuncio de revista devolviéndote la mirada, todo planos angulares y ojos profundos, boca suave y cabello perfecto. La impecabilidad está arruinada por los lentes, supongo; y me gustan. Me recuerdan que es humano.

Imperfecto.

Como yo.

Bajo la mirada para ver que me sigue tocando, sus dedos envueltos con soltura en mi brazo, y no intento salir de su agarre como normalmente haría. Normalmente, no dejo que ningún hombre me toque, especialmente no un extraño.

Pero este hombre, por alguna razón, no se siente extraño en lo absoluto.

»Oye —repite, un poco más firme esta vez, el profundo sonido resonando a través de mí. Lo observo, estupefacta, mientras su pulgar deriva a través de la piel desnuda justo encima del pliegue de mi codo, y me estremezco—. No estás herida, ¿verdad?

Lentamente sacudo mi cabeza, mi voz sólo… desaparece. Ni siquiera lo puedo mirar. Estoy tan extasiada con su mano en mi brazo, la manera en que me está tocando, como si me conociera. Como si nos conociéramos el uno al otro desde siempre. Como si me hubiera rescatado antes y siempre estuviera ahí para mí sin importar qué. Como si sintiera la silenciosa promesa irradiando de él y pulsando a través de mí.

Sueños fantásticos, idiota ridícula.

Destierro a la gruñona voz en mi cabeza al rincón más profundo y oscuro de mi cerebro.

»Sostenías tu bolsa muy fieramente. —Levanto mi cabeza para encontrarlo sonriéndome, revelando lindos dientes. No demasiado blancos, no demasiado derechos. Si los dientes pudieran ser amigables, los suyos lo serían. Lo que es ridículo. Pero estoy comenzando a pensar que no soy la persona más coherente en este momento—. Probablemente sólo debiste haberla dejado ir.

Está repitiendo exactamente lo que yo pensé algunos momentos atrás.

—L-lo sé, pero no pude.

Cierro mis labios, odiando que mi voz sea alta y sin aliento y que esté tartamudeando justo como el chico adolescente.

Alivio cruza su expresión y le da a mi brazo un gentil apretón. Lo siento hasta lo más profundo de mis huesos.

—Ella habla.



Se está burlando de mí y no sé cómo reaccionar. Tal como un zombie, asiento, sintiéndome tonta y completamente fuera de mi zona de confort. No les hablo a los hombres. Nunca. No realmente, no así.

—Gracias. Por venir a mí rescate. —Sigo sin creer que lo hizo. Sé que alguien más debió de haber visto lo que estaba pasando. ¿Es el mundo tan frío, tan monstruoso que nadie quiere ayudar u ofrecer una mano de ayuda, especialmente si la situación puede ser peligrosa?

Sí.

La palabra un susurro a través de mí, desafiante y con una pizca de desprecio. Porque sabía muy bien la respuesta antes de si quiera pensar en la pregunta, sólo que nunca lo quiero admitir.

—Yo, eh, espero que no te importe que lo haya dejado ir. —Su mano cae de mi brazo y siento la pérdida como un afilado pinchazo justo debajo de mi piel. Asomándose y pinchándome y recordándome que puede que no sea lo suficientemente buena, no lo que él hubiera querido.

Como si él pudiera alguna vez quererme. Estoy adelantándome completamente a los acontecimientos.

Dándome cuenta que espera por una respuesta, le ofrezco una sonrisa floja.

—¿Qué se supone que hiciera con él? —pregunto con un encogimiento de hombros, pretendiendo que soy normal. Que lo que acabo de experimentar no es la gran cosa. He sido casi asaltada en numerosas ocasiones, ¿verdad? Puedo manejar esto. Soy dura. Fuerte.

Mentiras, mentiras, mentiras.

Su expresión se torna severa.

—Probablemente debimos haber llamado a la policía.

La última cosa que necesito es a la policía apareciendo y que se den cuenta de quién soy. De dónde estoy. Unirían los puntos y, muy seguramente, cagarían sus pantalones en ser los primeros al teléfono con las noticias locales. Hablando de venir a las once, a todos se les haría agua la boca por tener la primicia de esta ridícula historia. Los medios tendrían un día de campo con la especulación constante, la falta de respuestas.

No, gracias.

—Con suerte los asustaste lo suficiente como para que nunca intenten algo como esto de nuevo. —Puede no seguir tocándome, pero está de pie terriblemente cerca, totalmente en mi espacio personal. Sin embargo, no me importa. Mi brazo sigue cosquilleando donde sus dedos presionaron mi piel.



Tomo un paso hacia atrás, de repente necesitando la distancia, confundida por mi reacción.

No lo conozco. Así que, ¿por qué estoy actuando así, pensando así? No debería gustarme la manera en que me está mirando, la amplitud de sus hombros, su esencia, limpia y distinta incluso con la brisa salada barriendo sobre nosotros.

—¿Estás segura de que estás bien? —La preocupación en su profunda voz combina con la preocupación que veo nublando sus ojos, y le ofrezco la más pequeña de las sonrisas y un rápido asentimiento—. Nunca contestaste mi pregunta antes. No te lastimó, ¿o sí?

Sólo cuando dice la palabra *lastimó* reacciono. Otra vez. Recorriendo mi cuerpo con mi mano izquierda, masajeo mi hombro, retorciéndome ante el dolor irradiante que pulsa justo debajo de mi piel. Empujo el holgado cuello de mi playera a un lado, veo el moretón que ya está comenzando a formarse justo en el borde exterior de mi hombro, y él de repente está ahí, de pie detrás de mí, alto y amenazante.

Tocando la piel desnuda de mi hombro como alguna clase de amante o novio.

No estoy cómoda cuando alguien se para detrás de mí, especialmente un hombre. Me trae muchos malos recuerdos, algunos en los que ni siquiera me molesto en pensar. Pero sus dedos en mi cuerpo actúan como un bálsamo, calmándome desde el interior. Cosquillas barren mi piel mientras la tientan con gentileza y yo siseo al respirar, mi mirada encontrando la suya.

»Te marcó —murmura a través de dientes apretados, sus ojos flameantes de ira mientras su mano cae lejos de mi hombro.

La agitación burbujea dentro de mí como soda derramándose de una botella de dos litros que acaba de ser violentamente agitada. Su ira por lo que me pasó es, emocionante. No hay otra palabra para ello. Roba mi respiración, hace mi pecho doler y lo sobo ausentemente.

—Estaré bien. Sólo es un moretón. —Me lo sacudo de encima, no queriendo que haga algo estúpido como ir detrás de aquellos chicos. Como si pudiera encontrarlos. Hace mucho que se fueron.

Además, no quiero perderlo. No todavía.

La modestia ataca recordándome que la simple tira de mi sostén blanco está en descarada exhibición y jalo mi playera de vuelta sobre mi hombro, cubriendo el moretón. Él se aleja, dejando una amplia brecha entre nosotros, y me pregunto si se da cuenta que estaba parado demasiado cerca, actuando con demasiada familiaridad.

Me pregunto más si él sabe que no me importa.





»Gracias —digo de nuevo porque quiero que sepa lo agradecida que estoy—, por ayudarme, yo, uh, probablemente no lo manejé correctamente. Estoy realmente agradecida de que hayas intervenido.

Es su turno de encogerse de hombros. Esos amplios hombros están cubiertos por una delgada camisa de franela escocesa, azul oscuro con verde, abierta en el cuello revelando una playera de un blanco prístino debajo. Se ve tan… bien. Guapo, de una manera sana, fuerte, viril, como si pudiera tomar maderas de cinco por diez[1], y romperlas por la mitad sólo con sus manos.

También es mucho más alto que yo, con los lentes que me recuerdan sus imperfecciones y el brillante cabello castaño oscuro, labios curvados, y una pizca de barba recorriendo su mandíbula y mejillas. Otras chicas caerían sobre él todo el tiempo, estoy segura. Él no rompe las maderas, probablemente las necesita para resguardarse de la mitad de la población femenina que quiere saltar sobre él.

—Hice lo que cualquier otra persona habría hecho en la misma situación —dice, minimizándolo modestamente.

Correcto. Porque tengo a tanta gente corriendo a mí rescate justo ahora. Igual que cuando tenía doce. Nadie quiere ayudar. Nadie quiere interferir. Todos están demasiado asustados.

Este hombre no. Él interfirió como si fuese su deber rescatarme. Por eso, estaré siempre agradecida.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto, la pregunta alarmándome. Usualmente no me preocupo lo suficiente por aprender el nombre de nadie, especialmente el de un hombre. No quiero que la gente piense que seremos algo que nunca llegaremos a ser. No hago amigos.

No *quiero* amigos.

Parece tan alarmado por mi pregunta como lo estoy yo.

—Ethan. —Se detiene, tragando. Veo el movimiento de su manzana de Adán y tengo la repentina, inesperada imagen de mí, sentándome en su regazo, mi boca presionada justo ahí, justo debajo de su barbilla, rogándole que diga algo, lo que sea, para que pueda sentir el movimiento debajo de mis labios.

Ethan. *Ethan*. Me gusta. Oh, Dios, de verdad me gusta.

Carraspea, alejándome de mis inapropiados pensamientos.

»¿Y el tuyo?

¿Mi qué? Oh. Mi nombre.

[1] Hace referencia a la medida estándar de venta de algunas piezas de madera.







Esto es difícil. ¿Y si me reconoce cuando se lo diga? No es que sea lo suficientemente egocéntrica para pensar que soy famosa después de aparecer en televisión y que él podría conocerte, conocer mi rostro y mi primer nombre como si fuera la maldita *Madonna* o lo que sea, pero… los medios cazaron a mi madre esos primeros días después de que la entrevista salió al aire. Mi rostro estaba estampado por todo el internet. Mi nombre era tendencia en motores de búsqueda y en Twitter el fin de semana entero.

Tendencia en Twitter, ¿quién podía afirmarlo? Mi vida es surreal, lo juro.

Pero después, luminoso y temprano la mañana del siguiente lunes, un escándalo sacudió el mundo político. Un controversial y extremadamente conservativo senador fue acusado de tener un amorío con una de sus internas de veintiún años. Una chica nueva directamente desde un buen colegio del Medio oeste, y justo así su buena apariencia rubia reemplazó a la mía en la Web. Nunca había estado más agradecida por los problemas de los demás.

—Soy Katherine —digo finalmente, sin ofrecer un apellido pero él tampoco lo hizo, así que estoy segura de que no pensará que es inusual. No estamos intercambiando apellidos.

Aún.

Oh Dios, ¿de verdad acabo de pensar eso?

Sí, lo hice.

Sonríe de nuevo. Amistosamente. Sin ser pretencioso. Siempre me erizo cuando alguien me mira de esta manera, actúa de esta manera. Pero, por una vez, no siento nada sino calma.

No siento nada sino cientos de mariposas girando y bailando en mi estómago.



20

Ahora

Traducido por evanescita & Vane hearts

Corregido por Daliam

Ethan

Está de pie tan cerca, su dulce aroma flota en el aire, rodeándome, haciendo que mi cabeza gire, que mi visión se empañe. Parpadeo duro, necesitando verla tan cerca, después de pasar tanto tiempo sin ella. No fue mi intención que algo de esto sucediera, pero no podía sentarme y dejar que esos idiotas robaran su bolso. Hice lo que tenía que hacer y en lugar de alejarme, lo estoy aprovechando mientras pueda. Mientras tenga este momento, así puedo memorizar toda nuestra interacción y recordarlo más tarde. La evalúo alrededor de las palabras que decimos, las miradas que intercambiamos, indagando e indagando en mi mente, buscando una señal, un indicio de que ella está angustiada.

De que podría reconocerme.

Pero no es lo que quiero. En lo absoluto.

Estoy sin habla ante su belleza. Verla en televisión con las luces y el maquillaje pesado dando la ilusión de que era así de grandiosa, una increíble mujer, más de lo que realmente es. No sólo Katie Watts, si no *Katherine Watts*, la pobre niña secuestrada en uno de los lugares más felices de toda California. Un lugar feliz convertido en una pesadilla por un hombre que asustó a cada padre que vivía en esta empalagosa y pequeña ciudad de playa costera.

No me aparto del camino, pero es tan fácil hacerlo con ella luciendo así de esa manera. Los recuerdos están ahí, flotando alrededor, cuando estoy desesperado por saborear el aquí y ahora. Me concentro en ella. La forma en que está de pie delante de mí, dolorosamente hermosa, sin un rastro de



maquillaje, con sus mejillas de color rosa y sus ojos de ese hermoso color azul oscuro que nunca he visto en nadie jamás. El color del crepúsculo, justo antes de que la luz del sol se desvanezca para siempre en la noche. Terciopelo de color azul marino centellante con pequeñas estrellas blancas, con un toque de color púrpura manchando los bordes, acompañado por el más leve rayo de color naranja rosado. Tan débil que crees casi imaginarlo.

Ese es el color de sus ojos. Igual que un jodido poema o algo así. Tenerla aquí de esta manera me hace claramente un poeta enamorado.

No puedo dejar de mirarla. El sol brilla sobre su pelo, convirtiendo las hebras gruesas en diferentes tonos de oro y crema, y me está mirando, se siente como por varios segundos, Dios, ¿cómo si le gustara? Sueno como un chico estúpido, me sonríe, tan tímida, vulnerable, abierta y curiosa, es…

Jodidamente me está matando.

Esto es lo que he buscado durante años. Esta conexión instantánea que Katie y yo compartimos. Energía crepita en el aire entre nosotros y me pregunto si lo siente. Estoy atraído hacia ella y no tiene que decir una palabra, no tiene que ver con lo mucho que me mira, y quiero más. Mucho más de lo que podría dar voluntariamente cada vez.

No me estoy yendo ahora. Por supuesto que no. Estuve cerca de perder mi mierda cuando esos perdedores trataron de robar su bolso. Que sostuvo tan apretado, no estaba dispuesta a renunciar a él, no lo podía creer. Lo último que quería que pasara, era intervenir en su vida, las palabras *demasiado rápido*, *demasiado rápido* palpitaban al tiempo con los latidos de mi corazón, pero tenía que hacerlo. Tenía que ir a su rescate.

Soy su ángel de la guarda, después de todo. Es mi deber asegúrame que esté a salvo.

Supuse que enloquecería, luego de darme las gracias de la manera más fríamente amable posible, antes de que se fuera corriendo, para no ser visto o escuchado de nuevo. No es muy agradable. Lo admitió en televisión nacional. Es hermética, no permite que la gente entre, tiene miedo de ampliar su círculo social por temor a que las personas solamente sienta curiosidad por conocer los detalles sucios en lo que respecta a lo que le pasó hace tantos años.

Lo confesó en televisión nacional, también.

Toda la vulnerabilidad, las confesiones tranquilas, que había hecho por mí. Supe entonces que podría estar allí para ella. El único que no quiere los detalles escabrosos de lo que le ocurrió.

Sólo quiero ayudar. Ayudar a Katie.

Porque sé lo que pasó. Yo estuve ahí. Lo viví. No necesito escuchar todos los detalles sucios. Soy una *parte* integral de esos detalles sucios. Lo único por lo



que tengo curiosidad es saber de… ella. ¿Qué hace que confié? ¿Qué la mueve? ¿Siempre sonríe, o está seria y triste todo el tiempo? ¿Cuál es su película favorita, su color favorito? ¿Suspira en sus sueños? ¿Duerme bien, o lidia con las pesadillas todas las noches?

Si soy honesto conmigo mismo, también quiero saber lo que se sentiría tenerla en mis brazos. ¿Su pelo sigue siendo tan suave como lo fue cuando la conocí? ¿Podría tener la oportunidad de darle un beso? ¿Susurrarle al oído cómo me hace sentir? ¿Descubrir la forma en la que sabe?

Quiero todo eso. Hasta el último pedacito. Quiero todo de *ella*.

Y ahora está aquí. Maravillosamente inocente, seguramente asustada aun. Jugando a pretender y ser real. La entiendo. Lo hago. Soy igual. Tenemos más en común de lo que nunca se dará cuenta.

Sin embargo, todo lo que puedo hacer es mirarla como un idiota.

—Uhm, te importaría… —su voz se desvía y hace un gesto con la mano hacia atrás en dirección en la que habíamos venido. Si supiera que la había seguido, se asustaría. Tendría todo el derecho a estarlo—. Esto puede sonar tonto, pero, uh, ¿me acompañarías a mi auto? Es que, después de lo ocurrido, no sé. ¿Qué pasa si me encuentro con esos chicos de nuevo? No me siento muy…

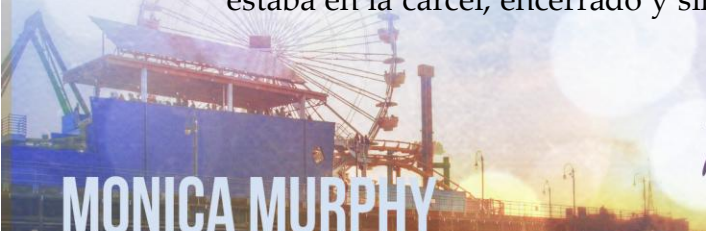
—Claro, voy acompañarte a tú auto —la interrumpo, mi corazón golpea sobre sí mismo, cuando me ofrece una sutil sonrisa satisfecha—. No hay problema. Estaba a punto de irme de todos modos.

—Bueno. Gracias. Eso es… eso sería genial. —Su voz es débil, al igual que su floreciente sonrisa, y se necesita todo dentro de mí para no llegar hasta ella y poder ahuecar sus mejillas y suavizarlas con mis dedos a través de su piel…

Comienza a caminar e igualo el paso a su lado, teniendo en cuenta lo pequeña que es comparada conmigo. No se ve como que ha crecido mucho desde la última vez que la vi, sin embargo me he alargado otros quince centímetros desde que tenía quince años. Nada me ha dado mayor satisfacción que el día en que me di cuenta que era una cabeza más alto que mi querido padre. Podría golpear a ese hijo de puta en el suelo si me hubiera inclinado a hacerlo. La práctica de deportes mantuvo mi cabeza en orden, me mantuvo jodidamente con vida hasta que tuve que renunciar a ellos. Pero me hicieron más fuerte cuando lo necesité, así que sentí como si pudiera afrontar cualquier cosa.

Todo. Incluido *él*.

Aunque no importaba. Al momento en que pude haberle hecho eso, él ya estaba en la cárcel, encerrado y sin salida. Estaba hecho. Lo había arruinado. Lo







mismo hizo Katie. Le ayude a escapar y fue ese pecado imperdonable, que me convirtió en su enemigo.

Fui a su juicio, pero era difícil escuchar todo eso. Todas esas pruebas fuertes e insensibles, repitiéndose una y otra vez. El aluvión interminable de fotos de chicas muertas que se parecían mucho a Katie. Sangre, violencia, gargantas cortadas y cuerpos violados, parpadeando en la pantalla una y otra vez mientras el fiscal se quedaba con los brazos cruzados con expresión sombría. Había lanzado esa jugosa pequeña presentación de diapositivas, que terminaba con la imagen perversa de Katie que se tomó en el departamento de policía donde llevaba una sudadera y pantalón gris a juego demasiado grandes, con los ojos llorosos y devastados.

Los miembros del jurado se estremecieron en sus asientos. Jadeos de terror sonaron, haciendo eco mientras el sonido rebotaba en el techo alto. La imagen de Katie me llenó de rabia tan violenta, con tales náuseas abrumadoras, me escapé, agachándome mientras me deslizaba a través del banco, prácticamente me arrastre de allí sobre mis manos y rodillas, estaba muy encorvado.

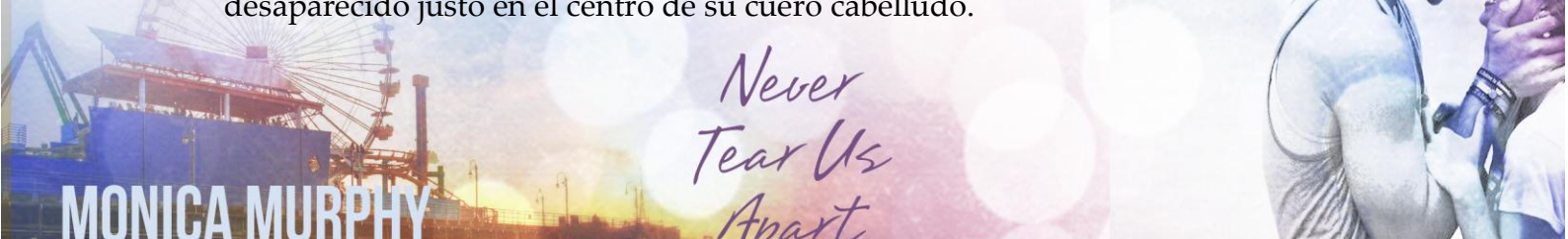
A pesar de que al final testifique contra él, no quería que me viera así. No quería que pensara que me había ido o peor que era una especie de marica quien no podía manejar la situación.

Marica, había escupido hacia mí después de doblarse por la embriaguez. *Un marica de mierda al que le gusta comer verga.* Había tratado con esas palabras que eran lanzadas hacia mí una y otra vez. Llegué a preguntarme si a él era a quien le gustaba comer pollas y proyectaba sus sentimientos hacia mí. Tuve que lanzar esa teoría por la ventana cuando me enteré que había violado, golpeado y asesinado a una lista aparentemente interminable de chicas.

Así que sí, le gustaban las mujeres; sólo las jóvenes. Y eso es sólo la peor cosa en todo el maldito mundo, tan mal que ni siquiera puedo empezar a procesarlo.

En contra de mi mejor juicio, no es que tuve a nadie que me diga si era bueno o malo; yo estaba tan por mi cuenta que a veces tenía conversaciones intensivas conmigo mismo, lo visité una vez después de la sentencia. Fue como un idiota conspirador —por qué me sorprendió, no lo sé— que prometí no volver a verlo en carne propia de nuevo.

Ya fue a la cárcel débil, el peso alrededor de su abdomen estirando el requerido uniforme de la prisión de camiseta blanca almidonada y pantalones vaqueros de color azul claro. Tenía la piel pálida, de un blanco poco natural teñido de verde, sus ojos pálidos, también, y un parche de cabello había desaparecido justo en el centro de su cuero cabelludo.



Parecía pequeño. Débil. Una vez lució fuerte y poderoso, como el *Gran Oz* cuando yo era un niño. El único que sabía cómo presionar los botones y tirar de las cuerdas, el que levantó la vista y les dijo a todos cerca del final del tercer grado—: ¡Voy a crecer y algún día ser exactamente como mi papá!

Un escalofrío me recorre con el recuerdo. Cómo lo idolatré por ese corto período de tiempo. Pasó de ser el padre ideal al hombre que poco a poco, de forma metódica se convirtió en un monstruo.

Ahora, ¿quién es el blando?

Una vez que reconoció que yo no tenía planes de volver a visitarlo, me escribió cartas. De cinco a diez páginas de enojados desvaríos sin sentido, de cómo le fallé como un hijo, cómo el sistema le falló, mi madre, todas las putas con las que alguna vez estuvo, todas las chicas que tocó y eliminó tan casualmente, como si fueran nada más que muñecas con las que jugó por treinta minutos antes de arrojarlas a un lado con desdén.

Cartas tan llenas de asco y odio que las quemé inmediatamente, aunque nunca podía dejar de leerlas primero. Tuve que abrir cada una. No sé muy bien ni entiendo lo que me forzó. Era como… una obligación. No lo podría ver nunca más, pero todavía necesitaba leer sus palabras. Necesitaba el recordatorio de que este malo y horrible hombre era mi padre. Vine de él. Una parte de él se encuentra en lo profundo de mi alma, mis huesos, mi corazón y mente.

Eso me asusta muchísimo.

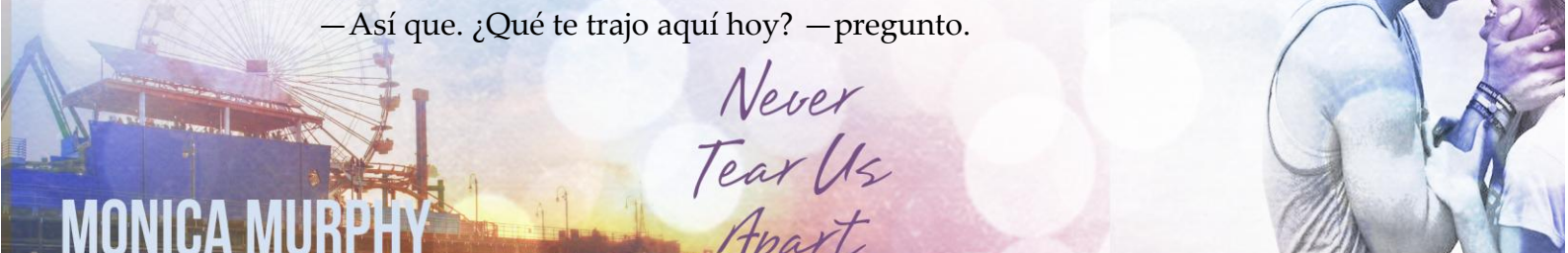
De vez en cuando recibo una carta que me recuerda a un hombre diferente. El hombre que era antes de que llegara a ser tan torcido con odio que no sabía hacer otra cosa más que agredir. Mis recuerdos de la infancia son nada cerca de agradables. No puedo mentir. Pero hubo un momento de esperanza en mi vida. Un muy pequeño periodo de tiempo dónde todo estaba… bien, y yo estaba lleno de inocencia. Inocencia ignorante, supongo, pero eso es mejor que la dura y fría realidad.

Dios, en serio lo perdí. Aquí estoy con la chica de mis sueños y estoy perdiendo mi oportunidad. Los minutos sólo están pasando. Tic, tic, tic, y pronto la chica que piensa que la salvé porque soy una especie de buen ciudadano rescatando chicas perdidas con un solo salto se dará cuenta que soy un idiota que no puede jodidamente hablar. Y se encogerá de hombros, entrará en su coche, y se irá.

Para nunca ser vista otra vez. Bien. Podría observarla como una especie de idiota jodido que no puede averiguar lo que quiere, pero quiero esto. La proximidad, la oportunidad de pasar tiempo con ella, hablarle, tocarla…

Me saco de los recuerdos, de mis anhelos, y me centro en ella.

—Así que. ¿Qué te trajo aquí hoy? —pregunto.



Me mira por un breve momento, cautela en sus ojos. —Yo, eh, sólo tenía que salir de la casa.

Miente. Pero no estoy a punto de desafiarla.

»¿Y tú? —pregunta. Veo la curiosidad en su mirada y me gusta. La quiero curiosa.

Necesito que esté interesada.

Placer florece en mi pecho a pesar de mi cerebro luchando por obtener una respuesta. —Quería ver la playa. Es uno de mis lugares favoritos.

Gira la cabeza al oeste, hacia el océano, y protege sus ojos con su mano, ocultando efectivamente sus cejas por completo. El sol es brillante, reflejándose en el agua, y entrecierra los ojos para protegerse del resplandor. —Definitivamente está hermoso hoy.

—El clima es perfecto —agrego y asiente, destellándome una breve sonrisa a medida que continuamos caminando.

No debería estar haciendo esto. Hablándole. Llegar a conocerla. Es incorrecto. Retorcido. Ser honesto sería mejor pero, ¿cómo puedo sacar el tema en una conversación casual?

Oh, oye, ¿quieres saber quién soy realmente?

Sí. No puedo hacerlo. Si sigo con esta farsa, con este montón de mentiras que sólo van a crecer mucho más, nunca voy a encontrar una manera para sincerarme.

Esta es la última vez que hablarás con ella. Ya tienes lo que querías, la oportunidad de mirarla fijamente a los ojos y ver que está bien. ¿Aún mejor? La rescataste. Hiciste tu trabajo. Ahora aléjate. Acompáñala hasta su coche y termínalo ahora.

Salimos del parque en cuestión de minutos y la dejé dirigir el rumbo, pretendiendo no saber dónde está estacionada. Hacemos una pequeña charla, discutiendo de temas sin sentido como el clima, la forma en que la ciudad realmente no ha cambiado en años. Me pregunta si vivo aquí y digo que sí. Le pregunto si vive aquí y cambia de tema, señala un delfín que salta en el océano.

Nos miramos por un momento, paralizados. La miro, veo la forma en que está observando el salto elegante del gris delfín en el agua, sus ojos abiertos, sus labios rosas entreabiertos. Maldita sea, es bonita. El impulso de agarrar mi teléfono y tomar una foto de ella en este momento exacto es fuerte, pero sé que se asustará.

Así que voy a tener que conformarme con grabar su expresión en mi memoria en su lugar.







—Mi coche está cerca. —Sonríe y se gira hacia mí—. Justo allí. —Hace un gesto detrás de ella y miro, sabiendo exactamente qué vehículo es suyo, pero de nuevo, no se supone que debería saberlo—. Gracias de nuevo. Por… todo.

—De nada —digo solemnemente, temor llenando mis entrañas y haciéndome sentir enfermo. Esto no puede ser todo. No puedo… no puedo dejarla ir así. No con un "gracias y fue real, pero nunca te volveré a ver".

Joder, no puedo hacerlo.

Está girando lejos de mí. Partiendo hacia su coche. La veo caminar, veo placenteramente su figura esbelta, el imperceptible balanceo de sus caderas. Es delgada. No sé si come mucho y de repente estoy abrumado por la necesidad de darle de comer. Cuidar de ella.

»Oye —la llamo y hace una pausa, girándose para mirarme con curiosidad en sus ojos de color azul oscuro—. Uh, ¿vas a hacer algo en este momento?

Contempla mi pregunta, sus delicadas cejas arrugándose, sus dientes hundiéndose en su labio inferior por un breve momento. —Probablemente debería ir a casa. Se está haciendo tarde.

—Oh. —Asiento, trago. Oro para no haber jodido esto—. Me preguntaba…

Su cara —no hay otras palabras para ello— se ilumina. Como si quisiera que le pregunte. —¿Preguntándote qué?

—Si querías tomar una taza de café conmigo. Tal vez conseguir algo de comer. —Ladeo mi cabeza, meto mis manos en los bolsillos de mis pantalones vaqueros. Tratando de ser modesto. No quiero presionar.

Pero no puedo dejar que se aleje de mí. Aún no.

—¿Ahora mismo?

—Sí. —Trago contra la sequedad en mi garganta—. A menos que tengas algún otro lugar en el que tengas que estar…

—No tengo donde estar. Ningún lugar para ir, sólo a casa —dice, un torrente de palabras que hace que sus labios se cierren en el momento en que escapan de ella, como si no hubiera querido admitirlo.

—Hay una pequeña cafetería más arriba en esta calle. Podríamos caminar allí. —Hago una pausa—. Tienen una gran vista del océano.

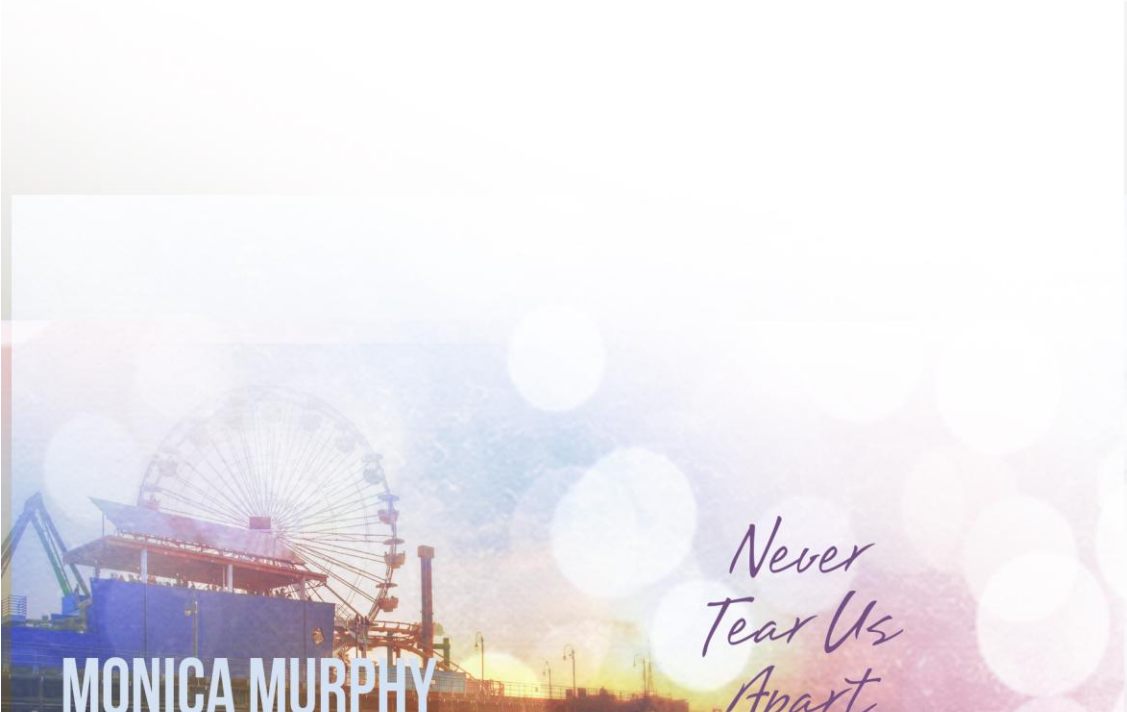
La sonrisa en su cara no es nada menos que brillante. —Bueno. Sí. Me encantaría.

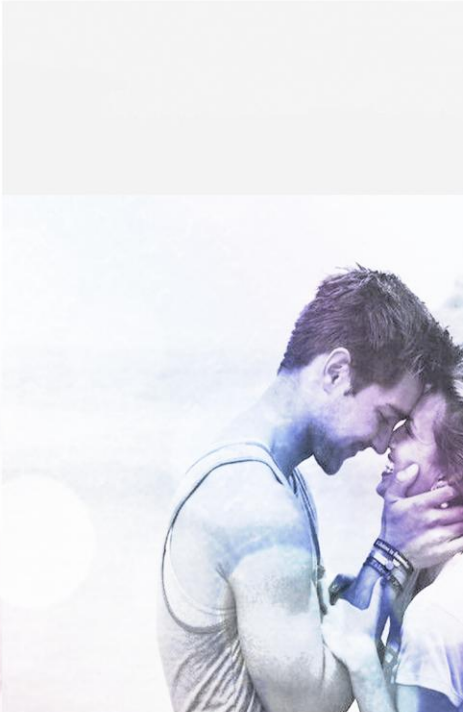




A pesar de mis instintos gritándome en protesta, me muevo hacia adelante y ella camina junto a mí, al igual que antes, cuando yo era otra persona y también ella.

Como si estuviéramos destinados a estar juntos.





21

Antes

Traducido por Mire

Corregido por Miry GPE

Will

Ella se encontraba cansada. Y llorosa. Sus quejidos y constantes sorbidas de nariz me ponían de los nervios, pero lidié con ello. ¿Cómo podría enloquecer cuando ella ya sufrió tanto? Mi padre la encadenó a la pared como a un animal. Algo que todavía casi no podía comprender.

¿Cuántas más hubo? Esa era la parte que no me gustaba pensar demasiado. Pero permanecía en mi mente siempre, pulsando una pregunta incesante por mi sangre.

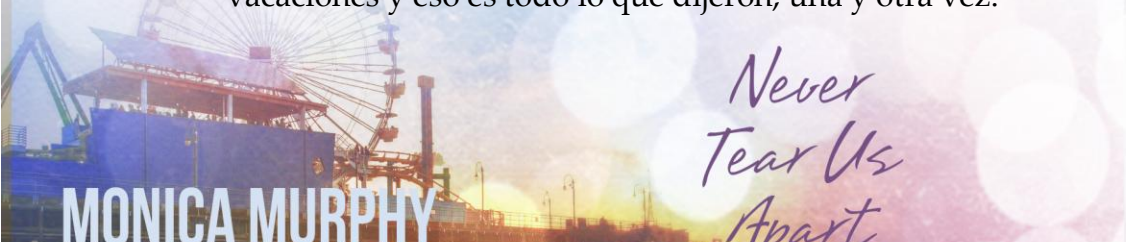
¿Cuántas? ¿Cuántas?

No quería saber.

Sin embargo, tenía que saber.

Salvar a esta fue todo lo que pude hacer. No sabía nada de las demás. Por las cosas que Katie dijo, los consejos que mi padre le dio, sabía sin lugar a dudas que el secuestro de Katie no era su primer intento. Él tenía experiencia. Casi la mató. La violó en repetidas ocasiones. Nunca dijo exactamente lo que hizo con ella más allá de mencionar el incidente de asfixia, pero vi los moretones en la parte interior de sus muslos, negros, púrpuras y enormes. Sólo podía imaginármelo separando sus piernas justo antes…

—¿Ya llegamos? —preguntó cerca de la quincuagésima vez, sonando como todos los niños de los que se burlan en la televisión. Recordándome a Bart y Lisa de *Los Simpson*. Hubo un episodio que vi donde toda la familia se va de vacaciones y eso es todo lo que dijeron, una y otra vez.





¿Ya llegamos? ¿Ya llegamos? ¿Ya llegamos?

Hasta que finalmente Homero les gritó y de mala gana se callaron.

—Casi —dije, mi respuesta de memoria. Tan cansado de que preguntara eso. Pero agradecido por la interrupción de mis pensamientos. No quiero imaginar lo que le hizo. Ya es bastante malo que viera la evidencia persistente.

—Estoy tan dolorida. No sé si puedo caminar más lejos. —Su voz se apagó, tan débil y lamentable, y me di vuelta para verla allí de pie, con el cuerpo encorvado, mi sudadera tragándola, dándole un aspecto increíblemente pequeño.

—Katie —empecé y sacudió su cabeza, cerrando los ojos mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—No puedo hacerlo, Will. Me duelen los pies. Mis piernas. Todo mi cuerpo. —Las lágrimas en verdad se encontraban cayendo ahora, varios rastros pequeños dividiéndose entre sí en su cara sucia mientras los sollozos empezaban a sacudir sus hombros—. No quiero seguir. No puedo. No puedo hacer esto.

Fui a ella, la agarré por los hombros y le di una pequeña sacudida. No demasiado fuerte, sin embargo. No quería empeorar las cosas. Pero tenía que subir a bordo con el plan. —Vamos. No me abandones ahora. Puedes hacerlo.

Abrió los ojos y miró hacia mí. —Dime la verdad. ¿Cuán lejos está la estación de policía?

Di un gran suspiro y giré la cabeza para mirar por el tráfico pasándonos. —Casi un kilómetro —murmuré.

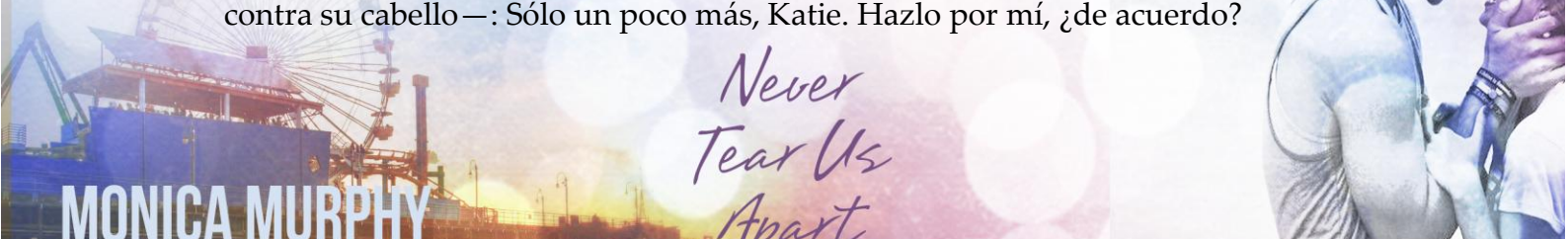
—¿Cuántos kilómetros hemos caminado ya? —Sorbió por la nariz y se convirtió en un hipo. Odiaba verla llorar. Me hacía sentir emociones extrañas que no podía describir y no me sentía cómodo.

—No lo sé —dije con sinceridad—. ¿Dos? ¿Tal vez tres?

—Se siente como veinte. —Vaciló en mi agarré, como si sus piernas estuvieran a punto de abandonarla, y la sacudí de nuevo, haciendo que su cabeza se levantara, por lo que su mirada se encontró con la mía—. No puedo hacer esto —susurró—. Tú eres fuerte, pero yo no.

—También eres fuerte. —Deslicé mis manos sobre sus hombros y la atraje hacia mí, yendo por puro instinto. Quería ofrecerle consuelo. Quería que se sintiera a salvo conmigo y cuando lo hizo voluntariamente, cruzando sus brazos frente a su pecho, su frente posándose en mi hombro, se sintió… bien. Su absoluta confianza en mí me hizo sentir como si pudiera hacer algo por ella.

Mientras deslizaba mis brazos a su alrededor y la sostuve cerca, susurré contra su cabello—: Sólo un poco más, Katie. Hazlo por mí, ¿de acuerdo?



Asintió, el más simple movimiento de su cabeza, su cuerpo yendo lánguido contra el mío, y la agarré tan cerca como pude, la sudadera juntándose entre nosotros. Le ofrecí algo de mis fuerzas en su interior, la necesitaba para tirar juntos. Estábamos tan cerca y no podía tenerla renunciando antes de llegar allí.

—Está bien —susurró, girando la cabeza mientras hablaba, y juré que sentí su húmeda boca moverse contra mi cuello—. Sólo, prométeme que entrarás en la estación de policía conmigo.

Me puse rígido. Esa era la última cosa que quería hacer. —No te lo puedo prometer.

Katie levantó su cabeza para mirarme. —¿Por qué no?

—Tengo que volver a casa. —Las palabras sonaron flojas, pero era la única excusa que tenía.

Me observó como si estuviera lista para llamarme estúpido. No es que me la podía imaginar diciendo esa palabra. —¿Volver a qué? *¿Él?* ¿Tu padre? ¿Vas a advertirle que me dejaste ir? ¿Entonces los dos pueden huir o lo que sea?

—Diablos, no —dije con vehemencia—. No le voy a decir una mierda.

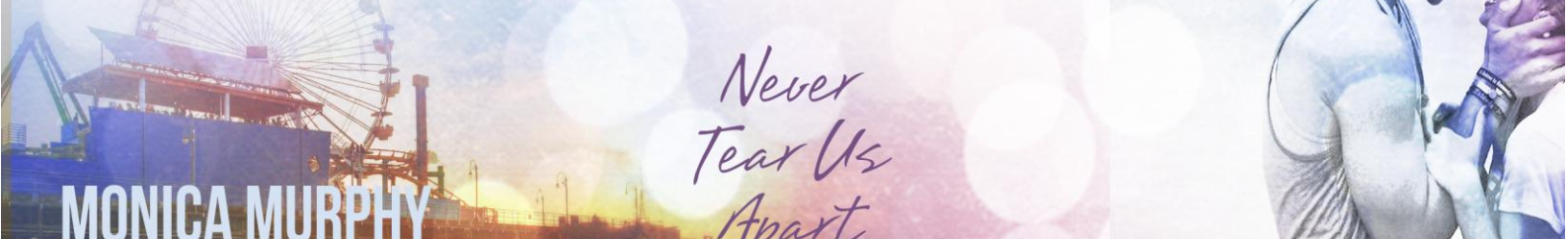
—Entonces, ¿por qué volver allí? ¿Y para qué? Tu vida no puede ser tan buena, ¿verdad? Es un monstruo, Will. —Su voz se convirtió en el susurro más vacío, sus ojos muy abiertos y llenos de miedo—. ¿Te ha hecho daño?

Permanecí rígido, incluso mis labios inmóviles. No podía admitirle mis secretos más oscuros.

»¿Lo ha hecho? —tanteó mientras se soltaba de mi agarre. Como si podría ser tan desagradable que podía coger una enfermedad de mí, sí permanecía demasiado cerca. Supuse que me lo merecía. Soy su hijo, después de todo—. Dime.

—No me ha hecho daño —murmuré, apartando mi mirada de la suya, así podía mirar al suelo. Podía sentirla mirándome, su mirada moviéndose sobre mí desde la cabeza a los dedos de los pies y por todas partes. Sólo podía imaginarla preguntándose exactamente qué me hizo él. Cómo me lastimó. No había sentido sus puños por un tiempo, pero solía golpearme en donde nadie se daría cuenta. En las costillas, la espalda, el estómago. Cuando tenía nueve años él tenía la costumbre de pellizcar mis muslos internos, torciendo la piel hasta que chillaba, lloraba y gritaba, rogando que se detuviera. Dejando feas magulladuras moradas ahí que parecían llenarle de satisfacción cuando las notaba más tarde.

Esas mismas heridas que solía darme me recordaron a los moretones en los muslos de Katie.



—Mientes. —No era una acusación, sólo una declaración de un hecho, y me sentí como la mierda por no ser honesto. Pero ¿qué podía decir? ¿Cómo podía revelarle lo que me hizo? Lo que me obligó a hacer, ¿lo que me hizo ver? Lo odiaba, estaba avergonzado de él y de lo que hizo.

—No quiero hablar de ello. —Tomé su mano y tiré de ella, indicando que quería que empezara a caminar. Así lo hizo, de mala gana, la expresión de su cara nada menos que frustración. Malhumorada.

—No puedes mantenerlo dentro de ti para siempre, ya sabes —dijo mientras nos dirigíamos por la acera, manteniendo un paso lento para que pudiera seguir el ritmo. Ella prácticamente caminaba de puntillas, haciendo una mueca con cada paso, y consideré levantarla y encerrarla en mis brazos el resto del camino, pero decidí que mejor no.

—¿Eres mi consejera ahora? ¿Qué sabes acerca de la vida? ¿Cuántos años tienes, de todos modos?

Levantó la barbilla, luciendo de alguna manera digna a pesar del cabello enmarañado, mejillas manchadas de lágrimas, manchas moradas de magulladuras en cada lado de su cuello, y la sudadera gigante que casi la tragaba entera. —Casi trece años.

Lo que significa que tenía jodidamente doce años. *Doce*. Dios, mi padre era repugnante.

—No sabes una mierda —dije, inmediatamente molesto conmigo mismo por hablarle de esa manera. Se suponía que debía ser el que la salvó. Necesitaba controlar mi boca.

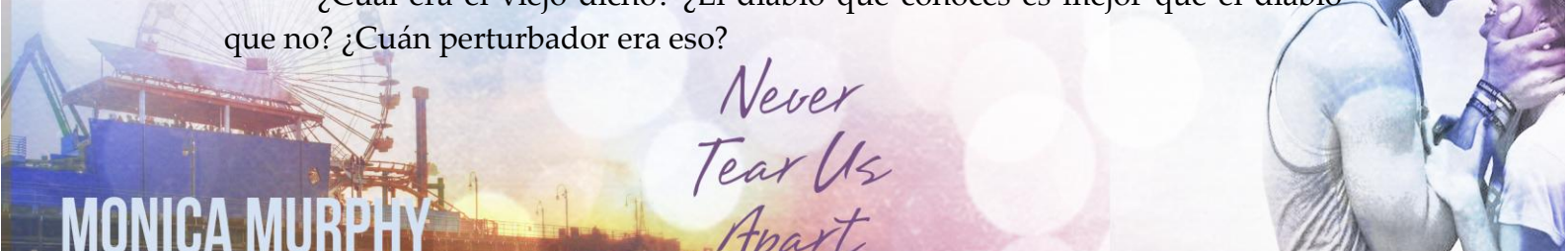
—Sé lo suficiente como para decir que es imposible, volver allí, volver a *él*. —Me apretó la mano, recordándome que no dejé ir la suya. Nuestros dedos estaban entrelazados, palmas de las manos juntas, y me gustó. Aferrarme a ella de este modo, a pesar de mi mano sudorosa, me hizo sentir bien. Seguro—. Entra a la estación de policía conmigo.

Seguí caminando, ahogando el gemido de frustración que quería dejar volar. Ella todavía era joven. Probablemente protegida, ya no tan inocente, pero lo suficiente para que creyera que el mundo todavía podría ser inherentemente bueno. Sin malas intenciones permitidas. Tenía los padres a los que volver, que la querían. Un hogar seguro, un lugar donde se sentía amada y apoyada.

¿Yo? No tenía nada. Sin opciones. Un padre que secuestró y violó a niñas por juego y una madre que me abandonó hace mucho, mucho tiempo. —Sólo me pondrían en un hogar de acogida.

—¿No sería mejor que estar con él?

¿Cuál era el viejo dicho? ¿El diablo que conoces es mejor que el diablo que no? ¿Cuán perturbador era eso?



Pero esa era mi vida en pocas palabras.

Cuando no dije nada, continuó—: ¿Qué hay de tu mamá?

—¿Qué pasa con ella? —Sonaba hostil y apreté los labios, luchando contra las lágrimas. Jodidas lágrimas. Por una mujer que me abandonó el primer momento en que tuvo la oportunidad. Probablemente terminaré teniendo graves problemas maternales cuando sea mayor, lo juro por el jodido Dios.

—¿Dónde está?

—No es una parte de mi vida. —Eso era todo lo que quería decir. Le envié una mirada a Katie, una que decía no más preguntas, y me encontraba bastante seguro de que entendió la indirecta.

Nos encontramos con una luz roja y esperamos a que cambiara para que pudiéramos cruzar la calle. La estación de policía se hallaba cerca, en la calle que estábamos a punto de abordar, y necesitábamos girar a la derecha una vez que cruzáramos. Unas cuadras más y estaríamos allí.

Unas cuadras más hasta que dejara ir a Katie por siempre.



22

Ahora

Traducido por Miry GPE

Corregido por Dannygonzal

Katherine

Acepto mi latte de vainilla y lo observo desde el otro lado de la mesa, maravillándome de nuevo por su buena apariencia, ante el hecho de que me pidió que fuera a tomar un café con él y acepté. Nos encontramos en una especie de cita extraña, no puedo imaginar llamándola alguna otra cosa, y él la instigó. Lo que significaba que quería pasar más tiempo conmigo.

Conmigo. Katherine Watts. La pobre y lamentable Katie.

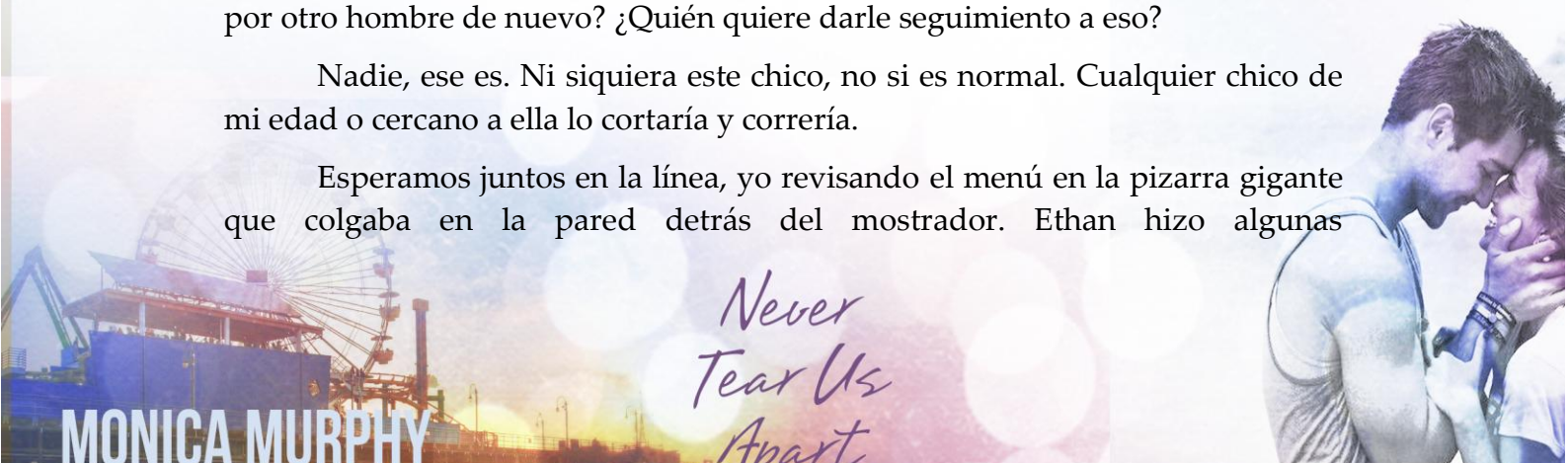
No sabía qué hacer con eso.

Como de costumbre, recorrí toda la gama de posibles explicaciones. En realidad es un reportero. Sabe exactamente quién soy y trata de acercarse a mí. Mi nueva teoría favorita: fue enviado por mamá y Brenna para hacerme tropezar. Como una prueba para ver si sería lo suficientemente tonta como para caer en sus trucos.

Si estas teorías son erróneas y no sabe quién soy en realidad, tan pronto como lo descubra saldrá corriendo. No es que pudiera culparlo. No soy fácil. Mi pasado es difícil. ¿Quién quiere estar con una chica que fue violada repetidamente y golpeada a los doce años, sólo para no permitirse ser tocada por otro hombre de nuevo? ¿Quién quiere darle seguimiento a eso?

Nadie, ese es. Ni siquiera este chico, no si es normal. Cualquier chico de mi edad o cercano a ella lo cortaría y correría.

Esperamos juntos en la línea, yo revisando el menú en la pizarra gigante que colgaba en la pared detrás del mostrador. Ethan hizo algunas



recomendaciones, dejándome saber lo que pensaba ordenar, y una vez que tomé mi decisión, me dijo que fuera a reclamar la solitaria mesa vacía frente a la ventana con vista al Pacífico antes de que alguien la tomara.

Cuando le ofrecí dinero para pagar mi bebida, lució ofendido.

Corrí hacia la pequeña mesa y me instalé en una silla, mirando el gran manto azul rematado con crestas de olas. El viento era vicioso, batiendo el océano en unas agitadas olas con espuma, y no había muchos barcos afuera. La mayoría de ellos ya habían terminado el día.

Mirar al mar podía sostenerme sólo durante un tiempo e incliné la cabeza, revisando a Ethan tan discretamente como fuera posible mientras esperaba pacientemente en la larga fila. El lugar estaba lleno, el interior pintoresco, con paredes de ladrillo expuesto y tablones de madera toscamente labrada. La caja de cristal brillaba bajo las luces, lleno de pasteles y galletas de aspecto delicioso, y una bandeja de pastelillos de chocolate cubiertos con vainilla espesa que lucían extra tentadores. Pero no tenía hambre y, además, me sentía demasiado nerviosa como para comer.

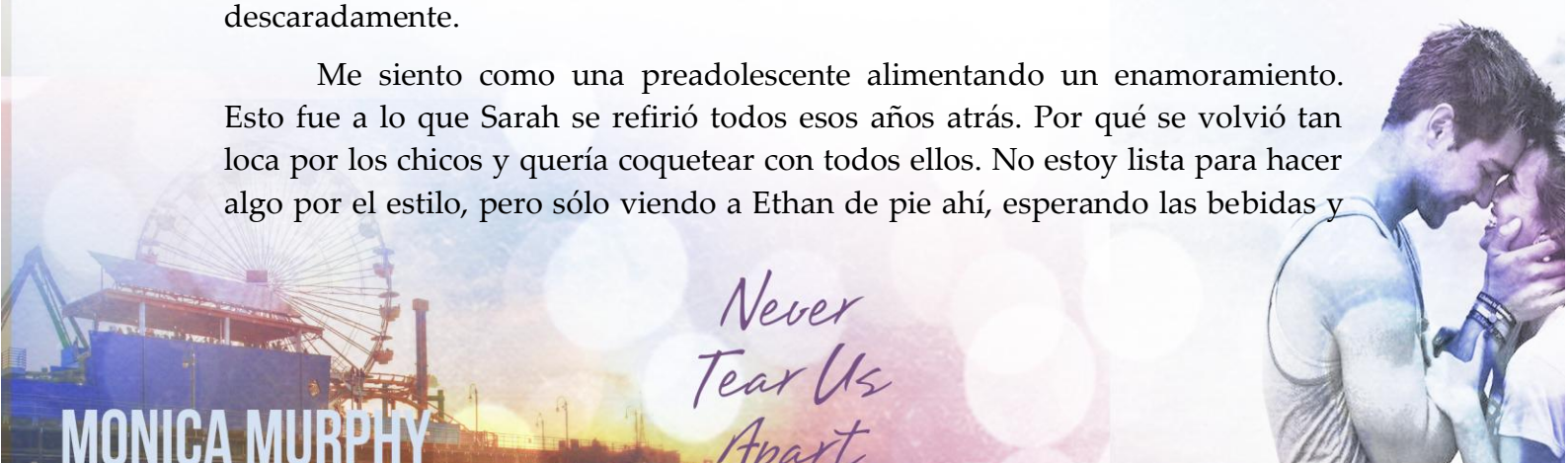
Dos mujeres pasaron por un lado, en dirección a la puerta, y flagrantemente examinaron a Ethan, quien estaba completamente ajeno considerando que se hallaba de espaldas a ellas. Vi como hicieron una lectura lenta de su parte trasera, las dos tuvieron un ataque de risa antes de apresurarse a salir de la cafetería.

Tampoco podía dejar de mirar su parte trasera. Era la primera vez que hacía algo como esto. Los pantalones oscuros que vestía eran sueltos, pero no holgados, por lo que podía distinguir su trasero por debajo de la mezclilla. Tenía una linda forma. Sin embargo, lo que más me impresionó, fueron esos hombros. Eran tan amplios. De aspecto capaz. Como si pudiera luchar guerras y proteger de monstruos malvados, todo esto mientras me aferraba a su lado.

Una fantasía ridícula, pero no podía dejar de entretenerme.

Le sonrió amablemente a la cajera y le entregó un billete de veinte, asintiendo su agradecimiento cuando ella le devolvió el cambio. Introdujo los billetes sueltos en una delgada cartera de cuero negro y la metió en el bolsillo trasero, caminando hacia el otro mostrador donde se entregaban las bebidas. Lo observé todo el tiempo, mi codo apoyado en la mesa, la barbilla apoyada en el puño curvado. No lo notó, y estaba contenta porque me permitió estudiarlo descaradamente.

Me siento como una preadolescente alimentando un enamoramiento. Esto fue a lo que Sarah se refirió todos esos años atrás. Por qué se volvió tan loca por los chicos y quería coquetear con todos ellos. No estoy lista para hacer algo por el estilo, pero sólo viendo a Ethan de pie ahí, esperando las bebidas y



comprobando su teléfono, con la cabeza inclinada, ver caer su cabello sobre la frente, me llenó con el repentino impulso de empujarlo hacia atrás…

Miró por encima de su hombro, su mirada encontró la mía y una sonrisa conocedora curvó sus labios por un muy breve momento. Levanté la cabeza y apoyé el brazo sobre la mesa, mis mejillas ardieron al ser atrapada, y luego fui salvada por el barista gritando su nombre porque nuestras bebidas estaban listas.

¿Podría avergonzarme más a mí misma? No tuve la oportunidad de experimentar todos los tropiezos y errores de las citas a través de la secundaria y preparatoria. No lidié con nada de eso, y ahora tengo que averiguar todo eso años después.

Quito la tapa del café, observando el vapor elevarse de la gruesa capa de espuma. Él hace lo mismo, quitando la tapa, tomando la varilla agitadora que debió agarrar cuando recogió nuestro pedido, y agita su bebida caliente, haciendo un remolino de líquido marrón claro.

—Aquí siempre preparan las bebidas extra calientes —dice—. Sólo un consejo.

Sonrío, gustándome que dijera eso. Casi implica que posiblemente quiera traerme aquí de nuevo algún día.

Tal vez. Ojalá.

Algo se asienta sobre mí; no sé cómo explicarlo. Este momento simplemente se siente tan normal, tan como cualquier otro día, y lo estoy saboreando. Tengo la sensación de que no tiene ni idea de quién soy. Y estoy muy bien con eso. No quiero ver el destello de consternación en sus ojos color marrón oscuro. No quiero ver como la simpatía forma un gesto automático en su boca y hace uno de esos ruidos de chasquidos con la lengua. Sabes de qué hablo. Los que todos hacemos justo antes de decir algo como…

Eso es tan horrible.

O:

Que tragedia.

Y mi favorita de todas:

Eres tan fuerte. ¡Qué afortunada al lograr salir con vida!

Nunca me he sentido verdaderamente afortunada. Soy una sobreviviente, sí. Nunca una víctima, Dios, odio esa palabra. ¿Pero afortunada? La suerte es para los que por poco se escapan de un accidente de auto, ganan la lotería o consiguen un trabajo porque el primer candidato se retiró en el último minuto.



Eso es suerte. ¿El que yo sufriera un calvario que ningún niño debería soportar nunca, sólo para continuar con su vida como la sombra de sí misma, un pequeño adulto triste que se siente roto por dentro? ¿Quién está sola y anhela compañía, pero no sabe cómo hablar con un extraño, sobre todo con un hombre?

No considero eso ser afortunado. De ningún modo.

»¿Cómo está tu café? —pregunta Ethan y levanto la vista para encontrarlo mirándome, sus ojos casi como de búho detrás de los lentes. Puedo ser tímida y torpe, pero no estoy muerta.

El hombre es hermoso. El que me pidiera tomar un café con él es como un estallido de la mente.

—Muy bueno —contesto con una leve sonrisa, levantando mi taza para poder tomar otro sorbo. Puedo sentir la espuma cubriéndome el labio superior y lo lamo nerviosamente, sintiéndome como idiota.

Su mirada se oscurece, si eso es incluso posible, y me pregunto si fue porque vio mi lengua. Mi corazón palpita como un latido lento y primario contra las costillas y me pregunto…

¿Podría sentirse atraído por mí?

¿Me siento atraída por él?

Nunca antes he sido tan consciente de alguien. Es como si todo lo que quisiera hacer es mirarlo. O hacerle un sin fin de preguntas. Luego mirarlo un poco más.

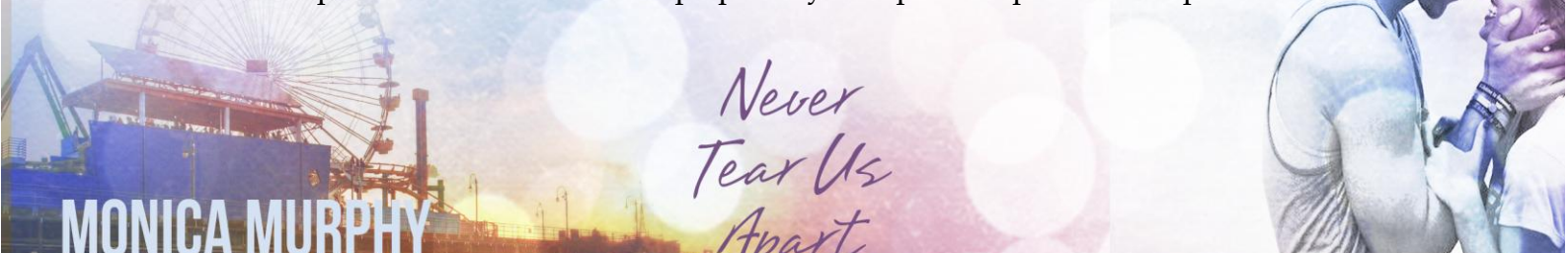
Estoy siendo ridícula.

»¿Cómo está el tuyo? —pregunto, señalando su taza. Sus largos dedos se cierran alrededor y recuerdo la forma en que se cerraron firmemente en la camiseta de ese chico, temblando con violencia apenas contenida.

Otra descarga de excitación me atraviesa y observo en tembloroso silencio mientras da un sorbo de su mocha chocolate blanco y me sonríe. —Es bueno. No he estado aquí en un tiempo, así que esperaba que no me decepcionaran.

—Definitivamente no estoy decepcionada —digo con una suave risa. ¿Estoy coqueteando? No creí que supiera cómo hacer eso. Tal vez sólo viene naturalmente.

—Bien. —Sus ojos se entrecierran un poco cuando sonríe y no puedo evitar encontrarlo atractivo. *Él es* atractivo. Y grande, tan ancho y alto, con piernas y brazos largos, hombros musculosos, pecho ancho. La mesa redonda en la que estamos sentados es pequeña y sus piernas parecen desparramarse



por todas partes, tomando cada centímetro de su espacio asignado y también algo del mío.

Pero no alejo la silla de él. No trato de retirarme. Conservo mi espacio, disfrutando de la forma en que su pie parece empujar contra el mío cada pocos minutos, el roce de nuestras piernas vestidas con pantalones envía una chispa de fuego a través de mi piel cuando sucede. Es raro, pero él se siente familiar y nuevo, cómodo y emocionante, todo al mismo tiempo. No lo entiendo.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —pregunto, tratando todo lo posible por hacer una pequeña charla, algo en lo que no soy muy buena.

Su mirada se aleja de la mía para mirar por la ventana hacia el océano que se extiende ante nosotros, y tensa la mandíbula. —Eh, vinimos aquí cuando yo tenía nueve. Mi familia y yo.

—Oh. —Asiento, preguntándome por qué no parece muy cómodo. ¿Ya lo arruiné? ¿Fisgoneé cuando no debí hacerlo? Dios, no sé cómo hacer esto, cómo ser casual y hablar con un chico. Soy una loca lamentable—. ¿Puedo preguntarte qué edad tienes? —Estoy segura de que ese también es un paso en falso, pero a quién le importa. Soy demasiado curiosa como para preocuparme por eso.

—Veintitrés. —Su mirada encuentra la mía una vez más y se inclina sobre la pequeña mesa, colocándose en mi espacio personal una vez más. Es como si no pudiera evitarlo y no me importa, porque ahora puedo olerlo. Sentir el calor que irradia de él en olas palpables. Por alguna razón quiero estar cerca de ese calor. No puedo explicar por qué—. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno —contesto. *Y nunca me han besado. Eres mi primera cita de verdad y es probable que tú ni siquiera cuentes esta como una.*

—Un adulto legal entonces. —Se recuesta en su silla, con la mirada aún fija en la mía—. No todo es tan bueno como parecía ser, ¿verdad?

Me encojo de hombros. Tomo otro sorbo de mi bebida antes de responder. —No me siento como una adulta, si es a eso a lo que te refieres. Pero agradezco que ya no soy una niña.

La luz se atenúa en su mirada y en un momento de pánico, me pregunto si dije demasiado. —¿No tuviste una gran infancia?

—Fue buena cuando era muy joven. Una vez que llegué a mis años de adolescencia… —No termino la frase. No lo necesito. Por alguna razón, creo que podría entender. ¿Alguien piensa que sus años de adolescencia fueron fáciles? Probablemente no.

Los míos fueron simplemente anormalmente horribles.



—Lo entiendo —dice con una inclinación de cabeza, y el alivio me golpea de lleno en el pecho cuando escucho esas dos palabras—. La mayoría del tiempo, ser un adolescente apesta.

Suelto la risa, sorprendida y satisfecha por su descarada descripción. —Bueno, no te andas con rodeos.

—¿Cuál es el punto? —Encoge esos anchos hombros—. Sólo soy honesto.

—¿Siempre eres honesto? —La pregunta directa hace que haga una pausa y comprendo que no soy buena en esto. Para nada. Hago preguntas invasivas o algunas que los chicos no quieren contestar.

—Trato de serlo —dice después de un momento de pausa. Sus ojos se oscurecen, como si una nube ominosa navegara por ellos, y me pregunto por qué—. Lo mejor que puedo.

No digo nada. No es mi lugar juzgar, tener expectativas. Somos dos personas que se conocieron en extrañas circunstancias, y ahora beben un café juntos. Eso es. Una vez que terminemos entraré en mi auto y conduciré de regreso a casa. Sin volverlo a ver nunca. Estoy bien con eso.

De verdad.



23

Ahora

Traducido por Beatrix

Corregido por Itxi

Ethan

Una hora más tarde, camino de vuelta a su coche. El viento azotaba violentamente mientras estábamos dentro de la cafetería, y ahora nos golpea en tanto nos dirigimos por la acera, nuestras cabezas inclinadas, nuestros cuerpos inclinados hacia adelante. Envuelve sus brazos alrededor de su cintura, un temblor visible atormenta su cuerpo, y me gustaría poder deslizar el brazo por sus hombros y tirar de ella hacia mí. Compartir mi calor, abrazarla.

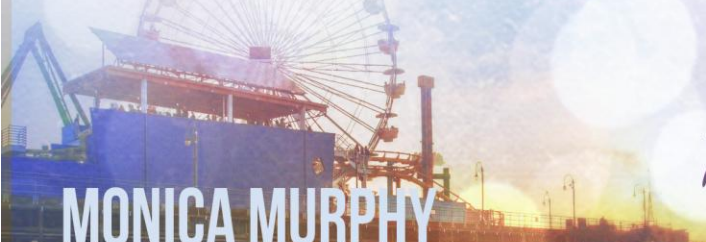
Más como que sólo quiero abrazarla.

Se detiene justo en frente de su coche y se gira para sonreírme tentativamente. —Gracias de nuevo por el café. Y la conversación.

Habíamos charlado con facilidad, aunque a veces parecía incómoda. También me hacía preguntas difíciles de responder, que a su vez me hicieron sentir incómodo. Hice lo mejor para olvidarlo. Culpándola por no salir mucho porque sé que no lo hace. Estar con ella, pasar tiempo el uno con el otro como he estado haciendo…

Su pregunta acerca de ser honesto me atrapó. Se ha quedado conmigo, no importa cuánto he tratado de olvidarlo. Soy un idiota por haberle dado alguna respuesta falsa. Soy un idiota mentiroso.

Debería confesarlo, pero ¿cómo? Es por eso que necesito alejarme y poner fin a esto. Tengo lo que quería. Demonios, incluso la rescaté. La salvé de que le robaran el bolso. Hablé con ella, llegando a conocerla un poco y ver qué está haciéndolo bien. Ella *estará* bien. Lo sé.







—Gracias por aceptar venir conmigo —le digo, dando un paso atrás, como que necesito desesperadamente un poco de espacio entre nosotros, mirando al otro lado de la calle donde estacioné mi coche en frente del restaurante mexicano. Como un milagro, sigue allí, aunque creo que veo un billete sujetado debajo del limpiaparabrisas del lado del conductor, aleteando en el viento.

—Gracias por el café. Y gracias por ayudarme antes, con el asunto del bolso. —Hunde sus dientes en su labio inferior y quiero gemir. Es tan condenadamente sexy y ni siquiera lo sabe. *Sé* que no lo sabe. Eso es parte de la razón de que sea tan atractiva—. Eso podría haberse puesto realmente… feo. No puedo decir lo suficiente lo agradecida que estoy de lo que hiciste.

Doy un paso más cerca, olvidando mi pensamiento anterior sobre la necesidad del espacio. A la mierda. *Necesito* estar cerca de ella. —No iba a dejar que esos tipos te hicieran daño —murmuro, tomándola de la mano y apretando suavemente. Es como si una descarga de electricidad pasara de la palma de mi mano a la de ella, y sé que lo siente. Lo veo en la ampliación de sus ojos, la forma en que sus dedos se curvan alrededor de los míos y aprieta ligeramente. Como si no pudiera evitarlo.

Cuando estamos alrededor el uno del otro, es exactamente eso. Parece que no podemos evitarnos. La necesidad de tocarla, parado cerca de ella, respirar en ella, es tan fuerte que no puedo luchar contra ello. No creo que sea posible.

Inclina la cabeza hacia atrás, su mirada encontrándose con la mía. No dice nada y yo tampoco, sólo nos miramos el uno al otro, el fuerte viento rodeándonos, rizos de oro rubios deslizándose de su cola de caballo y volando alrededor de su cara. El sol está descendiendo en el cielo, fundiéndose en un resplandor de color rosado-naranja, y las palabras se deslizan más allá de mis labios sin pensar.

»¿Podemos intercambiar los números para que así me puedas enviar un mensaje cuando estés en casa segura?

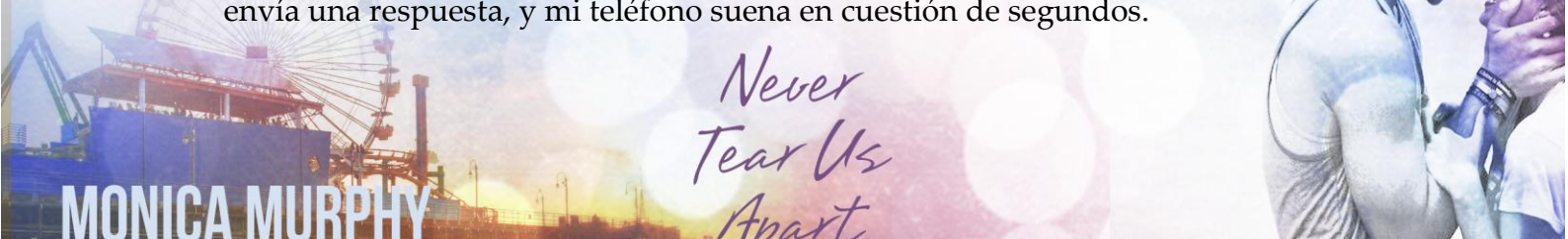
Su mano no se aleja de la mía. —Sí —susurra.

Poco a poco a regañadientes libero mi mano de su agarre, metiendo la mano en el bolsillo delantero para sacar mi teléfono. Abro un nuevo mensaje de texto y vacilante me repite su número, que introduzco en mi teléfono junto con un mensaje rápido antes de que golpee enviar.

Su teléfono suena y lo saca de su bolso, sonríe cuando ve el mensaje.

Hola.

Sus dedos se mueven rápido sobre la pantalla de su teléfono mientras envía una respuesta, y mi teléfono suena en cuestión de segundos.



Gracias. Por todo.

Mi corazón se agita. Esta chica. Se ha metido bajo mi piel. Se metió en lo más profundo de mi corazón hace años, cuando por primera vez la encontré en ese colchón sucio, herida, magullada y muy asustada. Me desgarró lo que mi padre le hizo, y quería desesperadamente ayudarla, como si mis buenas acciones pudieran compensar eso.

No creo que esto se acerque a compensar lo que él le infligió, pero hice mi mejor esfuerzo. La rescaté, aunque de algún modo me hizo ser el malo de la película. ¿Es eso lo que piensa de mí, mi antiguo yo? ¿Qué estaba involucrado en los juegos enfermizos, retorcidos de mi padre? ¿Que jugaba un papel en todo eso? Abundan las teorías sobre lo que hice. Una de ellas es que él me utilizó como una forma de atraer a las chicas. Otra es que mi padre me dejó para que yo no tuviera que ir con él.

Esas dos teorías duelen demasiado. ¿Y pensar que ella podría creer eso?

Casi me destroza.

—Basta de agradecimientos —le digo en voz alta, haciendo que sonría—. Será mejor que hagas tu camino. ¿Cuánto tiempo te toma llegar a casa?

Vacila, poniendo de vuelta su teléfono en su bolso, parece que no me lo quiere decir. Espero pacientemente, empujando las manos en los bolsillos delanteros, observándola. —Un poco más de una hora —admite.

Todavía me saca de quicio que viva tan cerca de la llamada escena del crimen. Es como si quisiera ponerse a prueba a sí misma diariamente.

—Entonces será mejor que me mandes un mensaje en unos noventa minutos. —Le doy una mirada severa y su sonrisa no vacila. De hecho, crece aún más—. ¿Bien?

Katie rueda los ojos de forma exagerada. —Bien, lo haré.

—¿Lo prometes? —Las palabras se deslizan fuera de mí, las únicas palabras que siempre solía repetirme, y sus ojos se abren con conmoción bañando su cara.

—Lo prometo —murmura solemnemente, su mirada tan ancha y azul como el océano detrás de nosotros.

Sé que sin duda no va a romper esa promesa.



24

Antes

Traducido por Val_17

Corregido por Daniela Agrafojo

Will

—Entonces, déjame entender esto. —El detective hizo una pausa, con la mirada fija en la mía, sus fríos ojos azules me recordaban al hielo.

Su actitud también era fría. Habíamos estado en esto por un par de horas. Una pregunta tras otra, la misma pregunta hecha de un modo diferente, una y otra vez, hasta que sentí que iba a romperme. Lo cual era exactamente lo que ellos querían hacer.

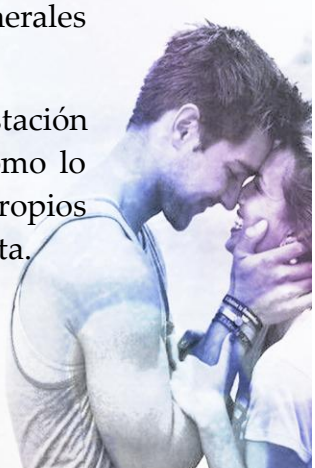
Romperme.

Me rehusé a hacerlo. Podría estar agotado y mentalmente drenado, pero hice mi mejor esfuerzo por ser totalmente honesto. Parecía que se morían por que confesara que estuve involucrado en los crímenes de mi padre. Como si lo esperaran, deseando esa confesión con tanta fuerza que prácticamente se hallaban sin aliento por la anticipación.

Pero no tenía nada que confesar más allá de traerles a Katie. Pensé que estarían felices, ¿sabes? Esta chica… la vi en las noticias esa misma mañana. Un informe de niña desaparecida, indicando que desapareció hace tres días en el parque de atracciones bajo el paseo marítimo y que creían que había sido secuestrada. La vieron con un hombre que describían en términos tan generales que era casi risible.

Tres días desaparecida. La encontré al segundo día. La traje a la estación de policía en el tercer día. ¿Qué demonios le pasó ese primer día? ¿Cómo lo pasé por alto? Mientras los detectives me dejaban hervir en mis propios pensamientos cuando me trajeron aquí por primera vez, medité la pregunta.





¿En dónde estuve? ¿Cómo me perdí esto?

Me devané los sesos hasta que todo llegó a la vez. Había ido a la práctica de fútbol como de costumbre, después pasé el rato con un amigo. Fumamos un porro y nos dio hambre, así que allanamos su cocina y vimos televisión —unas caricaturas muy antiguas que nos hicieron reír histéricamente— hasta que sus padres llegaron a casa del trabajo, arruinando nuestro buen momento.

Era una casa típica, la familia típica, todos tan agradables y normales a pesar de que fumamos un porro y nos comimos la mayoría de sus alimentos. Demonios, supongo que esa parte también era normal. Lo que no era normal sería tener un padre que, mientras te ocupabas de los tentempiés, secuestró a una niña de doce años, y la violó.

Jodidamente la *violó*.

Recordar el miedo en los ojos de Katie, la forma en que se encogió cuando entré por primera vez al almacén, imaginando lo que le hizo, me hizo querer vomitar.

¿Lo peor? La forma en que la comprensión lentamente me inundó. La policía no me vio trayendo a Katie como un rescate. Querían creer que era una confesión. Papá, por supuesto, era su sospechoso número uno. Rápidamente me di cuenta de que yo era su segundo sospechoso. Creían que éramos cómplices.

—¿Entender qué? —pregunté con cansancio. Estaba tan harto de sus preguntas. Bueno, la única pregunta del detective. El otro agente se sentó en silencio, tomando notas en una libreta amarilla. Su escritura se parecía a los arañazos de una gallina.

—Que no tienes idea de en dónde se encuentra tu padre.

Golpeé mi mano en el borde de la mesa, sorprendiendo tanto al otro detective que su lápiz se arrastró a través de la libreta en un garabato.

—Ya se lo dije, no sé dónde está. Salí del almacén con Katie y la traje aquí. —Hice una pausa, deseando tener algo para beber, pero me bebí todo el refresco que me trajeron hace más de una hora—. ¿Ella está bien?

—Está tan bien como puede estar, teniendo en cuenta lo que ha atravesado —espetó el detective. Se inclinó sobre la mesa, su ceño fruncido, su tono amenazante—. Vamos a acabar con esta mierda, ¿de acuerdo?

Me quedé completamente inmóvil. Habían jugado conmigo desde que me trajeron aquí. Nunca fueron al grano y dijeron las cosas de frente, pero sabía lo que creían. No planeaban dejarme salir de este pequeño cuarto asqueroso con paredes color beige y sin ventanas en un futuro próximo. Me sorprendió que todavía no me hubieran arrojado a una celda en la prisión.



No es como si pudieran enviarme a casa. Probablemente me enviarían a un centro de acogida, y eso era lo último que quería. Mi casa fue rodeada y era considerada oficialmente una escena del crimen, invadida por agentes de policía. Y mi padre no se encontraba por ningún lado.

—Sólo dígalo —murmuré, cansado de las reiteradas preguntas, de la irritación que irradiaba en oleadas de ambos. Me aborrecían. Frente a un tribunal de dos personas, ya había sido juzgado y condenado.

—Bien. ¿Quieres saber lo que pensamos? Aquí está. Pensamos que fuiste un cómplice del secuestro y violación de Katherine Watts. —Me estremecí ante la palabra *violación*, y al oír su nombre completo por primera vez—. Y vamos a insistir e insistir y fastidiarte hasta que jodidamente confieses y nos digas con exactitud lo que ocurrió. Porque lo sabes. Sabemos que lo sabes. Eres sólo un idiota punk, una réplica de tu padre.

—No hice nada. —Mi voz se quebró y apreté los labios. Tenía ganas de llorar, pero maldita sea, no era un niño. Tenía que aguantar—. La traje aquí. Quería salvarla.

El detective echó la cabeza hacia atrás y se rió como si acabara de decir la cosa más divertida del mundo. *Imbécil.* Me senté al borde de la silla, tenso por la ira, mis manos se cerraron en puños, y los levanté, apoyándolos sobre la mesa.

—No querías salvarla. Querías salvar tu propio maldito pellejo. Sabías que tu padre se tomaba demasiado tiempo con ella y que algo iba a ocurrir para que lo arruinara. Por lo que te asustaste. Decidiste que lo mejor sería traernos a Katherine, parecer un supuesto héroe y evitar las sospechas. Lanzar a los lobos a tu papá y terminar como un maldito santo.

No dije nada. No había ningún punto en defenderme. A nadie le importaba lo que tenía que decir; nadie me escuchaba.

Así que lo mejor sería mantener mi maldita boca cerrada.



25

Ahora

Traducido por Sofía Belikov

Corregido por Meliizza

Ethan

Espero.

Camino de un lado a otro.

Quiero arrancarme el cabello, y termino pasándome las manos por él tantas veces que estoy seguro que está de punta y luce horrible.

Como si me importara. ¿Quién va a verme?

Estoy solo. Como siempre.

Caminando de un extremo de la sala de estar hasta el otro.

Mi cabeza está llena con… pensamientos. Pensamientos preocupados. Enloquecidos. Llenos de deseo.

Erróneos.

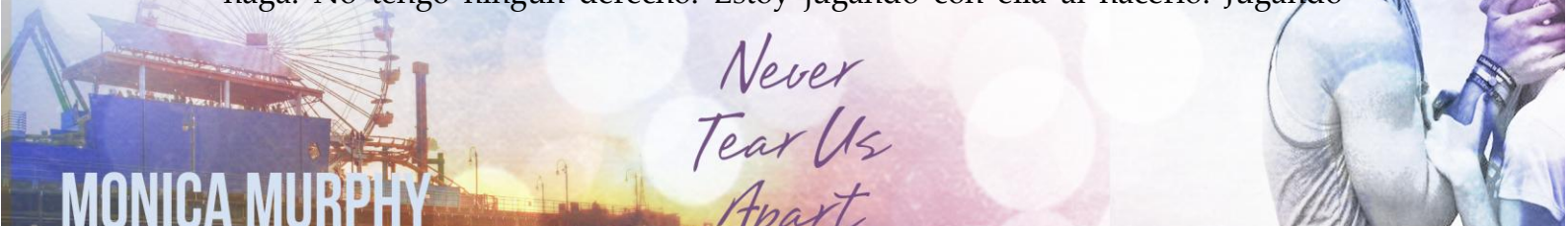
Llega finalmente, después de aproximadamente cien minutos desde la última vez que salió de mi vista. Lo que esperaba.

¡Llegué a casa a salvo! La pasé increíble esta tarde, a pesar del casi robo. :)

El alivio que me recorre al ver su mensaje me pone débil. Me hacer sentir como un maldito bebé. Con dedos temblorosos, le respondo.

Gracias por avisarme. Yo también la pasé increíble.

Me detengo, mis dedos cerniéndose sobre la pantalla. Me digo que no lo haga. No tengo ningún derecho. Estoy jugando con ella al hacerlo. Jugando



conmigo. Estoy lo suficientemente chiflado. Lo suficientemente dañado. Igual que ella. No quiero lastimarla.

Pero no puedo dejarla ir. Todavía no. Necesito más.

Quiero verte de nuevo.

Le doy a enviar antes de que pueda pensarlo dos veces.

No responde por tanto tiempo que temo haberlo arruinado. Me paseo de nuevo mientras espero. Estoy a punto de estropear la alfombra de la sala. ¿Qué diablos me sucede? ¿Qué demonios estoy haciendo? Me paso las manos por el cabello de nuevo, aferrándome a los mechones en la parte trasera de la cabeza y dándoles un tirón firme.

Cuando mi teléfono vibra, ni siquiera me preocupo por si debo actuar tranquilo. Estoy desesperado por ver lo que dice.

Me encantaría.

La sonrisa que extiende mi boca es dolorosa. Quiero reírme de alivio. Colapsar de triunfo. Respondo tan sereno como puedo.

Te llamaré mañana.

Ella responde sin dudar.

Bueno.



26

Ahora

Traducido por Sofía Belikov

Corregido por Miry GPE

Katherine

Me siento llena de anticipación después de responder el último mensaje de Ethan. Quiere verme.

A mí.

Soy toda absurda y arruinada.

No puedo concentrarme: apenas y puedo pensar bien. Ese cartel de "Mantén la calma y sigue adelante" no me habría servido, aunque lo hubiera intentado.

Sin embargo, sé lo que sucede.

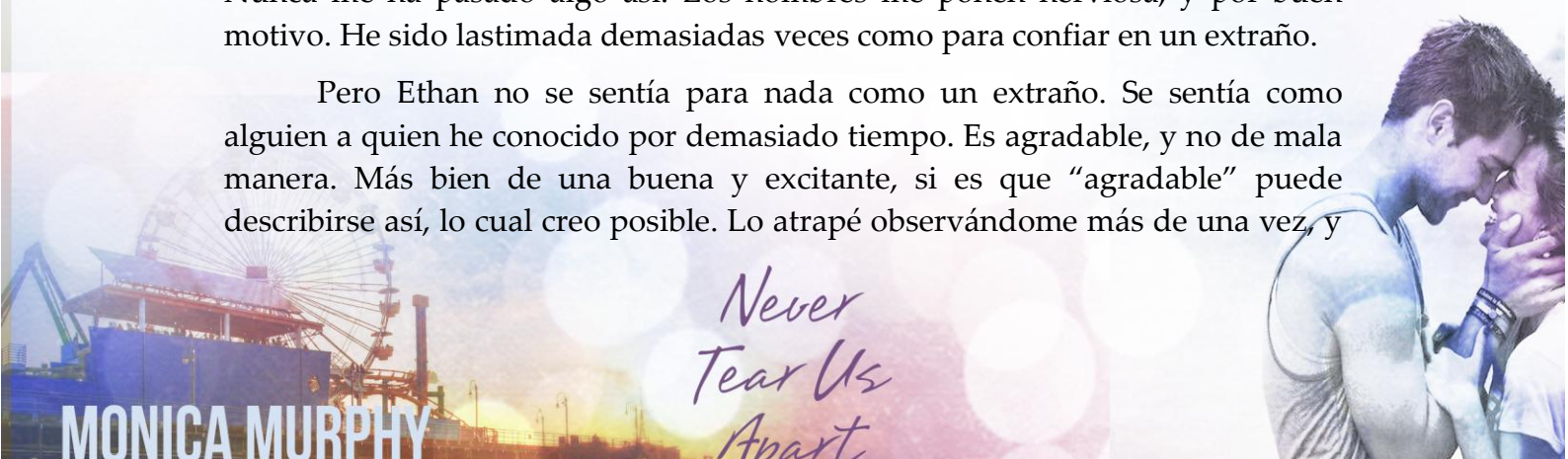
Lo entiendo.

Creo.

Tengo un enamoramiento. Un enamoramiento real y auténtico por un chico dulce y guapo que creo que también está interesado en mí. Debe estarlo si dijo que quería verme de nuevo, ¿no?

No puedo creer que me sienta tan cómoda con él. Es tan impropio de mí. Nunca me ha pasado algo así. Los hombres me ponen nerviosa, y por buen motivo. He sido lastimada demasiadas veces como para confiar en un extraño.

Pero Ethan no se sentía para nada como un extraño. Se sentía como alguien a quien he conocido por demasiado tiempo. Es agradable, y no de mala manera. Más bien de una buena y excitante, si es que "agradable" puede describirse así, lo cual creo posible. Lo atrapé observándome más de una vez, y



cuando nuestras miradas se conectaban, sentía mariposas revoloteando en el estómago, poniendo mi respiración temblorosa y todo mi cuerpo entumecido.

Ridículo.

Emocionante.

Lanzo el teléfono al sofá y bailo por la casa en calcetines, mis pies deslizándose por el suelo de madera. Casi me caigo, pero me estabilizo, riéndome mientras doy una vuelta, mareándome.

O tal vez estoy mareada a causa de Ethan. Un hombre cuyo apellido desconozco.

Pero, por una vez, no me preocupo.

Sólo quiero conocerlo. Descubrir más.

Descubrir…

Todo.





27

Antes

Traducido por Hansel

Corregido por Melina.

Katie

Me duele la cabeza. Mis párpados se sienten pesados mientras lentamente los abro, cerrándolos inmediatamente con un gemido cuando el sol brillante pareció perforar directamente a través de mis ojos sensibles. Me quedé allí por un momento, tratando de recordar lo que sucedió. Me dolía el cuerpo y los olores, los sonidos, todo era completamente desconocido.

Y entonces me acordé. El parque. La larga línea de la montaña rusa. Yendo al baño. El hombre. Dejando caer mi sudadera y lo amable que fue cuando me la devolvió. Ayudándole a encontrar la línea de un paseo para que pudiera reunirse con su esposa y sus hijos. Dándome cuenta demasiado tarde de que no había mujer ni hijos. Me había mentido.

Engañado.

Llevado.

Las lágrimas pasan más allá de mis párpados bien cerrados, aunque no las había notado hasta que ya estaban en mis mejillas.

Tomando una respiración profunda, traté de abrir los ojos de nuevo, girando hacia un lado para no enfrentar todo ese sol. La cabeza me latía por el movimiento y gemí, incapaz de ayudarme, esperando que nadie me escuchara.

—Estas despierta.

El miedo hizo que mi garganta se cerrara. Reconocí la voz. Era él. El hombre que me llevó.

»Mírame —exigió cuando no dije nada.





Volví la cabeza hacia el sonido de su voz, todo mi cuerpo empezando a temblar. Mi pie se disparó y oí un ruido que sonaba como cadenas chocando unas contra otras, sentí un peso alrededor de mi tobillo, y supe que me había encadenado como un perro.

Dios, ¿qué piensa hacer conmigo?

»Oh, mierda, no empieces con eso —se quejó cuando empecé a llorar más fuerte. No lo miraría. No podía. Aparté la vista, mirando a la pared pálida que realmente no tenía color. No del todo blanco, no color beige, no sabía cómo llamarlo.

Feo. Era feo. Donde quiera que me hubiera llevado era horrible y cuando miré hacia abajo, pude ver el borde del delgado colchón, sucio, sobre el que estaba acostada. Moví mi pierna otra vez, la cadena hizo ruido mientras que la golpeé contra el suelo. La cadena estaba engancha alrededor de una tubería oxidada que parecía conducir a ninguna parte.

»¡Deja de llorar! —gritó y apreté mis ojos con fuerza, obligándome a detener las lágrimas.

Pero no pude. No podía parar. Sus gritos me hicieron llorar más fuerte. Volvió a gritar y yo apreté mis labios, conteniendo el sollozo que quería escapar. Lo sostuve, lo sentí crecer más y más grande como un globo lleno de aire hasta que no pude soportarlo más y abrí la boca, el sonido como una triste especie de pop que sólo lo volvía más loco.

»¡Cállate! —Sin previo aviso, me golpeó la cara y grité en estado de shock, trepando sobre el colchón, tratando de presionarme contra la pared—. ¡Cierra la boca y escúchame!

Estaba temblando. Tenía tanto miedo que me aferré a la pared, gimiendo bajo en mi garganta, pidiendo por mi mamá como si fuera un bebé.

Habría dado cualquier cosa por ser un bebé en ese momento, de nuevo en brazos de mi madre mientras me acunaba y mantenía a salvo. Podía sentir sus manos sobre mí mientras me agarraba por la cintura y me tiraba hacia abajo sobre el colchón como si fuera una muñeca de trapo. Él era fuerte. Mucho más grande que yo. Me quedé allí, con los ojos cerrados, la cabeza volteada hacia un lado, y se acercó, su aliento flotando a través de mi cara, caliente y amargo, mientras susurraba. —Seguro que eres bonita.

No, no, no.

Pasó su mano por mi mejilla y retrocedí ante su toque, susurrando la palabra que era como un canto dentro de mi cabeza.

—No.

No reconoció lo que dije. —Desearía poder conservarte.





Oh, Dios, oh, Dios, ¿qué quería decir? Por supuesto que no me podía mantener. Eso significaba que tendría que…

Eventualmente deshacerse de mí.

De ninguna manera podría pensar en cómo haría eso.

Sollocé. Gemí. Sonaba como otra persona, como un personaje de una película de miedo, y por un momento rápido, todo se sentía tan increíble, tan increíblemente loco, no podía entender en mi cabeza que esto fuera real.

Que esto estaba ocurriendo realmente.

A mí.

»Shh —susurró mientras tomó mi mejilla. Sus dedos eran suaves pero erizaron mi piel y sacudí la cabeza, deseando que dejara de tocarme—. Silencio. No puedo dejar que nadie te oiga.

Eso significaba que alguien *podría* escucharme. La esperanza encendió una pequeña llama dentro de mi pecho y grité más fuerte, repitiendo las mismas palabras una y otra vez.

—¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme, por favor! ¡Por favor, ayuda!

Me dio una bofetada, tan fuerte que vi estrellas, lo que nunca hubiera creído que fuera real. Inmediatamente me callé y él puso su mano sobre mi boca. A pesar de estar manteniendo mis labios cerrados lo más herméticamente posible, lo probé. Sal, suciedad y cualquier otra cosa que él había tocado que no pude identificar.

Quería vomitar.

—Mírame. —Apretó su mano con más fuerza en mi boca, los dedos empujando contra mi nariz, y aspiré con fuerza, arrugando la nariz mientras cogía un olor distinto, una mezcla de sudor y algo más, algo que me recordó a excitación. Estaba excitado por todo esto.

Le odiaba.

Al abrir los ojos, me encontré con su rostro muy cerca del mío por lo que podía contar cada pequeña pestañas que rodeaba sus ojos, cada pelo de sus cejas. Sus ojos estaban muy abiertos, las pupilas enormes, y una extraña, exagerada sonrisa curvó su boca.

»Mantén tu boca cerrada, puta, ¿me oyes? No me gusta cuando las niñas son fuertes. Cuando las chicas luchan. —Hizo una pausa, y su sonrisa se desvaneció—. Te sugiero que no pelees. Es mucho más fácil cuando me dejas hacer lo que quiero.







Un ruido me dejó, doloroso y crudo. Mis ojos ardían por las lágrimas contenidas y mi cabeza se sentía como si alguien la hubiera golpeado con un martillo. No me dio ninguna respuesta, pero no me importaba.

»¿Juras que te quedarás tranquila? —Su mano cerró mi boca como un tornillo.

Asentí, todo mi cuerpo temblando. Se movió, podía sentir que se cernía sobre mí, con las rodillas a cada lado de mi cintura mientras se sentaba a horcajadas. El miedo corría por mi sangre, convirtiéndose en hielo, y sentí que sucedía antes de que pudiera detenerlo, el calor se difundió inmediatamente.

Me oriné.

»Jesús. —Saltó lejos de mí mientras el aroma fuerte de la orina golpeó el aire y él retiró la mano de mi boca solamente para golpear mi cara de nuevo, su amplia palma contra mi piel y me golpeó tan duro que mi cabeza giró a un lado—. Perra sucia. ¿Qué demonios te pasa?

Fue entonces cuando arrancó mis pantalones cortos y ropa interior. Cerré los ojos, sus manos presionando contra la parte interna de mis muslos y manteniéndolos abiertos. Me limpió con mi propia ropa interior y la oí aterrizar en el suelo con un sonido húmedo.

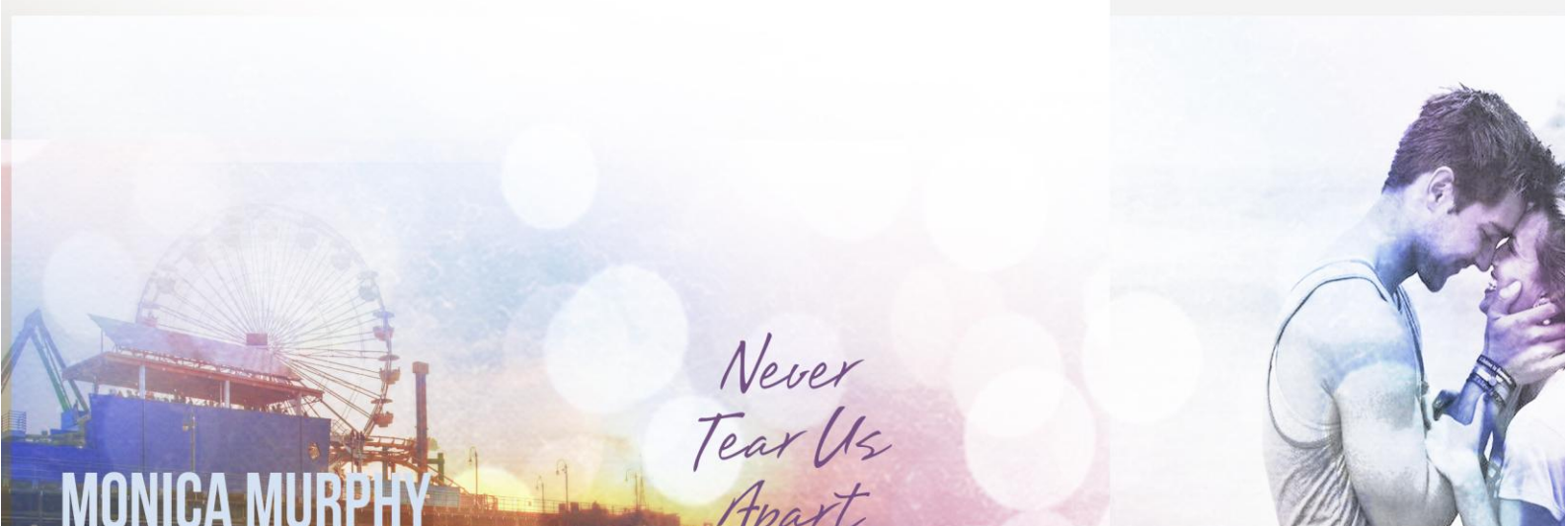
Lloré. Lloré con tanta fuerza que me dolía el pecho y tenía la garganta en carne viva. Se puso de pie encima de mí, con su mano en mi boca para mantenerme callada, su parte inferior situada entre mis piernas. Él me miraba, sentí sus ojos en mí como un láser caliente, y mi piel se erizó.

Todo lo demás desapareció y yo flotaba fuera de mi cuerpo. No podía sentir lo que me hizo. No podía oírlo. No podía verlo. Le estaba pasando a otra persona.

No lo estaba, sin embargo. Me pasó a mí.

Deseé la muerte. Cualquier cosa que me liberara de lo que estaba sucediendo.

Pero nunca llegó.



28

Antes

Traducido por Miry GPE

Corregido por Laurita PI

Will

La llamada telefónica fue inesperada. Tarde, cerca del anochecer, justo después de terminar el turno en la tienda de descuento donde trabajaba. El número era desconocido y casi no respondí, pero algo me obligó a contestar de todos modos.

Me sentí contento de haberlo hecho.

—Will. —La voz suave, ligeramente sin aliento era familiar, y supe al instante quién era.

—¿Katie? —Me detuve en seco y miré alrededor, casi esperando verla aparecer por arte de magia, como una especie de fantasma de mi pasado.

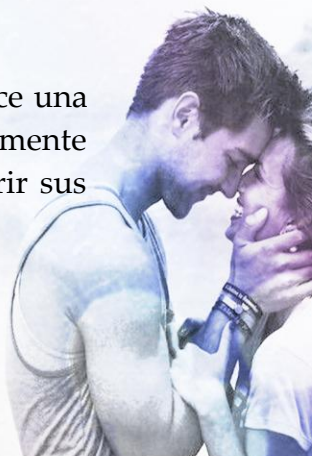
—¿Cómo estás? —Hizo una pausa, un sonido vacilante escapó de ella antes de continuar—: Te he extrañado. No me has enviado una carta en mucho tiempo.

Por consejo de mi abogado. Sí, tenía un abogado, pero sólo por lo que sucedía en el juicio de mi padre. Para mi propia protección, él me dijo que no debía permanecer en contacto con Katie Watts. Por mucho que me mató hacerlo, dejé de escribirle.

Y sentía como si tuviera un agujero en el corazón desde entonces.

—He estado ocupado con la escuela, el trabajo y esas cosas. —Hice una pausa, preguntándome si debería comportarme como un idiota y simplemente poner fin a esto. No quería ser malo, pero sería una manera segura herir sus sentimientos lo suficiente para que me dejara en paz.





No es que quisiera herirla. No es que quisiera poner fin a esta amistad que compartimos. No podía soportar la idea de hacerle daño, pero sería lo mejor. No era lo suficientemente bueno para ser su amigo y ella tenía que dejar ir su pasado.

Eso es todo lo que en realidad era para ella: un recordatorio oscuro y feo de su pasado.

—¿Demasiado ocupado para escribir? —Sonaba esperanzada y dolida, una combinación horrible que me hizo sentir como un idiota.

—Algo así.

No dijimos nada y por primera vez se sintió incomodidad entre nosotros. Empecé a caminar, dirigiéndome de nuevo a ese hogar grupal de mierda del que estaba cerca de irme para siempre, y moría por un cigarro.

Cualquier cosa para ayudar a aliviar el dolor que se envolvía muy fuertemente alrededor de mi corazón.

—Estás enojado conmigo —acusó por fin, y de inmediato lo negué.

—De ninguna manera, Katie. Nunca podría estar enojado contigo. Es… soy yo. —Y esa era la verdad. Era todo sobre mí, nunca ella.

—¿Qué sucede contigo? ¿Ya no quieres ser mi amigo? —Su voz temblaba. Sonaba como si fuera a llorar en cualquier momento y mi corazón se sentía como si estuviera siendo estrangulado.

—Siempre seré tu amigo —susurré, metiendo la mano en el bolsillo del abrigo y sacando un paquete de cigarros. Saqué un cigarro y sostuve el teléfono entre el cuello y el hombro, encendiéndolo y dándole una calada profunda antes de empezar a hablar de nuevo—. Es sólo… en este momento la situación es una mierda, con el juicio y todo. Quizás es mejor si no hablamos.

—Lo que sea, Will. —Ahora lloraba con intensidad y sonaba enojada—. Eres mi único amigo. El único que entiende lo que pasó. Y ahora incluso tú no quieres hablar conmigo. Gracias. Muchas gracias.

—Katie, espera… —empecé a decir, pero la llamada terminó y permanecí escuchando nada más que el silencio.

Metí el teléfono en el bolsillo de atrás y empecé a caminar una vez más, mis zancadas largas, mi enojo fluyendo como fuego líquido a través de mis venas. Acababa de enojar a la única chica que alguna vez significó algo para mí.

Y no sabía cómo solucionarlo.



29

Ahora

Traducido por Miry GPE

Corregido por Dannygonzal

Katherine

Me despierto con un sobresalto, abriendo los ojos mientras los remanentes del sueño o pesadilla, elige el que quieras, aún se aferraban a mí. Me acuesto completamente inmóvil, mi corazón late tan fuerte que lo siento rugir en los oídos y espero a que se calme, escuchando los sonidos normales a mitad de la noche que me tranquilizarán y me dirán que estoy donde debo estar.

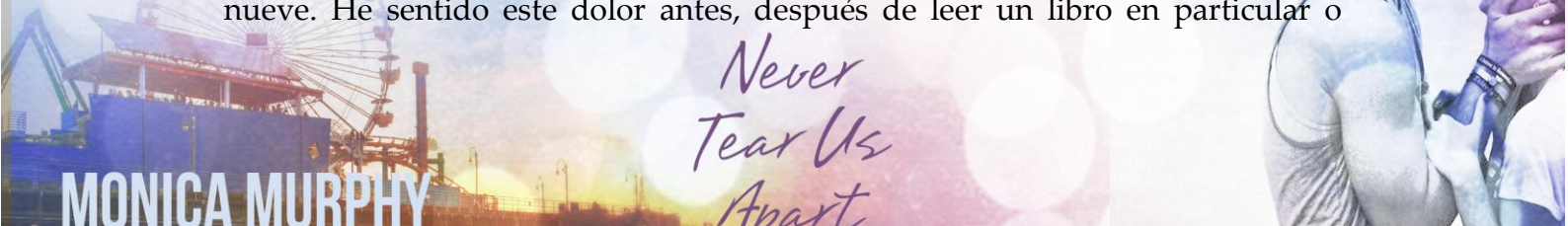
En mi casa, sola, sin nadie de pie junto a mí.

Un perro ladra. La casa cruje, asentándose mientras lo hace. Siempre me he preguntado cuánto tiempo necesita una casa para estabilizarse completamente. Escucho el motor de un auto en la distancia y me pregunto si se van o vuelven a casa. ¿Dónde están? ¿A dónde van? ¿Qué hacen?

Imagino a un hombre saliendo de la casa de su novia. Tal vez aún no están comprometidos completamente y es por eso que no pasa la noche. Tal vez ni siquiera la considera su novia. Pero hacen cosas de novio/novia. Ella lo invitó a pasar después de una cita y él estuvo muy de acuerdo, agradecido de que se lo pidiera. Estuvo pensando en una sola cosa durante toda la noche.

No podía esperar para poner sus manos sobre ella. Y ella no podía esperar para permitírselo.

Un dolor empieza profundamente dentro de mí y ruedo hacia un costado, de frente a la mesita de noche con mi despertador encima. La hora envía su luz hacia mí, números digitales rojos muestran que es la una con nueve. He sentido este dolor antes, después de leer un libro en particular o



viendo cierta película. Lo experimenté cuando salí a cenar con mamá y Brenna y vi a una pareja sentada en una mesa cercana intercambiando miradas de anhelo y sosteniéndose las manos.

Finalmente comprendí que el dolor que sentía era deseo.

El deseo de tacto humano, el toque de un hombre. Algo que creía que no volvería a querer. El sentimiento siempre ha sido fugaz. Llega y se va en cuestión de minutos, y me olvido de él. Continúo con mi vida y me digo: *Eso realmente no sucedió. No quieres eso. No lo necesitas.*

Lo siento ahora. Oscuro y cálido en la boca del estómago, tal vez incluso más abajo, un goteo de líquido caliente por mis venas, tocándome lentamente en todas partes, recordándome que tengo un cuerpo. Un cuerpo que no uso, no entiendo, no toco.

No permito que nadie lo toque.

Cerrando los ojos, me concentro más fuerte. El hormigueo. El calor. Mis músculos se sienten lánguidos, mi piel sensible, y sé por qué experimento esto. Entiendo la causa.

El encuentro con Ethan. La violencia que nos unió y cómo atacó directamente y me salvó. Me avergüenza que su fuerza bruta, la forma en que manejó la situación, me excitara. Me avergüenza lo asustada, sonrojada y emocionada que me sentí cuando lo vi agarrar al chico de la camisa. Pensé que lastimaría al muchacho. Lo lastimaría por mí. Y Dios me ayude, me gustó. Lo quería. No debería.

Pero lo hice.

La contradicción de su dulzura, lo protector que fue conmigo, un virtual desconocido, me excitó aún más. Me intrigó. Me tocó y no salté. Sus dedos eran como una marca caliente en mi carne y sólo de recordar el momento, quería más de eso.

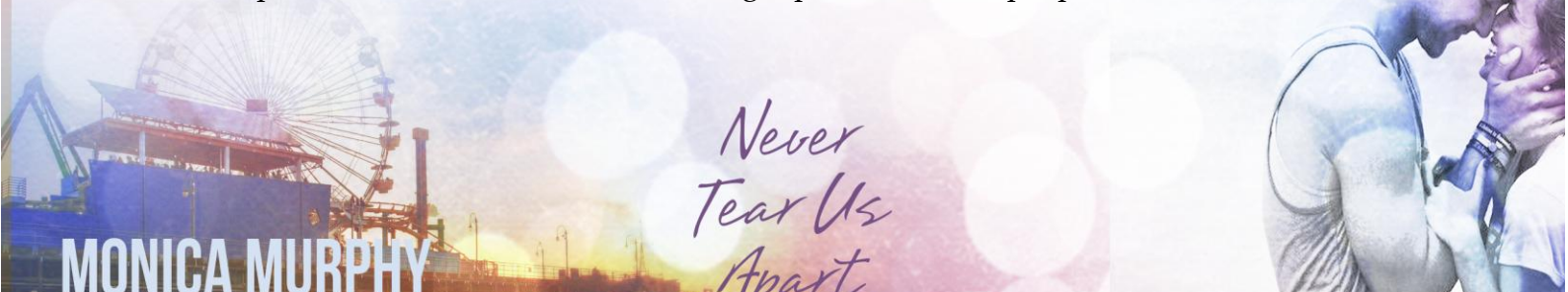
Más de él.

Un suspiro se me escapa y dejo mi mente a la deriva. Culpo al soñoliento estado de conciencia en el que me encuentro por los pensamientos extraños. Y la pesadilla. ¿Por qué, después de experimentar lo que terminó siendo un día bastante bueno, soñaría con Aaron Monroe?

Porque estuviste en el lugar en el que te secuestró, tontita.

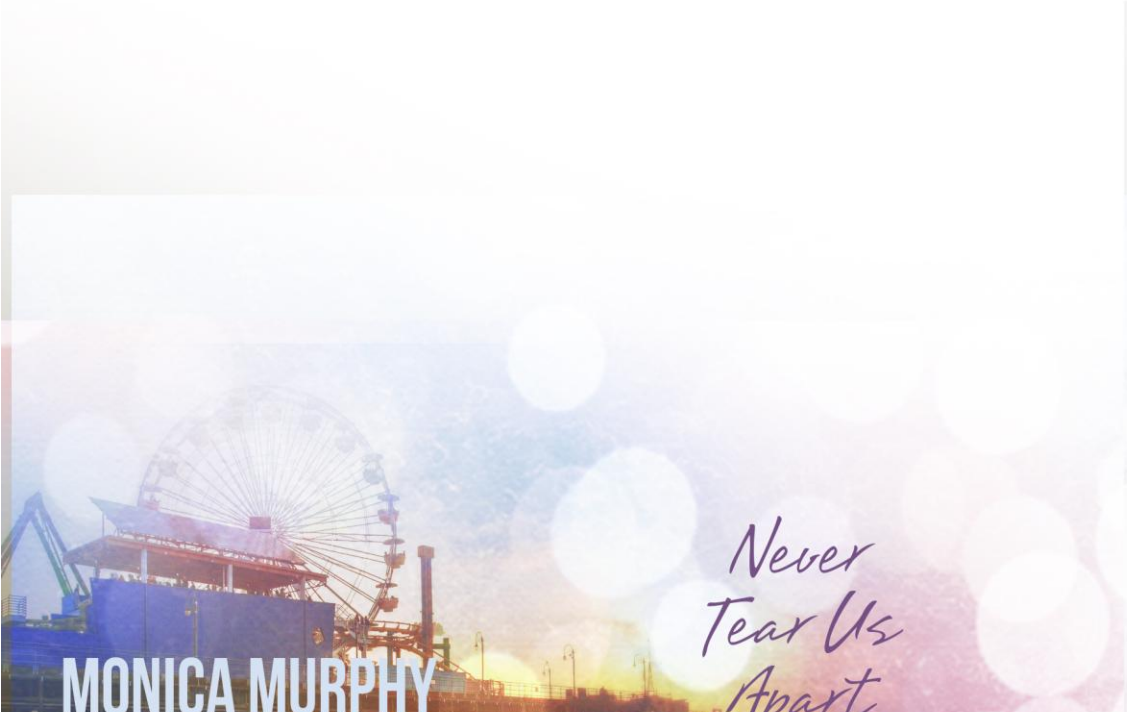
Cierto.

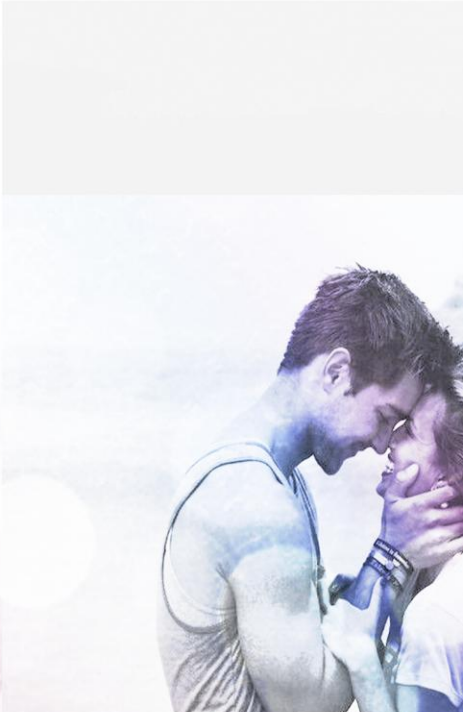
Reabrí los viejos recuerdos. Eso es todo. Fui al parque de atracciones para superar mi miedo e hice otra cosa. Algo que nunca creí que pudiera suceder.



Un hombre me tocó y se lo permití. Un hombre me invitó a tomar un café y fui. Un hombre me pidió mi número de teléfono y se lo di. El hombre me envió un mensaje y dijo que quería volver a verme y estuve de acuerdo.

Tal vez realmente estoy de camino a conquistar mis temores.





30

Ahora

Traducido por Victoria

Corregido por Daliam

Ethan

Estoy orgulloso de Katie. Cuando la llamé hace unas noches, y finalmente le pedí que fuera a cenar conmigo, tan malditamente nervioso que tenía miedo de que mi voz temblara, ella estuvo de acuerdo… a regañadientes. Dijo que lo haría sólo si nos encontrábamos en un lugar público.

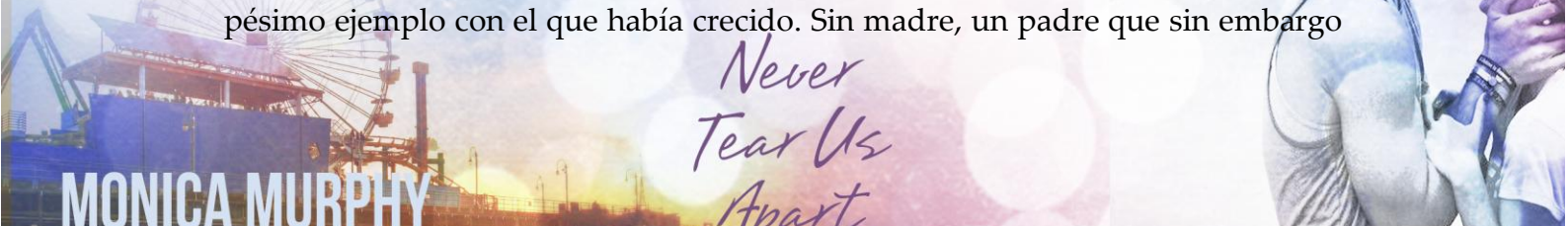
Bien por mí, le dije, y parecía aliviada.

Que no confiara plenamente en mí me agradaba sólo porque la quiero a salvo. No debería depositar su confianza fácilmente en mí, o en nadie. Ha pasado por muchas cosas y tiene todo el derecho a tener cuidado, sobre todo ahora que contó su historia a toda la nación. No tengo ni idea de cuántas personas vieron, pero apuesto a que fue una tonelada. Todo el mundo está fascinado con una historia como la de Katie.

Estoy fascinado con la mujer, no sólo su historia. No sólo su camino. Estuve ahí. Lo viví. Fui una parte de ello y contribuí a su supervivencia. Sin embargo, una parte de mí, casi todo yo, quiere olvidar eso. Anhelo la conexión pasada con Katie, pero no quiero recordar los detalles. Los porqués y los cómos.

Es como que estoy empezando de cero con ella, aunque tengo una ventaja. Lo sé todo sobre ella, pero ella no me conoce. Bueno, ella no conoce el nuevo yo. Ethan.

Incluso al viejo yo, tampoco lo conocía muy bien. Probablemente no le habría gustado mucho de todos modos. No había sido el mejor niño, dado el pésimo ejemplo con el que había crecido. Sin madre, un padre que sin embargo



era inútil. Cuando era pequeño, nunca pude jugar en la Pequeña Liga de béisbol o fútbol americano infantil, y quería. Desesperadamente. Pero esa mierda cuesta dinero y no lo teníamos, así que mi padre siempre me decía que no. Había ido al parque local los sábados por la mañana y miraba. Miraba a los niños de mi edad, los niños con los que iba a la escuela, jugando al fútbol, al fútbol americano y al béisbol. La envidia me comía, me volvió enojado y frustrado, pero a nadie le importaba.

A nadie.

Sin embargo, practiqué. Cada vez que podía. Practicaba deportes en la escuela primaria durante la clase de educación física y el recreo. Pateaba pelotas, las tiraba, encestaba, idolatraba a mi maestro de tercer grado, el Sr. Elliott, que no dejaba jugar fútbol americano casi todos los días, lloviera o hiciera sol. Dios, me encantaba el fútbol americano. En la escuela nadie me molestaba, nadie se metía conmigo ni me decía que era inútil. Todo eso sucedió en casa.

La escuela era mi refugio.

Me metí de lleno en los deportes en la escuela media y en secundaria como un escape. Me encontraba tan malditamente agradecido cuando pude empezar a jugar en equipos y no tenía que pagar por nada de eso. Le dediqué tiempo y trabajo, mantuve mis calificaciones, y me deleité en mi éxito deportivo. Quería algo en qué perderme, quería escuchar que alguien me dijera *buen trabajo*, porque seguro como el infierno que nunca tuve eso de mi padre.

Y lo tuve. Todos mis entrenadores me amaban. Jugué todos los deportes que me dejaron, menos la lucha libre. Nunca podría entrar en eso. Me recordaba mucho a casa. Alguien tratando de sujetarme, de instarme a luchar, para liberarse.

Lo odiaba.

Podría haber escapado de mi hogar de acogida cuando tenía diecisiete años, pero permanecí en la escuela porque demonios, estaba en el equipo de béisbol e íbamos a los campeonatos de la división. No podía abandonarlos. Quería el título. Tuve cazatalentos a mí alrededor por un tiempo, pero mis habilidades de juego combinadas con mis notas nunca fueron suficientes. Aunque quería terminar mi último año. En ese momento nadie tenía permitido decirme Will más, y me hacía llamar Ethan. Nadie cuestionó el cambio, ni siquiera mis maestros. Era como si supieran.

Probablemente así era.

Me quedé con mi amigo Daniel, tirado en el suelo de su dormitorio y le agradecí a su mamá caliente una y otra vez, aunque ella siempre me dijo que no



me molestara. Se sonrojaba furiosamente, como si supiera que pensaba que era caliente y tratara de desanimar un enamoramiento.

Nunca hice nada con la madre de Daniel, aunque quería. En aquel entonces me sentía avergonzado de cualquier sentimiento sexual, con miedo de que pudiera convertirme en un imbécil enfermo como mi padre. Eso me asustaba. Creo que me obsesioné con la madre de Daniel porque no tenía una y ella era demasiado buena conmigo. Yo sólo…

Quería que alguien me amara. Que me aceptara.

Si era honesto conmigo mismo, sabría que buscaba algo más con Katie que simplemente tranquilizarme porque se encontrara a salvo. Quiero cuidar de ella, y no es sólo porque siento que es mi deber.

La quiero. Tan malo y retorcido como sé que es, no puedo negarlo. La quiero, toda para mí. Cuando pienso de esa manera, en términos tan posesivos, me asusta demasiado. Me hace sentir que me estoy convirtiendo en mi padre.

Lo último que jodidamente quiero que suceda. Sé que no soy nada como él. Me enfado, sí, pero no tengo problemas de ira. No quiero tratar brutalmente las mujeres o ejercer mi poder sobre ellas. Y definitivamente no quiero hacerles eso a las niñas.

Mi querido padre es un jodido enfermo. Yo sólo soy una persona retorcida con una fijación malsana por una chica de mi pasado.

El arrepentimiento y la culpa transcurren a través de mí y me guardo ambos sentimientos. Una cena, me digo, haciendo otra promesa vacía que voy a romper sin ninguna duda. Una cena no le hace daño a nadie ni a nada. Estoy jugando con fuego, lo sé. Cuanto más la conozco, cuanto más hablo con ella, le mando mensajes, jodidamente *pienso* en ella, más la quiero. No sirve de nada negarlo. Puedo también abrazar la falta.

No importa cuánto pudiera meterme en problemas a largo plazo. Si ella me comprendía…

Estoy jodidamente acabado.

Ahora estoy aquí, esperando por ella en el lugar de su elección. No en la localidad en la que vive, lo que me sorprendió, pero de nuevo, me hizo sentir orgulloso. Está siendo prudente, no me permite un profundo vistazo a su vida personal, aunque daría cualquier cosa por saber lo que está pensando, específicamente sobre mí.

Katie me mantiene alejado mientras nos llegamos a conocer y entiendo el porqué. Es lo correcto a hacer. Está cuidándose.

Cuidarse es bueno.



Y yo estoy siendo irresponsable. Insano. Haciendo el tonto con algo, con alguien, que no debería. Aunque sé que está mal, es como si no pudiera parar. La quiero, toda para mí. Quiero que ella me pertenezca.

¿Alguna vez has experimentado algo que sabes que es tan jodidamente malo pero que solamente se siente… correcto? Eso es lo que está sucediendo en este momento. Hablar con ella por teléfono… aunque la conversación había sido breve, casi me había desmoronado por sólo escuchar su voz. La voz de mis sueños, la misma voz dulce que me persigue en mis pesadillas.

Me aferro a esa voz como a un salvavidas. Hay tantas cosas que quiero oírla decirme, que me susurre al oído. Cosas sucias y prohibidas que ella probablemente encuentre terrible. No es ese tipo de chica. Es buena y dulce y pura, una chica que ha sido dañada por un hombre que la violó y la dejó a un lado como basura de ayer.

El ciclo enfermo de lo que me he convertido no se pierde en mí. Quiero lo que no puedo tener. No tengo derecho a ello, a pensar de esta manera, a actuar en esto. La seguí como un acosador. Encontré su dirección después de mucha investigación y me escondí alrededor como el imbécil en el que me he convertido. Mi comportamiento me recuerda…

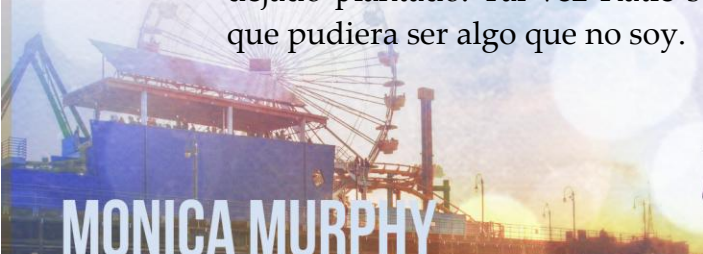
A mi padre.

Mierda.

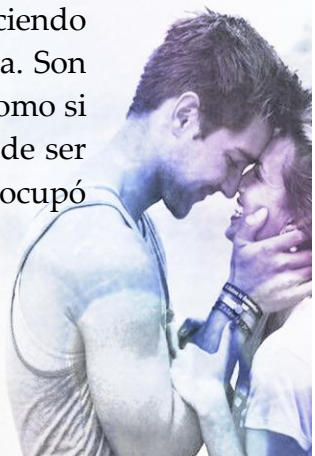
Paso una mano por mi cabello, quitándomelo de la frente, mientras espero. Me vestí para ella y no me visto por nadie. No tengo que considerarlo, trabajo desde casa, a salvo en mi escritorio, detrás de mí portátil, en varios proyectos de desarrollo de sitios web. Di unos cursos en la universidad local y de alguna manera caí en la profesión. No hago un montón de dinero, pero es suficiente. Además de que tenía dinero sobrante de la venta de nuestra casa. El nuevo propietario la demolió, pero el área se convirtió en una mercancía caliente teniendo en cuenta su ubicación cerca del océano.

Así que sí, no soy rico, pero no estoy luchando. Y me puedo vestir en ocasiones para impresionar a una chica, aunque no lo había hecho en mucho, mucho tiempo.

Llevo un par de pantalones negros y una camisa blanca abotonada por fuera del pantalón, las mangas enrolladas hasta los codos ya que hace un maldito calor. El aire está muy denso, algo inusual para esta época del año, y el sudor humedece mi frente mientras me paseo frente al restaurante, haciendo caso omiso de las personas que están esperando para conseguir una mesa. Son todas parejas. Jóvenes, más viejas, están conversando y riendo, sonando como si estuvieran pasando un buen rato, y me siento como si estuviera a punto de ser dejado plantado. Tal vez Katie se acobardó. Cambió de opinión. Se preocupó que pudiera ser algo que no soy.







Tendría razón.

Echando un vistazo a mi teléfono, reviso la hora. Tiene casi diez minutos de retraso. ¿Esto es normal? No lo sé, teniendo en cuenta que no he estudiado de cerca sus hábitos. No la había seguido el tiempo suficiente para saberlo. Desde que habíamos empezado a hablar, había dejado de seguirla, de estar por su vecindario. Lo paré del todo. Se sentía como una violación y ella ha sido violada suficiente a través de los años. Además, podría reconocerme. Ya es bastante malo que yo tenga que vivir con lo que estoy haciendo con ella. No necesito añadir más leña al fuego.

Empiezo a pasearme de nuevo y a echar un vistazo hacia el estacionamiento cuando la veo. La experiencia de alivio al verla caminar hacia mí es casi abrumadora. El deseo que siento al saber que ha venido a mi encuentro es casi demasiado fuerte.

A medida que se acerca, noto la leve sonrisa en sus labios. Labios que son de color rosa y llenos y acogedores. Su cabello está suelto, cayendo sobre sus hombros en ondas ocasionales, y lleva puesto un vestido. Un vestido que no sería considerado sexy o revelador, que la cubre casi hasta el punto de ser modesta, pero la tela de color rosa oscuro parece aferrarse casi amorosamente a sus curvas leves. La pendiente de sus hombros, sus senos pequeños y redondos, la inclinación de la cintura y el destello de sus caderas.

Estoy sudando, y no sólo por el calor. Estoy sudando porque la mujer más bella que he visto en mi vida se me está acercando, ofreciéndome un saludo tímido, y la saludo de vuelta, con ganas de gritar de triunfo por que la tengo.

La tengo.



31

Ahora

Traducido por Maii & johanamancilla

Corregido por Melina.

Katherine

El restaurante es agradable, la comida increíble y la compañía maravillosa. Al principio la conversación fue extraña, pero creo que fue por mi culpa. No estoy acostumbrada a este tipo de cosas. Pasando tiempo con alguien nuevo, aprendiendo sobre él, dejarlo entrar, que conozca algunas cosas de mi vida, es difícil.

Le envié un mensaje a Brenna antes de salir, contándole sobre mis planes, pero sin mencionar que era una cita. Se siente demasiado nuevo, fresco y no quiero compartirlo aún. ¿Qué si la cena termina siendo un desastre? Como si, el resultara odiándome y no quiere saber de mí nunca más. Estaría demasiado avergonzada de admitirlo, incluso a mi hermana.

Brenna me juró que ella y mamá descargaron la aplicación "encuentra mi teléfono" para saber mi ubicación, pero ¿quién sabe si dicen la verdad? Prefiero ser del tipo honesta con ellas, y dejarle saber dónde estaré que soportar una histérica llamada de mamá en medio de mi cita.

¿Con quién estarás? Respondió, cuando le comenté sobre mis planes.

Un amigo.

Lo mantuve simple, mordiendo mi labio inferior, esperando a que pidiera más información. Le gusta hacer eso, sabe que no tengo muchos amigos, pero ha estado tan metida en su vida últimamente. Creo que está teniendo problemas con su novio, aunque nunca lo admitiría. Prefiere pretender que todo marcha perfecto entre ellos. Tiene la relación ideal, mientras que yo soy la dañada que nunca le dará nietos a nuestra madre.



Que pensamiento tan deprimente, y más cuando todos sabemos que es verdad.

¡Diviértete! Me llegó unos minutos más tarde. Estaba distraída, sólo usa signos de exclamación cuando lo está.

—¿Tienes hermanos? —pregunto, saliendo de la nada. Ethan y yo estamos casi a la mitad de nuestra cena, y la conversación ha disminuido desde que comenzamos a comer.

Tenía el tenedor en su boca cuando pregunté, lo bajó hasta el borde de su plato y masticó tranquilamente antes de contestar—: No, no tengo. —Hizo una pausa, sus hermosos ojos color marrón se veían como si brillaran a través de sus lentes, observándome. Nunca había conocido un hombre que usara lentes luciendo atractivo anteriormente, pero, ¿cuándo había conocido *ningún* hombre atractivo antes?—. ¿Y tú?

—Tengo una hermana mayor. —Es mi turno de hacer una pausa mientras pienso sí debería decirle su nombre—. Brenna.

—¿Cuántos años?

—¿Perdón? —digo, frunciendo el ceño.

Toma un sorbo de agua antes de decir—: ¿Cuántos años? ¿Entre ustedes?

—Ah, casi dos años y medio. —Sonrío al recordar nuestro odio adolescente. Eso fue antes, mi vida se dividió en dos partes, la primera fue feliz, la segunda no tanto. Espero dar vuelta la página—. Es mi mejor amiga.

—¿Sin importar si a ella le gusta eso o no? —Está bromeando conmigo, y me río.

—Cuando éramos pequeñas, mis padres solían decirnos que necesitábamos llevarnos bien, porque cuando fuéramos adultas y ya no quedara más nadie en la familia, nos tendríamos una a la otra. Nunca creímos que eso pasaría, que realmente contaríamos con la otra. Solíamos pelear todo el tiempo, y volvíamos locos a nuestros padres.

—Y ya no lo hacen.

—Es mi mejor amiga, de verdad. Le cuento casi todo.

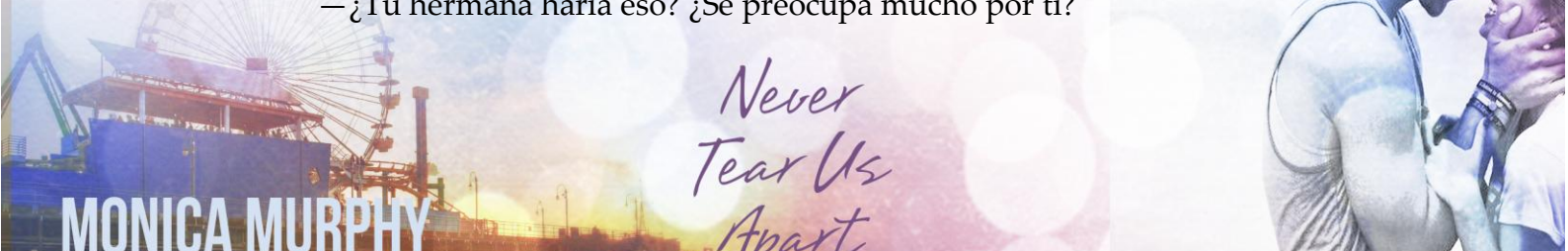
—¿Le has hablado sobre mí?

¿La verdad le dolería? —No —admito con un hilo de voz—, no quiero explicar cómo nos conocimos exactamente.

—¿Te refieres al casi robo de tu cartera?

—No quiero preocuparla. Ella podría… enloquecer —digo, asintiendo.

—¿Tu hermana haría eso? ¿Se preocupa mucho por ti?



La verdad está allí, colgando de la punta de mi lengua y estoy tentada a dejar salir todo. Pero no puedo admitirlo, no aún. Aún no sabe mi apellido. Yo no sé el suyo. Quiero mantener esta parte de mí en silencio, por ahora. Quizás durante el tiempo que pase con Ethan, sé que esto no va a durar. No puede. Averiguará lo que pasó y se irá. Debería hacerlo. No vale la pena pasar el rato conmigo. Mis problemas son una carga muy pesada, no espero que nadie quiera cargar con ellos.

Pero es liberador pasar el rato con alguien que no sabe sobre tu equipaje. Siento libertad al ser solo yo, y no la chica que fue secuestrada durante días y violada repetidas veces. Sin miradas condescendientes, llenas de lástima. No es fácil estar a mí alrededor.

No es fácil ser yo. Ese es el motivo de que sea tan solitaria, por qué me cuesta tanto salir de mi caparazón. Toda la terapia no ayudó realmente. Lo hecho, hecho está. Lo entiendo. Tener un padre que se negó a hablar sobre lo que me paso tampoco ayuda. Éramos una familia unida, que se convirtió en disfuncional en cuestión de días; que permaneció así durante años hasta que mi padre murió.
Aún no somos perfectos.

La mayoría del tiempo, me culpo por mi familia cayéndose a pedazos, por perder ese sentido de la normalidad que tanto necesité cuando volví.

No pedí ser secuestrada, pero me sentía tan responsable como si lo hubiese hecho.

Es más fácil culparte a ti mismo y empezar un camino de intenso autodesprecio por el resto de tu vida.

—A veces —digo finalmente, con indiferencia—. Justo como yo, a veces me preocupo por ella. Es lo que hacen las hermanas, cuidamos una de la otra.

—Debe ser lindo, tener a alguien con el que puedas contar siempre. —Su voz sonaba casi anhelante—. Sin importar qué, ella estará ahí para ti.

—Es lindo. —Quería preguntarle si tenía alguien con quién contar, pero no lo hice. Se siente demasiado personal, invasivo, y aún no quiero conocerlo de esa manera.

—Entonces, ¿trabajas? ¿Tienes un trabajo al que amar? O, ¿estás en la universidad? ¿Qué haces con tu tiempo? —Aleja su plato, creo que para mostrarme que había terminado su cena, y mi apetito se esfumó también, por el tono de sus preguntas.

Sólo habíamos mantenido charlas pequeñas, sobre cosas generales, nada demasiado personal, sin revelar nada demasiado íntimo. Justo de la manera en que prefiero que sea.







Pero ahora él quería más detalles, supongo que eso es natural. No debería levantar un muro entre nosotros, pero es un mecanismo de defensa demasiado natural para mí, casi no puedo evitarlo. —Soy una estudiante universitaria, a tiempo completo. —Todo en línea, así no tengo que interactuar con nadie en persona.

Me dio una mirada que no pude descifrar, casi como si dudara de mí. —¿Cuál es tu especialización?

—Diseño gráfico. —Cuando era pequeña, amaba crear cosas. Dibujar y hacer artesanías con mucho brillo, pintura y pegamento. Crear álbumes de recorte con todas las cosas de mamá que nunca usaba. Ella se enfureció al principio, pero después de un tiempo me dio todas sus cosas. Me convertí en la que hacia el álbum de vacaciones familiares todos los años, hasta el verano en que cumplí trece años.

Todos sabemos por qué me detuve. No hubo más vacaciones de verano después de ese año.

—¿De verdad? —Toda su cara se iluminó—. Yo estoy en diseño de páginas web.

—¿Diseñas sitios web?

Asintió. —Fui a la universidad comunitaria y tomé algunos cursos, conocí a este tipo que intentaba formar una banda y quería un sitio web para sus autollamados fans, que eran tal vez, no lo sé ¿diez? Él creía que realmente sería una estrella de rock, diseñé su página web y la amó, les contó a todos sus amigos sobre mí. Me convertí en el chico que tenía muchos amigos. Como, una tonelada, y todos comenzaron sus negocios y querían sitios web y publicidad para los medios y redes sociales. Mi negocio creció desde ese momento.

—Eso es asombroso —suspiré, impresionada—. Tienes tanta suerte.

—Me considero muy afortunado al ser capaz de vivir por algo que amo hacer.

—Entonces, eso te mantiene ocupado.

Su expresión se vuelve casi tímida. —Tengo una lista de espera de dos meses.

—Guau, entonces debes de ser muy bueno en tu trabajo. —Ahora estoy definitivamente impresionada.

—Cuando encuentro algo que disfruto, me centro en eso con todo mi corazón. Es como si se volviera… una obsesión. —Ahora luce culpable, incómodo—. Probablemente no debería haber admitido eso.

—¿Por qué no?

—Sueno como un bicho raro.





—No, suenas como alguien que es apasionado. —Mis mejillas arden al decir la palabra y me digo a mi misma que lo supere.

—Cuando estaba en la escuela, eran los deportes —admite—. Estaba obsesionado con cualquier deporte que tuviera una pelota. Béisbol, futbol, basquetbol, es todo lo que quería hacer.

Eso explica su complexión atlética. —¿Aun juegas alguno de ellos?

—Nah, no realmente. Tuve que dejarlo así podía trabajar, yo, uh, necesitaba el dinero, así que tuve que abandonar todas mis actividades extraescolares. Cada hora del día que no estaba en la escuela, traté de llenarlas con varios trabajos. —Aprieta los labios, como si no quisiera admitir eso, y conozco el sentimiento.

—Entonces suena como que con el tiempo encontraste algo más en lo que sobresalir —digo, queriendo tranquilizarlo, hacerlo sentir mejor.

—Sí, supongo que sí. —Toma un trago de su agua y lo analizo, notando la forma en que la luz de la vela puesta en el medio de nuestra mesa lo envuelve en una sombre dorada. Es increíblemente guapo en una forma áspera. Todos esos ángulos pronunciados y mandíbula firme, compensados por esa magnífica boca suya, y de verdad es magnífica, suave y luciendo llenos. En realidad nunca he mirado fijamente la boca de un hombre antes. Realmente nunca supe que una boca pudiera ser tan hermosa, casi femenina en medio de facciones masculinas. No que él sea femenino, en absoluto, pero me gusta la suavidad. Me atrae. Me hace preguntarme como seria…

—¿Qué tipo de música te gusta escuchar? —pregunta, interrumpiendo mis pensamientos.

Mis mejillas se sienten más calientes y espero que él no se dé cuenta. Gracias a Dios el restaurante está relativamente oscuro. —¿Estamos jugando a las veinte preguntas ahora?

Se encoge de hombros, luciendo ligeramente avergonzado. —Sólo tratando de llegar a conocerte.

De inmediato me siento como una idiota. No debería estar tan a la defensiva. Él no está detrás de mí, no está desenterrando alguna información escabrosa, y tengo un montón de ellas. —¿Es malo admitir que me gusta cualquier cosa que sea popular en la radio?

—¿Todavía escuchas la radio? —Está bromeando, puedo decirlo por el destello en sus ojos.



—A veces. —Cuando simplemente me mira, admito—: Bien, me encanta la aplicación de iHeartRadio[2]

Ríe. —¿Cuál es tu banda o cantante favorito?

—No te rías —le advierto, y él levanta las manos a la defensiva—. Vas a reírte.

—No lo hare —dice solemnemente.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. —Traga, veo su garganta moverse, y algo pasa a través de mí ante sus palabras, la forma que él está mirándome, su expresión seria, sus ojos tan increíblemente oscuros. Siento como si hemos dicho esas palabras el uno al otro antes, aunque en una manera mucho más seria. Estoy teniendo un total momento de déjà vu.

Me hace pensar en Will y por alguna razón inexplicable, me siento casi infiel con él, compartiendo esta noche, estas palabras, con Ethan.

—De verdad, de verdad, me encanta… —mi voz va a la deriva mientras prolongo el momento—. *Katy Perry*.

Sus labios se retuercen, como si estuviera tratando de reprimir la risa que quiere escaparse, y lo señalo. —Lo prometiste.

De nuevo, levanta las manos a la defensiva. —Lo hice, ninguna risa permitida.

Sacudo la cabeza y dejo caer las manos en mi regazo, agarrando la servilleta de tela blanca aun yaciendo allí. —Es estúpido, ¿verdad?

—Jamás. —Sus labios se retuercen de nuevo.

Ignoro el retorcimiento y decido decir la verdad. —Encuentro sus canciones tan poderosas. Como "Roar", quiere que la gente la escuche rugir, ¿sabes? —Ahora sueno ridícula, pero de verdad encuentro poder en las palabras. Palabras escritas. Libros, poemas y canciones. Desde que siempre he sentido como que no tengo poder, me gusta buscarlo en otros lugares, de esa forma me siento fuerte, al menos por un tiempo.

Sin importar cuán temporal pueda ser.

—¿Alguien alguna vez te ha escuchado rugir? —pregunta, su voz profunda baja y silenciosa, enviando una dispersión de piel de gallina por mi piel.

Sacudo la cabeza lentamente. —No realmente, soy bastante callada.

---

[2] Es una radio transmitida por Internet.







—No eres callada conmigo.

Su observación me hace reflexionar. Tiene razón. Cuando estoy con él, pregunta sólo las cosas correctas para abrirme. También entre a la defensiva esta noche. No tenía planes para revelar mucho. Asumir que podíamos cenar, hablar sobre el clima y acontecimientos actuales, y terminar con esto.

Esto es lo que sucede cuando nunca has estado en una cita antes. No tienes idea de que se supone que hagas, que deberías decir, que dirá la otra persona, no tengo control sobre este momento y pánico golpea mi vientre, recordándome que lo última cosa que quiero hacer es perder el control.

Decido ignorar lo que acaba de decir y hablar sobre mis otras cancinas viejas favoritas de *Katy Perry*. —"Dark Horse" también es una favorita total.

Levanta una ceja, luciendo un poco arrogante, a un escéptico. Es un buen aspecto para él. —¿De verdad?

Asiento. —Y realmente me encantó "Teenage Dream".

Él frunce el ceño. —¿Qué?

—La canción de *Katy*, de unos años atrás, "Teenage Dream". —Dios, me encantaba esa canción. La cantaría a todo pulmón cuando estaba sola, lo cual no era a menudo. La cantaría en la ducha, la murmuraría por lo bajo mientras me sentaba con Brenna y mamá en el auto. Las palabras sólo llegaron a mí, porque a pesar de que era una adolescente cuando esta salió, no estaba de ninguna manera cerca de vivir el sueño adolescente de dejar a un chico tocarme en mis pantalones muy ajustados.

Anhelaba algo así cada vez que escuchaba esa canción, a pesar de que la idea me asustaba hasta la muerte.

—Ah sí, recuerdo esa canción. —Sonríe—. La tocaban hasta la muerte.

—Aún me encanta.

—¿Solían llamarte así? ¿Cuándo eras más joven? —Cuando frunzo el ceño, él continúa—: Katie.

—Oh. —No he odio a nadie llamarme así en mucho tiempo. Ni siquiera ate los cabos, que *Katy Perry* y yo compartimos el primer nombre—. Sí, cuando era una niña.

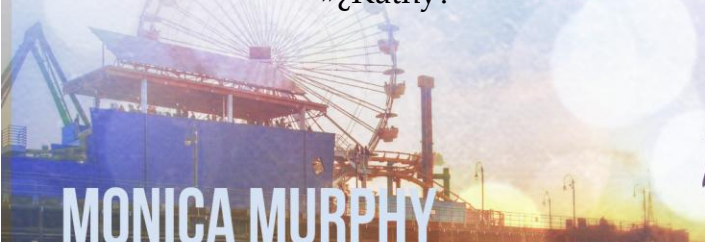
—¿Nadie te llama Katie ahora?

Sacudo la cabeza.

»¿Kat?

Arrugo la nariz.

»¿Kathy?







—Ew, no —río.

—¿Así que todos te llamas Katherine?

—Normalmente.

—Eso parece tan formal. —Me analiza y sus ojos parecen ver todo. No sé si retorcerme incómodamente o ponerme derecha y dejarlo verme realmente, cicatrices de batalla y todo, rugiendo en la oscuridad—. Luces como una Katie para mí.

Me gusta la forma que dice mi nombre. Su voz se suaviza sobre la palabra, haciendo volar a esas mariposas siempre presentes dentro de mi vientre. —Puedes llamarme así. —No puedo creer que acabo de decir eso. Katie es parte del pasado. Llevó una eternidad para conseguir que todos rompieran el hábito. Ya no quería ser Katie Watts. Todos me conocían por ese nombre, el mundo entero.

Prefería Katherine. Sonaba como alguien más, tan sofisticado, tan maduro, tan diferente de mí. Ya no me sentía como yo. En cambio me convertí en alguien nuevo.

—Quiero. —La forma que él dice *quiero*, es casi… sexual, y envía un escalofrió por mi columna vertebral. Su expresión es tan seria, aunque hay un brillo extraño en su mirada, como si acabara de ganar un premio magnifico y se sintiera victorioso—. Me gusta mucho. —Una pausa—. Katie.

Mi piel se calienta ante el tono de su voz, la forma en que me observa. Podría acostumbrarme a esto.

¿A quién engaño? Me *estoy* acostumbrando a esto. Demasiado rápido. Él me hará daño si no tengo cuidado. Eso es lo que diría Brenna, me advertiría ser cautelosa, no dejar a este hombre acercarse mucho.

Pero por una vez estoy tentada a dejar ir algo de ese control en el que me mantengo envuelta tan firmemente. Lanzar algo de esa precaución a la que siempre me estoy aferrando al arcén y sólo… ver donde me lleva. Donde *él* podría llevarme.

Quiero eso, más que cualquier otra cosa.



32

Ahora

Traducido por Daniela Agrafojo

Corregido por Melina.

Ethan

No hay nada como una bofetada de la realidad para arruinar mis no tan buenas intenciones. He estado en un subidón desde mi cena con Katie. Logré que se abriera; logré que fuera real. Nuestra conversación podría haber bordeado lo tonto —el que sea una fan de *Katy Perry* es algo así como adorable— pero fue honesta. Me permitió tener un vistazo de sí misma y eso es todo lo que siempre he querido.

¿Estaba satisfecho sólo con eso? No. Soy un bastardo egoísta. Ahora que he tenido una probada, ahora que me han dado ese tentador vistazo, quiero otro. Quiero acercarme más. La quiero abierta y cruda, y completamente dispuesta a darme todo lo que quiero.

Lo cual es ella misma.

Es la mañana después de nuestra cena y me siento ansioso por enviarle un mensaje aunque apenas son las ocho de la mañana. Es ridículo. Tengo que ser paciente, tomarme mi tiempo. Apresurarme no me lleva a ninguna parte, y necesito recordar eso. Si voy con demasiada fuerza podría hacer que ella enloqueciera, y eso podría ser perjudicial para nuestra tentativa amistad.

Me encuentro en la oficina postal local, donde tengo un correo secreto, uno para un cierto William Monroe. Él ya no existe, me he asegurado de eso, pero justo antes de que tuviera mi nombre legalmente cambiado, compré un correo con mi identidad de William Monroe. *Sólo por si acaso*, me dije. Me imaginé que era la mejor manera de permitirle a mi padre contactarme sin que





descubriera mi nuevo nombre. No tiene idea de en dónde vivo realmente, o que he cambiado mi nombre.

Me aseguré de eso.

Y está funcionando. Ha funcionado por casi cinco años, incluso antes de que cambiara legalmente mi nombre. El correo no es demasiado caro y más que vale la pena el dinero que gasto. Sí, recibo la carta ocasional desde la prisión. También recibo cartas de reporteros buscándome. Una vez me escribió un editor, queriendo escuchar mi lado de la historia.

Los ignoré a todos. Cómo encontraron mi dirección, no lo sé con seguridad. La dirección de correo no se ha hecho pública que yo sepa, pero tampoco lo mantengo completamente privado. Y nadie sabe que Ethan Williams es William Monroe.

Nadie.

Aproximadamente una vez al mes me detengo por la oficina de correos y limpio mi correo. Voy fuera de las horas pico, cuando creo que nadie va a estar alrededor, por lo que puedo escabullirme con relativo anonimato. No he recibido una carta de mi padre en casi seis meses, quizás más cerca de un año. Diablos, no puedo recordar la última vez que me escribió. Ha sido un alivio, no escuchar de él. Sus cartas desvariantes y laberínticas son agotadoras.

Saco una pila de correo basura; anuncios publicitarios de periódicos, anuncios de tarjetas postales, las cartas del seguro del auto que están dirigidas a "residente". Pero situada entre los diversos correos basura, hay una carta esperándome. Reconocería esa letra garabateada en cualquier parte.

Con el odio consumiéndome, lanzo el correo basura en una papelera cercana y miro la carta, la dirección del remitente burlándose de mí. Cierro con fuerza la puerta de metal, girando la llave con un duro empujón antes de sacarla. Lanzando la llave en el bolsillo frontal de mis vaqueros, aprieto la carta con tanta fuerza, que se arruga en mis dedos mientras salgo de la oficina de correos. Con mi cabeza baja, mi aliento saliendo bajo.

No quiero leer la maldita carta. Pero tengo que hacerlo.

Tengo que hacerlo.

Esperando hasta estar dentro de mi auto, rasgo el sobre con dedos temblorosos, maldiciendo en voz baja ante mi nerviosismo. Sé lo que lo hizo escribir. Puedo sentirlo.

Vio la entrevista.

Vio a Katie.



Saco el papel blanco rayado del sobre y lo desdoblo, sorprendido de que sólo sea una página. Su letra es pequeña, cada palabra apretada fuertemente en cada línea, y entrecierro los ojos, tratando de descifrarlas.

Querido Will,

Ha pasado un largo tiempo. No te he visto desde no sé cuándo, y me hiere que no vengas por aquí. Te extraño. Desearía que vinieras a visitarme e intento lo mejor posible de entender por qué no lo haces, pero es difícil. No puedo decir que disfruto de la manera en que me ignoras. Un hombre se vuelve solitario aquí sin ninguna familia alrededor. Ningún hijo que le sonría ni vea cómo lo está haciendo.

Es duro aquí pero estoy en mi sitio. No es que te importe. ¿Por qué no puedes ni siquiera escribirme? No sé lo que haces, en dónde vives. ¿Por qué todos esos secretos? He encontrado a Dios, sabes. Él es mi salvador, el Hombre que me guía ahora y me ha enseñado el bien y el mal. Sé que lo que hice es algo con lo que tengo que vivir el resto de mi vida, pero me he perdonado. Ahora me encuentro en la búsqueda del perdón de las personas a las que he afectado con mis decisiones imprudentes. Espero que quizás algún día puedas perdonarme por todo lo malo que te hice a lo largo de la vida.

¿Viste la entrevista con Katerine Watts? Yo lo hice. Cada terrible minuto de ella. Mintió. Me hace enfermar, con todas sus mentiras. Fui amable con ella, lo mejor que pude ser considerando que en ese momento, estaba enfermo. La mantuve en un lugar seguro. Iba a devolverla a su familia. Que me acuse de tales cosas sucias y horribles… me duele. ¿Qué duele más? Que es linda, y tan joven y sincera, que todo el mundo le cree. Esa perra de Lisa Swanson comió cada palabra que dijo. Me hace sentir enfermo.

Con algunas palabras escogidas me veo como un depredador perturbado, gracias a Katherine Watts. Sí, tenía problemas, pero no era ningún monstruo malvado. Desearía que esa perra de Lisa Swanson hablara conmigo. Podría cambiar su opinión sobre la clase de hombre que soy. No soy tan malo como ellas me hicieron ver.

Katherine Watts no es pura, ni un dulce ángel, tampoco. Es una pequeña puta tonta, justo como cualquier otra mujer allá afuera. Desearía que todos pudieran verlo.

Espero que tú lo veas. Espero que vengas a verme. Un hombre necesita a su familia, hijo, y tú y yo, somos iguales. Somos todo lo que tenemos.

Nunca lo olvides.

Te ama,

Papá.







Arrugo la carta en mis manos hasta que es una bolita apretada contra mi palma, mis dedos curvados en un puño alrededor de ella. Cerrando los ojos, golpeo la parte trasera de mi cabeza contra el asiento del auto una vez. Otra, más duro en esta ocasión, como si pudiera golpear el sentido en mi cerebro, pero no funciona. Nada funciona. Sus palabras se repiten en un bucle dentro de mi cabeza, burlándose de mí, haciéndome sentir peor.

Pequeña puta tonta. Me veo como un depredador perturbado. Te extraño. Tú y yo, somos iguales. Somos todo lo que tenemos. Nunca lo olvides.

Me hace sentir como la mierda. Peor, me hace sentir mal. Me recuerda que lo que hago con Katie, está mal. Buscarla, seguirla, incluso rescatarla en el parque, nunca debería haber interferido en su vida. Me alejé de ella antes y debería haberme mantenido lejos.

Llevé mi necesidad de encontrarla demasiado lejos. *Me volví* obsesivo. Estoy obsesionado… con Katie. Con verla, con la forma en que me hace sentir, cómo mi corazón se retuerce cuando ella sonríe, cómo sus ojos se iluminan cuando me mira. Todo está jodido, una mezcla de recuerdos y fantasías, el pasado y ahora. He hecho un desastre de las cosas. Como normalmente hago.

Como siempre.

Como mi padre.

Lo último que hice al llevarlo demasiado lejos fue encontrarla para cenar, como si estuviéramos en una cita o algo así. Hacer conversación, revelando pequeños pedazos y partes de nosotros, como si fuéramos extraños y como si nuestro encuentro fuera completamente al azar.

Todo es una mentira. Ella es una gran parte de mi vida, mi pasado, es como si estuviera permanentemente impresa en mi corazón, grabada en mi maldita alma. Sus palabras se encuentran sobre mi piel y no tiene idea. Ni jodida idea. Me senté frente a ella y sonreí, asentí, y bromeé suavemente sobre su amor por *Katy Perry* y soy el mentiroso final.

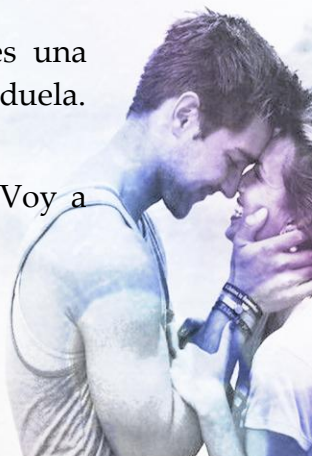
Extendiendo los brazos, agarro el volante tan fuerte que mis nudillos se vuelven blancos. Aprieto los dientes, exhalo a través de ellos, y miro a través de la ventana hacia la nada. Mi corazón golpea como si acabara de correr diez kilómetros y sin importar lo que intente hacer, sin importar cuán duro trate de olvidar, todo en lo que pienso es ella.

Katie.

Me siento enfermo por las mentiras que digo. Toda mi vida es una mentira. Tengo que hacerlo bien con esta chica, sin importar cuánto me duela. Tengo que dejarla en paz. Nunca contactarla otra vez. Eso es lo mejor.

Estoy obsesionado, pero sé qué es lo mejor. Estoy mal por ella. Voy a arruinarla. Porque soy igual que él… y él nunca me dejará olvidarlo.





33

Ahora

Traducido por Beatrix

Corregido por Miry GPE

Katherine

—Conocí a un hombre.

La doctora Harris levanta la vista del iPad donde toma sus notas, nunca, jamás querría ver esas notas acerca de mí, *Dios no*, y sonríe débilmente. —¿Ahora? ¿Se encontraba eso en tu lista de objetivos? ¿Conocer a un hombre?

Suena tan neutral, como si no fuera gran cosa que conociera a alguien. Cuando eso era un asunto tan grande para mí.

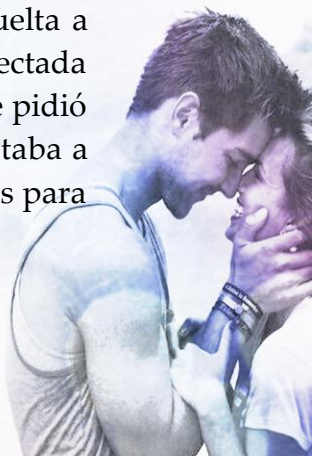
Hasta que no lo fue, al menos para él.

Asiento, la ira dispara mi sangre mientras pongo en marcha toda la historia. La forma en que me salvó de los potenciales ladrones de bolsos, aunque no menciono a donde fui. Por qué mantengo mi visita al parque de atracciones en secreto, no estoy segura, pero realmente no quiero una charla sobre moverme demasiado rápido. Así que me lo guardo para mí, enterrando otro pequeño y sucio secreto muy dentro.

Estúpida.

La doctora Harris permanece en silencio mientras hablo, finalmente abandona su tableta para concentrarse únicamente en mí. Doy rienda suelta a mi corazón, por difícil que sea hacerlo. Le cuento cómo me sentí conectada instantáneamente a Ethan mientras hablábamos tomando un café, que me pidió que le enviara un mensaje cuando llegara a casa para que supiera que estaba a salvo y que intercambiamos el número de teléfono. Que incluso quedamos para cenar.





Cómo no he sabido nada de él desde entonces y ha pasado más de una semana.

—Te sientes abandonada —afirma después de que termino mi historia.

—Por supuesto que lo hago. —Pongo mis manos hacia arriba, dándole la expresión universal de obviedad—. Por primera vez en mi vida adulta muestro interés en un hombre, en realidad salgo a lo que pensaba era una cita con un hombre. Pensé que le gustaba, también. Dijo que me llamaría. Y no lo hizo.

El dolor del aparente rechazo de Ethan es casi insoportable y no me gusta estar tan concentrada en él. Sé que es absurdo y me siento como una adolescente tonta, pero pensé… realmente pensé que le gustaba.

La doctora Harris establece su iPad en una mesa cercana y pliega sus manos sobre el regazo. —¿A quién te recuerda Ethan?

Arrugo la frente. —¿Qué quieres decir?

—Cómo te está tratando. ¿Su comportamiento te recuerda a alguien? —Presiona. Sonsacando. Se supone que tengo que resolver esto por mi cuenta porque ya lo he juntado todo.

Permanecemos en silencio mientras reflexiono sobre su pregunta. En el momento en que hago clic, no quiero admitirlo. —Mi padre —confieso de mala gana.

—Que te des cuenta de esto tan rápidamente es bueno —dice, sonando satisfecha—. Estás haciendo progresos.

Aquí vamos. —Supongo.

—Más allá de su aspecto, es guapo, ¿supongo? —Cuando asiento, continúa—. ¿Qué más te atrajo de él? ¿La forma en que entró en el juego y te protegió sin dudar?

Sí. Absolutamente. Pero ese rasgo no es nada como mi padre, teniendo en cuenta que no hizo nada para protegerme después de todo lo que pasó.

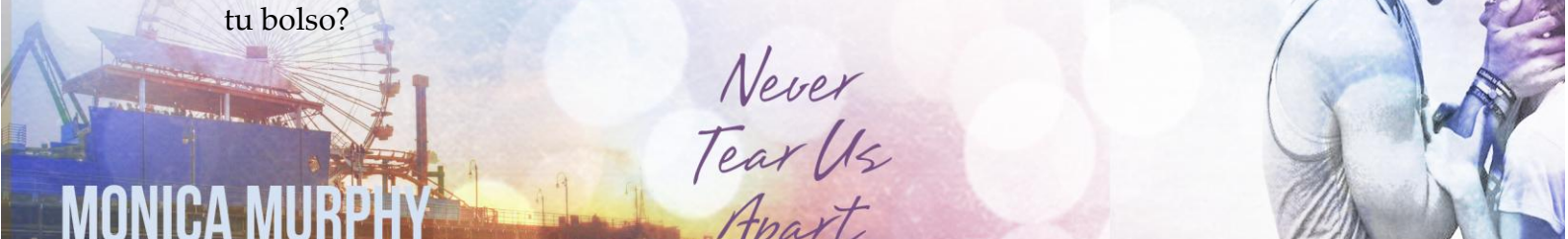
»Se convirtió en tu héroe. Y creo que deseas uno. *Quieres* un héroe.

Tenía un héroe. Mi padre era mi héroe durante toda mi infancia. Durante un período muy breve, muy oscuro de mi vida, Will Monroe se convirtió en mi héroe. Ansiaba su atención, tanto que creo que lo alejé. Y ahora… ¿Qué? ¿Ethan es mi nuevo héroe?

Ridículo.

—No quiero un héroe —replico.

—Pero te gusta cuando alguien interviene y te rescata —señala, y yo no lo niego. No puedo—. ¿Te asustaste cuando esos muchachos trataron de tomar tu bolso?



Terriblemente. Todo el miedo se había convertido en algo más cuando Ethan intervino. Excitación. Morbo.

La vergüenza me inunda. No me atrevo a admitir eso. ¿Verdad?

»¿Ethan te asustó? —pregunta cuando todavía no he respondido a su primera pregunta.

—Sí. No sabía quién era. Él sólo… se hizo cargo de inmediato y me empujó fuera del camino. Casi me desmayo y, al principio, me preguntaba si estaba con ellos. Pero entonces él agarró la camisa del chico y lo amenazó. Se veía tan increíblemente enojado, era aterrador.

—¿Eso te excitó también? ¿Al ver a su ira? ¿Cómo quería hacer daño a los chicos que trataban de hacerte daño?

Inclino la cabeza, sin querer mirarla de frente. —Sí. —Mi voz es inestable—. Y eso es lo último que debería sentir, ¿verdad? ¿Yo? ¿Excitada por la violencia?

—No hay bien o mal en la forma de sentir, Katherine. Si te excitaste, nadie te juzgará. Y si estás enfadada porque no se ha puesto en contacto, no puedo culparte. Tus sentimientos son válidos. Te pertenecen a ti y a nadie más. Recuerda eso —dice suavemente.

Es difícil recordarlo cuando has estado tan avergonzada por lo que te pasó la mayor parte de tu vida.

—No he estado enojada en mucho tiempo. —Levanto la mirada, viendo por la ventana. Es un día gris, nublado y frío, se adapta muy bien con mi estado de ánimo—. He estado triste y deprimida, cautelosa y abrumada. No puedo recordar la última vez que estuve enojada.

—¿Cómo se siente?

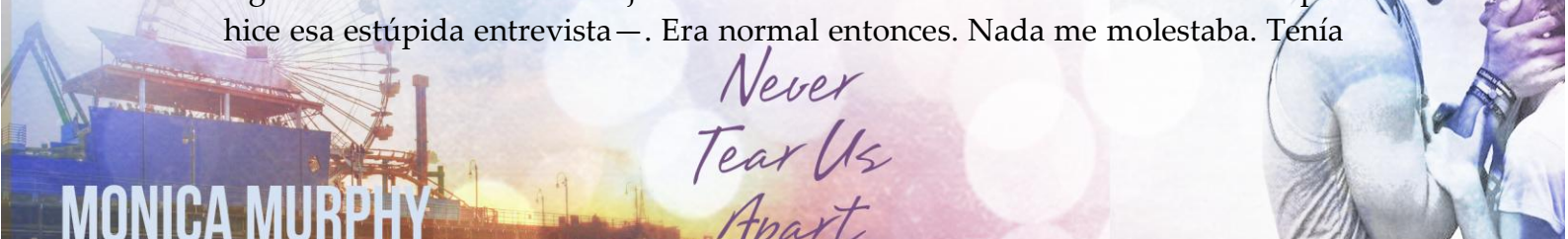
—Liberador. —Nuestras miradas se encuentran y me pongo a reír—. Fortalecida.

—Eso es bueno —anima—. No hay nada malo con un poco de rabia de vez en cuando.

—Debe tener miedo si trata de llamarme ahora. Podría tirarme a su cuello. —La risa todavía tiñe mi voz pero suena un poco… triste. Y dudo que realmente me tirara a su cuello, pero parece que es lo que hay que decir.

—¿Cuándo fue la última vez que fuiste feliz?

Mi risa muere y me quedo en silencio. Muy silenciosa. Mi mente gira a través de los recuerdos como si fueran tarjetas de memoria, una tras otra, pasando años atrás. —Esa mañana, antes de que todo sucediera —digo, las lágrimas brotando de mis ojos. He estado en un borde emocional desde que hice esa estúpida entrevista—. Era normal entonces. Nada me molestaba. Tenía



a mi mamá, a mí papá, a mi mejor amiga conmigo y no pensaba que yo fuera rara. No me trataban como mercancía dañada, como algo de lo que deberían avergonzarse, ¿sabes? Pues bien, Brenna actuaba como si me odiara la mitad del tiempo, pero no me importaba. La odiaba la mayor parte del tiempo, también.

—¿Es realmente el último recuerdo de cuando te sentiste realmente feliz? —pregunta la doctora Harris.

—Sí. —Cierro los ojos fuerte, tratando de contener las lágrimas, pero no sirve de nada. Fluyen por mis mejillas y las limpio—. Cualquier felicidad que experimento ahora es tan fugaz que es difícil para mí aferrarme. O siempre es eclipsada por otra emoción. ¿Sabes a lo que me refiero? Puedo ser feliz, pero siempre hay algo más persistente. La pura felicidad se siente como un mito.

—Me parece interesante que dos de estas emociones en conflicto ocurrieran dentro de un corto periodo de tiempo —dice la doctora Harris—. Estuviste feliz y aterrada, ambos en un día.

Un hecho del que nunca me di cuenta antes. —No importa lo mucho que trate de olvidar ese día, no puedo. Tanto los buenos y los malos recuerdos se aferran a mí. La alegría de estar en el parque, uno de mis lugares favoritos para ir, con mi mejor amiga, es un buen recuerdo. Pero se contamina por él. Esos días que me mantuvo cautiva, lo que hizo, siempre están al frente y al centro en mi cerebro. Contar mi historia en la televisión no purgó nada como lo esperaba.

—¿De verdad crees que serías capaz de eliminar todo tan rápido? Sólo acabas de hacer la entrevista, Katherine. Llevará tiempo, como todo lo demás. Tu búsqueda para encontrar tu verdadero yo es un proceso. Hemos hablado de esto antes.

Si pudiera golpear a mi consejera, lo haría. Estoy harta de que todo tome tiempo. Quiero una solución inmediata, no importa que mis expectativas sean irreales. Lo quiero.

Me lo merezco.

Mantengo mi teléfono apagado durante mis citas con la doctora Harris, no es que nadie se contacte conmigo más allá de mama y Brenna. Me he rendido con Ethan, tanto como sea posible. He compartimentado mis emociones; siempre lo hago. ¿Papá disgustado por mí? Lo encierro en una caja. ¿Mi mejor amiga, Sarah, deshaciéndose de mí en la escuela y no siendo más mi amiga? La encierro en la caja número dos.

¿Ethan no quiere hablar conmigo? No hay problema, sólo lo encerraré en la caja número tres y nunca trataré con él de nuevo. Su pérdida, me digo.

Estoy cansada de tratar con las emociones provocadas por las acciones de las personas en mi vida. No hice nada. Él es el responsable de este lío. Yo no.



Irritante como es, la esperanza todavía enciende la llama más pequeña en mi pecho cuando enciendo mi teléfono de nuevo y veo los mensajes de correo electrónico de basuras habituales cargando en mi bandeja de entrada, los trabajos de clase bajo la dirección de correo electrónico que utilizo para la escuela.

Imagina mi sorpresa cuando veo un mensaje de la misma persona que estuve secretamente esperando.

Voy a tener que cancelar nuestra reunión de esta tarde. Lo siento. ¿Espero que podamos vernos mañana, a la misma hora mismo lugar?

De acuerdo, claramente ese mensaje no era para mí. ¿Podría ser una cosa del trabajo y me la mandó a mí por accidente? Eso no sería bueno. Debería responder. Hacerle saber acerca de su error.

Sin embargo, los celos levantan su cabeza de forma desagradable. ¿Y si ese mensaje es para otra chica? No es como si tuviéramos algo parecido a un compromiso. No tengo ningún asunto que se sienta de esta manera. Podría haber una larga lista de mujeres con las que se envíe mensajes a lo largo del día.

Irritada, meto el teléfono en mi bolso y cruzo a través del estacionamiento, en dirección hacia mi coche. Las nubes son bajas, creando una neblina que puedo sentir en mi piel, salpican mi pelo, y miro hacia el cielo, deseando poder hacer las cosas de manera diferente. Hacer una y tomar una ruta diferente, a pesar de que no tiene sentido pensar de esta manera. No hay ningún regreso en la vida.

Mi verdadero problema es que estoy emocionalmente agotada después de mi cita con la doctora Harris, que es típica. Frente a todos mis demonios, hablando de las cosas malas me deja agotada.

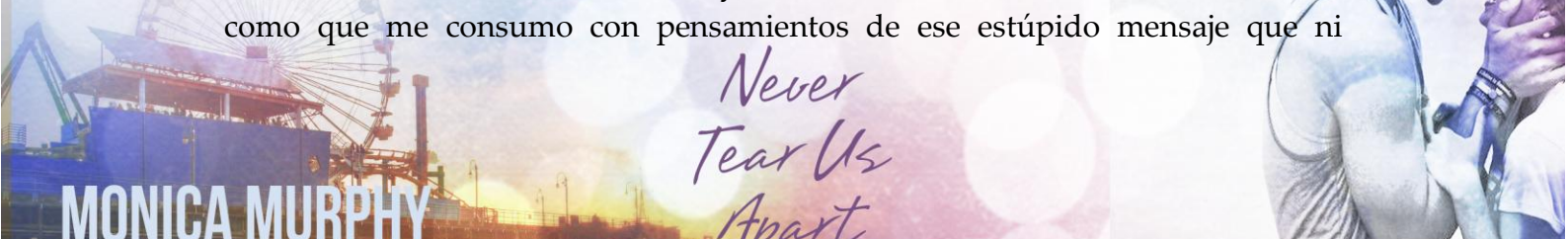
No importa lo mucho que quiero, no puedo cambiar mi pasado. Ni siquiera lo que pasó entre Ethan y yo. Lo hecho, hecho está. Aunque me gustaría saber qué lo arruinó. Creía que teníamos una conexión. Lo sentí. ¿Verdad? Tal vez no. ¿Tal vez fuera yo? Tenía que haber sido yo. Tal vez descubrió realmente quien soy. Todo lo que tomaría es una simple búsqueda en Google, sin embargo, tendría que averiguar mi apellido. Si él descubrió quién soy, eso desactivaría a cualquier tipo normal.

El exceso de equipaje, pensaría. Demasiado dañado.

He pensado en la noche de nuestra cena una y otra vez en mi cabeza y todavía no puedo averiguar qué salió mal.

Probablemente nunca lo averiguaré.

Abro mi coche, subo al asiento del conductor y cierro de golpe la puerta, introduzco la llave en el contacto y arranco el motor. Pero no me muevo. Es como que me consumo con pensamientos de ese estúpido mensaje que ni



siquiera incluso era para mí. Debo ignorarlo. No merece saber de mí nunca más. Es un idiota que perdió su oportunidad.

¿Verdad?

Es un idiota que me gustaría poder ver de nuevo, tan estúpido como suena.

Incapaz de soportarlo más, saco mi teléfono de mi bolso y escribo a Ethan una respuesta.

Creo que querías enviarle esto a alguien más. ☺

Agonizo por esa tonta cara sonriente como si fuera la cosa más importante en el planeta. Finalmente decido ir en contra de ella, golpeo el botón de retroceso, elimino el símbolo demasiado alegre, y pulso enviar.

Y rezo, para no verme como una idiota.





34

Antes

Traducido por Kath1517

Corregido por AnnyR'

Katie

—¿Por qué no puedo verlo? —Me encontraba en una cama de hospital, completamente vendada, y mi mamá sentada a mi lado. Envolvieron mis costillas y mi muñeca, la cual de alguna manera se había torcido durante mis días de cautiverio. El corte en mi boca todavía palpitaba, aunque dijeron que no era lo suficientemente malo como para necesitar suturas. El moretón en mi mejilla, el cual provocó cuando me abofeteó con tanta fuerza ese primer día, ya se desvanecía.

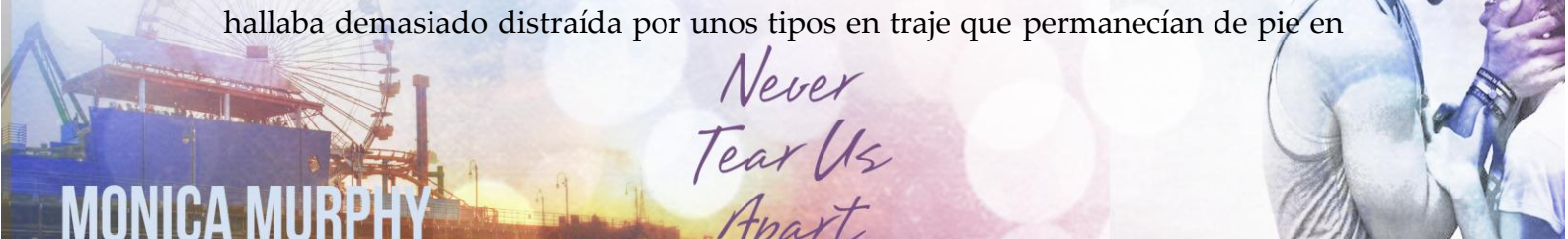
Decidieron dejarme en el hospital por unos días, para observación, dijeron. Ya me habían examinado y pinchado de todas las formas imaginables, así que no podía imaginarme qué más querían observar. Tal vez tenían miedo de que fuera a perder la cabeza o intentara suicidarme.

Demasiado tarde. Ya me sentía muerta por dentro.

—¿Ver a quién? —La expresión confundida en la cara de mamá no era una sorpresa. Lucía de esa forma desde el momento en que nos reunimos, cuando me vieron por primera vez en esa pequeña sala de interrogaciones en la parte trasera de la estación de policía. Mis padres me sostuvieron y todos lloramos juntos por lo que se sintió una eternidad.

No hubo más lágrimas en el hospital, sólo confusión y preguntas. Montones y *montones* de preguntas, unas que tuve que responder una y otra vez, hasta el punto en que me sentía en constante repetición.

—Will —susurré, irritada de que no estuviera prestándome atención. Se hallaba demasiado distraída por unos tipos en traje que permanecían de pie en



el pasillo afuera de mi cuarto de hospital. Hombres que probablemente entrarían aquí en cualquier momento y harían otra ronda de preguntas.

Estaba cansada de eso.

El horror llenó los ojos de mi madre y negó, su boca se apretó en una delgada línea. —Claro que no —dijo vehementemente—. No puedes hablar otra vez con ese chico.

Mi corazón se rompió. Aparte de mi familia y Sarah, Will era la única otra persona que quería ver. Necesitaba saber que estaba bien. Cuidó de mí y era mi turno de cuidarlo. —¿Por qué? Sólo quiero agradecerle por ayudarme. —Clamaba, pero no me importó—. No es el enemigo, mamá.

—Es el hijo de ese… de ese horrible hombre, así que definitivamente es el enemigo —dijo mamá, con un asentimiento de finalidad. Uno que decía *sobre mi cadáver te dejaré ver a ese chico.*

—Sólo quiero agradecerle —dije de nuevo. Postré mi cabeza en la almohada, cerrando los ojos. Nadie de verdad me escuchaba cuando se trataba de Will. No me decían lo que pensaban, pero lo supuse. Lo odiaban. La policía. Mis padres. Los detectives, los doctores y las enfermeras; podía decirlo por la forma en que intercambiaban miradas cuando sacaba su nombre a colación. Creían que tenía algo que ver en esto. Era como si quisieran que confesara que me golpeó o me violó también, incluso aunque lo negué una y otra vez.

No les importaba. No escucharían.

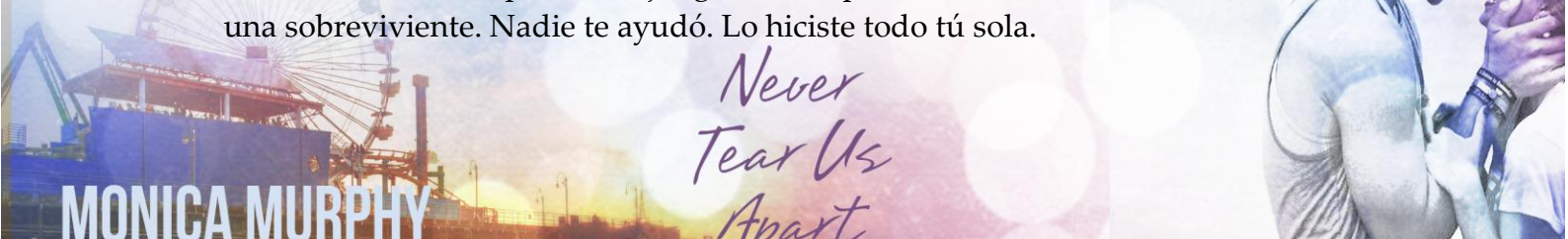
—No ayudó a su padre —le dije a mamá, hablándole a su espalda. Miraba hacia la puerta, jugueteando con los dedos en su regazo—. Me ayudó. Me salvó. La única razón por la que estamos juntas ahora es por él. Por *Will*.

Me miró sobre su hombro, sus ojos nublados de preocupación. —Estás confundida, cariño. Por favor, sólo… deja de mencionarlo. No vale ni tu tiempo ni tu energía. Los policías dicen que ha estado en problemas antes, pero no pueden decir cómo, porque es un menor de edad. No es bueno. Necesitas olvidarte de que existe.

No podía darle lo que quería. —Pero *no puedo* olvidarme de que existe. Es la razón por la que estoy viva. —Todo mi cuerpo dolía. Mis brazos, mis piernas, mi espalda, mi garganta, entre mis piernas… todo dolía tanto, más allá del punto de recuperación. *Tiempo*, me había dicho el doctor. Los moretones se desvanecerían eventualmente. La muñeca torcida pronto estaría como nueva. Las costillas rotas sanarían.

¿Mi corazón roto sanaría? Quise preguntar, pero me quedé en silencio. Seguramente no tendría una respuesta.

—Estás viva por *ti* —dijo, girándose para mirarme una vez más—. Eres una sobreviviente. Nadie te ayudó. Lo hiciste todo tú sola.



¿Mi madre deliraba? No estuvo ahí, yo sí. Y Will Monroe fue quién me sacó de es cobertizo, nadie más.

—Mamá, suenas como una maniática —susurré, y me fulminó con la mirada—. No sé cuántas veces tengo que decirte esto. Los policías también lo dijeron, Will fue quién me salvó.

Su mirada destelló, como si no pudiera soportar el hecho de que siquiera me atreviera a pronunciar su nombre. —Entonces escríbele una carta —sugirió, como si fuera la solución perfecta—. Escríbele una carta amable y agradécele por todo lo que hizo por ti. Eso debería bastar.

—No sé su dirección. —Una carta no sería suficiente para expresar mi gratitud. No podría alcanzar las palabras para decirle lo mucho que significaba, lo que hizo por mí. No era tampoco sobre agradecerle, necesitaba una conexión con Will. Era la única persona en este mundo que sabía por lo que pasé. Entendía lo que había sucedido. Me vio en mi peor momento, sucia, con ropa vieja, encadenada a una pared, tirada sobre un sucio colchón después de haber sido golpeada. Y aun así cuidó de mí.

—Alguien la sabrá —dijo, mirando de nuevo a la puerta. Pero los hombres de traje se habían ido. Bien.

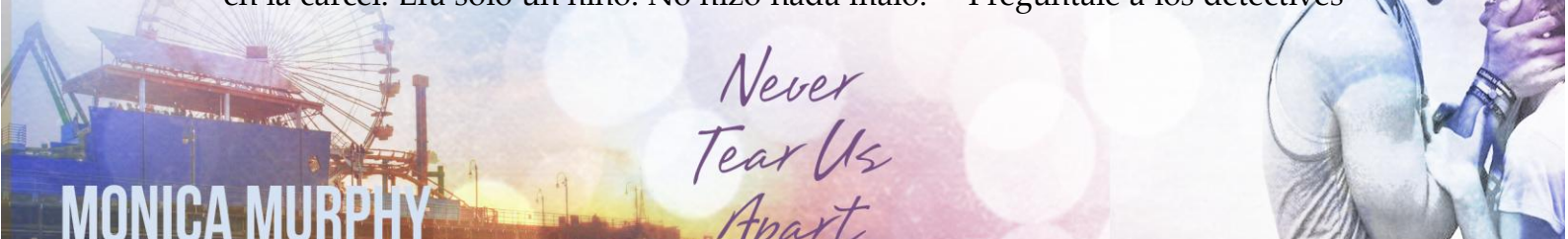
—No. No creo que la sepan. Creo que van a ponerlo en un hogar de acogida, ya que su…padre está desaparecido y su mamá no está. —Mi madre se veía sorprendida de que supiera tanto sobre Will, pero no sería capaz de entenderlo. La gente armaba lazos cuando pasaban tiempo juntos tratando de sobrevivir.

—Katie, estás siendo irracional —suspiró y se tocó el puente de la nariz—. Envía la carta a la estación de policía. Estoy segura de que se la harán llegar.

—Es tonto hacer que le envíen una carta cuando probablemente está en este hospital ahora mismo, siendo revisado como yo. —Me senté. El repentino movimiento hizo que me mareara, y me recosté contra la almohada con cuidado—. No quiero enviarle una carta, mamá, quiero *verlo*. Quiero hablar con él. Sólo unos minutos. ¿Sabes si está aquí? ¿Lo van a dejar aquí como a mí?

—No está en el hospital. Ni siquiera estaba herido —resopló mamá. Como si fuera una clase de concurso sobre quién se llevó el premio mayor con las heridas más feas—. Lo retenían en la estación de policía, pero probablemente ya lo dejaron ir. Por todo lo que sabemos podría estar en la cárcel. Deben de haber encontrado alguna información de la que no estamos al tanto

El miedo goteó hielo frío en mi espalda. De ninguna manera lo pondrían en la cárcel. Era sólo un niño. No hizo nada malo. —Pregúntale a los detectives



ahí. Apuesto que saben dónde está. —Moví mi mano tratando de llamar su atención y mamá se paró de su silla, sujetando mi brazo a la cama del hospital, su rostro sobre el mío. Retrocedí, sorprendida por su reacción e incómoda por su cercanía. Mi corazón corría mientras parpadeaba hacia ella.

—*No*. Lo siento, Katie, pero me niego a dejarte ver a ese chico de nuevo. —Me miró, con sus ojos amplios, llenos de miedo, disgusto y un par de emociones más que no reconocí—. No es… no es bueno para ti. No quiero que pases tiempo con él.

—Es mi amigo. —Lágrimas cayeron por mis mejillas y las limpié furiosamente, sin siquiera ser consciente de que lloraba hasta que las sentí mojando mi piel—. ¿Eso no importa?

—No necesitas recuerdos de lo que pasó. —Se puso de pie y dobló sus brazos, como si acabara de deshacerse de todo lo desagradable—. Es hora de continuar. No de revivir lo que te sucedió una y otra vez.

—Bueno, los detectives no son de mucha ayuda con sus constantes preguntas —repliqué, cruzando los brazos en mi pecho. Pero el movimiento sólo me provocó dolor e hice una mueca, dejando mis brazos caer a mis costados.

Me lanzó una mirada. —Deja de ser tan obtusa. Sabes lo que quiero decir. Ese chico. —Sus labios se apretaron en el mohín más feo que había visto. En ese momento, se veía tan vulnerable, tan vieja. ¿Cuándo envejeció tanto? Había arrugas alrededor de sus ojos, sus labios eran delgados y su cabello… podía ver gris mezclado con las hebras rubias oscuras. Me sentí mal. Muy mal. ¿Lo que me sucedió la envejeció así de rápido?—. No hay esperanzas para él. Créeme. Verlo sólo sacará a relucir los recuerdos desagradables, y quiero que sanes, no que trates de revivir todo.

—Entonces, no vas a dejar que lo vea. —Mi voz era más un susurro que un sonido y mi corazón dolía al darse cuenta que podía no ver a Will otra vez.

Negó, con expresión firme. —No tiene caso.

Según ella.



35

Ahora

Traducido por MaJo Villa

Corregido por AnnyR'

Ethan

Creo que querías enviarle esto a alguien más. ☺

Me quedo mirando fijamente al mensaje de Katie, los nervios comiendo mis entrañas. Ayer por la noche me sentía solo y repasé algunos de nuestros mensajes de texto como un idiota enfermo de amor. Nunca salí de nuestra conversación cuando le envié el mensaje a mi cliente. *Linda, preguntando si podíamos reprogramar nuestra reunión de la tarde para mañana.*

En lugar de enviarle el mensaje a Linda, se lo envié a Katie.

Si la ignoro, soy un idiota. Si respondo… aun así soy un idiota, porque la he evitado por más de una semana. No pretendía ponerme en contacto con ella de nuevo. Después de esa carta de mi padre, sabía que era incapaz de seguir con esto. Jugar con las emociones de alguien cuando esa persona ya se encuentra tan frágil, es peligroso y cruel.

No estoy seguro de si me refiero a Katie o a mí mismo.

Primero le escribo un mensaje a mi cliente, reenviándole el texto en donde digo que no puedo reunirme hoy, e inmediatamente responde diciendo que está bien. Me he atrasado en los proyectos y solamente puedo echarle la culpa a mis sentimientos retorcidos hacia Katie. A pesar de no haberla visto durante los últimos nueve días, todavía la pienso. Constantemente.

Demasiado.

Su mensaje me persigue, así que selecciono esa conversación, mirando lo que escribió. Puedo oír su voz, dulce y vacilante. Puedo ver su cara, esos



grandes ojos azules, sus labios ligeramente fruncidos. No sé cómo responder sin lucir como un idiota, pero no decir nada es peor, por lo que decido mantenerlo breve.

Gracias por hacérmelo saber.

Pulso enviar antes de que pueda añadir nada más, rezando con todas mis fuerzas para que no responda de forma inmediata. O nunca.

Mi teléfono vibra y cierro los ojos. Respiro profundo. Los abro de nuevo para leer la respuesta de Katie.

De nada.

Eso es. Exhalo aliviado. Decepcionado. ¿Qué esperaba? ¿Un saludo cordial? Un mensaje lleno de enojo con un *¿en dónde has estado?* No haría eso. Es demasiado dulce, demasiado tímida, demasiado insegura. No tiene citas, nunca tuvo una relación, y aquí estoy jugando con ella como un completo imbécil.

Pero no puedo resistírmele. No *quiero* resistírmele. Es como si tuviera esta necesidad en mi interior que sigue creciendo y creciendo.

La necesidad de ver y tocar a Katie.

Agarro con fuerza mi teléfono, mirando fijamente la pantalla. Empiezo a escribir antes de que pueda detenerme.

¿Cómo estás?

Bien.

Una pausa.

¿Y tú?

Está siendo educada. Tengo que dejar de comunicarme con ella. Sólo me involucro más profundamente y pronto no seré capaz de salir del agujero que he cavado. Ya me encuentro muy hondo.

Me siento como una mierda.

Su respuesta es inmediata.

¿Por qué? ¿Has estado enfermo?

No te he llamado ni enviado mensajes.

Mis dedos se ciernen sobre el teclado. *A la mierda*.

Lo siento.

Espero su respuesta y se siente como una eternidad antes de que finalmente la reciba.

¿Por qué?

Por ignorarte.





¿Eso es lo que hacías?

Pasándome la mano por el cabello, contemplo qué decir a continuación. No debería decir absolutamente nada. Dejarlo en la disculpa y salir de esta conversación para siempre. Pero… no puedo. Es tan condenadamente difícil. Quiero más. Cuando se trata de Katie, siempre quiero más. Me está matando no haberla visto. Quiero verla. Hablarle. Hacerla sonreír, hacerla reír.

Finalmente, le contesto.

Sí, lo hacía. Y lamento eso. Fue un movimiento idiota.

Mi teléfono suena, sorprendiéndome, y… *mierda*.

Es ella. Por supuesto.

En el momento en que contesto, empieza a hablar.

—¿Por qué me ignoras? Es decir, tal vez no debería hacerte este tipo de pregunta, pero tengo que saberlo. ¿Te… te enteraste de algo de mí con lo que no puedes lidiar? Porque si es el caso, puedo entender completamente por qué me ignoras. *Yo* me ignoraría si pudiera hacerlo. —Se ríe, como si fuera divertido, pero no lo es. Es triste, hace chistes sobre lo que le ocurrió. Sobre lo asustada que se encuentra de que descubriera su verdad y la ignorara por ello.

Si alguna vez descubriera la mía, se asustaría muchísimo.

—Katie —digo su nombre suavemente, mi voz baja y medida. Se calma inmediatamente—. ¿De qué estás hablando?

Suspira, el sonido tan melancólico que va directamente hasta mi polla. *Jesús*. Necesito controlarme. —Jamás debería haberte llamado.

Agarro el teléfono con más fuerza, como si me estuviera aferrando a ella. —Me encanta que lo hayas hecho.

—¿Hice algo mal? —Su voz suena tan pequeña, tan lejos—. No soy muy buena en este tipo de cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Esta cosa de las citas. Esta cosa de chico chica. Dios, sueno como una niña. —Suspira de nuevo, aunque esta vez por la irritación—. Hay tantas cosas que debería decirte.

—No tienes que decirme nada con lo que no te sientas cómoda —digo, sin sentirme listo para jugar a confesiones verdaderas. Si empieza a hablar, eso me haría sentir como si *tuviera* que empezar a hablar, y no puedo decirle quién soy.

Yo sólo… no puedo.





—Entonces no voy a decirte nada. Mi vida entera es una pizarra en blanco. —Se ríe de nuevo, el sonido crudo, como si estuviera raspando su garganta—. He… he pasado por muchas cosas, Ethan. No son cosas bonitas.

Cierro los ojos y me reclino en la silla, haciendo que se mueva suavemente. Renuncié a pretender trabajar hace un rato. Ahora que tengo a Katie realmente hablándome, no terminaré ni una mierda durante el resto del día, puedo garantizarlo. Y escucharla haciendo alusión a su pasado casi me hace pedazos. —Para todos ha sido así. —Suena tonto, pero es la verdad.

—He pasado por más de lo que ha pasado una persona promedio. Estoy… rota. Soy un lío. —Su voz se quiebra y se aclara la garganta—. Tengo abrumes serios.

—¿Qué clase de abrumes?

—Yo… —Deja salir una respiración áspera y se ríe de nuevo, esta vez con nerviosismo—. No puedo creer que esté a punto de decir esto, pero tal vez es más fácil porque no tengo que verte, ¿sabes?

—Sí, lo sé —digo suavemente—. Lo entiendo, Katie.

Se queda callada por un momento y me olvido de que ya nadie la llama Katie.

Excepto yo.

—Tengo problemas… sexualmente hablando —susurra la última palabra—. Y todo esto proviene de una experiencia traumática en mi pasado que fue realmente, realmente mala.

Dejo escapar una respiración áspera. Esta conversación es insostenible. La culpa que amenaza con alcanzarme oscurece todos mis bordes, haciéndome sentir como una completa mierda. —¿Qué tan mala?

—¿En la escala del uno al diez? Veinte.

Esta es la última cosa que quiero oír. Cómo mi padre, mi jodido *padre*, abusó de forma brutal de ella hasta el punto de arruinar su vida por completo. Al grado de que se denomine "rota". Que tenga problemas sexuales. Todo por culpa de él.

Lo odio. Necesito enmendar sus errores. Necesito hacer que esta chica se sienta querida. Necesaria. Fuerte. Hermosa. Sensual.

Porque lo es. Es todas esas cosas. Simplemente no lo sabe.

—Sin embargo, aquí estás, suficientemente valiente como para llamar y preguntarme por qué te ignoraba —señalo—. Eso es bastante valiente, Katie.

Más risas, aunque esta parecen genuinas. —Me sentía valiente. Acabo de salir de la cita con mi terapeuta y estaba un poco irritable. Bastante enojada.



Conmigo, sólo puedo suponer. Merezco su ira. Debió haber permanecido enojada conmigo para siempre, por la forma en la que la estoy engañando. Pero tal vez… tal vez pueda ayudarla. —¿Deseas descargar tu enojo conmigo?

—Ya lo descargué con el doctor Harris. —Sigue sonando mínimamente irritada—. Me alegra que no hayas ignorado mi llamada, Ethan —murmura, su suave voz enredándose en mis venas, metiéndose a fuego lento bajo mi piel como un humo cálido y fragante.

Las ganas de verla me presionan hasta el punto en que ni siquiera puedo pensar con claridad. Es como si me consumiera, y digo la primera cosa que se me viene a la cabeza—: ¿Puedo verte esta noche?

Duda y por un momento, creo que lo he jodido. Si me dice que no, no preguntaré de nuevo. Puede que quiera ayudarla a encontrar la confianza que destruyó mi padre, pero sé que camino sobre una fina línea. Digo una cosa mal, le doy una pista que revele quien realmente soy, y estoy acabado.

Así que es ahora o nunca. Si dice que sí, estoy dentro. Si dice que no, me alejo.

—Me encantaría —dice finalmente.

Estoy dentro.





36

Antes

Traducido por Mary Warner

Corregido por AnnyR'

Will

—No me darás su dirección —le gruñí al detective, el único al que le di lástima y me mostró algo de amabilidad, no como los demás. Todos me odiaban a excepción del Detective Ross Green. Como sea, vio algo que nadie más notó.

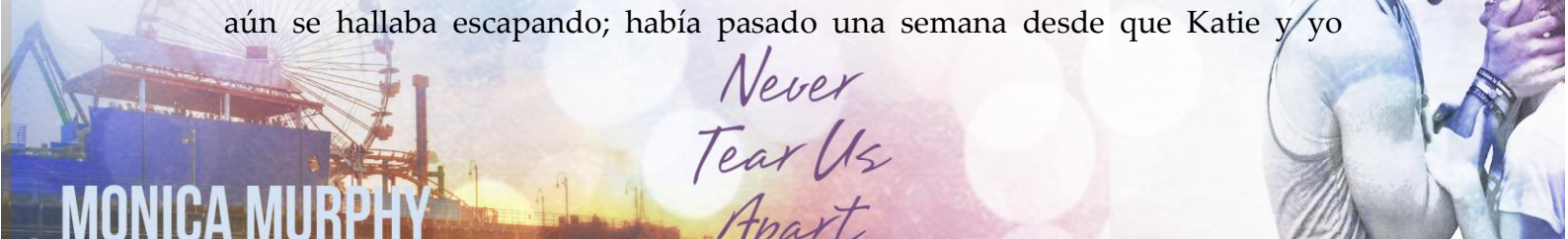
Que decía la verdad.

—No puedo. Sus padres no lo consentirán. Tenemos que respetar su privacidad. —El Detective Green me sonrió gentilmente, sus ojos llenos de simpatía—. ¿Por qué la quieres? Quizá no sea una buena idea tratar de contactarla en este momento. Sus padres no hablaran con nadie, ni siquiera con la prensa.

—Tengo algo para ella. Un… regalo. —Mis mejillas se calentaron e imaginé mi cara sonrojándose. Nunca le había comprado un regalo a una chica, así que esto era vergonzoso—. Sólo quiero que sepa que la pienso.

No podía dejar de pensarla. Me preocupaba. ¿Lidiaba bien con todo? ¿Se sentía segura? ¿Fue su reunión con sus padres todo lo que esperó que fuera? ¿Los policías la trataban bien? A mí no dejarían de hacerme preguntas. Me trataban como una mierda la mayoría del tiempo. Como si fuera *el* maldito criminal, desquitándose conmigo ya que mi padre se había dado a la fuga.

—La piensas. —Green me observaba. Estábamos en un lugar de comida rápida no muy lejos de la estación. Le pedí encontrarse conmigo, mi madre adoptiva temporal me había dejado hace unos minutos. Pensó que me reuniría con el detective porque quería hacerme más preguntas sobre el caso. Mi papá aún se hallaba escapando; había pasado una semana desde que Katie y yo



llegamos a la estación de policía y las autoridades estaban en constante contacto conmigo.

Pero en realidad mi único propósito era extraer información sobre Katie. La extrañaba como si fuera una parte de mí y ahora hubiera perdido un miembro. Soñaba con ella; su voz y rostro embrujando mis pensamientos, y no sabía qué decía eso sobre mí.

Todo lo que sabía era que *moría* por verla. Hablarle. Asegurarme que se hallaba bien.

—Sí. Yo sólo… necesito saber si está bien —admití, aclarándome la garganta. Me retorcí en la silla, incómodo con mi confesión. ¿Esto me hacía un loco… que me preocupara por ella? Lo que habíamos pasado juntos… no fue normal. Nadie más entendía. Sólo Katie y yo.

—Lo está haciendo bien —dijo Green finalmente mientras descansaba su antebrazo en el borde de la mesa. No ordenó nada para él además de una bebida, pero yo masticaba una hamburguesa doble con una orden de papitas fritas, todo pagado por el detective; como si supiera que tenía hambre. Mis padres adoptivos eran distintivos vegetarianos. Apestaba.

El alivio me inundó, pero traté de actuar normal. —Bien. —Empuje un puño de papas fritas en mi boca.

—No debería decirte esto, pero sus padres no están lidiando con esto de la mejor manera, especialmente su padre. —Green se detuvo, su mirada encontrando la mía—. Cree que eres culpable.

Estuve a punto de ahogarme ante las palabras de Green. Agarrando mi soda, tomé un sorbo para pasar la comida antes de poder hablar—: ¿De qué habla? ¿Cómo que soy culpable?

—Creen que tienes algo que ver con el secuestro de Katie. En el parque de atracciones —explicó Green—. Que la confinaste allí.

Bajé mi vaso a la mesa, la frustración haciéndome querer tirar algo y romperlo. —Todos deben haber pensado eso de mí en un momento u otro. Sabe que no es verdad.

—Efectivamente. Convencí a mis colegas que es no es el caso, también. ¿Los Wattses? Aún piensan que estás involucrado. No les pareció que te dejáramos libre.

Era difícil comprender lo que me decía Green. —¿Es en serio?

Asintió. —Quieren alguien a quien culpar. Quieren a tu padre detrás de las rejas. Pero como él no está, eres la siguiente mejor cosa. Al menos esa es mi teoría.





Miré por la ventana del restaurante, a una familia de cuatro saliendo de su carro para dirigirse a la entrada. Padres sonrientes, dos niñas, una que lucía como de mi edad, la otra un poco más joven. Parecían amables. Normales. Sin ninguna preocupación en el mundo.

Los envidiaba con cada fibra de mí ser.

—¿Saben dónde está? —pregunté, mi voz baja y mi apetito ido. No me gustaba pensar en él. Dónde podría estar. Qué podría estar haciendo. ¿Qué si secuestraba otras pequeñas niñas? ¿Qué si mataba a otra? Las autoridades revisaron la bodega de almacenamiento de nuestra casa. Había evidencia suficiente para arrestarlo por el secuestro y violación de Katie junto con los asesinatos de al menos otras tres chicas.

Eso me impactó, lo supe cuando Green me reveló esa información el segundo día que me llamaron de vuelta a la estación de policías. No tenía idea de que le había hecho esto a otras chicas. Que las había… matado.

Mi papá. Un asesino. Era incapaz de asimilarlo.

—Tenemos algunas pistas. —Green cerró labios con fuerza—. Sabes que no puedo revelarte mucho.

—Seguro. Sí. —Asentí, rebotando mi pie contra la pata de la mesa—. No vendrá… no vendrá por mí, ¿no?

—No lo creemos, pero tenemos vigilancia en la casa de tu familia adoptiva, sólo por si acaso.

Mi mandíbula se abrió de par en par. —¿Estás jodidamente hablando en serio? —Me senté más derecho cuando me miró—. Lo siento. Yo sólo… no tenía ni idea.

—Así es. Nos tomamos tu seguridad muy en serio. También hay vigilancia sobre Katie, en caso de que decida venir por ella de nuevo.

—No lo hará —dije con tal confianza que Green me miró con extrañeza—. No quiere el problema. Es por eso que corrió.

—Lo encontraremos. Will. Lo prometo —dijo con un ligero asentimiento.

No dije nada. Las promesas se hacían para ser rotas. Hice lo mejor que pude para mantener la que le hice a Katie, y creo que de alguna manera jodí eso. Conseguí ponerla a salvo, conseguí sacarla de ese almacén, ¿pero realmente la *ayudé*?

No lo sabía.

—¿Si te doy mi regalo para Katie, te asegurarás de que lo reciba? —Saqué el sobre del bolsillo trasero de mis vaqueros y lo deslicé sobre la mesa.





Green tomó el sobre totalmente sellado y lo sacudió. —¿Puedo preguntar que hay allí?

—Joyería. —Me encogí de hombros, incomodo—. Un brazalete. Me gustó el colgante que tiene.

—¿Un brazalete con colgante?

—Algo así. Tiene un ángel guardián. Alguien que la cuide ya que yo no podré estar allí para ayudarla más tiempo —expliqué, agachando mi cabeza así podía estudiar lo que quedaba de mi hamburguesa. No quería ver los ojos de Green, la expresión en su cara. Me sentía extraño diciéndole esto. No quería compartir mis sentimientos por Katie con este tipo.

Ni siquiera podía entenderlos yo mismo.

—Eso es lindo de tu parte, Will. Realmente lindo. —La voz de Green era amable, y alcé la vista para observarlo deslizar el sobre dentro del bolsillo de su chaqueta—. Me aseguraré de que Katie reciba esto, ¿sí? Incluso si tengo que entregarlo yo mismo.

Alivio se esparció a través de mí en tanto me inclinaba en el respaldo de mi asiento. —Bien. Sí. Eso es genial. Gracias. Lo aprecio.





37

Ahora

Traducido por Maggie S.

Corregido por AnnyR'

Katherine

—¿A dónde vas?

Levanto la vista para encontrar a la señora Anderson de pie frente a su patio, mirándome caminar desde mí pórtico hacia mi auto estacionado en mi entrada. Una cerca baja divide nuestra propiedad y se encuentra de pie en su lado, con una regadera vacía colgando de sus dedos.

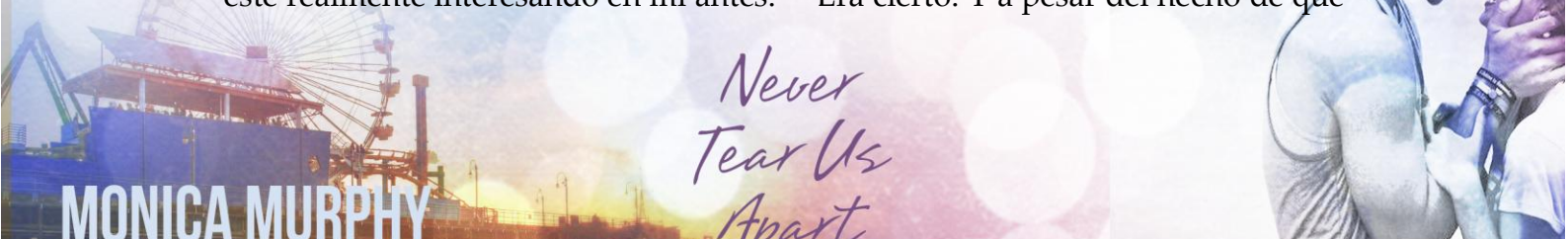
—Hola —digo, dirigiéndome hacia ella. Ambas, mamá y Brenna, encuentran a mi vecina ancianita totalmente molesta por lo entrometida que es, pero a mí me agrada. Su entrometimiento quiere decir que se preocupa, al menos un poco.

—Luces bonita. —Me da una mirada analítica, asimilando mi atuendo. Visto un par de mallas negras con unas botas oscuras a los tobillos y un suéter azul marino grande, con mi cabello atado en un chongo. Nada especial, pero sé que este tono de azul en particular se ve bien en mí—. ¿Harás algo especial esta noche?

—Algo así. —Quiero brincar de arriba abajo como una niña, pero me contengo—. Tengo una cita.

Las cejas de la señora Anderson se elevan. —¿En serio? Pensé que no hacías ese tipo de cosas. O que mantenías tu vida amorosa en secreto porque tal vez eras lesbiana o algo así.

Me echo a reír y niego con la cabeza. —Sólo no he conocido a alguien que esté realmente interesando en mí antes. —Era cierto. Y a pesar del hecho de que



Ethan me ignoro por los últimos días, aprecié su honestidad cuando hablamos más temprano. Sólo puedo preguntarme si él apreció la mía. Pero mi emoción sobrepasa mis nervios porque lo veré esta noche y no puedo… no puedo esperar.

—Me gusta eso. Eres exigente. Yo lo era también. Me tomó mucho tiempo encontrar a mi señor Anderson. Pero cuando lo conocí, lo supe. —Asiente, su mirada volviéndose melancólica. Sabía que había perdido a su esposo hace algunos años a causa del cáncer y que aún lo extrañaba terriblemente.

—¿Supo qué?

—Que era el hombre para mí. Una vez que puse mis ojos en él, no vi a nadie más. Él lo *era*. —Su mirada se estrecha—. ¿A dónde irán? ¿Por qué no viene a recogerte como un caballero?

—No lo conozco tan bien y no quiero que, eh, sepa dónde vivo todavía. —Hago una mueca, sintiéndome tonta. Mis problemas íntimos no son normales. Sé esto—. Soy una persona muy reservada.

—Eso está bien. Muy bien. Hay demasiados tipos raros por ahí ¿No conociste a este chico en uno de esos sitios de citas, cierto?

—No, nada de eso. —Sonrío—. Debería irme. Que tenga una buena noche, señora Anderson.

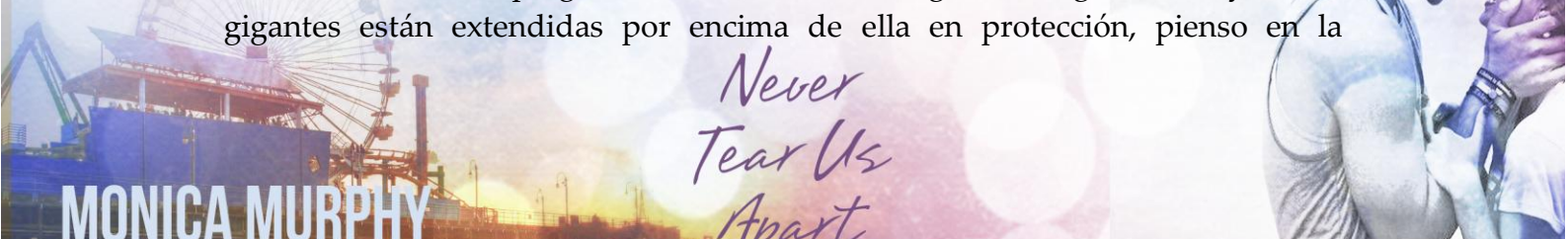
—¡Tú también, Katherine! ¡Deberías venir mañana temprano por café y contarme todo sobre tu cita! —Se despide con la mano y yo voy a mi auto, me volteo y sonrió

—Tratare. —Me deslizo en el asiento del conductor y cierro la puerta, sonriendo como una idiota mientras lo enciendo. Si Brenna estuviera aquí, estaría quejándose de mi vecina entrometida que sólo está ofreciéndome café para sacarme información.

Pero no me importa. ¿Con quién más hablaré de mi cita? No puedo decirle a mamá ni a Brenna que he conocido a alguien. Todavía no. Se siente demasiado nuevo, demasiado incierto, y quiero mantenerlo como mi secreto. Al menos por un tiempo.

Enciendo el auto y dejo al motor calentarse en tanto saco el *iPhone* de mi bolso y reviso la aplicación de mapas. Pongo la dirección del cine donde nos encontraremos y presiono *empezar*, lista para ser guiada porque nunca antes he estado allí en particular. Levanto mis mangas, el dije de ángel en mi brazalete enganchándose en la tela; cuidadosamente quito la hebra que quedó atrapada en mi ángel.

Frotando mi pulgar sobre el inclinado ángel de la guarda, cuyas alas gigantes están extendidas por encima de ella en protección, pienso en la



persona que me dio esta pulsera. Me pregunto una vez más si está bien, si es feliz, dondequiera que esté.

Eso espero.

***

—¿Te gustan las palomitas de maíz?

Estoy de pie junto a Ethan en la fila para conseguir comida, con la mirada fija en el menú y haciendo mi mejor esfuerzo por no mirarlo. Es súper difícil porque, por alguna razón, está extra atractivo esta noche… y huele tan bien. El olor de las palomitas de maíz llena el aire pero apenas lo noto.

Todo lo que puedo oler es el aroma a limpio y silvestre de Ethan.

—Me encantan las palomitas —digo, volteándome para sonreírle. Me mira, con un sonrisa torcida curveando sus labios y mi aliento se atrapa en mi garganta—. Con extra mantequilla —agrego débilmente.

—¿Y chocolates *M&Ms*?

Frunzo el ceño. —¿*M&Ms*? ¿Qué quieres decir?

—Siempre me gusta comprar una caja de *M&Ms* y echarlos en las palomitas —explica a medida que avanzamos en la fila. Es larga. Culpo al clima. Empezó a llover cuando conducía hacia acá e imagino que todos quieren escapar de la lluvia también.

—¿Saben rico?

—Lo mejor —dice con seguridad—. ¿Esa mezcla de salado y dulce? Delicioso.

—Entonces hay que probarlas —digo, haciendo que su sonrisa crezca.

—No te arrepentirás. —Su mirada se encuentra con la mía, esos suaves ojos café oscuro derritiéndose, y me pierdo en ellos por un instante. Estoy amando esto, amando cuan normal se siente. Una cita auténtica donde podemos hablar sobre palomitas y dulces como dos personas normales.

No puedo recordar la última vez que me sentí *normal*.

Cuando finalmente llegamos al frente de la fila, Ethan no me deja pagar. Tampoco me deja comprar mi boleto, aunque trato. Al final, ayudo a cargar la soda gigante que compartiremos y él toma el bote de palomitas y la caja de dulces. Me aseguro de meter un montón de servilletas en mi pequeño bolso porque vi que la chica detrás del mostrador echó toda esa mantequilla extra sobre las palomitas. Nuestros dedos serán un desastre grasoso.





Aunque no me importa. No cuento las calorías o me preocupa comer un montón de comida chatarra. Esta noche me divertiré. No soy Katherine Watts, la chica secuestrada. Sólo soy Katie, viendo una película con Ethan.

—Espero que te gusten las películas de acción —me dice cuando entramos a la silenciosa sala—. Escuché que esta tiene muchas persecuciones de autos y escenas de disparos.

—No me molesta. —Y es cierto. Cuando era niña, mi padre y yo solíamos ver este tipo de películas todo el tiempo. *Duro de Matar*[3] era su filme favorito de todos los tiempos, y podía citarme casi todos los diálogos, lo que me hacía reír.

Pero eso era antes. Es uno de los pocos recuerdos afectuosos que tengo de mi papá.

—Por lo que sé, también tiene algo de humor. —Hacemos una pausa en la parte inferior de los asientos y me doy cuenta de que no hay mucha gente en la sala esta noche. La película ya ha estado en cartelera durante unas semanas y hay un par de películas más recientes y muy populares proyectándose hoy, así que imagino que es donde todo el mundo está—. ¿Dónde nos sentamos?

—Me gusta sentarme arriba y en medio —sugiero, y asiente en aprobación.

Me sigue al subir las escaleras, y me siento realmente cohibida. Meto algunos cabellos detrás de mí oreja y agarro la soda gigante con mi otra mano, esperando como loca no tirarla. Su cercanía me pone nerviosa. Lo puedo sentir justo detrás de mí, el calor de su cuerpo irradiando hacia mí. En cierto modo me quiero acurrucar contra todo ese calor y yo nunca, *nunca* quiero hacer eso.

Elijo un pasillo vacío y nos acomodamos en los asientos justo en el centro. Bajo el reposabrazos y pongo la soda en el portavasos. Ethan lo mira, y después a mí. —Odio estos reposabrazos.

—¿Los odias? —Frunzo el ceño.

Asiente, saca la soda del portavasos y le da un sorbo. —No me importa si quieres ponerla en el otro lado, si no te molesta que pida un trago de vez en cuando.

—Mmm, está bien. Seguro. —Tomo la soda y me quedo mirando el pitillo, donde sus labios acaban de estar. Ni siquiera pensé en esto. Compartiremos una bebida, lo que significa que mis labios estarán en el mismo lugar donde *sus* labios acaban de estar. Es el pensamiento más estúpido, porque ahora sueno como una niña de trece años con un enamoramiento gigante. Es

[3] Die Hard es una película de acción estadounidense de 1988 dirigida por John McTiernan y escrita por Steve de Souza y Jeb Stuart, basada en la novela Nothing Lasts Forever de Roderick Thorp, publicada en 1979.

sólo que jamás he hecho este tipo de cosa antes y me hace sentir mareada y estúpida, y me…

Me encanta.

Le doy un sorbo al pitillo, levantando mi mirada para encontrarlo observándome, las luces tenues dan un reflejo leve sobre sus gafas, así que no puedo decir descifrar su expresión. Es difícil de leer a veces. Probablemente yo también lo soy.

En el momento en que deslizo la soda en el portavasos del reposabrazos a mi izquierda, Ethan levanta el que nos divide, sonriéndome. —Así está mejor. Siempre siento como si mis codos golpearan constantemente estas cosas. —También levanta el que está a su otro lado.

Lo único en lo que puedo pensar es en cuan más cerca podemos estar sin la barrera entre nosotros. Esta es solamente nuestra segunda cita oficial, la tercera si cuentas la tarde que tomamos café, pero estoy ansiosa. Emocionada. Quiero estar *más* cerca de él.

Deja el bote de palomitas en su regazo y abre la caja de *M&Ms,* esparciéndolos sobre las palomitas y después sacudiendo el bote así los dulces pueden hundirse más. Hace esto un par de veces, vaciando la caja entera de dulces en el bote antes de pasármelo. —Pruébalas.

Echo un vistazo y agarro un puñado de palomitas y *M&Ms*; mastico, disfrutando de la dulzura salada, de la forma en que el chocolate ya está un poco derretido por el calor de las palomitas. —Es delicioso —digo después de tragar.

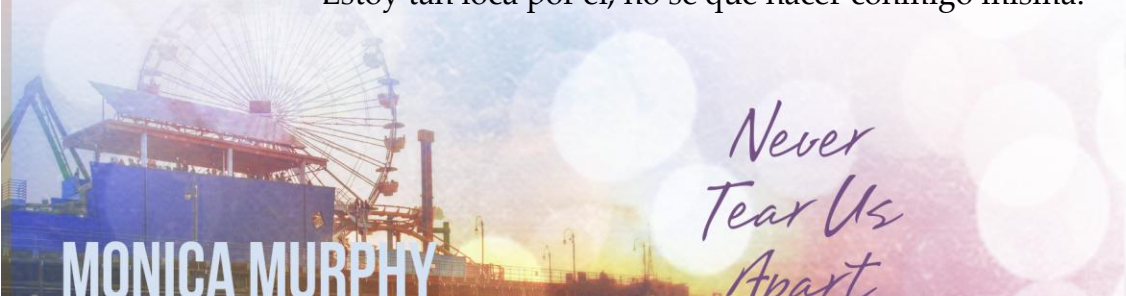
—Sabía que te gustaría. —Empieza a comer y las luces se atenúan, la sala se oscurece señalando que unos veinte minutos de avances están a punto de iniciar.

Miramos silenciosamente, nuestras manos chocando cada tanto cuando ambos tratamos de tomar más palomitas. Mis dedos pegajosos se enredan con los suyos y ofrezco un susurrado—: Lo siento. —Con lo que sólo gano una sonrisa tierna en respuesta. No creo que le moleste que nuestras manos se estén tocando. Sé que a mí no.

Durante el cuarto tráiler inclina su cabeza, con su boca justo en mi oído mientras susurra—: ¿Puedo tener un sorbo?

Tiemblo con su proximidad, agradecida de haber recogido mi cabello. Puedo sentir su aliento tibio en mi cuello y casi quiero morir por cuán cerca está, cuán bien huele, cuán bien se ve.

Estoy tan loca por él, no sé qué hacer conmigo misma.





Así que trato de hacer mi mejor esfuerzo para tomarlo con calma. Le paso la soda. No me disculpo más cuando nuestros dedos se encuentran en el bote de palomitas ¿Quién sabía qué comer nuestra comida durante avances de películas podría ser tan… romántico?

Yo no. No tenía idea.

Uno de los tráilers me deja aprensiva. Es una película de terror, sangrienta y violenta, hago una mueca con una escena gráfica, volteando mi cabeza a la derecha así no tengo que verla. La música es escalofriante, el sonido del cuchillo cortando piel es horrible, y cierro mis ojos, enterrando mi cabeza por lo que mi frente toca el hombro de Ethan por un breve instante.

Se gira. Puedo sentir sus ojos en mí y espero no estar siendo demasiado atrevida, pero no pude ver otro minuto más de eso. —¿Estás bien?

Asiento y lentamente levanto mi cabeza, encontrando su mirada en la oscuridad de la sala. El azul parpadeante de la pantalla arroja sombras encantadoras a Ethan, y desearía poder tocar su rostro. —Estoy bien. Ese tráiler fue asqueroso.

—Sí, tampoco me gustan las películas de terror. —Luego hace la cosa más loca. Extiende la mano, mete un mechón de pelo detrás de mí oreja, sus dedos rozando mi piel, y siento un cosquilleo… en todos lados—. Creo que la película está empezando —susurra.

No me molesto en mirar a la pantalla. Estoy demasiado cautivada con su expresión, la forma en que me mira. —Genial —susurro—. No puedo esperar para verla.

Sonríe y toca mi nariz con su dedo índice antes de voltearse hacia la pantalla y acomodarse en su silla, con sus largas piernas extendidas, y las palomitas, ahora a medio comer, en su regazo.

Probablemente serán dos horas de pura, agonizante y deliciosa tortura.



38

Ahora

Traducido por Snow Q

Corregido por Meliizza

Ethan

No puedo concentrarme en nada. Teniéndola tan cerca, sin realmente ninguna barrera entre nosotros mientras estamos sentados en la oscuridad de una sala de cine casi vacía, es una forma lenta de tortura. Nuestras manos se tocan constantemente cuando tomamos palomitas y me hace enloquecer, es la demencia más grande del mundo porque, vamos, sólo son palomitas de maíz.

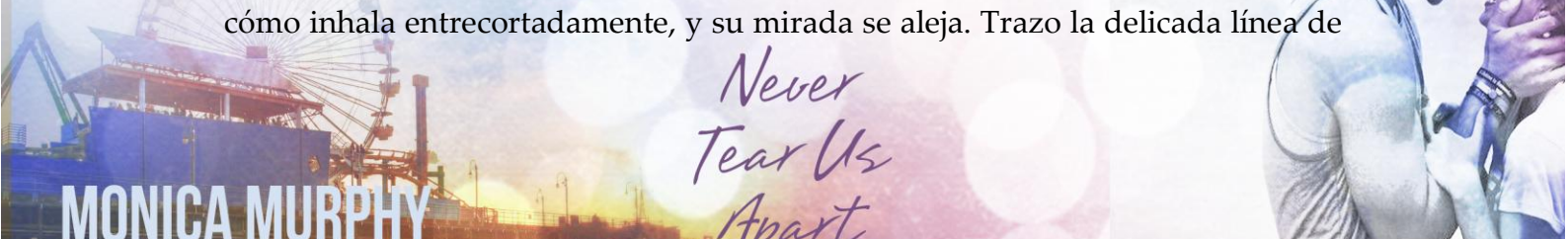
Pero cada vez que mis dedos rozan los suyos es como si tocara un cable de alta tensión. Me sobresalto con vida, como si ya no pensara en ella lo suficiente. Lleva el pelo recogido en un moño, como una bailarina, y pequeños mechones rubios reposan contra su cuello desnudo. Quiero besarla allí, justo detrás de la oreja, respirar su esencia y besarla poco a poco en el cuello, las mejillas, la boca…

Katie salta ante el fuerte sonido de un accidente de tránsito en la pantalla, su hombro choca con el mío, y me inclino más cerca, aprovechándome. —¿Eso te asusta? —susurro próximo a su oído, diciendo lo evidente. Cualquier excusa para poder acercarme.

Asiente y se gira hacia mí, su rostro tan cerca del mío que me tomaría nada inclinarme y besarla. —Sí —susurra con voz temblorosa, encontrándose con mi mirada.

Miro a nuestro alrededor. No hay nadie cerca. De cualquier forma, todos prestan atención a la película. Tan jodidamente tentado.

Extendiendo la mano, la toco. Paso mis dedos por su mejilla. Escucho cómo inhala entrecortadamente, y su mirada se aleja. Trazo la delicada línea de



su mandíbula con mi pulgar, y lo deslizo justo por debajo de su mentón para elevar su rostro, dejando nuestros labios en perfecta convergencia.

No debería hacer esto. Pero *tengo* que saber. La necesidad de probarla, sólo una vez, me abruma por completo; me rindo ante la urgencia y rozo sus labios con los míos.

Deja escapar un pequeño sonido al primer contacto. El *oh* más suave que he escuchado alguna vez, como si la sorprendiera, y tal vez lo hice. Me alejo ligeramente, mi mano todavía acuna su mejilla, mi pulgar debajo de su barbilla, parpadea y su mirada azul oscuro se encuentra con la mía.

No decimos nada. Mi corazón late tan rápido que me pregunto si puede escucharlo, pero no me importa. Quiero besarla de nuevo. Ese primer roce de labios fue nada. Un simple coqueteo.

Separa los labios y cierra los ojos, una invitación abierta para que la bese otra vez. Y lo hago. Me inclino y ella también, y entonces mi boca baja a la suya. Nuestras bocas se acoplan, se apartan y se unen de nuevo. Beso tras beso. Sencillo, sin lengua, pero con los labios abiertos, compartiendo el aliento, el mío acelerado, el suyo tembloroso.

La película queda en el olvido. Estoy liándome con Katie en una sala de cine como si fuéramos adolescentes, aunque nunca me molesté en hacer esto con las chicas cuando era más joven. Primero, no podía costear llevarlas al cine. Segundo, simplemente encontrábamos algún rincón oscuro en una fiesta. Ahí es donde siempre besaba a las muchachas antes de que, por lo general, las arrastrara a una habitación vacía y las follara.

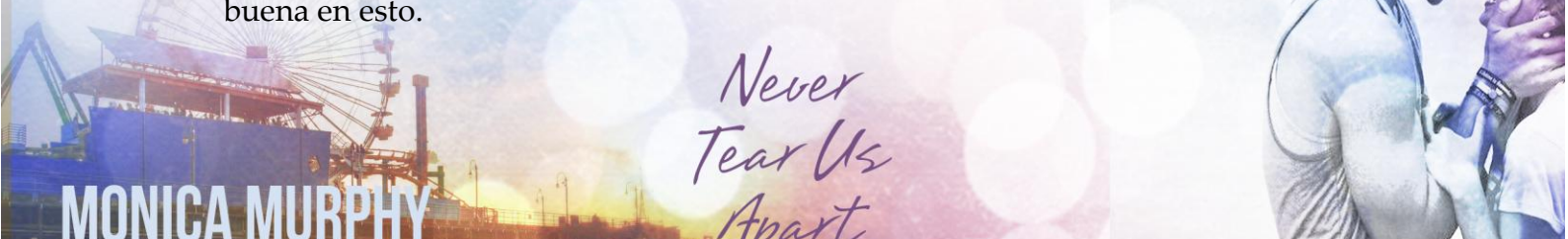
Pero nunca significó nada. Ni una vez.

Toda la noche ha sido como una cita de adolescentes sacada de una película cursi, nada que alguna vez experimentara en la secundaria. Mi vida era una mierda en ese entonces. Perdido en el sistema de acogida, tratando de mantenerme a flote en el colegio, y sumergiéndome en cualquier deporte que pudiera. Las chicas no eran mi prioridad, pero estaban allí y era fácil perderme en ellas por un rato.

Lo que comparto con Katie es algo completamente diferente. Y aunque no tengo ningún maldito derecho a ilusionarla así, besándola y tratándola como si fuera una cita real, cuando debería alejarme al instante en que la noche termine, sé que no lo haré.

Debería, pero no lo haré.

Termina el beso primero, agachando la cabeza de modo que mi mentón descansa cerca de su frente. Acaricio su mejilla y pongo un par de mechones detrás de su oreja, mis dedos no se alejan cuando la escucho susurrar—: No soy buena en esto.



—¿Buena en qué? —Me aparto para que levante la cabeza y nos miremos una vez más.

Parece completamente avergonzada. Atormentada. —Besando.

—Voy a tener que diferir en eso. —Me inclino y la beso de nuevo, saboreando el pequeño suspiro que se le escapa cuando lo hago.

Katie se aleja. —¿Recuerdas lo que te dije antes? —Asiento ante su pregunta y su mirada abandona la mía—. Yo, eh, no soy buena teniendo citas. Y con eso me refiero a, nunca lo he hecho.

Permanezco en silencio. Recorriendo su mandíbula con mi pulgar, acariciando su labio inferior. Ahora que la he tocado tan íntimamente, no puedo detenerme.

—No he hecho mucho en bastantes aspectos —continúa—. Hay… hay tanto que debo decirte, pero tengo miedo de asustarte. —Su voz es el susurro más franco, y alcanza algo profundo dentro de mí. No podría alejarme aunque lo intentara. Me hace pensar que tal vez *estamos* hechos el uno para el otro, tan descabellado como eso suena. Su horrible pasado no me molesta, no de la forma en la que podría molestar a otros hombres, porque *soy* parte de ese terrible pasado. Puedo ayudarla, no herirla.

Aunque, ¿por qué vería eso? ¿Estaría de acuerdo, especialmente una vez que descubra quien soy realmente? No lo sé, y es la duda que me carcome. Que me inquieta.

Me hace pensar que hago algo incorrecto, cuando Katie se merece sólo lo mejor.

—Está bien. No tienes que decirme —le digo, pero ya se encuentra susurrando e interrumpiéndome.

—Sigues diciéndolo, pero mereces la verdad acerca de lo que me sucedió. Y es horrible. Como, *muy* horrible. —Se detiene, sus ojos parecen brillar en la oscuridad de la sala, casi como si estuviera a punto de llorar. Mi corazón se agita con esa posibilidad—. De verdad entiendo si no quieres volver a verme después de esta noche.

Como siempre, acaba conmigo con sus palabras. —Jesús, Katie. —Miro alrededor, agradecido de que nadie esté cerca de nosotros. Estamos susurrando, y la película es tan malditamente fuerte que no pueden escucharnos, pero aun así—. ¿De verdad crees que te abandonaría después de lo que acabas de decir?

Katie levanta la cabeza, su mirada acuosa llena del más pequeño rastro de esperanza. —Deberías. Definitivamente deberías alejarte. Soy un desastre —susurra—. Ya lo advertí.



—¿Qué tratas de decir? ¿Qué deberías venir con una etiqueta de advertencia? —pregunto de forma incrédula, me estiro y descanso la otra mano en su cadera. Da un respingo bajo mi palma y estoy tentado a soltarla.

Pero no lo hago.

Ella asiente. —Probablemente.

Sin otra palabra, la acerco tanto como puedo y llevo mi boca a la suya una vez más. Pero esta vez no soy amable o voy despacio. Soy un poco más agresivo, la beso con fuerza, inclinando la cabeza para poder besarla con más ímpetu. No responde del todo, sus movimientos son tentativos, con tan poca experiencia que cuando finalmente me aparto de sus labios, susurro—: Bésame.

Parpadea, los labios hinchados y húmedos gracias a los míos, y me inclino, listo para intentarlo de nuevo, justo antes de que se ponga de pie.

—Lo siento. Yo sólo… no puedo —murmura, su bolso colgando de sus dedos antes de que se dé la vuelta y se marche, corriendo por las escaleras hacia la salida que lleva de regreso al estacionamiento.

Me siento aturdido y en silencio, impresionado de que me haya abandonado en medio de la sala de cine, antes de apresurarme a actuar. ¿Qué demonios acaba de suceder? ¿Por qué se fue? La presioné demasiado. Le pedí demasiado. Esto es lo que consigo, lo que merezco.

No debería seguirla. Debería hacerle un favor a Katie y correr en dirección opuesta. No la ayudaré. Sólo voy a lastimarla.

En lugar de hacer lo que debería, voy tras ella, malditamente esperando que no haya desaparecido. Besarla, presionarla como acabo de hacerlo, fue un error. No estaba pensando, joder.

Ese es el asunto sobre Katie. No pienso en absoluto. Siento. Quiero. Sufro.

Necesito.



39

Ahora

Traducido por Vane hearts

Corregido por Anna Karol

Katherine

Mis piernas se sienten inestables mientras corro hacia la oscura y fría noche, la puerta del cine cerrándose de golpe con un ruido sordo detrás de mí, el sonido chirriante por encima de la usual tranquilidad. Me paro en la acera que bordea el estacionamiento y miro alrededor, mi respiración vertiginosa en tanto intento orientarme.

Como una cobarde, corrí. El miedo me hizo hacerlo. El miedo me hace hacer todo. Es la fuerza impulsora en mi vida, y Dios, lo odio *demasiado.* ¿Por qué no puedo valerme? ¿Por qué siempre me siento tan asustada?

Al principio, me gustó la forma en que me besó. Suave y dulce, sus cálidos y firmes labios en los míos, mezclando todo tipo de sensaciones desconocidas y ansiadas que parecían emanar de mi cuerpo. Quería derretirme; Quería agarrarme a él y aferrarme con fuerza. Saborear la sensación de sus brazos envueltos a mí alrededor.

Pero luego se puso más audaz, su boca más insistente, sus manos aparentemente en todas partes, aunque en verdad siempre fue respetuoso. Siempre un caballero. Cuando pidió que lo besara de vuelta, no sé qué pasó. Yo no…

No sabía qué hacer. Me asusté.

Y corrí.

Mirando a mí alrededor, busco cualquier signo de vida, pero nadie está aquí afuera. Hace frío y está nublado, el cielo oscuro y amenazante, y el suelo



húmedo, como si ya hubiera llovido. Aparqué lejos y estoy un poco asustada de estar aquí sola, pero me digo que tengo que superarlo. Es mi culpa, de todos modos. Si fuera una persona normal, habría disfrutado de la película con mi cita y dejado que me acompañara a mi coche después. Habría gozado aún más la manera en que me besó; en la forma más tierna posible, por cierto, y acordado otra cita si me lo pidiera.

Pero no me lo pedirá nunca más. Lo arruiné. Lo abandoné como una completa loca, ¿así que por qué iría tras de mí? No lo hará. No importa lo genial que sea, cómo dice todo lo correcto, me mira como si se preocupara y me besa como si estuviera interesado; una vez que descubra la verdad…

Se irá.

Poniéndome derecha, me adentro en el estacionamiento, mis pasos apresurados a medida que camino hacia mi coche. Las gotas de lluvia caen sobre mis mejillas y bajo la cabeza, acelerando mi ritmo cuando empieza a llover más fuerte. Sólo tengo un suéter ya que dejé mi abrigo en el auto, el aire se está congelando, agravado por la lluvia.

Sombrío y frío, como mi estado de ánimo.

—¡Katherine!

Reconozco su voz, lo oigo llamar mi nombre, mi nombre *completo*, y desacelero mis pasos, miro por encima de mi hombro para ver a Ethan aproximándose. Contemplo correr el resto del camino a mi coche, me da vergüenza admitirlo, pero me quedo clavada donde estoy, esperándolo. La lluvia comienza a caer más fuerte y parpadeo contra las gotas golpeando mi cara, deseando poder limpiar mis ojos pero sabiendo que esparciré mi rímel si lo hago.

No es que importe. Es probable que ya esté toda embarrada.

—Entremos —dice acercándose.

Niego. —Sólo quiero irme a casa.

—Deja que te lleve.

—No. —Se detiene justo en frente de mí y por un momento fugaz, quiero que me agarre y me lance en sus brazos. Nunca dejándome ir—. Debería…prefiero estar sola. Lo siento. —¿Por qué me disculpo? Eso era algo en lo que tuve que trabajar por años con uno de mis muchos terapeutas. Me disculpaba por todo. Tuve que asimilar que no todo es a causa mía.

La mayoría de las cosas por las que pedía disculpas no eran mi culpa. Odio caer en viejos, malos hábitos.

Nos miramos, la lluvia cayendo sobre nosotros, empapándonos por completo. Su expresión es incierta y se ve… diferente. ¿Es su cabello que se

pega a su cráneo, el agua goteando de los extremos? ¿O la forma en que me frunce el ceño, como si lo haya decepcionado por millonésima vez?

Poco a poco me doy cuenta de lo que es diferente en él; no lleva sus gafas. Las veo guardadas en el bolsillo delantero de su camisa, la tela oscura moldeándose en su pecho cuanto más húmeda se pone. A pesar de toda la humedad en el aire, mi boca se seca a la vista de ello, a la vista de *él*.

Es amplio. Musculoso. Fuerte. Podría romperme como una ramita, no es que crea que lo haga alguna vez. Toda esa fuerza contenida en contraste con la suave manera en que acaba de tocarme, besarme…

Mi cabeza se aclara y mi respiración se acelera. Hay algo muy inspirador acerca de un hombre grande refrenándose a sí mismo. Que es amable y atento, sin embargo feroz en su defensa a una persona que necesita protección.

Como yo.

—No tienes nada de qué disculparte. Soy yo quien debe pedir perdón —dice finalmente, su voz tan baja que tengo que dar un paso más cerca, así puedo oírlo—. Presioné demasiado y…

—Está bien —lo interrumpo. Tengo el mal hábito de hacerle eso a él, pero es algo que no hago con nadie más. Es como si estuviera en este apuro de decirle cosas, como si quisiera convencerlo de algo más. No me gusta hacerlo—. De verdad. Es todo sobre mí.

Un trueno suena a la distancia, haciéndome saltar; da un paso hacia mí, su mano yendo a mi codo y dándole un apretón, como si no pudiera ofrecerme un gran consuelo. Mi piel se calienta donde me toca y quiero tanto retirarme como arrojarme a él. Lo que siento, cómo reacciono cuando me toca… me mira, es confuso.

Conflictivo.

Estimulante.

—Deberías ir a tu coche —murmura, su voz profunda tirando de mis terminaciones nerviosas, haciéndome dolorosamente consciente de lo cerca que estamos—. Estás mojándote.

—También tú. —Un escalofrío me recorre, causando un temblor en mi voz. Envuelve sus dedos en la parte interior de mi codo, guiándome—. ¿Qué haces?

—¿Dónde está tu coche? —Ignora mis protestas a medida que comenzamos a caminar, Ethan tomando el mando y liderando el camino—. Te acompañaré. Me quiero asegurar de que llegues a salvo.







Siempre un caballero, siempre educado y protector. Hui como una tonta y todavía me trata con amabilidad. Creo que cualquier otro chico habría renunciado a mí. —Estoy bien, de verdad…

—Detente. —Le da a mí brazo un suave apretón—. ¿Dónde aparcaste?

Señalo y me lleva hacia mi coche, sus largas zancadas gastando el pavimento en tanto me esfuerzo para seguirle el ritmo. La lluvia cae más duro ahora. Mis ropas se pegan a mi piel, mis mallas y suéter aferrándose vigorosamente. Parpadeo con fuerza contra el agua recubrimiento mis pestañas y limpio la lluvia que salpica mi piel, mi otra mano agitándose con las llaves entre mis dedos mientras presiono el mando a distancia para abrir la puerta del lado del conductor.

Ethan la abre para mí y entro, me doy la vuelta para poder verlo. Se asoma por encima de mí, una figura oscura en contraste de una noche aún *más* oscura, su olor mezclado con el intoxicante aire húmedo y tempestuoso. —¿Estás bien? —pregunta—. Luces un poco inestable.

Asiento, no queriendo que se vaya todavía. Tomo su mano apoyada en la cima de la puerta de mi coche, entrelazando sus dedos fríos con los míos. —Estaré bien. Gracias.

—¿Estás segura? —Me mira, sus largos dedos enroscándose alrededor de los míos, dándoles un apretón. Me aferro, agradecida por la forma en que su toque me ancla; confundida por la sensación de opresión en mi pecho, mis respiraciones saliendo en exhalaciones temblorosas, el estremecimiento moviéndose justo debajo de mi piel. Pero no es por el frío.

Es por *él*, por su tacto, por la forma en que me estudia, como si fuera la única mujer en el mundo, como si no importara que lo abandoné. Está bien con esto.

Está bien conmigo.

—Estoy segura. —Asiento firmemente, girándome para agarrar el volante, colocando la llave en el encendido y arrancando el coche—. Gracias de nuevo —digo cuando lo miro otra vez.

Ethan sonríe, quitando el cabello húmedo de su frente. —Conduce con cuidado.

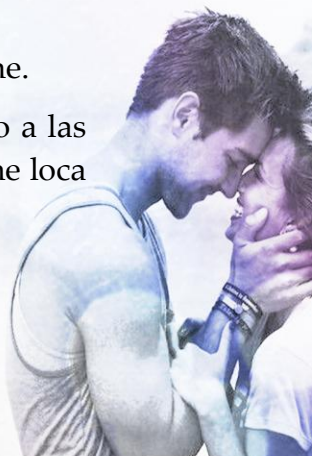
—Te enviaré un mensaje cuando llegue a casa. —Me detengo—. O me envías un mensaje cuando llegues a casa, quien sea que llegue primero.

—Lo haré. —Empieza a cerrar la puerta—. Buenas noches, Katherine.

No me gusta que me llame Katherine. Como si hubiéramos vuelto a las formalidades, ahora que hay un límite entre nosotros después de volverme loca en la sala de cine.







—Espera un minuto. —Salgo del coche, haciéndolo dar un paso atrás, su mano todavía sosteniendo la cima de la puerta de mi auto, sus brazos enjaulándome.

—¿Qué… —comienza a decir, pero envuelvo mis brazos alrededor de su cuello, deslizando mis manos en su cabello mojado por la lluvia, presiono mi boca en la suya en un persistente y suave beso.

Un fuerte brazo envuelve mi cintura y me acerca más. Lo dejo, voy a él de buena gana, apretando mis brazos alrededor de su cuello, mis dedos afianzando su cabello. Espero que sepa lo que hago, por qué lo estoy besando bajo la lluvia. Mi beso es una disculpa, una petición de perdón, una esperanza de que me dé una segunda oportunidad.

Gruñe suavemente contra mis labios cuando nos separamos, y todo dentro de mí revolotea con el atractivo sonido. —¿Qué estás haciéndome? —pregunta, su voz adolorida y tan baja que casi no lo oigo por encima de la lluvia.

—Podría hacerte la misma pregunta —murmuro cerca de su boca justo antes de apartarme, dejando que mis brazos caigan de alrededor de su cuello. Me deja ir y me deslizo devuelta en mi coche, le sonrío y ofrezco una pequeña despedida con la mano antes de que cierre la puerta por mí, sitiándome en la tranquila oscuridad, sola con mis pensamientos una vez más.

Mis labios hormiguean todo el trayecto a casa cada vez que revivo el momento. El instante exacto en que me aferré de Ethan y lo besé. Yo. La chica que está aterrorizada de los hombres.

Ethan no me asusta. Es más la reacción de mi cuerpo hacia él la que me aterra y me llena de curiosidad. Me toca, me besa, y quiero… Quiero derretirme. Quiero *más.*

Cuanto más tiempo paso a su lado, más segura me hace sentir. Protegida. Hay algo en él que me parece tan increíblemente reconfortante y soy incapaz de especificar de qué se trata.

Frunzo el ceño, deseando no pensar de más. Preocuparme tanto. Tal vez no se supone que deba entender. Tal vez debería dejarme llevar. Nunca he seguido con nada en mi vida. Pero ya no más.

La única vez que lo hice…

Me costó. Casi todo.



40

Antes

Traducido por Vane hearts

Corregido por Daliam

Katie

El detective agradable vino un jueves, veintiséis días después de mi rescate. Lo sabía porque seguía un recuento en el calendario, marcando cada día con una barra roja, deseando algún tipo de señal de que *él* quería localizarme y hablar conmigo.

Pero no obtuve ninguna.

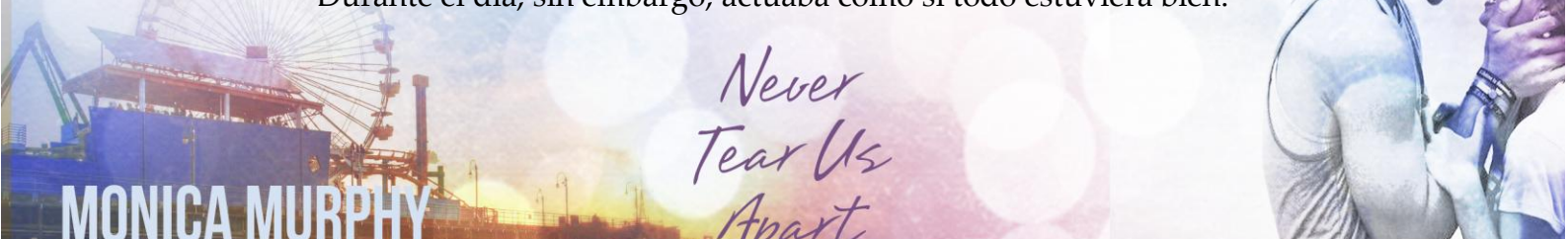
El detective Green apareció frente a nuestra casa por la tarde, antes de que Brenna volviera de donde se ofreció como voluntaria en la piscina comunitaria. Papá no quería que fuera una vez que yo regresé. Temía que algo le sucediera, y mamá finalmente tuvo que ponerse firme, explicándole que un rayo rara vez –o nunca– golpeaba dos veces en el mismo sitio.

Genial. Así que se referían a lo que me pasó como un "rayo". Cuan… extraño. No parecían saber cómo hablar de ello, qué decir al respecto. Yo tampoco.

Nadie sabía. No como una familia. Pretendimos que todo volvió a la normalidad. O tan normal como podríamos hacerlo parecer. Nadie se me acercaba. Brenna parecía andar en puntillas a mí alrededor, como si pudiera destrozarme; en cierto modo me encantaba. Ella nunca me trató tan bien antes.

Papá, por otra parte, se negaba a mirarme. No sabía por qué. No sabía lo que hice para que me odiara. Ya lloraba suficientes lágrimas por la noche, empapando mi almohada sin parar, lo cual era agotador.

Durante el día, sin embargo, actuaba como si todo estuviera bien.



Cuando abrió la puerta, mamá se tensó al ver al detective Green en nuestra puerta. Pensé que le atraía, porque era guapo. Pero también se me ocurrió que cualquier detective la ponía nerviosa, porque siempre temía recibir más malas noticias de su parte.

Las *buenas* noticias habían tocado hace una semana, con un Aaron William Monroe siendo aprehendido en Nevada. Las Vegas, para ser exactos, pasando el rato cerca del *Circus Circus Casino* y tratando de persuadir a una linda adolescente para ir con él. La incomodó y lo reportó con un guardia de seguridad. Se desató una persecución contra Monroe, quien trató huir de inmediato, pero el guardia lo agarró, tirándolo allí mismo en la franja en frente de un centenar de espectadores.

Una buena atrapada. Me era difícil creer que en realidad se encontrara en la cárcel. No es que me sintiera mejor sabiendo que estaba encerrado…

—Es bueno verla de nuevo, señora Watts. Pero vine a ver a Katie. —La cálida mirada del detective Green se posó sobre mí y le di la espalda, incómoda. Sabía que no pretendía lastimarme, pero no importaba. Todos los hombres me hacían sentir incómoda después de lo sucedido. Los moretones desaparecieron y las costillas se sentían mucho mejor, pero no podía *olvidar*.

Nunca lo olvidaría.

—Oh. ¿En serio? —Mamá retorció sus manos frente a ella mientras se adentraban a la sala de estar. Yo me hallaba en la entrada del pasillo, observándolos, inquiriendo si quería hablar con el detective o no—. ¿Qué pasa?

Ofreció a mamá una sonrisa tranquilizadora. —No se preocupe, señora Watts. Todo está bien. Sólo tengo algunas cosas que me gustaría hablar con Katie. En privado, por supuesto.

—Claro. —Mamá se giró hacia mí, la sonrisa forzada en su cara era casi dolorosa de ver. Odió que él dijera *en privado*, lo sabía. Amaba más que nada flotar a mí alrededor, asegurándose de que estuviera bien—. Katie, ven aquí y habla con el detective.

Fuimos al patio trasero, el calor del sol sobre nuestras espaldas; me pregunté cómo el detective Green no estallaba completamente en sudor aún, usando su traje de agente color azul oscuro. El aire veraniego era sofocante y deseé tener algo de beber.

—¿Cómo estás? —preguntó, su voz suave, su preocupación… auténtica.

Lo miré a los ojos por primera vez desde que llegó. —Estoy bien.

Levantó una ceja. —¿De verdad?

Me encogí de hombros. Era demasiado perspicaz. —Lo intento.







—Eso es todo lo que puedes hacer. —Metió la mano en su traje y sacó un sobre blanco de algún bolsillo oculto—. Tengo algo para ti.

Dejó el sobre encima de la mesa entre nosotros y lo miré como si fuera un animal venenoso a punto de atacar. —¿Qué hay adentro?

—Ábrelo y mira.

Lo tomé en mis manos y estudié la escritura desconocida. Mi nombre estaba en él, nada más. Levanté la mirada hacia el detective Green en cuestionamiento, pero no dijo nada, simplemente inclinó la cabeza hacia el sobre, esperando que lo abriera. Así que lo hice.

Lo rasgué con cuidado, sacando una hoja doblada de papel. Algo pesado envuelto en un pañuelo blanco se cayó y lo recogí, dándole una sacudida. Era pesado, y oí algo tintinear, pero no tenía ni idea de lo que pudiera ser.

La curiosidad me inundó, puse el objeto envuelto en el pañuelo sobre la mesa y desdoblé la carta, fruncí el ceño a la escritura, parecía rayada toda la superficie del papel, negra y rápida, casi agresiva.

Estimada Katie,

Seré franco y lo diré de una vez. Te extraño. Mucho. Y nunca he extrañado a alguien, confía en mí. No he tenido a nadie en mi vida a quien quiera extrañar, ¿sabes?

Hasta que te conocí…y te ayudé. Nadie entiende lo que pasamos juntos, y siento como que todo el mundo trata de mantenernos separados. Lo entiendo. Has pasado por mucho, mucho más que yo, y piensan que soy malo, así que sé que es por eso que no quieren que nos veamos.

Pero me gustaría poder verte. Asegurarme que estás bien, que te recuperas y que no estás enojada conmigo. Nunca quise hacerte daño. Espero que lo sepas. Sólo quería cuidarte y asegurarme de que estuvieras a salvo. Simplemente apesta que la persona de la que trataba de salvarte fuera mi padre.

No sé cómo sentirme sobre eso, cómo hablar de ello, así que simplemente no lo hago.

Estoy en una casa de acogida con un montón de otros chicos de mi edad mientras espero a que me coloquen en algún lugar. No me fío de nadie. Es horrible. Pero era peor vivir con mi padre, así que supongo que no puedo quejarme.

Hay una pequeña cosa con esta carta para ti. Quería encontrarte un regalo, para que me recuerdes. Espero que te guste. No es mucho, pero cuando lo vi supe que tenía que conseguirlo para ti.

Sería genial si pudieras escribirme, pero entiendo si no puedes. Sólo quiero que sepas que te extraño mucho y espero que estés bien.





Espero que siempre estés bien.

Will.

Me quedé mirando la carta, las lágrimas borrando mi visión, suprimiendo sus palabras, sus maravillosas palabras que quería leer de nuevo. Luego. Cuando estuviera sola y pudiera saborear exactamente lo que me dijo.

—Hay algo más para ti. —Me recordó el detective Green.

Volviendo a doblar la carta, la coloqué sobre la mesa y cogí el regalo envuelto en el pañuelo, deshaciendo con cuidado la cinta y quitando las capas de papel blanco. Una pulsera de plata se encontraba enrollada en el interior, la banda delgada y sólida, un pequeño dije colgando de ella.

La saqué y giré de un lado a otro, admirando el dije, mi corazón dolorido cuando vi lo que era.

Un ángel de la guarda sentada en el suelo, su cabeza inclinada sobre sus rodillas dobladas, sus alas gigantes plegadas sobre ella como si se protegiera de… todo.

Volteé el dije. Dos palabras estaban grabadas en la parte posterior.

Curación. Fuerza.

Sin pensarlo me puse el brazalete y agité el brazo, el dije moviéndose de ida y vuelta. —Si le escribo una carta, ¿se aseguraría de que la reciba? —le pregunté al detective, sin encontrar su mirada. ¿Y si se negaba? Me sentiría devastada.

Se quedó en silencio por un momento, la vacilación titilando en el aire. Cerré los ojos y contuve la respiración hasta que oí su respuesta.

—Sí.

Abriendo mis ojos, estudié al detective Green, vi que había un aliado sentado frente a mí, y el alivio me inundó, haciéndome débil. —Déjeme conseguir un pedazo de papel y una pluma.



41

Antes

Traducido por Vane hearts

Corregido por Laurita PI

Will

Rasgué el sobre de la carta, me temblaban las manos, me encontraba tan ansioso por leer lo que escribió. Me sentí decepcionado cuando vi que había una sola página. Era injusto tener tantas expectativas cuando la carta que le escribí también era apenas de una hoja.

Pero no pude evitarlo. Por alguna razón, cuando se trataba de Katie, quería más. Quería… todo de ella. No tenía ningún sentido, pero la conexión entre nosotros era tan fuerte que todavía la sentía. Atándome, un hilo invisible que nos unía sin importar lo lejos que nos encontráramos.

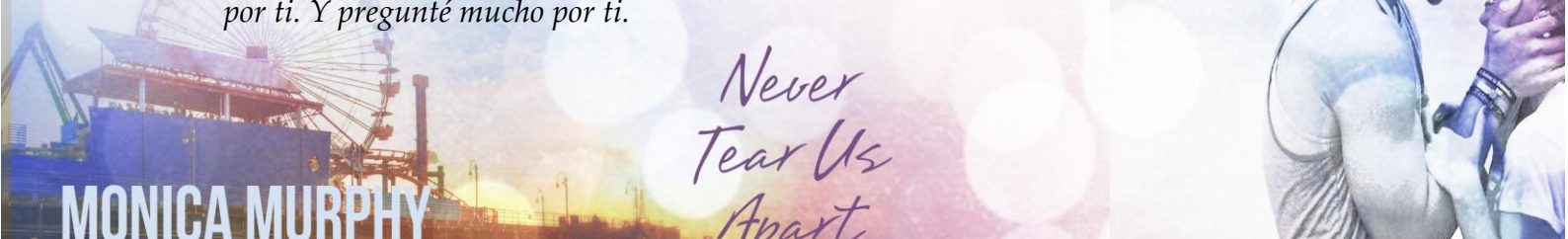
Completamente loco, pero innegable.

El detective Green dejó la carta en el hogar de acogida con una sonrisa y una disculpa no hacía ni quince minutos. No podía quedarse, dijo. Tenía un lugar en el que estar, un caso en el que tenía que trabajar. Supongo que ahora yo ya no era importante para él.

Una vez más, era injusto. Debería estar contento de que me trajera la carta de Katie. Se tomó el tiempo para ayudarme y lo apreciaba.

Estimado Will,

Muchas Gracias por escribirme. Significó mucho que lo hicieras. Fue una agradable sorpresa tener noticias tuyas. He pensado mucho en ti, preguntándome dónde estabas, cómo lo llevas, y me sentía preocupada. Nadie me dijo nada cuando pregunté por ti. Y pregunté mucho por ti.



Estoy bien. Haciendo lo mejor que puedo. Mi familia me trata raro. No he visto a ninguno de mis amigos, ni siquiera a mi mejor amiga… y no sé por qué. Es como si todos temieran verme, como si no me quisieran mirar a los ojos porque saben lo que me pasó y no quieren hacerle frente.

Así que me siento en casa y veo mucha televisión. Leo mucho. Paso tiempo con mi hermana, lo cual es genial porque siempre me ignoró antes. Mi mamá no me deja usar Internet y eso apesta. Ya estoy aburrida y desearía poder volver a la escuela, pero de nuevo, no quiero volver.

Estoy asustada. Asustada de todo. Asustada de lo que la gente podría decir, lo que podría pensar. Es por eso que se siente bien usar tu pulsera. Me hace sentir fuerte y necesito eso en este momento. Así que gracias, Will. El brazalete significa mucho para mí y realmente me encanta. Lo estoy usando en este momento y planeo usarlo para siempre. Así no te olvidaré.

No quiero olvidarte, Will. Nunca. Me gustaría poder darte un regalo, pero no tengo nada de dinero y quería enviarte esta carta de inmediato antes que el detective Green saliera de mi casa. Mi madre sospecharía, por lo que ésta es la mejor manera de comunicarme contigo.

Eso significa que podría no ser capaz de escribirte de nuevo. Espero que no. Espero que podamos seguir en contacto. Como has dicho, nadie entiende lo que pasó. Sólo nosotros. Eres la única persona en la que confío totalmente, que sabe lo que he pasado y no le importa. Todos los demás no saben cómo tratarme.

Pero tú lo haces. Eres mi amigo, Will. Desearía que estuvieras aquí ahora. Te daría un abrazo grande en agradecimiento.

En su lugar, voy a dibujarte algo pequeño. Esto es lo que me recuerda a ti.

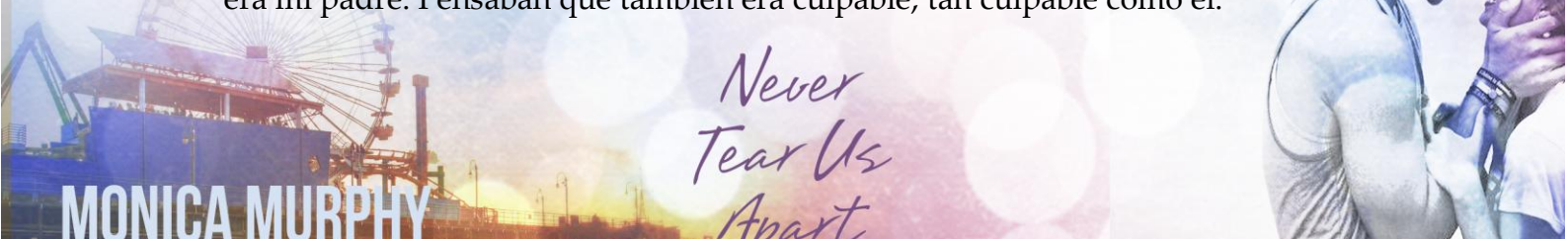
Con amor,

Katie

Mis dedos todavía temblaban mientras estudiaba su dibujo. Un par de alas de ángel; los detalles intrincados estaban allí a pesar del esbozo. Pude distinguir las plumas individuales, me impresionaron sus habilidades artísticas; levanté la mirada, vi la palabra *amor* antes de su nombre, y tuve una punzada inexplicable en las proximidades de mi corazón.

Froté mi pecho, mirando a la manada de idiotas caminando hacia mí, sentado afuera en frente de la casa. Vivían en el mismo hogar de acogida, chicos enfurecidos un poco mayores que yo y siempre buscando una pelea. Me negué a jugar sus juegos, fui discreto y no se metieron conmigo.

Bastante seguro de que la razón era porque sabían quién era yo, quién era mi padre. Pensaban que también era culpable, tan culpable como él.



Por una vez, en verdad no me importaba una mierda.





42

Ahora

Traducido por Sofía Belikov

Corregido por Miry GPE

Ethan

Doblo la carta y la deslizo de nuevo en el sobre maltratado. He sostenido este escrito un montón de veces a través de los años. Plegándola y desplegándola, leyendo las palabras que me escribió, la letra femenina y curvilínea que se ha desvanecido con el tiempo, el papel fino y desgastado ante mi agarre constante. Todavía me quedo mirando cómo escribió *Con amor, Katie*, al final, y las palabras *sólo nosotros*. Esas frases me golpean como un puñetazo en el estómago cada vez que las leo.

Y las he leído un montón.

Hay otras cartas que compartimos a través de los años, pero la primera significa mucho más para mí. Se sentía pura y emotiva, y sé que la primera que le escribí llevaba los mismos sentimientos. Al pasar el tiempo, me puse más cauteloso, hasta que finalmente tuve que dejarla ir completamente.

Todavía me arrepiento una infinidad por eso.

Meto la carta en el cajón superior del tocador, lo cierro en silencio y estiro los brazos por encima de mi cabeza, mis rodillas flexionándose. Cuando llegué a casa del cine me cambié la ropa mojada, dejándola en una pila en el suelo del baño. Tomé una ducha caliente, calentándome después de conducir por una hora bajo la lluvia, mi cabeza llena de pensamientos sobre Katie. El sabor de sus labios, sus brazos delgados envueltos alrededor de mi cuello mientras me sujetaba con fuerza, la sonrisa dulce que me ofreció antes de que cerrara la puerta de su auto y la viera alejarse.



Todos pensamientos que no debería tener. Pensamientos erróneos. Necesito detenerme. Necesito dejarla ir y que viva su vida.

Pero no puedo. Todavía no. Se sentía mía hace un tiempo y quiero que sea así de nuevo. La necesito en mi vida, aunque sé que es completamente egoísta de mi parte, especialmente debido a que no le he dicho la verdad. Todavía me sorprende que no me haya reconocido, pero ahora soy una persona totalmente distinta.

Apenas y me reconozco a mí mismo la mayoría del tiempo.

Miro fijamente el reflejo en el espejo que cuelga por encima de mi tocador, y me volteo de costado, levantando el brazo. Sólo visto un par de pantalones, mi pecho está desnudo, mis costillas cubiertas de tinta oscura y retorcida. El tatuaje no es demasiado grande, la imagen que llevé a la tienda y demandé que duplicaran en mi piel para siempre.

Son un par de alas de ángel, dibujadas con brusquedad, pero cada pluma con fino detalle, acompañada por dos simples palabras escritas por debajo de ellas.

Sólo nosotros.





43

Ahora

Traducido Jadasa

Corregido por Anna Karol

Katherine

—Pensé que debería ser la primera en mostrarte esto. No lo has mencionado, y mamá hizo averiguaciones la última vez que habló contigo, pero parecías no saberlo. —Brenna tiene sus manos sobre una revista abierta, doblada para mostrar la página que asumo que quiere que lea.

Agarro la revista. Estamos en mi casa. Llegó trayendo café con leche de vainilla y rollos de canela de una pequeña tienda que no se encuentra demasiado lejos de mi lugar y que es bien conocida entre los turistas. No vivo directamente cerca del océano, pero mi ciudad está en el camino y la gente con frecuencia se detiene en *Old Time Cinnamon Roll Shop*.

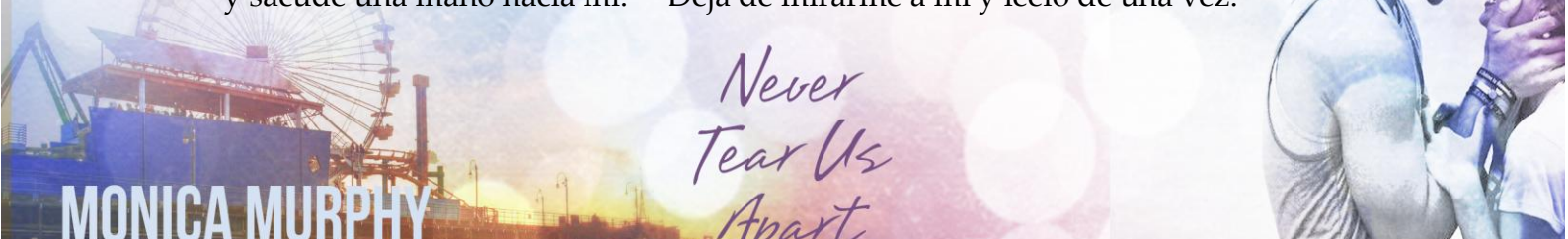
Estoy tan concentrada en los estúpidos rollos de canela, una indicación de que no quiero saber lo que Brenna está a punto de dejar caer sobre mí.

—¿Qué pasa? —pregunto con recelo. Casi no quiero mirar la revista. Quiere que lea un artículo, el cual estoy segura es sobre mi pasado trágico. Muy probablemente menciona la entrevista, teniendo en cuenta el montón de ediciones de entretenimiento que lo cubrieron, incluyendo *People*, quienes todavía contactan conmigo una vez por semana preguntándome si me gustaría contarle mi historia a uno de sus reporteros para una posible portada.

No, gracias.

—Sólo léelo. —Brenna mueve su mentón, su expresión compuesta.

Tomo la revista, mi mirada fija en Brenna cuando pone los ojos en blanco y sacude una mano hacia mí. —Deja de mirarme a mí y léelo de una vez.



Bajando la mirada, veo que es una revista de entretenimiento que he hojeado más de una vez en casa de mamá desde que se suscribió. La página tiene una variedad de artículos, y el título cerca de la parte inferior llama mi atención.

Película acerca de la víctima de secuestro Katherine Watts, en marcha

Me quedo boquiabierta cuando leo el artículo corto, pero conciso. —No pueden hacer esto —murmuro, mis ojos deslizándose sobre las palabras difusas. Una cadena de televisión es mencionada, el guion está siendo escrito. Gran parte de ella se basará en mi entrevista con Lisa Swanson.

Brenna asiente. —Parece que lo están haciendo. —Sé lo que piensa. Debemos enfrentar esto, aceptarlo y seguir adelante.

Pero tal vez yo no quiera seguir adelante. Quizás quiera luchar contra ello. Sólo hace poco recuperé mi vida… en cierto modo. No necesito revivir este corto período de tiempo una y otra vez.

—¿Cómo pueden hacer una película sobre mí sin mi permiso? —Levanto mi mirada hacia ella y niega con la cabeza.

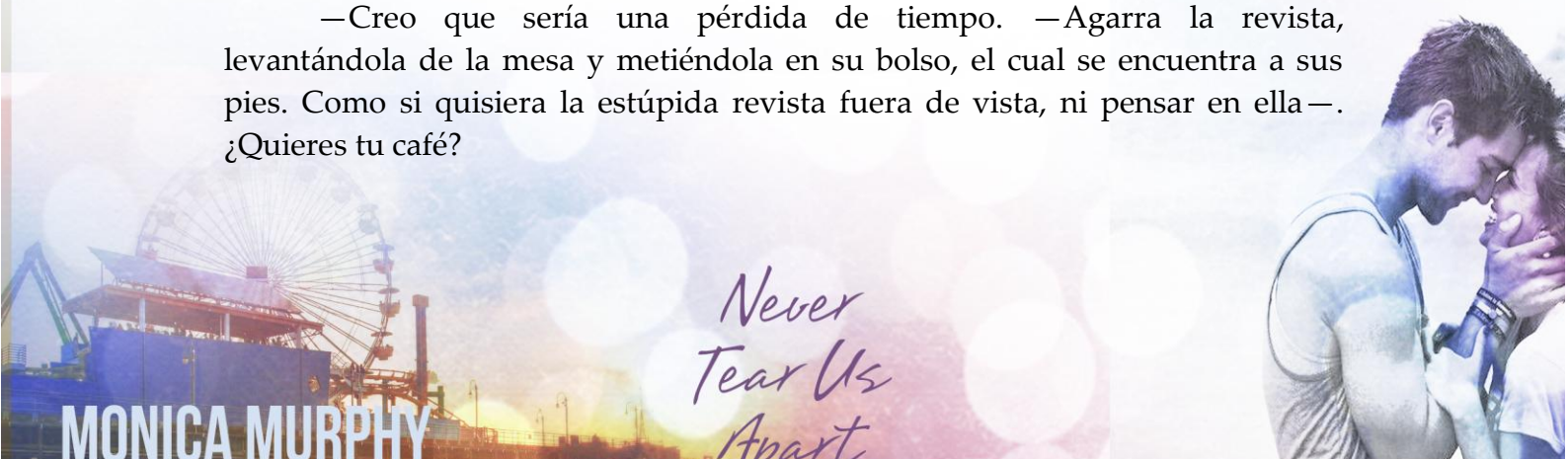
—Lo hacen todo el tiempo, K. En serio, piénsalo. ¿Cuántos locos docudramas hemos visto en *Lifetime*? Otras cadenas hicieron cortometrajes acerca de ti después del secuestro. Ya hemos lidiado con esto, ¿no? Además, todo tiene que ver con el dinero. Tu historia hará que cualquier publicidad haga dinero. La entrevista simplemente demostró eso.

No le contesto mientras termino el artículo, rememorando las otras películas biográficas hechas sin autorización sobre víctimas de secuestro --discúlpenme, *sobrevivientes*– a lo largo de los años. La mayoría nunca las he visto, sus historias son demasiado dolorosas, demasiado familiares. Tampoco alguna vez vi las que hicieron sobre mí. No podía soportar ver una recreación del secuestro.

—Me pregunto si debería tratar de detenerlos. Encontrar un abogado o algo así. Estoy segura de que alguien correría a defenderme. —Lanzo la revista sobre la mesita delante del sofá, ya deseando un momento a solas así puedo procesar este nuevo descubrimiento.

Pero Brenna acaba de llegar y no es justo descargar mi frustración e ira en ella. Es sólo la mensajera en esta situación.

—Creo que sería una pérdida de tiempo. —Agarra la revista, levantándola de la mesa y metiéndola en su bolso, el cual se encuentra a sus pies. Como si quisiera la estúpida revista fuera de vista, ni pensar en ella—. ¿Quieres tu café?



Asiento y me lo entrega. Tomo agradecida un sorbo, mi apetito desaparecido, y niego con la cabeza cuando me ofrece la bolsa de papel blanco con los rollos de canela que planeamos dividirnos.

—¿Segura? —pregunta con incredulidad, sabe lo mucho que me encantan.

—Ya no tengo hambre —digo, encogiéndome de hombros.

De nuevo pone los ojos en blanco y abre la bolsa, sacando el rollo de canela, su cálido y dulce aroma llega hasta mí e inmediatamente me arrepiento de mi decisión. —Mamá se moría por ser quien te contara acerca de la película, ya sabes. Tuve que ponerme firme e insistir en ser yo quien te lo dijera.

—¿Por qué quería ser la primera en contarme? ¿Así podría regañarme sobre lo grande y malo que es el mundo y cómo nunca debería de haber hecho esa entrevista? —Ya lo he oído, más de una vez. Mamá estuvo de acuerdo con mi decisión de hablar con Lisa Swanson pero sé que no le gustó. Hizo todo lo posible para apoyarme, pero después de todo, es una madre. *Mi* madre. Y quiere protegerme.

Además, había sido entrenada por mi padre a lo largo de los años para no hablar de lo que me pasó. Está tan condicionada, se estremece a sobremanera si oye el nombre de Aaron Monroe. ¿Y cuando escucha mi nombre y el suyo, junto con palabras como *"secuestrada"* y *"violada"*? Olvídalo. Casi no puede soportarlo.

—Probablemente. Se lo advertí. —Brenna toma un sorbo de su bebida—. Le dije que quería hacerlo yo porque también vengo con segundas intenciones.

Fruncí el ceño, el malestar deslizándose por mi columna vertebral. —¿Qué tienes en la manga?

—Oh, basta. Siempre tengo presente lo que es mejor para ti. —Sonríe y baja su vaso a la mesita, luego toma un rollo de canela—. Tengo una propuesta que hacerte —dice tras darle un mordisco.

—¿Qué es?

—Trabajo con este tipo. —Separo mis labios, lista para protestar, y me interrumpe—: ¡No, escúchame! Es muy dulce. Su nombre es Greg y es un terapeuta en la escuela de la región. Tranquilo, calmado y tan increíblemente paciente con los niños, ellos lo adoran. Y es lindo.

—Brenna...

—Detente. Creo que una cita sería apropiada, Katherine. Mereces una noche de diversión que implique cena y conversación, sin presiones. Le hablé de ti.

La miro boquiabierta. —Exactamente, ¿qué le dijiste?



—Nada sobre… eso, pero si quisiera saberlo, podría. Ya sabes que existe *Google*. No hay nada que podamos hacer para evitar que cualquier persona investigue tu pasado.

Me dejo caer en el sofá, reclino mi cabeza contra él, y miro hacia el techo. Me está golpeando con demasiada información. —Sé que tienes buenas intenciones, pero no necesito que me agendes citas.

—Si fuera soltera, iría con todo detrás de Greg. Es adorable. Tiene veintiséis años, se viste bien y me gusta su cabello. Tiene ojos amistosos. —Brenna está divagando, ni siquiera presta atención a lo que digo—. Mira, si estás nerviosa podríamos salir en una cita doble la primera vez. Eso probablemente te ayudará a sentirte más cómoda con Greg.

Se ve tan optimista y sé que tiene buenas intenciones. —Estoy segura de que es un tipo genial y aprecio que pensarás en mí, Bren, pero no me interesa. —Hago una pausa. *¿Debería contarle?*—. Yo, eh, de alguna manera... he conocido a alguien.

Es como si Brenna ni siquiera escuchara lo que dije. —Aunque estoy segura de que en su primera cita, mientras se están conociendo, no vas a querer una tercera rueda. Bueno, tercera y cuarta rueda, ya sabes a qué me refiero. —Deja de hablar, abriendo ampliamente los ojos—. Espera un minuto, ¿qué dijiste?

—Conocí a alguien —admito otra vez, mi voz tranquila, mis pensamientos descontrolados. Mi corazón late con fuerza contra mi pecho al sólo pensar en Ethan y, de repente, siento como si pudiera estallar—. Su nombre es Ethan y es... me gusta.

Me mira como si me hubieran crecido tres cabezas. —¿En dónde diablos conociste a un *chico*? —prácticamente grita.

—Um, ¿el día que me llamaste? ¿Cuándo tú y mamá me seguían? —Por lo menos mi hermana tiene la decencia de verse avergonzada—. Lo conocí allí. En el parque.

—¿En el parque de diversiones? —chilla Brenna.

—Bueno, sí. —Agarro un hilo suelto del sofá. No voy a contarle las circunstancias que rodearon nuestro encuentro. Puede que se asuste, o peor aún, comentarle a mamá acerca del casi robo del bolso, y eso es lo último que quiero que suceda—. Empezamos a hablar y lo siguiente que supe fue que estábamos en una cafetería, y fue… fue agradable. Es fácil hablarle.

Brenna se ve aturdida. —Dame más detalles. ¿Dónde vive? ¿Qué hace? ¿Cuántos años tiene?

Le doy un breve resumen, contándole que fuimos a cenar, al cine. Dejando de lado la parte en la que hui de él. Eso fue hace unos días. Nos hemos



enviado mensajes de texto de vez en cuando, nada importante, pero está terminando un proyecto de sitio web y me señaló que estaría ocupado.

Es curioso cómo casi no lo conozco; sin embargo, aun así lo extraño.

—Quiero conocerlo —dice vehementemente en cuanto dejo de hablar.

—Todavía no. —Niego con la cabeza—. Lo espantarías.

—¡No lo haré! —Parece indignada mientras arranca un trozo del rollo de canela y lo mete en su boca.

—Lo harás —digo calmadamente—. Tanto mamá como tú se le irán encima con una lista interminable de preguntas y lo asustarán. Sólo nos hemos visto un par de veces. Ni siquiera sé si me gusta... de esa manera. —Miento. Estoy bastante segura de que me gusta de *esa* manera, pero no quiero arruinar las cosas antes de que realmente comiencen—. Vamos a esperar un tiempo antes de traerlo para que lo conozcan, ¿de acuerdo?

—Entonces vas a verlo de nuevo. —Suena escéptica. Protectora. Y me encanta eso, en verdad. Pero también necesito libertad. La oportunidad de averiguar lo que hago y si realmente lo quiero, lo quiero a *él*.

—Eso espero. —Dios, de verdad lo hago. Anoche lo soñé. Nos besábamos en un cuarto oscuro sin nadie más a nuestro alrededor, sin la película reproduciéndose, sólo la quietud haciéndome muy consciente de él. De mí. De nosotros.

Juntos.

En mi sueño, no tenía dudas. En su lugar me encontraba totalmente ocupada, disfrutando, anhelando más. Suspirando, gimiendo y susurrando su nombre, oyendo los sonidos de nuestras bocas conectadas, con ruidos de ropa crujiendo mientras nuestras manos se movían y mecían, mis dedos enredados en su cabello, sus dedos curvados alrededor de mi cintura...

Desperté lentamente, mi cuerpo caliente, mis huesos lánguidos. Deseaba más de eso. Más besos, más caricias, más de Ethan. Quería ir un paso más allá.

Sin embargo, ¿también querría él?

Todavía me siento inquieta por ese sueño, por los sentimientos turbulentos que provoca en mi interior. Sé que es por eso que lo mencioné. La necesidad de hablar de él, de decir su nombre en voz alta, demostrarle a otra persona que sí, existe, que no es un producto de mi imaginación, era tan increíblemente fuerte, hasta el punto de casi abrumándome.

—Entonces, cuéntame. ¿Es lindo? —Brenna sonríe, haciéndome recordar a la vieja Brenna, la adolescente que sólo se preocupaba por chicos atractivos y si podía atrapar su atención. Cómo terminó con la porquería con la que está



viviendo ahora; no estoy muy segura, pero afirma que Mike la hace feliz. Que es seguro y estable, que no la deja sentirse perdida o sola.

Siento como que se dio por vencida. Veinticuatro años de edad y está asentada. Eso es horrible.

—Sí. —Avergonzada, comienzo a reír y lo mismo le ocurre a ella—. Mucho.

Quiere seguridad, no emoción. Lo entiendo. En verdad.

Pero estoy comenzando a pensar que tal vez la seguridad y la emoción pueden ir de la mano.

Por lo menos, lo parece con Ethan.

—¿Sabe… quién eres en realidad? ¿Qué te pasó? —pregunta, luego mueve la cabeza—. Por supuesto que sí. Has estado en todas partes últimamente. De seguro lo descubrió.

—Yo... no sé si lo sabe. Le dije que pasé por una traumática experiencia, pero no le di ningún detalle. —Ni siquiera nos hemos dicho nuestros apellidos, pero de ninguna manera voy a decirle eso a Brenna. Me va a regañar, no es que pueda excusarme.

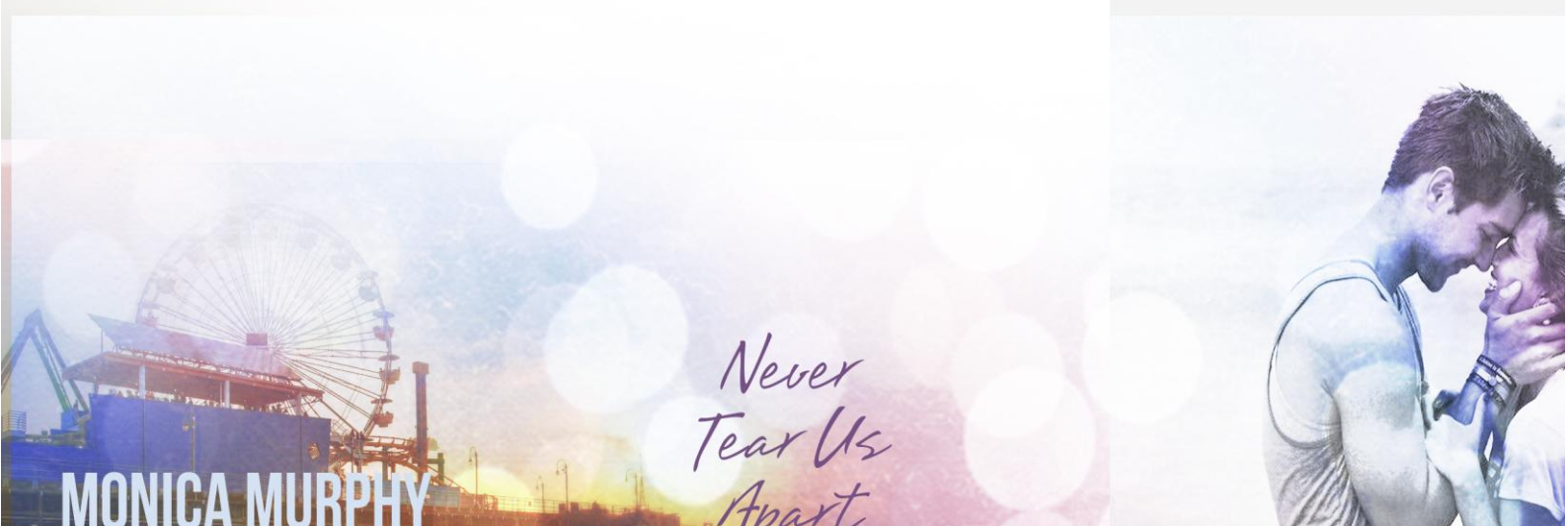
Me regañé a mí misma. Y tal vez eso es parte de la emoción. Esa cualidad desconocida, que hay tantas cosas que no sé de Ethan. Es misterioso. Un rompecabezas que quiero descifrar.

—Algo a tener en cuenta, si lo sigues viendo y se vuelve serio —dice Brenna, un suave recordatorio de que no puedo olvidar mi pasado y tampoco nadie más puede hacerlo.

Lo odio. Mi pasado me sigue, se me pega como un grillete y cadenas. Al igual que la propia cadena que Aaron Monroe tuvo envuelta alrededor de mi tobillo así podía mantenerme asegurada a la pared como una especie de animal.

Ese es mi pasado. Unido a mí con tanta fuerza que nunca, jamás puedo dejarlo ir.

No importa lo mucho que quiera hacerlo.



44

Ahora

Traducido por Snow Q

Corregido por Anna Karol

Ethan

Quiero hacerte la cena esta noche.

Pero sólo pensarlo me pone nerviosa.

¿Y si lo arruino?

¿Y si no te gusta mi forma de cocinar?

¿Mi casa?

¿Yo?

(Olvida que dije esa última línea)

¿Y si te marchas de mi casa hambriento?

¿Y si nunca quieres volver a verme sólo porque no puedo hervir agua y preparar una comida decente?

Estas son las cosas que atraviesan mi mente un sábado en la mañana cuando me despierto demasiado temprano y no puedo dormir.

Cuando contemplo invitarte y pongo en duda todas mis decisiones.

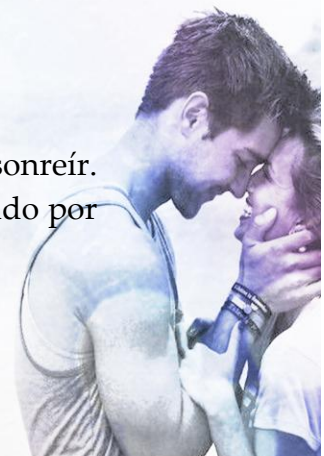
Y ahora no puedo retractarme de lo que pienso porque ya lo envié.

No importa lo mucho que quiero hacerlo.

Espero que digas que sí (:

Me desperté ante una lista de mensajes de Katie que me hizo sonreír. Entonces me di cuenta de que se despierta a una hora inhumana un sábado por





la mañana. Apenas son las ocho en punto y estoy enojado conmigo mismo por no haber dormido más tiempo, pero lo que está hecho, está hecho. Estoy despierto.

Y Katie quiere que vaya esta noche. No puedo creerlo.

Una vez que termino mis tareas matutinas y tomó un par de tragos de mi café, le respondo de forma breve y sencilla.

Me encantaría ir a cenar. Dime qué llevo.

Me responde casi de inmediato.

Sólo a ti. Eso es suficiente.

Sonrío. Puedo hacer eso.

¿A qué hora? Y hazme saber si de verdad quieres que lleve algo.

No responde y me pregunto qué está haciendo en este preciso momento. He estado ocupado toda la semana y no he hablado mucho con ella. Espero que no crea que se deba al incidente del cine, aunque sí estuve dándole un poco de espacio. Parecía necesitarlo.

Lo que en este momento me tiene alucinado es el hecho de que no haya mencionado quién es en realidad. No hemos intercambiado apellidos. No hemos compartido detalles íntimos, no que estuviera esperándolo, teniendo en cuenta que hemos salido menos que un par de veces. No debería sorprenderme que no quiera comenzar con la clase de información que sacudiría el mundo de cualquier hombre normal.

Mi nombre es Katherine Watts y sobreviví a un horrible secuestro y violación por tres días. Hasta que finalmente me rescataron y ahora mi captor se encuentra en presión por el resto de su vida.

Sí. Una completa bomba.

Mi teléfono vibra y lo reviso.

Ven alrededor de las seis.

Le respondo de inmediato, sin molestarme en jugar a hacerla esperar. A la mierda con eso. Cuando se trata de esta chica, no quiero jugar a nada. Sólo quiero…

A ella.

Estaré ahí.

Me da las indicaciones y finjo que nunca he estado ahí, asegurándole que puedo encontrarlo con el GPS de mi teléfono sin problemas. Parece emocionada, nerviosa, incluso por medio de los mensajes y me pregunto si puede sentir la misma emoción y nerviosismo de mi parte.





Llego a su casa diez minutos para las seis, sintiéndome como un idiota por presentarme temprano, pero agradecido de no llegar tarde. Me estaciono justo al frente, cerrando de forma silenciosa la puerta del lado del conductor, no quiero alertar a su vecina. La señora mayor y entrometida que me interrogó hace un par de semanas cuando me quedé en la calle de Katie como un jodido acosador.

Aún no estoy orgulloso de ese momento, aunque no puedo retractarme. No me arrepiento exactamente, pero vamos. Fui demasiado lejos.

Pero la encontraste, ¿no? Y esa siempre fue tu meta.

Ignoro la voz en mi cabeza y comienzo a caminar por la acera que conduce a su puerta, con una botella de vino en la mano, un ramo de pétalos otoñales en la otra. Subo los tres escalones del pórtico y toco con el borde de la botella de vino.

En un instante aparece, su silueta delgada llena la entrada, una mirada ansiosa en el rostro. Tiene el cabello suelto, cae en suaves olas doradas sobre sus hombros, sus labios brillan ligeramente y sus mejillas lucen rosadas. Está vestida de negro, un suéter ligero y ancho, y vaqueros apretados que hacen que sus piernas se vean largas.

Infinitas.

—Hola. —Su mirada cae a mis manos llenas—. Te dije que no tenías que traer nada.

—Quería hacerlo. —Le entrego las flores—. Para ti.

Las toma, sus ojos bailan cuando se encuentran con los míos, todo su rostro…brilla. La he complacido con las flores. Hacerla tan feliz con un gesto tan simple me recuerda que tengo que seguir haciéndolo para poder ver esa sonrisa en su cara. —Gracias —murmura mientras inclina la cabeza y las inhala. Cierra los ojos por un instante, abre los labios, y nunca la he visto lucir más hermosa.

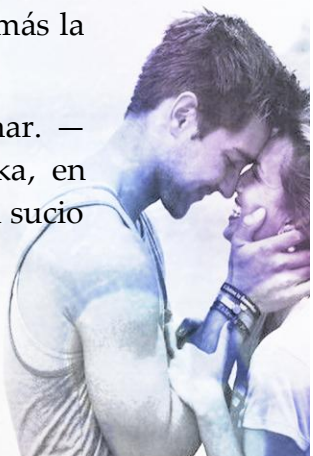
Aunque quiero hacerlo. Verla incluso más hermosa que en este simple momento. Como cuando la tenga desnuda debajo de mí…o justo después de hacerla correrse. ¿Me dejará hacerlo? ¿Puedo llevarlo tan lejos entre nosotros o levantará sus paredes?

Es algo que estoy determinado a descubrir.

—Pasa —dice cuando retrocede, haciéndose a un lado y abriendo más la puerta para que pueda entrar—. También trajiste vino.

—Espero que funcione con lo que sea que estés haciendo para cenar. —No conozco de vinos. No soy un chico de vino. Tomo cerveza. Vodka, en ocasiones. Generalmente, evito el alcohol. Me hace recordar a mi padre, al sucio





y maldito borracho. Comenzó a beber, después a consumir drogas, a llevar varias mujeres a su habitación, a arrastrarme a su habitación…

Sí. Lo echo con firmeza de mi mente esta noche.

Katie me mira como si no tuviera idea de lo que estoy diciendo y comienza a reír, un sonido suave, casi musical. —No soy experta en vinos —dice cerrando la puerta y poniéndole el seguro. Atrapándonos juntos adentro.

No hay ningún lugar en el que prefiera estar.

—Yo tampoco —admito con una sonrisa.

Su carcajada muere cuando abiertamente me examina. —Te ves bien.

—Gracias —digo tranquilo, permitiendo que mi mirada se desplace sobre ella en respuesta—. Tú también.

No responde, sólo esboza una dulce sonrisa cuando aparta la mirada. A pesar de la vacilación y la timidez típica que envuelve a Katie, parece diferente de la última vez que la vi. Más confiada de alguna forma, también despreocupada. Ninguna oscuridad la rodea esta noche; es como si hubiera perdido el nerviosismo. Como si ese momento de pánico en el cine nunca hubiese sucedido.

—Entonces espero que tu vino vaya bien con pollo, ya que eso fue lo que preparé —dice, en lo que camina por la casa en dirección a la cocina.

—Estoy seguro de que funcionará. A propósito escogí algo sencillo. —Trato de asimilar su lugar, ver si puedo atrapar un suspiro de Katie escondido entre todos los pequeños detalles que se encuentran en las estanterías de libros y la mesa de noche, en el color de su sofá, los patrones de la alfombra, las paredes, las fotos y el arte en las paredes. Pero me encuentro muy entretenido con el vaivén de sus caderas, con su esencia, ligera y fresca, que permanece justo debajo de los aromas más pesados del pollo.

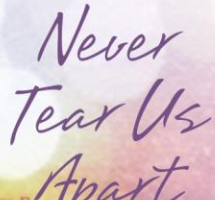
Podría inhalarla para siempre.

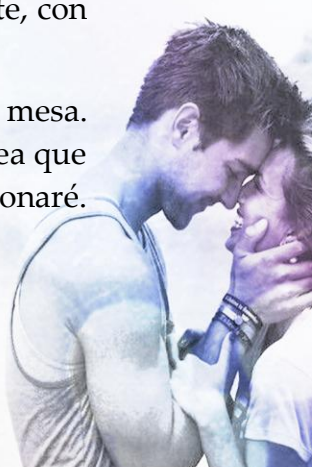
—Hice pollo *Marsala* —anuncia y camina hacia el pequeño mesón en el centro de la cocina, dejando el ramo de flores encima—. Con ensalada y pan de ajo.

Nunca he comido pollo *Marsala* en mi vida. Crecí a base de sopa de fideos y comida rápida. Mi padre nunca fue un gran creyente en comer saludable y seguro como la mierda no comíamos nada que sonara elegante, con palabras como *Marsala* en el nombre.

—Suena genial —digo, me detengo en el otro extremo de la mesa. Todavía necesita esa barrera entre nosotros y estoy bien con eso. Lo que sea que la haga sentirse a gusto. Me encuentro en su espacio, así que no la presionaré.







Lleva el mando esta noche. Le he entregado el poder y probablemente no se ha dado cuenta—. Huele incluso mejor.

—Espero que *sepa* bien. Es la primera vez que pruebo esta receta. —Se sonroja y baja la mirada hacia las flores, frotando un aterciopelado pétalo de color vino tinto con la punta de sus dedos—. Debería ponerlas en un florero. —Girándose, abre un gabinete y luego retrocede para poder mirar la repisa de la cima. Levanto la mirada para ver el solitario florero en la repisa, y sé que no hay forma de que pueda alcanzarlo.

—Déjame ayudarte —digo mientras protesta que puede alcanzarlo, cuando ambos sabemos que no puede. Me detengo detrás de ella, tan cerca que mi parte delantera se presiona contra su espalda a medida que la rodeo, agarro el florero y se lo entrego. No quiero alejarme, mi brazo todavía está curvado delante de ella, y toma el jarrón, nuestros dedos se rozan, electricidad chispea cuando nos tocamos.

—Gracias —dice sin aliento. Permanece en el mismo lugar, casi como temiera moverse; y ahora voy a por ella, acariciando los mechones de cabello cercanos a su mejilla derecha con mi dedo índice antes de colocarlos lentamente detrás de su oreja, mi dedo traza la curva con ligereza, rozando los aretes de perlas que lleva antes de alejar la mano.

—Te ves hermosa esta noche, Katie —le digo en voz baja, mis pensamientos son un completo caos. Estoy nervioso. He estado aquí por menos de cinco minutos y todo en lo que puedo pensar es exactamente qué tan lejos me dejará llegar esta noche.

Porque quiero tocarla. Besarla.

Desesperadamente.



45

Antes

Traducido por Dannygonzal

Corregido por Miry GPE

Katie

—De acuerdo. —Will se detuvo frente a un edificio bajo y soso que parecía haber sido construido en los sesentas o setentas. Era feo, con un techo mezquino y plano, las paredes construidas de ladrillo pintadas de un verde descolorido. Me recordó cómo debería verse una prisión—. Estamos aquí.

Mis pensamientos no se encontraban demasiado lejos. —¿Esta es la estación de policía? —Froté mis ojos ásperos y punzantes como si fuera una niña pequeña.

Me sentía cansada. Mi cerebro no estaba encendido y no podía entender… nada. Sólo quería algo de beber. Encontrar algún lugar en donde acostarme y así poder cerrar los ojos, al menos un ratito. Quería a mamá y papá. Quería ir a casa.

—Sí. Así que ve. —Empujó mi hombro, un poco rudamente, y me alejé de él, girando para poder enfrentarlo—. ¿Qué esperas? Vete de aquí.

—¿Qué quieres decir con "vete de aquí"? ¿No entrarás conmigo? —pregunté con incredulidad.

Sacudió la cabeza, todo ese cabello negro azabache cayendo sobre sus ojos, su boca estrechándose un una línea firme. Aun podía ver el aro de su labio, su lengua saliendo para probarlo, y esperé sin aliento por su respuesta. Tomó demasiado tiempo y cuando las palabras finalmente salieron, titubeando y un poco temblorosas, cerré los ojos, sabiendo que diría algo que no quería oír.





—Yo… no puedo, Katie. —Abrí los ojos para verlo mirándome fijamente, su expresión con dolor, sus ojos oscuros. Sin fondo, en realidad—. Entro contigo y toda mi vida cambiará.

—¿Y eso es malo? —No podía entender por qué no quería que su vida cambiara. ¿Cuán bueno podía ser, tener a ese… ese hombre horrible y asqueroso como padre? ¿Le hizo cosas a Will? ¿Abusó de él y lo obligó a hacer…?

—No lo sé… me asusta demasiado. —La voz de Will era severa—. Preferiría evitar a mi papá y no tener que lidiar con todo, ¿sabes?

—No. No lo sé. —Estaba enfadada. Molesta porque no entraría a la estación de policía conmigo. Molesta porque me empujó como si yo no importara. No lo entendía. Era una contradicción, un chico confundido, aterrorizado y solitario que suponía que era mejor estar con un monstruo como padre que intentar y conseguir ayuda—. Tienes que entrar conmigo.

Se apresuró hacia mí, agarrando mis hombros y dándome una ligera sacudida. Su toque no dolía, y su rostro sobre el mío no me asustaba porque podía ver el miedo en sus ojos, lo sentía en sus manos temblorosas mientras me sostenía. —Tu vida es perfecta, ¿te das cuenta de eso? Tienes una mamá y un papá. Una hermana, una familia que te ama, probablemente un montón de amigos que piensan que eres agradable y profesores que se preocupan por ti. No sabes lo que es tener hambre porque tu papá se gastó todo el dinero que tenía en tragos y drogas. No entiendes que los niños hacen bromas sobre ti cuando tu ropa no te queda y tus zapatos tienen huecos. No tienes idea de lo que es que tu papá te arrastre a su habitación y te obligue a ver cuando él…

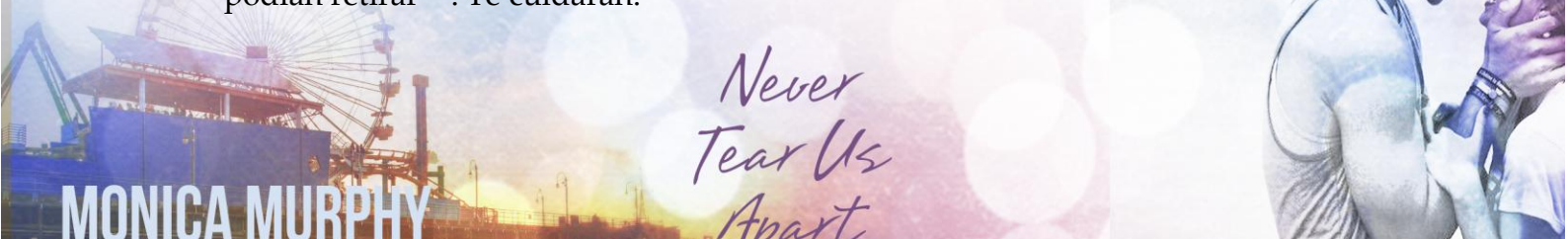
Sus palabras se detuvieron por completo, su respiración era irregular. Lo miro, el horror llenándome ante las últimas palabras que acababa de decir. Ante *todo* lo que acababa de decir. Mi vida cambió. Eso lo sabía sin duda. Pero tenía razón. No tenía idea de lo que era ser él.

Lidié con su padre durante sólo un puñado de días. Will trató con él durante toda la vida.

—Las cosas mejorarán —le dije mientras levantaba la mano para tocar su antebrazo. Se encogió, sus dedos perdiendo su agarre en mis hombros, y finalmente sus manos se alejaron de mí. Me sentí extrañamente fría sin su toque—. Has sufrido durante mucho tiempo. Ellos te ayudarán.

—No lo harán —dijo con amargura—. Probablemente pensarán que tuve algo que ver con esto.

—Eres sólo un niño —señalé. Un niño como yo, pero realmente *no* lo era. Su vida no era nada como la mía. Él vio e hizo demasiado, cosas que no se podían retirar—. Te cuidarán.



—Seré lanzado a un hogar de acogida y se olvidarán de mí. O me acusarán de violarte y me llevarán a la cárcel.

Era mi turno de apresurarme hacia él. Agarré sus manos, sosteniéndolas en las mías, mirándolo a los ojos. —No los dejaré. Les diré la verdad. Me creerán. Sólo por favor, Will. Entra conmigo.

Me miró fijamente, duda escrita por toda su cara. Lo tenía. Sabía que sí y tiré de sus manos, volteándonos así iríamos caminando juntos hacia la puerta principal de la estación. Lo dirigí a las portillas dobles de vidrio, sabiendo que los hombres y mujeres que me ayudarían a encontrar a mis padres se hallaban allí, y apuré mis pasos.

Will se liberó, su expresión llena de remordimiento mientras sacudía la cabeza. —No puedo, Katie. Es que… no puedo. Lo siento.

—¡Oigan!

Giré para ver a un oficial uniformado de pie frente a las puertas, sosteniendo una abierta. Me frunció el ceño mientras comenzaba a caminar en mi dirección. Miré por encima de mi hombro y vi la forma en que Will se congeló en su lugar, como si quisiera salir corriendo pero no pudiera.

El oficial trotó hacia él, inhalando y jadeando al acercarse, su mirada dura en tanto me miraba. —¿Eres la chica Watts?

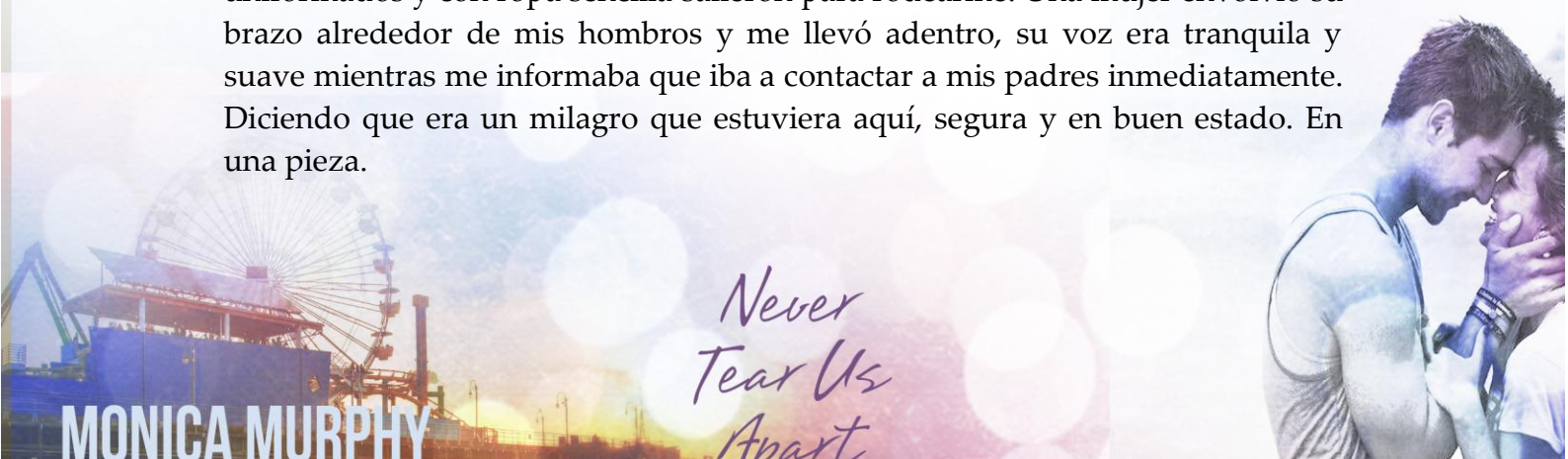
—Sí. —El alivio me llenó y asentí, lágrimas picando en las esquinas de mis ojos—. Lo soy. Por favor, por favor ayúdeme.

—¿Quién es él? —El oficial movió su barbilla hacia Will, y él corrió. Simplemente salió disparado sin mirar atrás y el oficial lo siguió, diciéndole que parara o dispararía.

El pánico creció dentro de mí. —¡No le dispare! —grité, todo mi cuerpo temblando con violencia—. ¡Por favor! ¡Él me trajo! ¡Me salvó! ¡Will, deja de correr!

Will era joven y rápido. Fácilmente podía dejar atrás al policía más viejo y gordo, pero disminuyó su ritmo. Llegando a parar completamente. Giró con sus manos arriba, su camiseta levantándose con el movimiento y ofreciendo un vistazo de su estómago plano y pálido.

No recordaba mucho después de eso. Una multitud de oficiales uniformados y con ropa sencilla salieron para rodearme. Una mujer envolvió su brazo alrededor de mis hombros y me llevó adentro, su voz era tranquila y suave mientras me informaba que iba a contactar a mis padres inmediatamente. Diciendo que era un milagro que estuviera aquí, segura y en buen estado. En una pieza.



No podía decirle que en realidad me encontraba astillada en *muchas* piezas y que dudaba que alguna vez pudiera juntarme de nuevo.

Mirando sobre mi hombro, localicé a Will. Vi la forma en que el oficial lo agarró del brazo y lo escoltó detrás de nosotras. Vi la expresión sombría en su rostro, lo crecido que se veía, con ese cuerpo alto y sus largos brazos y piernas. Aun así, su expresión era vulnerable, con miedo, y mi corazón se agrietó cuando nuestras miradas se encontraron.

—¡Lo siento, Katie! —gritó por encima del alboroto, su voz suplicante. Rota—. Rompí mi promesa.

No pude responderle. La mujer policía no me dejó, tirando de mis hombros mientras entrábamos al frío y silencioso santuario de la estación de policía. Ella dio la vuelta, haciéndonos bajar por un pasillo oscuro, su brazo aun rodeando mis hombros a la vez que mencionaba a mis padres…mi familia, la necesidad de ir al hospital para que me examinaran. Las palabras se nublaron, como lo hizo todo lo demás, estaba tan abrumada, tan cansada, temblorosa, hambrienta y sedienta, que no podía concentrarme en nada de ello.

Todo en lo que podía pensar era en Will. ¿Estaría bien? ¿Esta sería la última vez que hablaría con él? ¿Pensaba que lo odiaba?

Esa era la última cosa que sentía por él.

Justamente la última.





46

Ahora

Traducido por evanescita

Corregido por Mawii

Katherine

Estoy tan nerviosa que prácticamente tiemblo. Cenamos, y realmente le gustó el pollo *Marsala*. Era un platillo que nunca había hecho en mi vida, pero recordé cuánto le gustaba a papá cuando mamá lo preparaba. Eso fue hace mucho tiempo, y querer recordarlo me reconforto. Me ayudó a crear un nuevo recuerdo.

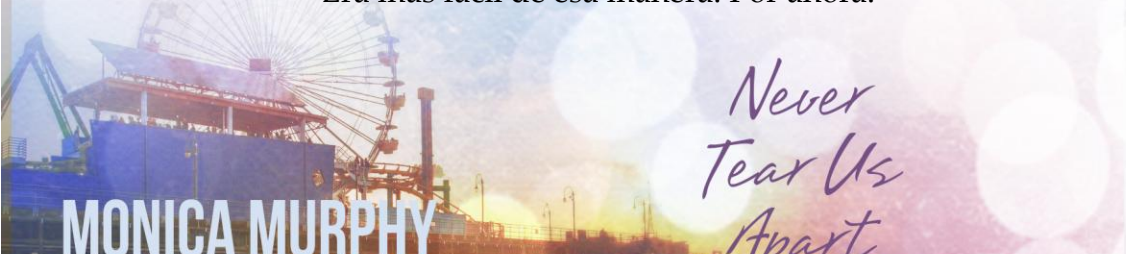
Funcionó.

Durante la cena, no habló de nada personal y yo tampoco. Conversamos sobre el clima, los acontecimientos actuales y de la cultura pop, ese tipo de cosas, lo que me emocionó, porque estoy bastante segura de ser la portavoz de la cultura pop, al igual que hace tan sólo unas semanas. Mencioné que crecí en el área de la bahía y me dijo que creció en la misma ciudad donde se encontraba el parque de atracciones. Le dije que fui educada en casa y que mis padres eran sobreprotectores, una completa subestimación.

No dijo mucho acerca de su familia. Hizo vagas menciones de su papá, dijo que su madre se fue cuando era pequeño y que no tiene ningún recuerdo de ella. Cambiaba de tema cada vez que trataba de hacerle una pregunta personal, me hizo cuestionarme si trataba de ocultar algo.

Los fragmentos de su pasado eran pocos y distantes entre sí. Quería saber más, pero teniendo en cuenta que no estaba lista para compartir voluntariamente todo, mantuve la boca cerrada.

Era más fácil de esa manera. Por ahora.





Una vez que terminamos de cenar, Ethan me ayudó a lavar los platos, reímos y bromeamos todo el tiempo, fue muy divertido, dulce y tan increíblemente normal, que lo disfrute mucho. Lo he gozado toda la noche, sobre todo debido a la normalidad. No me he sentido tan bien, tan completamente cómoda en mi piel, desde que tenía doce.

¿Cuán triste es eso?

Pero ya no me siento cómoda. Aunque mi malestar no es necesariamente algo malo. Ethan está en el sofá, con el brazo apoyado sobre la parte posterior del mismo y sus piernas abiertas de esa manera en que los hombres se sientan. No estoy acostumbrada a la cantidad de espacio que ocupa, cómo parece comerse el ambiente cuando estamos en la misma habitación. Es abrumador y estimulante, camino hasta detenerme delante del sofá, con dos botellas de agua fría estrujadas en mis manos.

—¿Deberíamos ver algo en *Netflix*? —pregunto mientras rodeo la mesa de café y me siento en el sofá, colocando las botellas en la mesa.

—¿Tú quieres? —pregunta. Su rodilla empuja contra mi muslo y me pregunto si la movió a propósito. Si es capaz de sentir el crujido de electricidad y fuego entre nosotros, incluso cuando nuestros cuerpos apenas se rozan entre sí.

Somos prácticamente combustible.

—Supongo —respondo y me encojo de hombros.

Ambos nos quedamos en silencio por un momento, entonces lo miro por encima de mi hombro y veo que me está observando, baja la mirada, pareciendo persistir en mi trasero cuando me siento en el borde del sofá, antes de levantar su cabeza para encontrarme una vez más. —No estoy de humor para ver una película esta noche —dice. Me estudia casi con avidez, su mirada errante pasa por mi cara, y mi corazón se agita por tal atisbo en sus ojos.

—Está bien. —Me aparto y miro hacia adelante (una vez más), tragando saliva. Casi temerosa de verlo de nuevo. Estoy siendo ridícula. Lo sé. Pero no tengo idea de cómo comportarme, qué hacer. Mi mente se acelera y espero que no piense que estoy desesperada—. ¿Qué tienes en mente?

Su mano cae del sofá y se posa en mi espalda baja, lentamente la mueve hacia arriba, con sus dedos extendidos como si tocara todo mí ser a la vez. Mis párpados vacilan y me esfuerzo por mantenerlos abiertos, saboreando su toque. Inclino mi cuello hacia delante y suelto una ráfaga de aire cuando sus dedos se deslizan por debajo de mí pelo y hacen círculos alrededor de mi nuca, sosteniéndome suavemente allí.

—No quiero asustarte —murmura, con su voz profunda y retumbante que parece vibrar muy dentro de mí.



—No lo haces —le susurro, aspirando una bocanada de aire cuando las vetas de su pulgar pasan por un costado de mi cuello.

—He querido hacer esto toda la noche —continúa con ese tono bajo e hipnótico que me adormece. Me seduce. Mis miembros se sienten pesados, al igual que mi cabeza. Mi sangre esta lánguida, circulando sensualmente a través de mis venas. Su pulgar barre hacia atrás y adelante, tan ligeramente que casi no lo siento, haciendo que la piel de gallina aumente.

No le contesto, no quiero voltearme por temor a que deje de tocarme. Estoy sentada al borde del sofá, mi cuerpo entero se ablanda con su toque, y cuando corre sus dedos por mi pelo casi quiero ronronear de placer.

Nunca nadie me ha tocado así.

—Ven aquí —susurra y finalmente me vuelvo a mirarlo, sus dedos sujetan mi cuello, tirando de mí más cerca. Puedo ir voluntariamente, no tiene que obligarme a hacer nada, y lo siguiente que sé es que estoy totalmente rodeada por sus brazos mientras me hace partícipe de su calidez. Con su mano todavía alrededor de mi cuello, su otra mano apoyada en mi espalda, nuestras bocas están perfectamente alineadas.

Pero no me besa, no todavía. Es como si quisiera torturarme. Como si supiera exactamente lo que me hace, y me duele. Me duele tanto que doblo mis dedos en un puño, mis uñas corroen las palmas de mis manos. Sus labios se ciernen sobre los míos y puedo oler su cálido aliento con sabor al vino que consumió antes. El mismo vino que hace que mi cabeza zumbe en lo más mínimo ahora. Lame sus labios como si anticipara mi sabor; algo caliente y extraño comienza a palpitar bajo mi vientre.

Un estremecimiento acompaña el latido entre mis piernas.

—Dime si voy demasiado rápido, ¿de acuerdo? —Toca mi mejilla, ese mismo pulgar con el que acarició mi cuello hace sólo un instante, ahora está en mi cara. Acariciándome, volviéndome loca cuando lo desliza por mi piel. Todo lo que hace es lento. Deliberado. No pregunta, aunque es cauteloso. Se asegura de que estoy bien, que esté bien con lo que se encuentra a punto de suceder entre nosotros.

Y entonces sólo... lo hace.

Mis ojos se cierran con absoluta confianza cuando baja su boca a la mía. Siento que me estoy enamorando aún con el primer contacto de sus labios. Una caída libre en espacio abierto mientras mi estómago rueda y da vueltas, todo dentro de mí se suelta y hace girar mi cabeza. Todo desde el sutil cambio de su impulsiva boca, hasta cómo dirige el beso y se vuelve más determinado. Abro mis labios y traga mi estremecedora exhalación, justo antes de que toque con la punta de su lengua el centro de mi labio inferior.







Sigo sumergiéndome en la sensación, y lo hace de nuevo. Tentativo, pero seguro. Audaz, pero curioso. No reacciono cuando desliza su mano en mi pelo, sus dedos se cierran alrededor de las hebras y les da un suave tirón. Extiendo y descanso mi mano sobre su pecho, siento el latido acelerado de su corazón debajo de mi palma, y me acerco más, queriendo sentir más de su calor, su fuerza.

Queriendo sentir más de *él*.

Termina el beso y se aleja para estudiarme, sus cejas se fruncen, sus labios están húmedos. Con mí otra mano toco su cara, mis dedos rozan la línea de su mandíbula y su barba puntosa araña mi pulgar. Me mira sin sus gafas, y no recuerdo haberlo visto quitándoselas, pero me encanta. Abierto, cálido, vulnerable, tranquilo, calmado y...

Sexy.

Cierra los ojos y aprieta los labios, su mandíbula parece tensa. Es como si estuviera haciendo todo lo posible por controlarse, dominar sus emociones, y un estremecimiento pasa a través de mí porque *tengo* el poder suficiente para hacerlo reaccionar de esta manera.

Yo. La chica que se sintió tan impotente durante tanto tiempo.

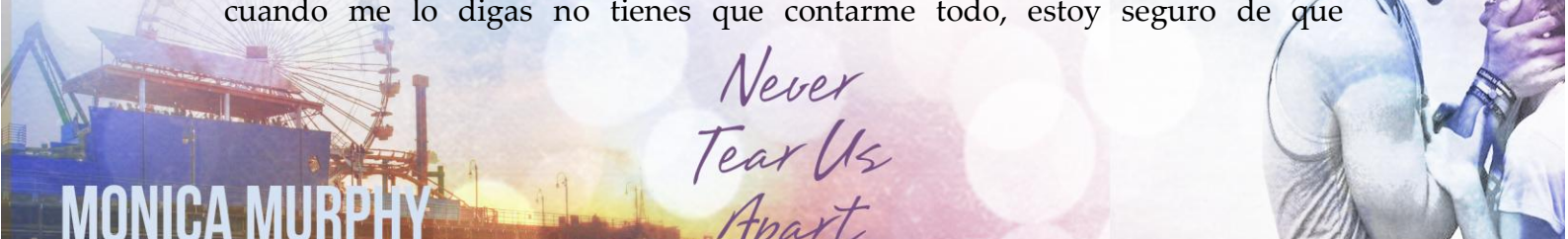
—Sabes exactamente lo que me haces, ¿no es así? —Lo dice como una afirmación, no como una pregunta, y todo mi cuerpo se calienta por el tono de su voz y la mirada en sus ojos. No quito mi palma de su cara, dejando que mi pulgar se arrastre por su labio inferior, y cuando separa sus labios, siento una ráfaga de aire caliente contra mi piel. Me estremezco.

—¿Qué estoy haciéndote? —Quiero escucharlo describir mi efecto sobre él. Es una sensación embriagadora darme cuenta de mi poder femenino por primera vez en mi vida. Quiero disfrutar al máximo este momento.

—Me vuelves loco. —Sostiene mi muñeca, colocando sus dedos alrededor de ella, cuando los acerca a su boca, deja caer besos en mis nudillos. Sus labios son ligeros como una pluma, húmedos, calientes, y me dejan con un dolor confuso y descompuesto—. No quiero presionarte.

—No lo haces. —digo rápidamente, con la voz temblorosa. Sus labios en mi piel envían ondas de electricidad a mi torrente sanguíneo. Es como nada que haya experimentado antes, y estoy inusualmente codiciosa. Quiero más.

Su sonrisa es suave, aunque su mirada es sombría. —Mencionaste más de una vez que has lidiado con algo terrible en tu pasado. —Besa la parte superior de mi mano, sin apartar la mirada de mí, intensa y como buscando algo. La sensación adolorida y confusa en mi interior se disipa lentamente, sustituida por una lenta sensación de temor—. Me gustaría que sepas que cuando me lo digas no tienes que contarme todo, estoy seguro de que



probablemente no me importará que compartas los detalles, pero quiero saber. Así puedo entender. —Me pongo completamente rígida. ¿Cómo? ¿Cómo puedo decirle? Ahora no. Así no. Es sólo... de ninguna manera. Aún no. No lo conozco bien. ¿Qué pasa si lo ahuyento?

— Yo...

Su expresión es inmediatamente dolida. —Si no quieres hablar de ello, lo entiendo. —Aprieta mi mano—. Podemos esperar. —Frustración rueda a través de mí y saco mi mano de la suya. *Definitivamente* no quiero hablar de lo que me pasó, pero tampoco quiero esperar. Quiero más de lo que tiene para ofrecer. Estar con Ethan es... una revelación. No me trata como si estuviera hecha de cristal, como si fuera a romperme y desmoronarme en cualquier momento. Esa es una de las razones por la que me gusta pasar tiempo con él. No sabe quién soy realmente, lo que me pasó, y me gusta.

Puedo actuar con normalidad, actuar como una mujer común y corriente que se está involucrando con un hombre hermoso y reflexivo. Podría haber soltado una o dos cosas cuando entré en pánico la última vez que estuvimos juntos, pero en su mayor parte sólo sabe quién soy ahora, no la chica que está rota, y eso me encanta.

Quiero que siga siendo así. Es sólo que no sé cómo ponerlo en palabras, cómo pedir lo que quiero.

Así que no lo pido. Hago lo que Ethan ha hecho durante toda la noche.

Lo tomo.



47

Ahora

Traducido por Pau Cooper

Corregido por Mawii

Ethan

Un minuto parece estar un poco enfadada y confundida mientras me mira y al siguiente, está en mis brazos, su esbelto cuerpo presionado cerca de mí, sus brazos alrededor de mi cuello y su exuberante boca encontrando la mía. No me ha dado ningún aviso, ni una palabra, sólo saltó a mis brazos y ahora está a horcajadas, sus piernas dobladas en cada lado de mis caderas, su pecho presionado el mío mientras nos besamos.

Lentamente envuelvo mis brazos a su alrededor, sujetándola a mí. Es cálida y suave, su boca insistente, frustración parece vibrar de ella directamente a mí. Siento como que puedo absorber sus revueltas emociones y todo lo que quiero es calmarla.

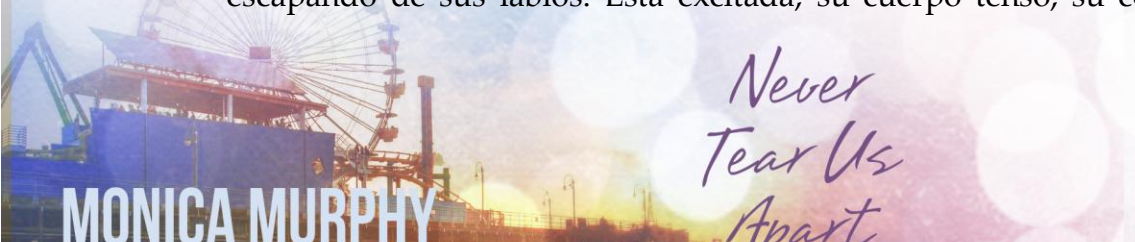
Aclamarla.

Alcanzando la parte trasera de su cabeza, la sostengo, mis dedos en su pelo, afianzándolo un poco para separar nuestras bocas.

—Frena un poco —susurro, mis labios moviéndose con los suyos cuando hablo. *Cristo*, se siente bien tenerla así. Ansiosa, dispuesta y descaradamente codiciosa. Un hombre se podría acostumbrar a esto. *Yo* quiero acostumbrarme a esto, pero me niego a empujar más. He intentado lo imposible para hacerle confesar, pero ella se niega.

Supongo que no puedo culparla.

—No quiero frenar —murmura, un pequeño sonido de frustración escapando de sus labios. Está excitada, su cuerpo tenso, su corazón latiendo





muy rápido. Puedo ver el palpitar suave de su cuello y hundo mi cabeza allí, corro mis labios donde su latido palpita. Es tan suave y beso el mismo sitio de nuevo, dejando mis labios entretenerse. Un asombroso "*oh*" cae de sus labios cuando le mordisqueo ahí. Lamo su fragante piel.

Su cuerpo se derrite. Siento la transformación, su rendición absoluta, y dudo que sea consciente de que se ha rendido. Sus brazos se debilitan sobre mi cuello y dejo ir mi agarre en su cabeza, mi mano cayendo en la parte baja de su espalda para presionarla más cerca.

—Ethan. —Mi nombre saliendo de sus labios retuerce mis adentros, hace que mi polla se sacuda. Por un corto, absolutamente ridículo momento, deseo que estuviera diciendo mi viejo nombre. Mi nombre *real*.

Pero ya no soy Will. Nunca lo seré de nuevo. Nunca.

William Aaron Monroe está muerto y enterrado.

Levantando la cabeza, la miro y parpadea hacia mí, sus ojos cerrándose en el momento en que nuestras bocas se conectan. Aun así, este beso no es como ningún otro que hemos compartido. Deslizo la lengua en su boca, enredada con la suya, y ella responde con indecisión al principio. En cuestión de segundos se vuelve más valiente, el beso se torna más carnal y entonces está agarrándome del pelo, sus caderas desplazándose hacia las mías como si tratara de meterse en mí. Sus piernas me sostienen fuerte y esos pequeños, suaves y sexys sonidos salen de su garganta.

La cosa más caliente que he oído. Está tan receptiva. Como si estuviera hecha para mí. La acerco tanto como puedo, con el impulso de simplemente presionarme sobre ella para que pueda sentir exactamente lo que me hace, pero sé que no puedo. Todavía no.

No quiero terminar esto antes de que empecemos.

Besos hambrientos gradualmente se convierten en besos profundos y lentos. Ahueco su mejilla y la guio. Es una estudiante impaciente, siguiendo mi mando, sus manos deslizándose por mis hombros, por mis brazos…sus dedos memorizando todo mientras me toca. Devuelvo el favor y la toco. Toco sus brazos, su cintura, descansando por un momento en su cadera antes de deslizar mis manos dentro, acariciando su estómago. Subiendo. Subiendo más. Hasta que mis pulgares rozan bajo sus pechos y puedo sentir la suave textura de su sujetador justo debajo de su suéter.

De acá para allá apenas la palpo, manteniéndolo ligero, esperando que se aparte de mi abrazo, o que diga algo. Me diga que pare.

Katie definitivamente debería decirme que pare.



Pero no hace nada de eso. Gime suavemente sobre mis labios. El sonido me anima y levanto un pulgar, dejándolo vagar sobre la generosa curva de su pecho por un momento antes de dejarlo caer.

Rompe el beso esta vez, su respiración rápida, sus labios hinchados y húmedos cuando me mira. Mis manos van a sus costados y la sujeto, extendiendo mis dedos sobre sus costillas a medida que continuamos mirándonos y recobrando el aliento.

—Debería irme —le digo, porque *debería*. Demonios, debería dejarla y no mirar atrás. Lo llevo demasiado lejos cada vez que la veo, y eso es la mitad de mi problema. Más de la mitad de mi problema.

Porque estoy poseído por la necesidad de ir incluso más allá. Necesitando de verla de nuevo, tocarla otra vez, ver cuán lejos puedo llevarlo cuando estamos juntos…

Estoy jugando con fuego. Y ambos vamos a acabar quemados.

—De acuerdo —susurra asintiendo, sorprendiéndome. Pensé que no me dejaría irme, pero esto es bueno. Esto es lo que quiero.

O eso me digo a mí mismo.

La levanto de mi regazo y se deja caer en el sofá a mi lado, su respiración todavía acelerada, su pelo un desastre. Debí pasar mis manos sobre él en algún momento, aunque apenas puedo recordar algo aparte de su boca en la mía, su lengua moviéndose, sus manos aferrándose a mis hombros…

—Me alegra que hayas venido —dice sin mirarme, con la vista al frente. Casi parece avergonzada y no quiero que se sienta así—. Espero… que podamos hacerlo de nuevo.

Inclinándome sobre ella, ahueco su mejilla e inclino su cabeza para que me mire. —Lo haremos —prometo solemnemente—. Te lo juro.

Sonríe, soltando una pequeña risa cuando murmura—: Tan serio. —Y capturo su risita con mis labios, silenciándola. El beso se vuelve profundo en un instante, nuestras lenguas enredadas, calor creciendo entre nosotros; me aparto tan rápido como la beso, levantándome del sofá y pasando mi mano por mi pelo a la vez que intento decirle a mi duro pene que se calme.

Es jodidamente difícil, viendo a Katie sentada en el sofá, caliente y dócil, con labios hinchados y mejillas sonrojadas. Quiero abalanzarme y tomarla en mis brazos. Llevarla a su habitación y extenderla sobre la cama. Quitarle la ropa, estirar sus brazos sobre su cabeza, abrir sus piernas y salirme con la mía. Darme un festín en ella, lamer, mordisquear y besar cada centímetro de su piel, tocarla… follarla con mis dedos, mi lengua, mi boca, mi polla…



Estás llevando esto muy lejos. Todavía está petrificada de ti, de lo que representas, a pesar de que te quiere. Te quiere. ¿Pero si descubre quién eres realmente? Se volvería loca. Nunca tendrías un pedazo de ella jamás.

De mala gana me dirijo a la puerta y Katie se para de golpe del sofá para seguirme. Se detiene delante de mí en el último minuto, su mano en el pomo mientras levanta el brazo y deshace el cerrojo.

—Gracias por la comida —murmuro, parándome frente a ella.

Se apoya sobre la puerta, sus manos detrás de su perfecto culo. El cual debería haber tocado hace unos minutos, pero arruiné mi oportunidad. —Gracias por venir. Lamento que no hayamos visto la película.

—Me lo he pasado mejor haciendo lo que hemos hecho. —La beso. Dejo el más ligero y casto beso en sus labios porque no puedo caer en esa trampa de nuevo. Es una de la que no quiero escapar.

—Yo también —susurra cuando me aparto.

Toco la punta de su nariz, acariciando su mejilla con mi dedo. —Te llamaré. ¿Mensaje?

Asiente sin dudar, mi chica no se anda con juegos tímidos. Es dolorosamente directa, a excepción de hablar sobre su pasado. —Por favor. Me gustaría.

—Buenas noches, Katie. —Se aparta del camino y alcanzo el pomo para abrir la puerta. Estoy a punto de irme cuando jala mi manga y me giro hacia ella, resistiéndome cuando apoya su cuerpo sobre el mío y me da un último, increíble beso antes de decirme buenas noches.

—Buenas noches, Ethan —murmura a la vez que corro por las escaleras de su entrada.

Su dulce voz se repite en mi cabeza todo el camino a casa.





48

Antes

Traducido por Vane hearts

Corregido por Laurita PI

Will

Era su voz la que venía a mí en mis sueños, incluso un año después de todo lo que pasó. Ya no tanto su cara, y extrañaba eso, aunque no me gustaba revivir cómo se veía la última vez que la vi. Garganta magullada, cara golpeada y raspada. Saber qué causó esas heridas; y *quién*.

Él sí se aparecía más seguido en mis pesadillas. ¿Pero Katie? No con la suficiente frecuencia.

Ella me perseguía en la oscuridad de la noche con esa dulce y melódica voz diciendo mi nombre, como si estuviera perdida y buscándome sólo a mí. Como si fuera el único que podía salvarla, y la presión era enorme. Sentía esa presión sobre mí, como un peso sentado en mi pecho que no podía empujar más allá, sin importar cuánto lo intentara.

La oí decir mi nombre una y otra vez, levantando la voz, el sonido llenándose de pánico a la vez que la distancia crecía entre nosotros. Siempre era oscuro, tan oscuro que apenas podía ver algo mientras la buscaba, aterrorizado porque no podía encontrarla. Nunca podía.

Más que eso, tenía miedo que mi padre me matara porque me decía que vigilara a las perras, que eran astutas y harían lo que fuera para escapar de él. Palabras que nunca me dijo en la vida real, pero las soñaba de todos modos. Era aún más culpable por complicidad en mis sueños.

Siempre me despertaba sudando, jadeando por aire y con mi corazón latiendo erraticamente contra mis costillas. Esos sueños se distorsionaban y retorcían en mi cerebro, me jodía mucho porque justo cuando pensaba que tenía





las cosas bajo control, que mi vida se había estabilizado y se sentía relativamente normal, él volvía a atormentarme.

Y también lo haría ella.

Nunca la culpé de lo sucedido. Ser arrojado al sistema de acogida temporal era una verdadera mierda y, ¿si era honesto? Fue *su* culpa. Si me hubiera dejado irme como quería cuando la llevé a la estación, no estaría aquí. Era jodidamente miserable en este hogar grupal. Los otros chicos que vivían aquí eran un montón de jodidos casos mentales que preferían iniciar incendios, robar mierda, y follar a todas las chicas que pudieran conseguir que bajaran sus bragas antes de cualquier otra cosa.

¿Yo? Me mantuve enfocado. Traté de ir al ritmo con mis tareas para poder estar en los deportes. Que era lo único que despejaba mi cabeza y me hacía sentir como alguien más. No como yo.

Real y jodidamente me odiaba a mí mismo.

Aunque supongo que podría haber sido peor. Podría haber estado con mi padre, viviendo la misma rutina aburrida e infernal que habíamos tenido juntos durante años. Fingiendo que todo se hallaba bien cuando sabía que no lo estaba.

No importaba la forma en que lo miraba, mi vida era una reverenda mierda. A veces… a veces no tenía la seguridad de que incluso valiera la pena vivir. ¿Qué clase de existencia era esto de todos modos?

Pero luego pensaba en Katie y lo que le pasó. Lo que *mi padre* le hizo. Cuan jodida su vida debía ser tratando de recuperarse. ¿Encontraría alguna vez la paz? ¿Alguna vez estaría *bien*? ¿Alguna vez se sentiría entera, viva y normal?

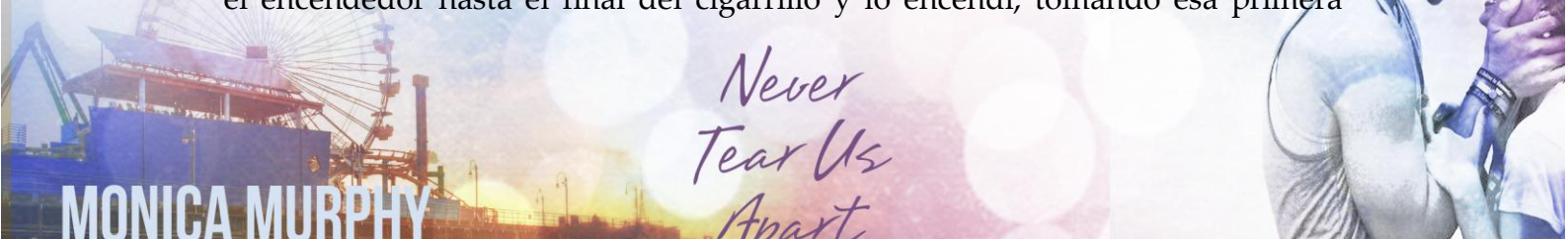
Cuando me comparaba con ella, no tenía ninguna razón para quejarme. Ninguna.

El juicio iniciaría pronto. Después de todas las estancias, audiencias reprogramadas y protestas contra la selección de un tendencioso jurado –demonios, su abogado intentó cambiar de sede, quería que el juicio se llevara a cabo en un condado diferente, pero esa solicitud fue denegada– iba a pasar. Tenía que declarar. Katie planeaba testificar también, según lo que entendí.

Para acabar, ella fue la única víctima sobreviviente de mi padre, según lo que sabían. Nadie indagó más a fondo y la investigación reveló sólo otras tres víctimas. Mató a tres niñas, todas menores de doce años.

No me jodas.

Agachando mi cabeza, saqué el último cigarrillo del paquete que descansaba en la hierba cerca de mis pies y lo acomodé entre mis labios. Llevé el encendedor hasta el final del cigarrillo y lo encendí, tomando esa primera



satisfactoria calada antes de soplar el humo. Todo se calmó al segundo que sentí la nicotina golpear mi sistema.

Mala costumbre de mierda, pero mi nivel de estrés estaba por las nubes la mayor parte del puto tiempo y, además, nunca fumaba cuando hacía deporte. Pero pasaba a escondidas un par de cigarrillos los fines de semana o en alguna fiesta. No podía dejar ir el hábito por completo, incluso sabiendo muy bien que iba a matarme.

En cierto modo, me daba igual. Todo lo hacía.

Mucho menos yo.





49

Ahora

Traducido por MaJo Villa

Corregido por Itxi

Katherine

Al momento que se fue, retomé mi rutina normal. Cerré las puertas delanteras y traseras, limpié lo que quedaba en la cocina, que no era mucho, apagué las luces, fui a mi habitación y me cepillé los dientes en el cuarto de baño contiguo, pero cambié mi tarea final de la noche.

Me desnudo, metódicamente quitándome toda la ropa y dejándola en una pila en el suelo hasta que solamente me quedo en mi ropa interior de algodón. La luz de la habitación ya está apagada y voy a la cama; me acuesto en el centro en la parte superior de la colcha, todo mi cuerpo todavía vibrando por nuestros besos, la forma en la que me tocó, la mirada en sus ojos, cómo su lengua se enroscó con la mía.

La adrenalina sigue fluyendo a través de mí, cierro los ojos y recuerdo la sensación de su boca, sus manos, su manera de susurra mi nombre, el gemido bajo que se le escapó cuando nuestras bocas conectaron. Me gustaría que pudiéramos habernos besado por más tiempo, pero eso también me asustó, la intensidad entre nosotros cada vez que nuestros labios se encontraban. Eso daría lugar a más. Me tocó de una manera que nadie lo ha hecho y supe lo que quería.

A mí. Besarme, tocarme. Tener sexo. Conmigo. Y yo también quería eso, pero me asustaba.

Me asustó tanto que casi me sentí aliviada cuando dijo que debía marcharse. Acepté, pero inmediatamente me arrepentí. Quería que se quedara.

Quería que se fuera. La forma en la que me siento por él es tan confusa…







Respirando profundamente, descanso mis manos sobre mi estómago, sintiendo a mi piel temblando bajo mis dedos. El incendio que se desencadenó antes, cuando Ethan tenía sus manos sobre mí, se ha calmado, pero todavía está allí, al acecho debajo de la superficie. Levanto mis manos, por encima de mi estómago y de mis costillas, deteniéndome justo por debajo de mis pechos. Recuerdo la forma en la que sus pulgares pasaron por la parte inferior de ellos, tan ligeramente, como un jugueteo, como una promesa de más. Lentamente los ahueco, su gran peso contra mis palmas, mis pezones cada vez más duros. Una respiración temblorosa se me escapa cuando los toco, rodeando las puntas duras, sintiendo la dicha de la sensación que se dispara de mis pechos y aterriza entre mis piernas.

Nunca me he tocado de esta manera. Mi cuerpo se encuentra paralizado sexualmente. Es completamente inexperto. Quiero sentir más, saber más, aprender más, y quiero que Ethan me muestre. Que me toque.

Que me enseñe.

Un suspiro se escapa cuando deslizo mis manos sobre mi vientre, una vez más, rozando la piel sensible, tentativamente tocándola con mis dedos, arrastrándolos hacia abajo hasta que jugueteo con la cinturilla elástica de mi ropa interior. Haciendo una pausa, mi corazón se acelera, y poco a poco abro mis piernas, el edredón suave abrasando mi piel. Inclino mi cabeza hacia atrás cuando deslizo la punta de mis dedos por debajo de mis bragas.

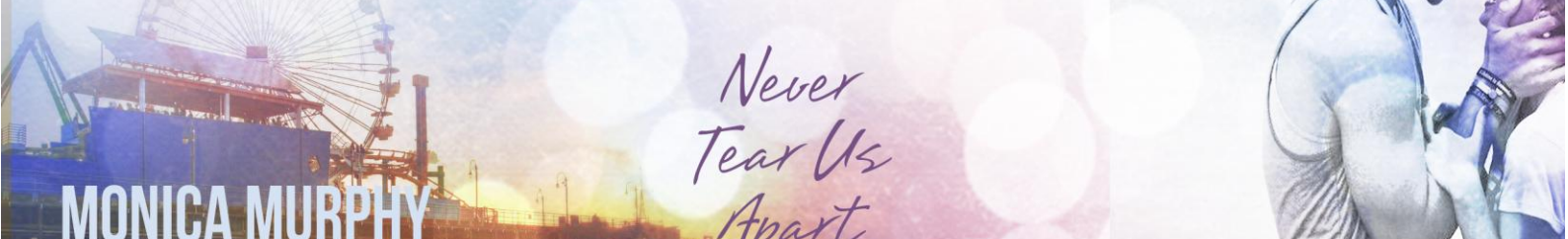
Si no puedo ser atrevida con Ethan, al menos puedo ser atrevida estando sola.

Doblo mis rodillas y coloco los pies sobre la cama, manteniendo a mis piernas temblorosas todavía extendidas. Con indecisión, empujo mis dedos hacia abajo, hasta que estoy tocando mi vello púbico. Voy más lejos, trazando mi hendidura antes de deslizar mis dedos en el medio y encontrar una humedad cremosa y caliente. Un gemido se me escapa y cierro los ojos con fuerza, levantando mis caderas a medida que mis dedos van más profundamente.

Se siente… bien. Sólo puedo imaginar cuánto mejor se sentiría si se tratara de los dedos de Ethan tocándome entre las piernas. Simplemente pensar en él pone en marcha un pulso dentro de mi núcleo, y sé sin lugar a dudas que me encuentro completa y totalmente excitada.

Y todo es gracias a él.

Dejo que mis dedos inquieran más, aprendiendo por mí misma, aspirando una bocanada de aire cuando toco un lugar determinado. Acaricio sobre él de nuevo, la sensación de cosquilleo es tan buena que un pequeño murmullo sale de mis labios, y me pregunto qué se sentiría tener los dedos de



Ethan tocándome aquí. Este punto en particular que se siente tan increíblemente maravilloso.

El hormigueo crece ante la imagen de *su* mano entre mis piernas, *su* boca atrapada con la mía, nuestros cuerpos juntos y presionados. Nunca antes quise algo como esto. Nunca quise que un hombre me tocara, que aprendiera de mi cuerpo, que besara mis labios, que alcanzara mi alma.

Hago círculos con mi pulgar sobre el punto, quedándome completamente inmóvil cuando el placer se empieza a formar. Es tan extraño este sentimiento. Que nunca me haya permitido experimentar esto es una vergüenza, y me prometo en este mismo momento que no voy a detenerme. Que quiero esto, quiero explorar esto mucho más. Pero no sólo por mí misma.

Con Ethan.

Una sonrisa curva mis labios cuando giro la cabeza, mi mejilla apoyada en la almohada. Tengo a Ethan en mi cabeza, mi mano en mi ropa interior, el fantasma de su boca todavía pegado a la mía y nunca me he sentido tan…

Viva.



50

Ahora

Traducido por Vane hearts

Corregido por Itxi

Ethan

Mi nombre es Katherine Watts.

Estudio el texto que recibí de Katie esta mañana, antes de que despertara. La chica es una madrugadora, mucho más que yo, y froto una mano por mi cara, observando las palabras y mi mirada cayendo a la próxima burbuja de texto.

¿Has oído hablar de mí? Sueno presuntuosa, pero tengo que preguntar.

Apoyándome en las almohadas, me dejo caer en el colchón, preguntándome cómo debo manejar esto. Todavía estoy medio dormido, pero no puedo olvidar la forma en que se sentía en mis brazos la noche anterior… tan sensible. Reconocer que sé quién es en realidad, podría arruinar la conexión tentativa que hemos formado; no lo sé.

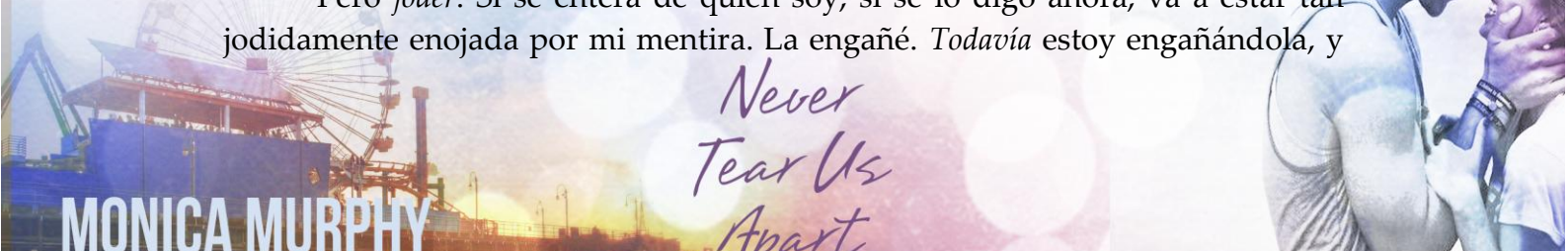
No quiero correr el riesgo.

¿Eres famosa?

Soy un idiota. Lanzo mi teléfono a un lado y froto ambas manos por mi cara, como si pudiera refregar la sensación de mierda que tengo por mentirle a Katie. Cuanto más tiempo sigo con esto, más profundo es el agujero que cavo. Voy a enterrarme tan profundo que finalmente nunca seré capaz de salir de esto ileso.

Bastante seguro de que ya llegué a ese punto.

Pero *joder*. Si se entera de quién soy, si se lo digo ahora, va a estar tan jodidamente enojada por mi mentira. La engañé. *Todavía* estoy engañándola, y



lo vería como la traición más grande. No puedo culparla. Lo que comenzó como yo cuidándola y asegurándome de que estuviera bien, se ha convertido en mucho más. Más de lo que esperaba. No es que cambiaría lo que pasó entre nosotros. La conexión que compartimos no se puede negar. Se formó hace años y el hecho de que sea capaz de explorarlo, pasar tiempo con ella, tocarla, besarla y abrazarla, me hace un bastardo con suerte.

Mi teléfono suena y lo tomo.

No diría que soy famosa, pero he estado en las noticias de vez en cuando durante años. Es difícil de explicar.

Un tipo normal estaría curioso. La buscaría en *Google* en un latido, con o sin su permiso. No necesito buscarla, y creo que le gusta creer que no sé nada de lo que le pasó. En sus ojos, su pasado no me importa porque soy ajeno. Si supiera que su pasado aún no tiene importancia, aunque sé todo porque estaba allí, ¿cómo se sentiría?

No estoy seguro.

Empujando mis problemas en lo profundo, le envío un mensaje de vuelta.

Tal vez podrías explicármelo. En persona.

Responde con rapidez.

Es realmente duro. Es mucho más fácil enviarte textos.

Lo entiendo. Lo hago. La última cosa que quiero es que se moleste. Compartir su pasado, lo que le pasó, está destinado a ser terrible. Se preocupará por mi reacción. Me preocuparé por la suya. Todo el tiempo estoy aferrándome a mi secreto, sintiéndome como un idiota supremo mientras ella está siendo tan honesta y abierta.

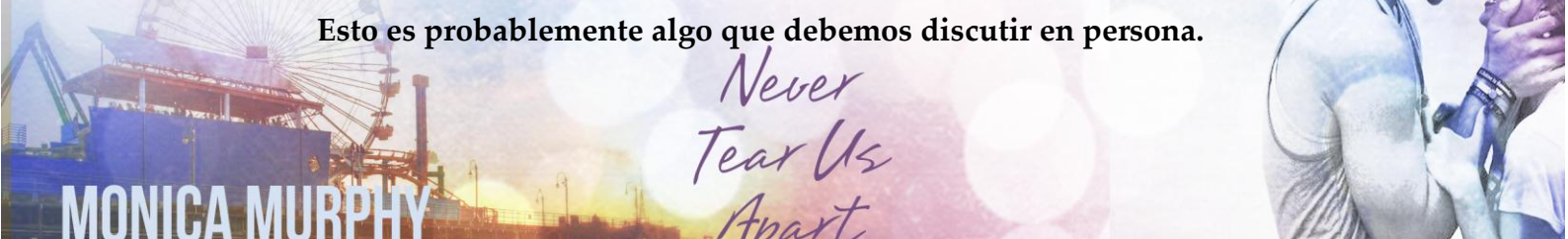
Podría buscarla en *Google* todo lo que quiera, pero ella no encontrará nada acerca de mí. Dejo salir de golpe una respiración áspera. Ethan Williams no tiene secretos, sin cuentas de redes sociales, *nada*. Es aburrido como la mierda en línea, y me aseguré de que siempre fuera así, desde el momento en que lo creé hace cinco años. Es mi frente, mi seguridad, la pared que lancé para mantener a los extraños fuera.

Pero un par de movimientos erróneos y una persona pueden arruinar todo. Este soy yo. Y llegas a ser tan enfermo como tus secretos, o eso me han dicho. Si ese es el caso, soy un puto enfermo. Katie no tiene comparación conmigo.

Absolutamente nada.

Finalmente, le contesto.

Esto es probablemente algo que debemos discutir en persona.



No vas a dejar que me salga con la mía, ¿verdad?, dice.

Entonces me envía una cara sonriente con corazones por ojos.

Infiernos.

Froto una mano por mi cara, intentando encontrar la manera de responderle.

No quiero forzarte a hacer nada.

Hay una pausa y me doy vuelta sobre mi lado, desplazándome a través de mi teléfono, comprobando mi bandeja de entrada. Todavía tengo uno para Will, una cuenta de *Gmail* que nunca cerré y de la que aún tengo acceso desde mi teléfono. Casi nadie me contacta por allí, por lo que me sorprende cuando veo que tengo un correo electrónico.

Voy a la bandeja de entrada y mi boca se abre cuando veo de quién es el correo.

Lisa Swanson, reina de la red de noticias.

Me incorporo, hago clic para abrirlo y espero a que cargue. Por supuesto, se demora por siempre. La respuesta de Katie parpadea en la parte superior de mi pantalla, pero la ignoro.

Quiero ver lo que Lisa tiene qué decir en primer lugar.

Finalmente termina la carga y escaneo su mensaje, mi latidos resonando en mis oídos.

Estimado Will,

Espero ser capaz de comunicarme contigo a través de esta dirección de correo electrónico. El detective Ross Green me la dio cuando me comuniqué con él hace unas semanas y dijo que era la última dirección de correo que tiene, pero que no había tenido noticias tuyas en años.

Haciendo una mueca, niego con la cabeza. Dándome por vencido por el buen y viejo Detective Green. Siempre pensé que el tipo cuidaba mi espalda.

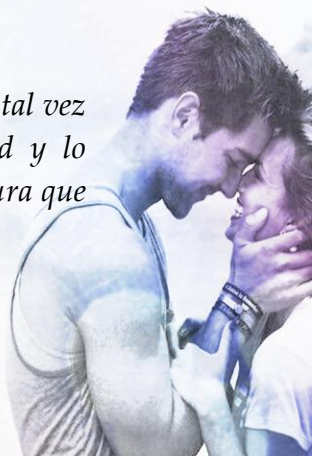
No sé si lo viste, pero entrevisté a Katherine Watts hace un tiempo y salió al aire en televisión recientemente. Hablamos fuera de cámara sobre ti y quise encontrarte. Dejarte decir tu lado de la historia. Tú estabas ahí. Ayudaste a que la señorita Watts escapara. Y luego fueron puestos bajo un horrible escrutinio del cual me temo, yo también fui participe.

Verla admitir que hizo algo malo. Increíble.

Me preguntaba si estarías dispuesto a hablar, si no en persona, ¿entonces tal vez por teléfono o correo electrónico? Asumo que deseas mantener tu privacidad y lo entiendo por completo. Lo que has pasado, con quién estás relacionado, estoy segura que es una lucha constante. Espero que consideres mi solicitud.







Espero que cuando recibas este correo electrónico te encuentres bien.

Mis mejores deseos,

Lisa Swanson

Hablar con ella sería exigir problemas. Era como un bulldog, todos esos años persiguiendo una gran historia con crueldad absoluta. Siempre cavando en busca de información, acosándome, al igual que el resto de los medios de comunicación que me siguieron, presionando para tener la oportunidad de hablar. Hará lo mismo ahora. Actuar toda dulce y reflexiva; esa es su forma de agradarme. Una vez que me tuviera, haría lo imposible para averiguar todos mis trapos sucios, investigarme y finalmente averiguar quién soy ahora. Sé que lo averiguaría.

Sin lugar a dudas, lo sé. Y si eso ocurriera, estaría arruinado.

Mi dedo se cierne sobre el botón y finalmente pienso, *a la mierda*.

Rápidamente, antes de cambiar de opinión, borro el correo electrónico.

Compruebo el texto de Katie con dedos temblorosos, mentalmente diciéndome que me calme. Lisa localizándome me sacudió y no me gusta eso. No tenía ni idea de que el Detective Green todavía tuviera ese antiguo correo. No recuerdo dárselo, pero eso no quiere decir nada. ¿Cómo lo consiguió? ¿Y esa es *en realidad* la manera en que Lisa lo consiguió? ¿O miente?

Empujando a Lisa Swanson y sus formas de connivencia fuera de mi mente, me concentro en los textos de Katie.

No me estás obligando. Tienes razón, lo que tengo que decirte es mejor decirlo en persona. Es simplemente difícil de compartir. Voy a necesitar que seas paciente conmigo.

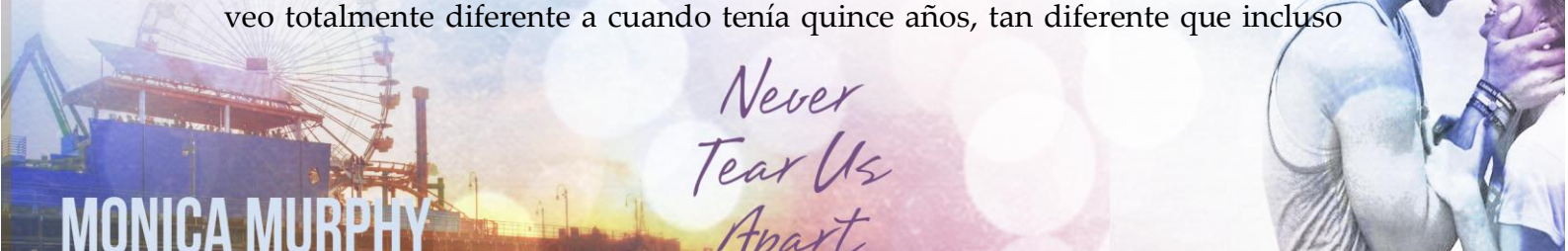
Así que… Lo pasé muy bien ayer por la noche. Tenía la esperanza de que pudiéramos vernos de nuevo pronto.

Como muy pronto.

Tan pronto como… ¿qué harás esta noche? ☺

Se está poniendo atrevida. Hace sólo unos minutos sus textos me habrían hecho sonreír y habría aceptado verla, pero ahora con Lisa husmeando, no siento nada más que presión. Este es un recordatorio de que lo que estoy haciendo es demasiado jodido. No debería ver a Katie en este momento.

¿Y si Lisa quiere hablar con ella de nuevo? Demonios, ¿y si me quiere reunir con Katie? Hablar de una historia… una que no va a conseguir, pero aun así. Y no es que crea que Lisa me reconocería si alguna vez nos reuniéramos, me veo totalmente diferente a cuando tenía quince años, tan diferente que incluso



Katie no me reconoce. Pero Lisa es como un maldito sabueso y probablemente me olfatearía, no hay dudas.

Esa mujer me asusta demasiado.

Necesito dar marcha atrás. Alejarme de Katie y frenar esto: lo que sea que esté haciendo con ella. No quiero que Katie piense que hago esto por lo que trata de revelarme. Eso la devastaría.

¿Cómo puedo manejar esto? Yo mismo me cavé un agujero y no puedo salir de él. La mayoría de las veces no quiero. Pero ese soy yo siendo egoísta. Tratar con lo que mi padre le hizo, escuchar su confesión y tener que fingir que no sé nada acerca de su pasado…

No sé si puedo hacerlo.

Mirando a la pantalla de mi celular, me esfuerzo para inventar una excusa. Es lo mejor. Debería decepcionarla un poco y eventualmente desaparecer de su vida. Seguirá adelante y al final se olvidará de mí.

Pero nunca voy a ser capaz de olvidarme de ella.

Odio decirte esto, pero tengo otro gran proyecto que entregar en pocos días y tengo que romperme el culo para terminarlo.

No es una completa mentira, pero no del todo cierto tampoco. No debo entregarlo hasta final del mes.

Oh, entiendo. Tengo un ensayo que necesito escribir para la escuela de todos modos. ¿Así que, eso significa que estás ocupado esta noche?

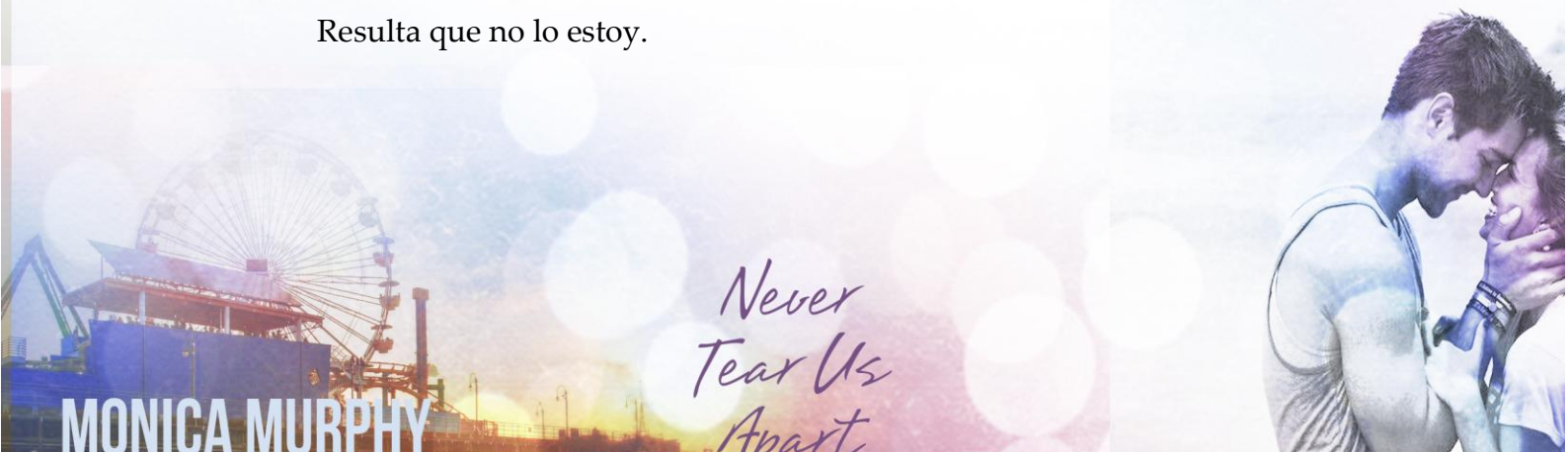
Sí, lo estoy. Lo siento. Realmente me gustaría verte de nuevo y sé que tenemos que hablar, Katie, pero podría tomar unos pocos días.

Debería tomar jodidamente para siempre si fuera sincero conmigo mismo.

Me envía una respuesta llena de diversos emoticones acompañados por las palabras: **Quizá en otro momento**, y esbozo una sonrisa.

Aunque desaparece en un instante, odio lo que estoy haciendo. Es todo un montón de puto engaño. Mis motivos son egoístas, mi comportamiento es sombrío, y ella es felizmente ignorante de todo. Estoy viviendo una mentira. Pero viví una mentira durante tanto tiempo que se podría pensar que estaría acostumbrado a ello ahora.

Resulta que no lo estoy.



51

Antes

Traducido por Vane hearts

Corregido por Moreline

Will

—Tu padre quiere hablar contigo.

Sacudí la cabeza, enojado con este estúpido abogado que se suponía debía estar cuidándome en vez de acercarse a mí con la más loca declaración que oí.

—Dile a ese idiota que se vaya al infierno —murmuré, sintiéndome al límite. Estaba aquí en el juzgado para testificar contra el bastardo, no para tener una vieja conversación y reunirme con él. Probablemente trataría de arrancarme la garganta si me acercaba demasiado. Tenía que estar furioso conmigo. Estaría del lado de la acusación.

Su propio hijo. Su único familiar de carne y hueso en este mundo, hablaría en su contra.

—Will. —El abogado de mi padre dio un profundo suspiro y sacudió la cabeza—. Sólo dale unos pocos minutos. Por favor. Lo hará lucir más como un hombre de familia.

—Hombre de familia —resoplé. La última cosa que llamaría a mi padre era un *hombre de familia*—. Claro que sí. —Así el jurado vacilaría y eventualmente decidirían dejar libre a un asesino. No creo que pudiera vivir conmigo mismo si eso sucediera. Me giré para mirar a mi abogado—. No debería hacer esto, ¿eh?

—No deberías. —Hizo una pausa y respiró hondo.







El abogado de mi padre me miró. —Te echa de menos, Will. Él mismo me lo dijo. Sólo dale esta oportunidad —suplicó, con los ojos llorosos, como si fuera a estallar en lágrimas.

Dame un descanso.

Crucé mis brazos en mi pecho. —Pura mierda. ¿De qué quiere hablar? ¿De cuánto me odia por volverme contra él? ¿Tal vez ofrecer detalles acerca de qué exactamente les hizo a esas niñas que murieron?

—Will —reprendió mi abogado. Ni siquiera podía recordar su nombre la mitad del tiempo, pero sólo calentaba.

—Puede que también me dé esos detalles considerando que supuestamente trabajé con él, ¿sabes? Simplemente no quería que me atraparan. Por eso llevé a Katie Watts a la estación de policía. Así me vería como un brillante héroe en lugar de una basura que le gusta violar niñas junto a su padre.

—Es suficiente. —Levanté la vista hacia mi abogado. Su apellido era Stone, y cuando vi la mirada de acero en sus ojos, no pude evitar pensar que su nombre era más que apropiado—. Mi cliente no está dispuesto a hablar con el Sr. Monroe.

La curiosidad pudo más que yo. —Quiero hablar con él.

—Le aconsejo que no… —comenzó Stone, pero negué con la cabeza.

—Sólo por unos minutos. Quiero escuchar qué es lo que tiene que decir. — Probablemente era un error, pero tenía que saberlo.

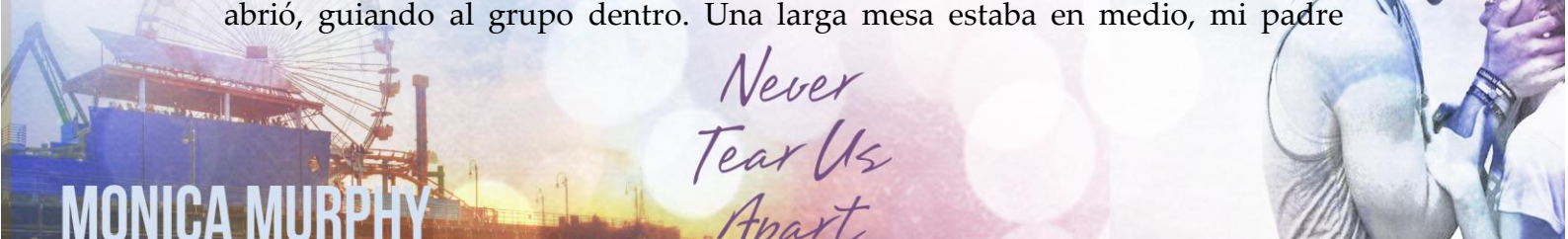
En cuestión de minutos fui escoltado a otra habitación pequeña, esta vez en las profundidades de la corte, donde el aire era fresco y calmado, el zumbido embotado de la gente moviéndose y hablando apagadamente, casi inexistente. Estaba rodeado de oficiales, dos frente a mí, dos arrastrándose detrás, y mi abogado caminando a mi lado, el abogado de mi padre liderando el paso.

Los nervios se derrocharon en mi intestino e hice mi mejor esfuerzo para ignorar la sensación incómoda que se deslizó sobre mí. Podía terminar esta conversación cuando quisiera. No tenía ninguna obligación con el hombre. Puede que me haya criado, pero me jodió de tantas maneras, más de las que podía contar, y por eso nunca podría perdonarlo completamente.

No *quería* perdonarlo. Todo lo que había hecho era imperdonable. Era un monstruo.

¿Qué me asustaba más? La posibilidad de que pudiera convertirme en uno, también.

Nos detuvimos en una puerta sin descripción y uno de los oficiales la abrió, guiando al grupo dentro. Una larga mesa estaba en medio, mi padre



sentado del otro lado. Llevaba puesto el uniforme naranja de la prisión del condado, sus muñecas y pies encadenados, su piel pastosa con un tinte casi verde, resultado de la falta de luz solar.

Sonrió cuando me vio y levantó sus muñecas en una especie de saludo. —Will.

No dije nada mientras me sentaba frente a él. Stone se sentó a mi derecha. Los oficiales rodeándome y vi a los dos que estaban detrás de mi padre. Aunque no confiaba en la policía debido a la forma en que me trataron después de que llevara a Katie, todavía me tranquilizaba su fuerte presencia. No se andaban con juegos.

—Te ves bien —dijo con una sonrisa. Una sonrisa que noté no alcanzó sus ojos.

—No puedo decir lo mismo de ti —murmuré, haciéndolo reír.

—Siempre me ha gustado tu honestidad. —Hizo una pausa y miré hacia arriba para encontrarle observándome con una chispa casi nostálgica en su mirada—. Te he extrañado, hijo.

Todo dentro de mí se tensó. Realmente odiaba cuando me llamaba así, especialmente *ahora*. No quería que nadie supiera quién era, que su sangre fluyera en mis venas, que compartiéramos las mismas características y prácticamente el mismo nombre. Odiaba estar siempre emparentado a este hombre. Un asesino serial. Un violador de niñas. Dios sabe qué más había hecho en el transcurso de los años. Esas eran sólo las cosas por las que fue atrapado.

Cuando no dije nada, continuó—: ¿Estás bien? ¿Te tratan bien en el sistema de acogida? Sólo tienes un año o algo así, chico, y luego puedes irte por tu cuenta.

Como si eso fuera tan fácil. Podría trabajar. Estaba trabajando ahora, a tiempo parcial, así podía tener mi propio dinero y no tener que depender de nadie. Pero la idea de estar completamente por mi cuenta todavía me asustaba como la mierda, no es que se lo fuera a admitir a nadie.

Ni siquiera a mi viejo.

—¿Crees superar esto? —pregunté porque tenía que saber. Siempre había sido un bastardo arrogante, incluso en sus puntos más bajos. Borracho y sin empleo con un violento problema de metanfetaminas, y se pavoneaba alrededor de la ciudad como si fuera un rey semental. Nunca vi a nadie con un ego tan grande. Me di cuenta, incluso cuando era un niño, que su comportamiento no era normal.

—No sé. —Se encogió de hombros; lucían pequeños. Se había encogido estando en la cárcel. Siempre fue más grande que la vida para mí, hasta que

finalmente conseguí unos centímetros en mi cuerpo y crecí más que él. Más fuerte, también. Mi tamaño y fuerza con el tiempo salvaron mi culo de hacer las cosas que trató de forzarme.

No pude evitar preguntarme más de una vez si se metió en la violación y asesinato de niñas porque ya no podía desquitar su rabia conmigo. Sin embargo, otra dosis de culpa por las acciones de mi padre se amontono sobre mí.

—¿Qué quieres decir con eso? —Quería tener una idea más profunda de sus pensamientos.

—La evidencia que tienen sobre mí es bastante mala, con esa chica Watts hablando. ¿Has oído su testimonio? —Me miró, sus ojos estrechándose, volviéndose negros como lo hacían justo antes de que empezara a gritar. Helados recuerdos se deslizaron sobre mí y luché contra ellos. Me negaba a dejar que me asustara. Este hombre no podía hacer nada conmigo sin que seis oficiales saltaran a su culo—. ¿De verdad vas a declarar en mi contra?

Directo al grano. Tenía que amar al querido viejo. Ignoré su segunda pregunta. —No he oído su testimonio.

—¿Ni siquiera lo viste en las noticias? Sabes que esos abogados verán si sus historias coinciden.

La ira retumbo justo debajo de la superficie y me incliné sobre la mesa, mirándolo fijamente. —Nuestras historias *coincidirán* teniendo en cuenta que ambos estamos diciendo la verdad.

Me devolvió la mirada, sin perder el ritmo. —¿Estás tan seguro de eso?

—No puedo creer que estemos sentados aquí hablando de esto.

Su abogado se adelantó. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba allí. — Aaron, te sugiero…

—Cierra la puta boca. —Sonrió, su mirada nunca dejando la mía—. Abogados. No pueden dejar de sugerir cosas.

—Probablemente deberías seguir su consejo. —Estábamos en una sala llena de oficiales y abogados. Lo que dijo podía ser usado en su contra si no tenía cuidado.

—Estoy pensando que probablemente tú deberías seguir *mi* consejo. —Su sonrisa era extrañamente agradable. Podía imaginarlo saltando sobre la mesa y envolviendo sus manos alrededor de mi cuello para asfixiarme. La única seguridad que tenía de que no lo haría era la presencia de todos los amenazantes oficiales que nos rodeaban. Me lo sacarían de encima en cuestión de segundos.

—¿Y qué es eso? —pregunté con cautela.





—No hables de ese día. Ninguno de esos días que viste a Katie Watts. Diles que no recuerdas lo que pasó.

Me quedé boquiabierto. No podía creer que tuviera el descaro de decirme algo así. —Como si me fueran a creer —me burlé.

—No pueden hacerte testificar. Si no recuerdas, no pueden, ¿lo sabes? —El silencio entre nosotros, entre todos en la habitación, era francamente ensordecedor—. Yo sugeriría que es mejor que no recuerdes, si sabes lo que quiero decir.

—¿Qué, eso va ayudar a sacarte? ¿Mi memoria defectuosa? No lo creo.

—Ayudará, maldita sea. —Golpeó sus puños sobre la mesa, sus esposas haciendo ruido, y dos oficiales se desplazaron hacia adelante, siempre listos para atacar—. No es como si te importara una mierda.

Empujé mi silla hacia atrás y me paré, mirándolo fijamente. —Tienes razón —dije con los dientes apretados—. *No* me importa una mierda. Al igual que a ti nunca te importó un carajo. ¿Te importó lo que me pasó? Estabas demasiado ocupado follando a todas tus putas o esnifando crack o lo que sea que hacías. Acosando y asesinando niñas.

Sonrió otra vez, serenamente. Como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Todo mientras yo hervía por dentro, lleno de rabia y tan tenso que sentía que podía romperme. Nadie más dijo una palabra, ni los abogados, ni los delegados. El único sonido que llenaba la habitación era mi respiración áspera y desigual.

—Nunca te preocupaste por mí —dije finalmente—. Siempre fui una carga, o un juguete para entretenerte cuando te apeteciera. Así que jódete. —Miré a mi abogado, quien ya se estaba levantando de su asiento—. He terminado.

—Vamos. —Stone agarró mi brazo y empezó a escoltarme fuera de la pequeña habitación, los oficiales siguiéndonos para caminar junto a nosotros.

—No olvidaré esto, hijo —gritó mi padre, su voz resonando con una falsa esperanza casi maníaca. No podía empezar a entenderlo. Nunca podría—. Nunca olvidaré que te volviste contra mí. Algún día lo pagarás. El karma es una perra.

—Tú deberías saberlo, viejo. —Haciendo una pausa en la puerta, lo miré por encima de mi hombro—. Considerando dónde vas a pasar el resto de tu vida. Y no me llames "hijo". Perdiste ese derecho hace mucho tiempo.

Con esas últimas palabras, salí y me dirigí directamente a la sala de audiencias…







Y me senté en el estrado durante más de dos horas mientras testificaba contra mi padre.





52

Ahora

Traducido por Verito

Corregido por Moreline

Katherine

—Siento como si hubiera hecho algo malo.

Mi terapeuta (sigue insistiendo en que la llame Sheila, así que ahora finalmente lo hago) me observa con su mirada siempre pensativa, sus labios fruncidos como si no le gustara lo que acabo de decir. Probablemente no. —¿Por qué te sientes así?

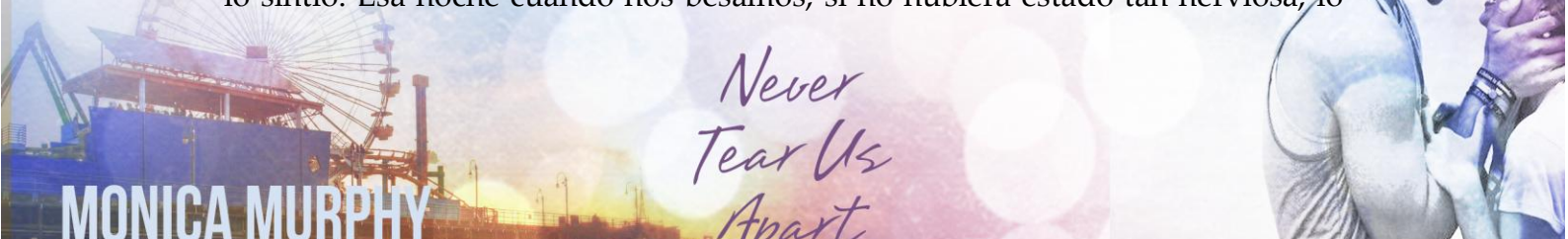
Me encojo de hombros. Es difícil ponerla en palabras… mi decepción. Cómo lo abarca todo estos últimos días mientras me digo a mí misma, una y otra vez, que estoy siendo demasiado dramática. He sido rechazada. Pasé una noche increíblemente romántica con Ethan, le dije mi apellido por mensaje de texto, hablamos de tener una seria plática sobre mi pasado, y ahora... *nada.* Ni una palabra de su parte. Grillos. Eso es todo.

Claramente no quiere tener nada que ver conmigo.

—Porque le dije quién era y no he oído hablar de él desde entonces. Probablemente buscó mi nombre en *Google* y descubrió todos los sucios detalles de mi vida. Eso asustaría a cualquier chico —explico, dejando salir un suspiro de frustración cuando termino.

—Entonces no era el hombre para ti —dice Sheila, como si esa fuera una respuesta aceptable.

Pero *no* lo es. No para mí. Realmente creí que Ethan y yo teníamos una conexión. La química definitivamente estaba ahí entre nosotros. Sé que también lo sintió. Esa noche cuando nos besamos, si no hubiera estado tan nerviosa, lo



habría dejado ir más lejos. Si apareciera frente a mi puerta ahora mismo, probablemente lo dejaría ir más lejos.

Bueno, querría golpearlo primero. Pero estoy segura de que podría persuadirme con sus labios, y hacer que todo ese enojo se derrita con sólo unos pocos besos. No es inteligente de mi parte. No debería ser tan fácil, pero no quiero dejar ir esto.

No quiero *dejarlo* ir.

—Quiero que sea el hombre para mí —digo con un suspiro—. Me gusta. Pero tal vez yo no le guste. Tal vez piensa que estoy demasiado dañada.

—¿Quién dice que estás dañada?

Parpadeo hacia Sheila, irritada por su actitud calmada, el tono sorprendido de su voz. —Lo estoy. Es bastante innegable, ¿no?

—No, no lo es. Si piensas en ti misma como dañada, rota, o cualquier otra palabra que quieras utilizar, entonces ¿adivina qué? Eso será todo lo que cualquiera que te conoce o conozca por primera vez verá.

Contemplo sus palabras. Tan renuente como estaba a admitirlo, tienen sentido. —Supongo que siempre he asumido el papel de chica dañada —digo.

—No es una sorpresa, teniendo en cuenta por lo que has pasado. Pero no olvides cuan ofendida te sientes cada vez que alguien se refiere a ti como una víctima. Odias esa palabra —señala Sheila.

—La desprecio —concuerdo.

—Entonces, te llamas a ti misma una sobreviviente y aun así afirmas estar dañada.

—Creo que una sobreviviente todavía puede estar dañada —admito—. ¿No lo crees? —Todos tenemos cosas que debemos superar, algunas peores que otras. Está bien estar herido, dañado y un poco roto y aún considerarse fuerte. No es que nunca me haya considerado fuerte antes, no hasta hace poco…

—Realmente creo que una sobreviviente no querría esa palabra asociada con ella. *Dañada* implica permanencia. ¿No quieres superar todo lo que te pasó? ¿No dejar que te defina? —Sheila ladea su cabeza, observándome.

—Me besó.

—Y te gustó.

No tiene sentido negarlo. —Amé cada minuto de ello. —Sólo pensar en sus labios sobre los míos me hace temblar—. Creo que lo asusté al mencionar que quería hablarle de mi pasado.

—¿Crees que te anticipaste?



—Tal vez. —Me encojo de hombros—. No sé cómo maniobrar en el mundo de las citas. Este es mi primer intento, y honestamente no quiero lidiar con un montón de mierda.

La Dra. Harris levanta una ceja. —¿A qué te refieres con "mierda"?

—Juegos. Timidez. Ponerse una máscara. Todo se siente como una mentira si hago eso. Sólo quiero ser abierta. Honesta. Real.

—Y quieres lo mismo de él.

—Definitivamente. —Asiento.

—Entonces dile eso. Tal vez esté nervioso. Tal vez de verdad está ocupado. Pero deberías ser abierta, honesta y real con él, así como quieres que lo sea contigo. Podrían sorprenderte los resultados.

—¿Gratamente sorprendida? —Ahora es mi turno de levantar una ceja.

—Mereces ser feliz, Katherine —dice Sheila, su voz suave—. Encontrar un buen hombre que se preocupe por ti, involucrarte completamente en una relación amorosa, aprender a sentirte cómoda con tu cuerpo, con tu sexualidad. Encontrar placer con un hombre. Te mereces todo eso.

Ella lo escribe todo y normalmente estaría avergonzada. En el pasado ni siquiera me gustaba escuchar la palabra *sexo*.

Pero ahora, tengo curiosidad. Suena ridículo, pero quiero encontrarme a mí misma. Quiero convertirme en una mujer. Una normal y regular mujer que tiene relaciones sexuales y no está asustada de decir la palabra en voz alta.

—Quiero tener sexo con Ethan —digo bruscamente, haciendo sonreír a Sheila—. Pero estoy asustada.

—Eso es natural. —Lo anota.

—Me gusta cuando me toca. Cuando me mira, es como si estuviera tratando de ver debajo de mi ropa pero no de una manera asquerosa. —Suspiro y niego con la cabeza—. No sé si tiene sentido lo que digo.

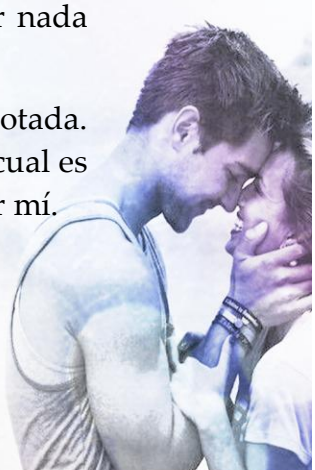
—Tiene perfecto sentido —me asegura Sheila.

—¿Qué hago? ¿Sentarme junto al teléfono y esperar que me envíe un mensaje? ¿Hacer el siguiente movimiento? No sé cómo hacer esto. —Me recuesto en la silla, irritada conmigo misma. Irritada con Ethan.

—Haces lo que te haga sentir más cómoda. Y si no quieres hacer nada por el momento, está bien.

Asiento, sin estar dispuesta a hablar. Estoy cansada. Me siento agotada. No he dormido mucho, preocupada por lo que pasó entre Ethan y yo, lo cual es estúpido. Estoy segura de que él no ha perdido ni un minuto de sueño por mí.





Probablemente ya me ha olvidado.

—¿Te arrepientes, Katherine? —pregunta luego de unos tranquilos minutos.

—¿De qué? —cuestiono con cautela.

—De ir a una cita con Ethan. Dejarlo besarte. Invitarlo a tu casa. —Le conté todos los detalles y ella casi no había pestañeado. Ahora me hacía dudar de mis elecciones—. ¿Estás pensando que tal vez no deberías haber hecho eso?

—Me alegro de haberlo hecho —digo honestamente—. No podía quedarme encerrada en mi casa para siempre, dejando que la vida pase.

—Buena respuesta. —Sheila suena orgullosa—. ¿Qué hay de la entrevista? ¿Sigues de acuerdo con tu decisión?

—Has oído hablar de la película —digo, mi voz plana.

La Dra. Harris asiente pero no dice una palabra.

"No me gusta la idea de otra cursi película para televisión sobre mi secuestro, pero no puedo detenerlo. —Me incorporo y me encojo de hombros—. Lo hecho, hecho está.

—Tu actitud es muy sana. —Sonríe—. Mucho más sana de lo que era hace sólo un par de semanas. Creo que has progresado.

La esperanza se enciende dentro de mi pecho. Necesitaba escuchar esto. Necesitaba ver que alguien más cree en mí, no sólo algún miembro de mi familia. Esperaba que Ethan me diera el mismo apoyo, pero me había equivocado.

Tomando una respiración profunda, me lanzo al último tema del que quería hablar durante nuestra sesión.

—He estado pensando en alguien. —Toco el brazalete que Will Monroe me dio, frotando mi pulgar sobre el colgante del ángel de la guarda, a lo largo de cada cresta de sus alas—. Alguien de mi pasado.

—¿Quién?

—Will Monroe.

Su expresión permanece neutral pero veo la ligera llamarada en sus ojos. Nadie entiende por qué estoy tan interesada en Will, por qué siento la necesidad de hablar de él. Creo que todos desearían que lo olvidara. —¿Qué hay de él?

Mi familia nunca lo entendió. Sheila probablemente tampoco lo haría.



—Es la verdadera razón por la que estoy viva. No es por mí, o por algo que hice. Siento que le debo algo. Desearía saber dónde está, poder verlo. Hablarle.

—No deberías sentir que le debes nada. *Jugaste* un papel importante en tu regreso —señala, y le doy una mirada. Ni siquiera le molesta—. Quizás le das demasiado crédito.

—Quizás no le doy lo *suficiente*. Ese es el mayor problema. Su nombre rara vez es mencionado debido a quién es su padre. No es justo. No eligió a su familia, a su padre. Nadie debería culparlo por eso. Es un héroe. Will Monroe es *mi* héroe.

Muerdo mi labio, no muy dispuesta a expresar mis más profundas preocupaciones. Que estoy tan interesada en Will últimamente porque conocí a Ethan. Me recuerda a él. Sus características son vagamente similares, pero no tanto. El Will que recuerdo era larguirucho y de estatura promedio, con largo cabello negro y piercings, con una expresión sombría y una mirada intensa, como si lo viera todo y lo odiara. Un chico que rara vez sonreía.

Un chico que no tenía ninguna razón para sonreír.

Ethan tiene una personalidad diferente, una mejor actitud, pero es un salvador. Como Will. Si Sheila supiera que los comparaba, trataría de analizar la situación, y yo estaría abriendo una nueva lata de gusanos.

Puedo escucharla tecleando en su iPad a lo lejos y me gustaría nunca haber sacado a Will a colación. Él es un tema sensible. Siempre será un tema sensible.

Y odio eso.

Arrepentimiento se desliza sobre mí y tiro tan fuerte del colgante de mi brazalete que lo siento ceder, el ángel de la guarda ya no está conectado a mí brazalete sino yaciendo en mi palma. Lo miro impotente, molesta por haberlo roto tan casualmente, después de tantos años. Debería haberlo sabido mejor, haberlo *cuidado* mejor. El colgante del ángel es frágil.

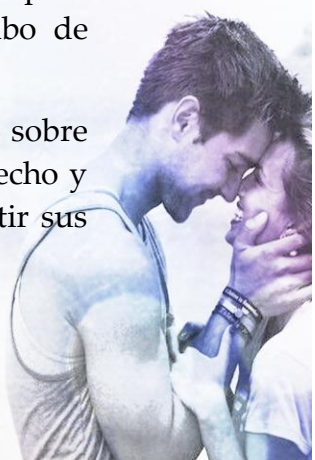
Como mi corazón.

—¿Has hablado con él? —pregunta Sheila.

—Will Monroe no se encuentra en ninguna parte. —Lágrimas pinchan las esquinas de mis ojos cuando veo el bello ángel que representaba tanto para mí—. Me dio esto. —Sostengo el colgante hacia ella—. Yo sólo... acabo de romperlo.

Las palabras salen y es mi turno de *romperme*. De llorar. Me doblo sobre mis rodillas y sollozo, dejando las lágrimas caer descuidadamente, mi pecho y cabeza doliendo mientras aprieto el colgante, tan fuerte que puedo sentir sus

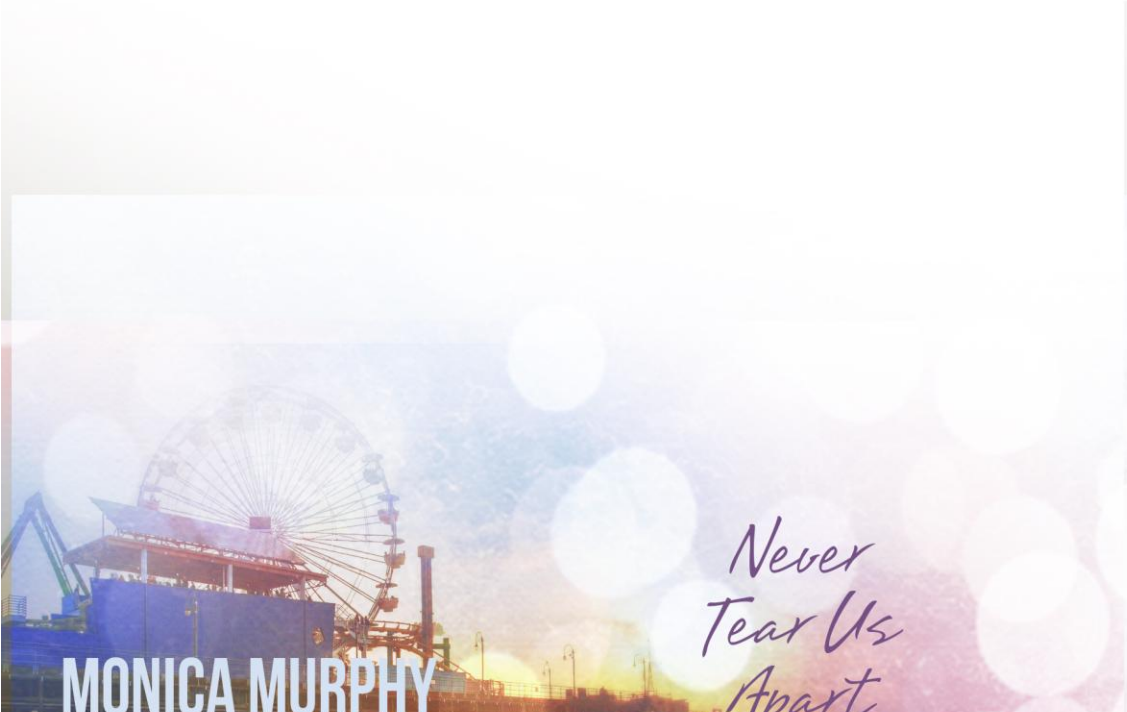


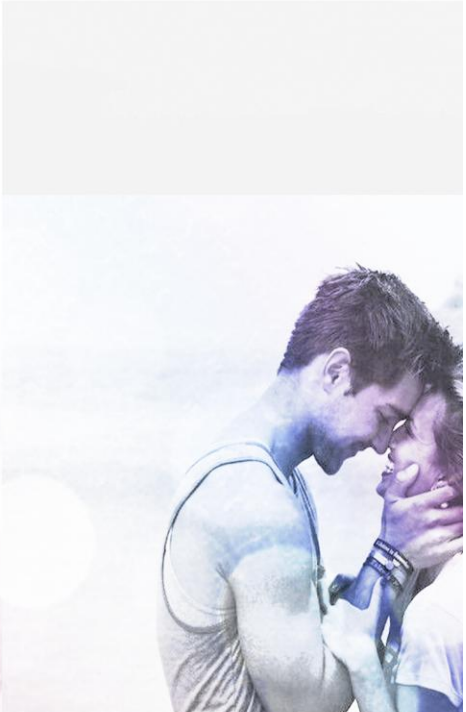


bordes presionarse contra la piel de mi palma. Lloro por mí, por mi familia, por ese estúpido y ridículo hombre Ethan que me ignora y no merece mis lágrimas.

Sin embargo, la persona por la que más lloro es Will Monroe.

Y él no tiene ni idea.





53

Ahora

Traducido por Dannygonzal

Corregido por Miry GPE

Katherine

El mensaje llega tres días después, aparentemente de ningún lado.

Quiero que salgamos esta noche.

Mordiéndome el labio inferior, mis dedos merodean sobre el teclado de mi teléfono, insegura de cómo responder. Debería decirle a Ethan que se vaya al infierno. Lo mejor que podría hacer sería no responderle nada.

Pero no puedo ignorar el deseo que siento al sólo ver sus palabras en una burbuja de mensaje. Claramente soy más débil de lo que pensé.

Débil por Ethan.

¿Qué tienes en mente?

Inmediatamente responde y sonrío ante su respuesta.

El concierto de un cliente. Una banda pequeña tocando en un club. Será divertido.

Totalmente fuera de mi elemento. Nunca he asistido a un concierto. No siempre lo hago bien en las multitudes. Esto podría ser la fórmula para un desastre. Debería decir que no.

No lo hago.

¿Qué hora estás pensando?

Es como si mis dedos tuvieran mente propia.





¿Te recogería en tu casa alrededor de las 8? El concierto no comienza hasta las 10 y es aquí. En el centro.

Di que no. Dile que tienes otros planes. Dile que no te interesa salir con un chico tan indeciso. Mereces más. Mereces algo mejor. Puedes resistirte a él. De verdad puedes.

Suena bien. ¿Qué debería usar?

Su respuesta ni siquiera un minuto después me hace sonreír tanto que casi duele.

Algo sexy.

Y eso es el por qué no puedo resistirme a él. Por qué le permito que juegue con mis emociones a pesar de su mala conducta. Me gusta. Permitirle entrar en mi vida no fue fácil, y no iba a echarlo porque no es perfecto. Eso es ridículo.

Absolutamente ridículo.

Me recogió cuando no tenía que hacerlo, y lo aprecié. Estimé incluso más la forma en la que se veía cuando lo encontré en mi entrada. Con una camisa de manga larga que de alguna forma definía cada músculo de sus brazos y su pecho, y unos pantalones oscuros ligeramente sueltos que, aun así, moldeaban sus fuertes muslos. Su cabello cortado recientemente aunque un poco largo en la cima y una barba incipiente de dos días. Una total contradicción.

Una muy sexy contradicción.

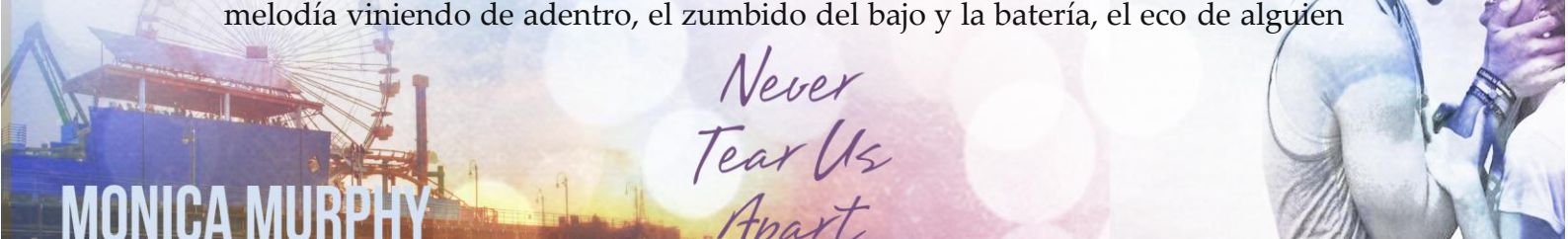
Su mirada de aprecio mientras me observaba liberó una ráfaga de mariposas recién descubiertas en mi estómago, y la sangre fue a mis mejillas cuando murmuró—: Tomaste mi sugerencia al pie de la letra, ¿no, Katie?

Nunca antes me vestí sexy para nadie y no estaba segura de sí mi vestuario era lo suficientemente atractivo. Usé los pantalones más apretados que tenía y una sencilla camiseta negra, pero me puse un abrigo antes de irnos, considerando que hacía frío. Dejé mi cabello suelto, así caía en ondas naturales sobre mi espalda y me puse aretes plateados en forma de aro, joyería que mi hermana me dio hace dos navidades y que nunca usé.

Me sentía una persona diferente. Una nueva yo. Una mujer que se vistió para un hombre y que fue capaz de hablar con él los noventa minutos de viaje con facilidad. Quien se rio e hizo bromas, y ni una vez preguntó el por qué no envió mensajes o llamó.

La noche comenzó de forma positiva, no quería arruinarlo.

—¿Qué tipo de música toca la banda? —pregunto mientras nos dirigimos a la entrada del club. El estacionamiento se encuentra lleno y ya puedo oír la melodía viniendo de adentro, el zumbido del bajo y la batería, el eco de alguien



cantando en un micrófono. El aire de la noche es fresco e inunda mi piel, haciéndome temblar; me arrepiento de dejar mi suéter en el auto de Ethan.

Pero sabía que tendría calor usándolo dentro, así que realmente no tenía opción.

—Tienen un sonido *grunge* de los noventas. Tomaron mucho de *Soundgarden* y de *STP*. —Ante mi mirada en blanco, Ethan continúa—: *Stone Temple Pilots*. No me digas que nunca has oído sobre ellos.

Lentamente sacudo la cabeza. —No escuché mucho *grunge* de los noventas. Es de antes de mi época. *Kurt Cobain* murió el año en que nací.

Él se ríe. —También antes de mi época, pero los descubrí cuando tenía catorce, quince a lo mucho. —Una sombra cruza su rostro, su exuberante boca se frunce—. Música oscura para un niño oscuro.

—¿Fuiste un niño oscuro? —Me le acerco más, arrastrada por su calidez. El calor de su cuerpo se extiende, llamándome como una sirena, y deseo tener la valentía suficiente para envolver mi brazo a su alrededor y absorber algo de ese delicioso calor.

—Sí. —Su boca se aprieta y baja la mirada hacia mí, deteniéndose—. ¿Frío?

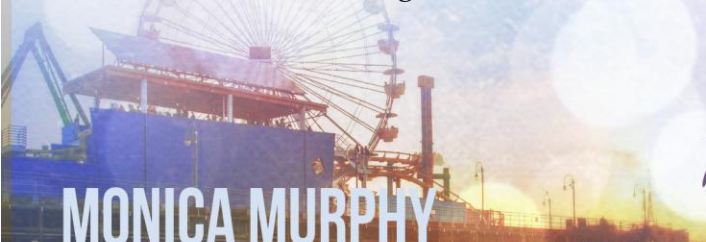
Otro temblor me atraviesa en el momento exacto en que pregunta. —Más o menos —murmuro.

Hace exactamente lo que deseaba poder hacer. Sin pensarlo, desliza un brazo alrededor de mi cintura y me jala hacia él, encajando perfectamente bajo su brazo. —Por suerte no hay fila en la puerta. Una vez entremos, será como un sauna. Estarás contenta de usar la camiseta.

En minutos de estar en el club, Ethan sostiene mi mano cuando me dirige por el área del bar hasta el frente, acercándome para murmurar en mi oído, preguntándome si quiero algo de beber. No tomo mucho alcohol y esta noche quiero mantener mi mente clara, así que digo que no. Ordena una cerveza, asegurándome que sólo tendrá una ya que tiene que llevarme a casa.

No digo nada. Sólo miro alrededor del bar, asimilando la variedad de personas aquí. Jóvenes y viejos, algunos vestidos como nosotros, otros usando ropa extravagante, me pregunto si están disfrazados. Una chica tiene un aro gigante que cuelga de su nariz. Dos chicos de pie en una esquina, sus manos tan ocupadas como sus bocas. Otra chica camina cerca, es más o menos de mi edad, el vestido que tiene es corto y puedo garantizar que veré la parte trasera de su ropa interior al pasar.

Nop. En realidad veo la mitad de sus nalgas. Así que… no tiene ropa interior. Tragando duro, sacudo la cabeza.







Nunca he visto algo así, me siento como una niñita mirando boquiabierta.

La banda que abre ha terminado su actuación, y los clientes de Ethan ya se encuentran sobre el escenario afinando sus instrumentos, el toque de la guitarra es alto y chillón. Hago una mueca, mi mirada se encuentra con la de un hombre de pie ni siquiera a seis metros de nosotros. Mi mano aún sujeta a la de Ethan. Claramente estoy con él esta noche, pero el guiño coqueto y la sonrisa pícara que el hombre me envía me llena de un miedo irracional.

Me alejo, presionando mi mejilla contra el bíceps de Ethan mientras cierro los ojos y aspiro profundamente su esencia embriagante. No me gustó la forma en que ese tipo me miró. Como si fuera un pedazo de carne expuesto sólo para él. Tal vez vestirse sexy para un hombre no es del todo tan bueno como pretende ser…

—¿Estás bien? —Levanto la mirada para encontrar a Ethan observándome, su ceño fruncido con preocupación, la botella de cerveza sujeta en su mano. No respondo, sólo le ofrezco una sonrisa tranquilizadora. Sonríe en respuesta, aunque aún veo la inquietud en sus ojos—. Vamos a ver si podemos encontrar una mesa.

Sin una palabra dejo que Ethan me guíe a la parte trasera del club, donde hay una sección rodeada de mesas y sillas, todas llenas. El área abierta frente al escenario está atestada de espectadores, la mayoría mujeres, muchas de ellas escasamente vestidas y gritando cosas obscenas a los chicos sobre el escenario.

—Tienen unas fuertes seguidoras femeninas —dice Ethan, su boca retorcida en una sonrisa burlona, justo cuando una voz femenina grita—: ¡Quiero que me folles, Marty!

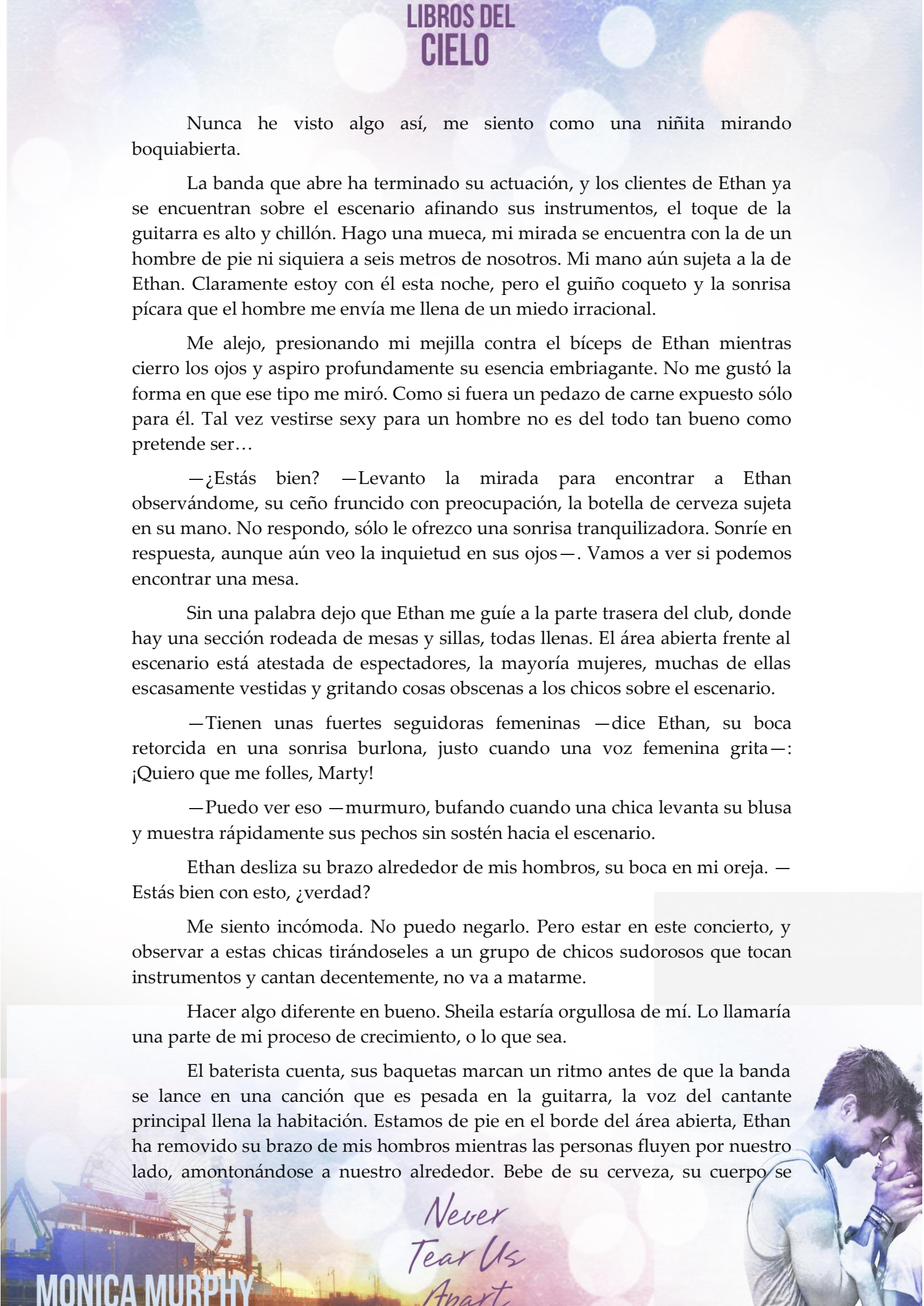
—Puedo ver eso —murmuro, bufando cuando una chica levanta su blusa y muestra rápidamente sus pechos sin sostén hacia el escenario.

Ethan desliza su brazo alrededor de mis hombros, su boca en mi oreja. —Estás bien con esto, ¿verdad?

Me siento incómoda. No puedo negarlo. Pero estar en este concierto, y observar a estas chicas tirándoseles a un grupo de chicos sudorosos que tocan instrumentos y cantan decentemente, no va a matarme.

Hacer algo diferente en bueno. Sheila estaría orgullosa de mí. Lo llamaría una parte de mi proceso de crecimiento, o lo que sea.

El baterista cuenta, sus baquetas marcan un ritmo antes de que la banda se lance en una canción que es pesada en la guitarra, la voz del cantante principal llena la habitación. Estamos de pie en el borde del área abierta, Ethan ha removido su brazo de mis hombros mientras las personas fluyen por nuestro lado, amontonándose a nuestro alrededor. Bebe de su cerveza, su cuerpo se



mueve lentamente al ritmo, y yo sólo puedo estar allí incómodamente, sintiéndome insegura.

¿Qué hacer, qué decir, cómo moverme? Nunca he bailado mucho, al menos no públicamente. Nunca he hecho mucho de nada. Parece que mi vida tuvo un alto a mis casi trece años y no me permití experimentar mucho de nada.

¿Qué tan triste es eso?

Recuerdo todas las veces que salté alrededor, en la privacidad de mi habitación, sacudiendo las caderas al ritmo de las canciones de *Katy Perry*. Nunca fui a una escuela de baile, pero veía suficientes videos musicales en *YouTube* para imitar algunos movimientos. Podía hacer esto si pudiera soltarme. Dejar todas las preocupaciones, las dudas, la vergüenza y sólo… ser.

Resolución lentamente me llena y me enderezo. Si quiero bailar, debería bailar. Y si quiero sentir las manos de un hombre sobre mí mientras me muevo con el ritmo, no debería sentir vergüenza. Soy una mujer adulta con… necesidades.

Sí. *Necesidades.*

La canción termina y la multitud ruge en aprobación. La banda no duda, va a otra canción, y volteo para mirar a Ethan, excitación pulsa en mis venas mientras me acerco a él, mi mano en su hombro. —Llévame al frente del escenario —le grito, esperando que pueda oírme sobre el ruido.

—¿Qué? —Frunce el ceño, parece confundido, sus ojos se entrecierran detrás de sus gafas.

Es tan adorable. Traerme aquí esta noche rápidamente compensa su mala conducta de antes.

—Quiero estar más cerca del escenario —grito de nuevo, haciendo énfasis en cada palabra.

Mira hacia la multitud alineada frente al escenario. —Está lleno.

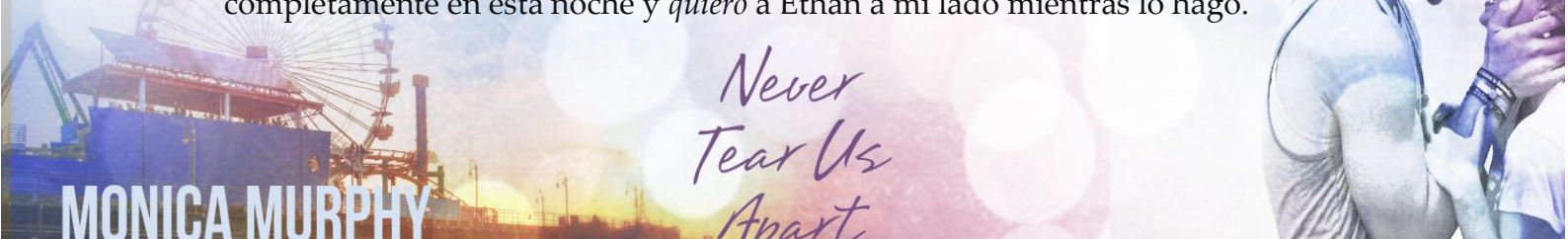
Me encojo de hombros. —¿Y?

—Caliente. Sudoroso. —Olfatea el aire—. Y alguien está repartiendo marihuana.

Drogas y alcohol, todo mientras escuchan tocar en vivo a una banda. Esta noche es como nada que haya experimentado en mi vida. —No me importa. No es como si fuera a fumarla.

Comienza a reírse. —¿Estás segura de que quieres ir ahí?

Asiento, mi cabello deslizándose contra mi cuello húmedo. El calor ya llega a mí pero no me importa. Quiero experimentar esto. Quiero sumergirme completamente en esta noche y *quiero* a Ethan a mi lado mientras lo hago.



Me toma de la curva del codo y me lleva a la multitud. —Entonces hagámoslo.





54

Ahora

Traducido por Jan Cole

Corregido por Lynbe

Ethan

Nunca antes he visto a Katie así. Tan extrovertida y cálida, su flexible cuerpo se balancea al ritmo de la música mientras me paro detrás de ella, mirando a cada hijo de puta que se acerca demasiado. Estamos de pie tan cerca del escenario como podemos, justo enfrente de un parlante, así que la música es extra fuerte. No hay punto en hablar, no nos podríamos escuchar el uno al otro, y además, no se necesitan palabras.

Nuestros cuerpos hablan lo suficientemente alto.

Soy un idiota por acercármele cómo lo hice, como si nada hubiese pasado entre nosotros hace unos días. Pero la necesidad de verla, olerla, tocarla era tan fuerte que no pude resistirme. Pasar tantas horas sin hablarle fue tortura pura. Tenerla así ahora, con las manos colocadas en sus caderas, su esencia envolviéndome y haciéndome volar más alto que esos idiotas pasándose el porro a unos metros a nuestra izquierda, es estar en el cielo.

O en el infierno. No puedo decidir cuál aún.

El grupo casi termina y la banda se guarda una de sus canciones más populares para el final. La multitud se vuelve loca con aprobación cuando escuchan el comienzo y Katie salta de arriba abajo, gritando con ellos. Mira sobre su hombro, enviándome una dulce sonrisa, y no quito las manos de sus caderas. De hecho, la jalo más cerca, su espalda al ras de mi pecho, su trasero situado contra mi entrepierna. Su cuerpo se tensa un poquito, puedo sentir su incomodidad, y luego lentamente se relaja.

Su confianza en mí es humillante.





La multitud se pone salvaje a nuestro alrededor pero no me muevo. Le quito el cabello húmedo de la nuca y presiono la boca allí. Un suave pero prolongado beso en delicada y suave piel que nunca ha sido tocada por otro. Sólo por mí. Un estremecimiento pasa por ella, e inclina la cabeza hacia adelante, como si pidiera más, y se lo doy.

Más besos, suaves y hambrientas presiones de mi boca contra su febril piel. Un sonido se le escapa, lo escucho incluso con la banda tocando y la gente gritando. Un sexy murmullo mientras inclina la cabeza a un lado, permitiéndome darle un vistazo a su rostro. Sus ojos están cerrados, sus labios abiertos, sus mejillas rojas.

Tan sexy.

Las firmes riendas de mi control se deslizan. La necesidad por Katie crece y me pongo duro. No quiero asustarla. No quiero presionarla demasiado, pero está increíblemente hermosa así. La he deseado por lo que se siente como una eternidad y ahora que la tengo, los dos actuando normal, no quiero perderla.

A pesar de las campanas de advertencia replicando en mi cabeza, a pesar de saber que sé que tiento a los problemas y podría terminar hiriéndonos a ambos, *no puedo* parar. Han sido años de esto cocinándose.

Toda una vida de preguntas. De esperar. De necesidad.

Dejo que una mano se deslice de su cadera a su parte delantera, extendiendo los dedos ampliamente en su estómago. Se mueve contra mí, la sensación de su trasero contra mi erección casi hace que mis ojos se crucen. Juego con el dobladillo de su camiseta sin mangas; decidiendo mandarlo todo al infierno, deslizo un dedo bajo la tela, encontrando nada más que la piel caliente de su vientre.

Se queda sin aliento, los músculos de su estómago se contraen, y me mira sobre el hombro, encontrando mis ojos. Le pido permiso sin decir una palabra, necesitando este momento con ella, queriendo la conexión piel a piel. Si pudiera, la tocaría en todas partes. Le quitaría la ropa, acariciaría su cuerpo, usaría la boca y manos para darle placer. Para hacerla olvidar cada cosa fea que le ha pasado alguna vez.

Katie sigue mirándome y yo me inclino hacia adelante, presionando la boca contra la suya en un beso breve. Se gira hacia mí, sus manos van a mi pecho, su cuerpo se presiona contra el mío mientras toma la iniciativa con el beso esta vez. Nuestras bocas se encuentran hambrientas, nuestras manos agarradas a la vez que la multitud se mueve a nuestro alrededor, el pesado ritmo de la canción parece seguir el compás de nuestros besos.



Me aparto primero, necesitando recuperar el aliento y calmar mis pensamientos; se aleja, tomándome la mano y guiándome a través de la multitud.

La sigo ciegamente, inseguro de adónde nos lleva. Gritos y aplausos estallan a nuestro alrededor mientras el cantante líder, Jay, anuncia que han terminado esta noche. Es mentira. Los he visto antes. Tocarán otra canción, tal vez dos, antes que finalmente se retiren. La multitud lo sabe y ninguno mueve un musculo.

Eso me da tiempo. Tiempo a solas con Katie.

Cuando de algún modo terminamos en un pasillo oscuro, cerca de los baños. La presiono contra la pared, mis manos en su cintura, sus manos en mi cabello, y continuamos donde lo dejamos. Con las bocas abiertas y las lenguas salvajes. Gime, un pequeño y sexy sonido grave que me vuelve loco de deseo, y mis manos van debajo de su camiseta, agarrando piel desnuda, moviéndose hacia arriba, codiciosas como siempre.

Katie me vuelve codicioso. Me hace desear lo que no debería tener.

Murmura mi nombre contra mi cuello después de separarnos por aire, su boca contra mi piel, su aliento caliente irradiando por mí. La acerco más, mis manos caen a la parte trasera de sus muslos para poder levantarla. Sus piernas van automáticamente alrededor de mis caderas, como si fuera lo más natural del mundo, y la presiono contra la pared. Inclino la cabeza hacia atrás al momento exacto que sus ojos se abren y nuestras miradas se encuentran, la mía llena de preguntas.

La suya llena de incertidumbre. De *deseo.*

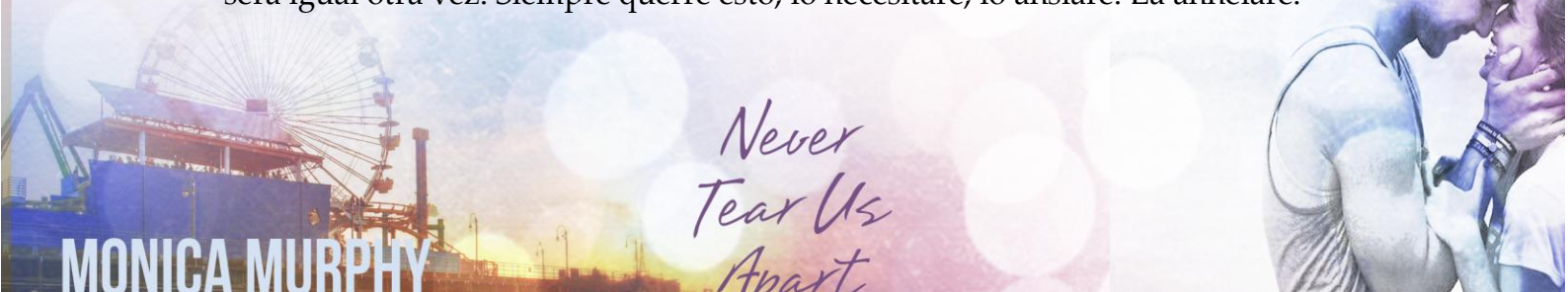
Katie se lame los labios y yo me trago un gemido que desea escapar. Es naturalmente atractiva y no tiene ni idea de lo que me hace.

—¿Quieres que me detenga? —pregunto, sonando torturado. Lo haré. Me detendré por ella. Lo que sea que quiera se lo daré, sin preguntar.

Sacude lentamente la cabeza y yo me muevo más cerca, el triunfo hace que mi corazón se ilumine, la sensación de su cuerpo presionado tan cerca del mío hace que mi cabeza dé vueltas. —No —susurra.

Ese es todo el permiso que necesito. La beso, me sumerjo en ella, exploro su boca con la lengua, rastreo su cuerpo con las manos, y se arquea contra mí. No me detiene cuando debería detenerme. No me dice que *no* cuando debería escuchar esa palabra una y otra vez.

Lo que hago está mal. Pero se siente tan jodidamente bien, sé que nunca será igual otra vez. Siempre querré esto, lo necesitaré, lo ansiaré. La anhelaré.



Los minutos pasan. Largos y embriagantes minutos llenos de besos, toques, jadeos y suspiros. La gente nos pasa pero la ignoramos. Katie se pone rígida una, dos veces, consciente de que nos encontramos en público y dando un espectáculo, pero estamos muy metidos en las sombras al final del pasadizo. No afuera en la multitud frente al escenario.

La banda ha terminado, escucho a Jay gritar un entusiasta "buenas noches", y el aire cambia. Se transforma. Lleno con el fuerte olor a sudor y licor, perfume y colonia mientras la multitud se dispersa, yendo hacia los baños, de los cuales no nos hallamos muy lejos.

Katie termina nuestro beso, su respiración es irregular, su pecho sube y baja contra el mío, sus senos me tientan. Pero me freno, relajándome y esperando que no sea todo por esta noche.

—Eso fue… —Su voz se desvanece y se muerde su hinchado labio inferior, su mirada me encuentra renuentemente. Sus mejilla sonrojadas, su expresión es tímida, y más que nunca quiero devorarla.

—¿Impresionante? ¿Asombroso? ¿Increíblemente maravilloso? —Ofrezco sugerencias, junto nuestros labios para otro prolongado beso.

Puedo sentir la sonrisa que curva sus dulces labios. —Loco —susurra—. Hay tanta gente aquí.

—No nos notaron. —Sus piernas siguen flojamente envueltas alrededor de mis caderas, nuestros cuerpos presionados. Me aparto de su boca y le toco la mejilla, pasando la yema de los dedos por su suave y satinada piel—. Debería llevarte a casa.

Sus ojos cambian de color, si eso es posible, tornándose de un oscuro azul profundo. —Sí —concuerda—. Deberías.

Miro al extremo del pasillo, el cual conduce a detrás de los tablones. —Debería ir a felicitar a Jay por el concierto. ¿Quieres acompañarme detrás del escenario?

Niega lentamente. —Está bien. Yo, mmm, necesito usar el baño antes de irnos.

Inquietud se desliza por mi columna. No quiero dejarla sola. Ni por un minuto. *Hablando de sobreprotección*. —¿Segura? Puedo esperarte.

—La fila es súper larga en el baño de mujeres. —Hace un gesto con la mano a la fila, la cual va por el pasillo y sale al salón principal del club—. Para cuando termines de hablar con tu amigo apenas habré entrado al baño.

Acuno sus mejillas e inclino su cabeza hacia atrás para que nuestras miradas se encuentren. —¿Estás segura?

Asiente, sonriendo. —Soy una chica grande, Ethan. Puedo ir al baño sola.



Los detalles de cómo mi padre la secuestró llenan mi mente. La similitud de la situación no pasa desapercibida, pero… tiene razón. Es una mujer de veintiún años complemente capaz de cuidarse sola. No una niña ingenua quien cree todas las mentiras que un extraño le dice.

—De acuerdo. Ya vuelvo. —La beso prolongadamente—. Si estás lista antes que yo, espérame justo aquí. Este será nuestro punto de encuentro.

Asiente, con la mirada pegada a mis labios. La necesidad de volver a besarla es abrumadora. —De acuerdo —murmura.

No me muevo hasta que la veo en la fila, luego voy por el pasillo hacia detrás del escenario. El guardia de seguridad me detiene y le digo quien soy, sabiendo que estoy en su lista. Me permite seguir y voy a buscar a Jay y al resto de los chicos, listo para darles un breve cumplido y un gracias antes de salir rápidamente de allí y volver con Katie.

El cambio en ella esta noche fue increíble. Impresionante. Está abierta, tórrida y sexy, me permite hacer todo lo que quiero. Al punto de impactarme, si soy honesto conmigo mismo. Debería estar molesta conmigo por la manera en que la ignoré. Sin embargo, tratar de hacer lo que es mejor para ella nunca parece funcionar, no cuando se trata de mí.

No puedo resistírmele. La necesidad de estar cerca de Katie, de ver su sonrisa, de oír su voz, de disfrutar de su presencia, es simplemente demasiado irresistible. Sé que está mal, pero estoy cansado de negármelo, estoy tentado a ir tras lo que quiero.

Y lo que quiero es…

A Katie.

En mis brazos. Debajo de mí. Desnuda. En mi cama.

Por siempre.



55

Ahora

Traducido porYure8

Corregido por Lynbe

Katherine

La fila para el baño de mujeres avanzó sorprendentemente rápido y terminé antes de que regresara Ethan. Incluso hice amistad con algunas otras mujeres mientras me encontraba allí formada, todas hablando sobre la banda e intercambiando comentarios sobre cuán sexy pensaban que era el cantante.

Cuando les dije que mi cita conocía a la voz principal, pensé que iban a explotar con envidia. Siguieron hablando sobre ello, incluso llamándome tonta cuando mencioné que había rechazado la oportunidad de ir detrás del escenario.

Pero no me importa el cantante. El único hombre que encuentro condenadamente sexy es Ethan.

Me encuentro de pie esperándolo en el punto exacto en el que me presionó contra la pared, con su boca fusionada con la mía. Recuerdos me inundan, uno tras otro, y sé que el rubor en mis mejillas no es causado por la corriente de aire caliente del edificio.

No puedo creer cuan desenvuelta actué, pero por otra parte... era exactamente lo que quería hacer. Dejarme ir, ser libre, ser normal. Esto es lo que hacen las chicas a los veintiún años, lo que *deberían* ser capaces de hacer. Salen a conciertos en discotecas y bailan. Dejan que sus citas las toquen y las besen. Incluso podrían hacerlo en los rincones oscuros y perderse en el deleite de los labios y lengua de un hombre.

Una sonrisa enrosca mis labios y los toco, acaricio mis dedos sobre mi boca hinchada. El vértigo aumenta en mí y me pregunto si debería invitarlo a



entrar cuando me lleve a casa. No sé si estoy lista para todo eso, pero me siento cerca. Tan increíblemente cerca...

—Hola, hermosa.

Volteo en dirección a la desconocida voz, miro a mí alrededor pero no veo a nadie. Mi corazón se acelera cuando un hombre sale de las sombras. El mismo tipo que me hizo un guiño cuando Ethan y yo llegamos.

La inquietud recorre mi espalda mientras lo observo con cautela.

La sonrisa nunca deja su cara. —¿No vas a decir hola?

Levanto la barbilla, con la esperanza de que no vea el temor que empieza a comerme por dentro. —No te conozco.

—Eso no significa que no puedas saludar a un extraño. —Da un paso más cerca y me presiono contra la pared lo más discretamente posible, deseando que Ethan estuviera aquí. Pero no se encuentra por ningún lado—. ¿Cuál es tu nombre? No creo haberte visto antes por aquí.

No digo nada, contemplando mi próximo movimiento. Podría lanzarme a su alrededor y escaparme, ¿pero qué si me detiene? Ahora que está más cerca, puedo ver el enrojecimiento bordeando sus ojos, su mandíbula y boca lucen ligeramente flojas. Está borracho. Y mirándome como si fuera lo mejor que ha visto en mucho tiempo.

—¿Quieres que te traiga algo de beber? Te ves un poco sola. —Arrastra sus palabras, tropieza con sus propios pies y se ríe—. Ups.

En serio, necesito salir de aquí. —Estoy esperando a alguien.

—¿Quién? —Frunce el ceño—. ¿El idiota cuatro ojos con el que viniste? Podría acabar con ese tipo.

Lo dudo. Ethan tiene unos centímetros más que este baboso, además no está borracho.

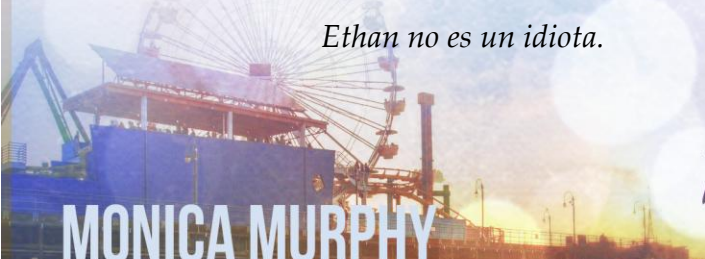
—Además —continúa acercándose aún más—, no está aquí. Por lo que supongo que eres una presa fácil.

Habla de mí como si no tuviera qué responder a eso. Decido correr, separarme de la pared, rodearlo, lista para hacer mi carrera hacia la libertad, pero es más rápido de lo que pensaba. Me jala del brazo y cerca de él, su aliento alcohólico empapa mi cara cuando habla.

—No te muevas demasiado rápido, chica linda. No vas a ninguna parte.

El terror casi congela mi corazón. —Déjame ir. —Trato de salir de su agarre, frustrada de seguir encontrándome en este tipo de situaciones. Como si lo pidiera o algo así. ¿Soy un imán para los idiotas o qué?

Ethan no es un idiota.







El único que conozco que no lo es. Pero lo será si no llega pronto.

—Ven conmigo a la barra. —Es completamente imperturbable. Como si no se diera cuenta de cómo estoy tratando desesperadamente de liberarme de su agarre—. Te compraré una copa.

—No quiero una copa… —empiezo, pero el tipo me suelta el brazo en un instante y cae al suelo con un sonoro golpe, aterrizando a mis pies.

Grito. No puedo evitarlo. Todo sucedió muy rápido, con apenas un sonido, y levanto la vista para ver a Ethan de pie frente a mí, con una expresión de pura rabia, sus manos apretadas en puños a los costados. El hombre yace en el suelo agarrándose la cara, y miro boquiabierta a Ethan, sin saber exactamente dónde golpeó al chico.

—Mantén tus manos lejos de ella —dice, dando al hombre una patada en las piernas. El hombre gime y se hace bolita, con las manos cayendo de su rostro cuando alza la vista hacia Ethan.

—No tienes por qué pegarme, amigo —se lamenta, la piel sensible debajo de su ojo ya empieza a hincharse.

—Entonces deberías haber respetado los deseos de la señorita. Te dijo que la dejaras ir. —Ethan me toma del brazo, su tacto mucho más suave que el de mi agresor, su voz baja y llena de preocupación cuando dice—: ¿Estás bien?

Asiento, incapaz de hablar. Estoy impactada. No puedo creer que Ethan me defendiera de nuevo. Golpeó al chico en la cara sin dudarlo, y lo hizo tan rápido, tan silenciosamente que todavía no puedo creer que ocurriera.

—¿Quieres irte? —Su pulgar roza la piel desnuda de mi brazo y me estremezco, asintiendo de nuevo—. Entonces salgamos de aquí.

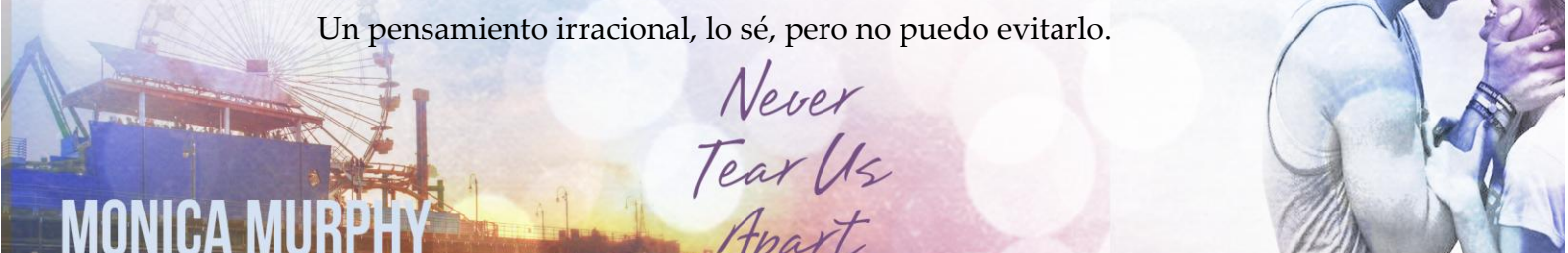
Sabias palabras.

La conmoción me golpea con toda su fuerza durante el viaje, cuando estamos casi en casa. Me pongo a temblar incontrolablemente y me envuelvo en mi sudadera, pero no sirve de nada. No sirve protegerse del frío, de la preocupación o del miedo.

Ese hombre me tocó. Me dijo cosas espeluznantes. Podría haber sido inofensivo, pero me atacó inminentemente el miedo. Una vez más, me pongo en una situación difícil de evadir, y no puedo esperar que Ethan me rescate cada vez.

Le doy un vistazo, veo la forma en que agarra el volante mientras conduce, con la mandíbula como el granito, que por lo general es una exuberante boca dibujada en una delgada línea. Luce furioso. Espero que no esté enojado conmigo.

Un pensamiento irracional, lo sé, pero no puedo evitarlo.



—Me siento fatal, Katie —dice finalmente. Hemos estado en silencio la mayor parte del camino, tuvimos una pequeña charla innecesaria hasta que finalmente fingí dormirme, así no tendría que hablar más. No es que estuviera enfada con él o le echara la culpa de lo sucedido. Sólo que no sabía cómo reaccionar. Cómo comportarme.

Todo es un gran lío, y siento como si fuera mi culpa.

—¿Por qué? —pregunto, mi voz pequeña.

—No debí dejarte sola, ni siquiera por un minuto. —Su tono es sombrío, como el conjunto de su expresión—. Ese idiota se te lanzó sólo porque pensaba que estabas sola.

—Tengo que enfrentar ataques ocasionales de idiotas, Ethan —digo—. Es parte de la vida.

—Te puse en esa situación. —Suena torturado.

—No, no lo hiciste.

—Te traje al club. Te dejé sola.

—Te dije que estaría bien —contrarresto.

—Pero *no* lo estabas —dice, señalando lo obvio.

—Podría haberlo manejado —le respondo, odiando la incertidumbre en mi voz. ¿Podría haberlo manejado? No lo sé.

Y odio eso. La duda. Cuelga sobre mi cabeza constantemente.

—¿Realmente lo crees? —Me envía una mirada llena de incertidumbre.

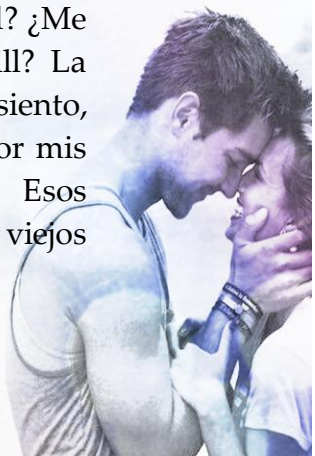
Mi sangre empieza a hervir. Ahora estoy enfadada. No tiene fe en mí. Aunque no debería sorprenderme, teniendo en cuenta que no tengo fe en mí misma. —No puedes correr y ser mi héroe cada vez, Ethan. No siempre necesito ser rescatada.

—¿Sí? No me había dado cuenta.

La ira estalla. Presiono mis labios y cruzo los brazos; mi mente es un torbellino constante mientras permanecemos en silencio por el resto del camino. Si cree que lo estoy invitando a casa después de esta discusión, está equivocado. Estoy muy enfadada, muy molesta ante sus dudas, ante *mi* propia duda.

A medida que nos acercamos más a mi casa, pienso en mis sesiones de terapia con Sheila. Cómo cree que quiero un héroe en mi vida. ¿Es verdad? ¿Me atrae Ethan porque comparte las mismas cualidades de héroe que Will? La culpa me envuelve y presiono la parte trasera de la cabeza contra el asiento, cerrando los ojos. Eso no es justo, compararlos. Sintiéndome culpable por mis sentimientos por Ethan. Mis persistentes sentimientos por Will. Esos sentimientos persistentes no significan nada; sólo están basados en viejos





recuerdos que debo eliminar para siempre. Busco mi pulsera, luego recuerdo que la rompí, y la decepción se estrella en mí.

Creo que he mordido mucho más de lo que puedo masticar.

En el momento en que Ethan aparca su coche delante de mi lugar, lo apaga, el motor caliente sellando la tranquilidad de la noche. Lo siento viéndome y abro los ojos para encontrar su profunda mirada que parece ver directamente a través de mí. —Nunca me has dicho lo que te pasó. En tu pasado.

Me asombro. ¿Quiere hablar de esto *ahora*? ¿De verdad? Bueno, tal vez la verdad nos hará libres a ambos.

—¿No me has buscado?

Ethan sacude lentamente la cabeza.

Medio esperaba que lo hiciera, para no tener que decirle nada. Pero a la vez, teniendo el control de la información, no tengo que contarle todos los detalles. Podrá buscarlos más adelante, pero por lo menos en esta primera conversación, tengo el control. Tomando una respiración profunda y temblorosa, decido acabar con esto. —Cuando era más joven, fui… fui violada.

Las palabras caen en el aire, instalándose entre los dos, y aprieto los labios, agradecida de que acabo de decirlo… eso está ahí. Espero las repercusiones, espero que diga lo que todos piensan, pero no comenta nada.

Nada en absoluto.

Deja de mirarme, con la mandíbula aún más tensa, las manos ligeramente en reposo una vez más sobre el volante. Decido continuar.

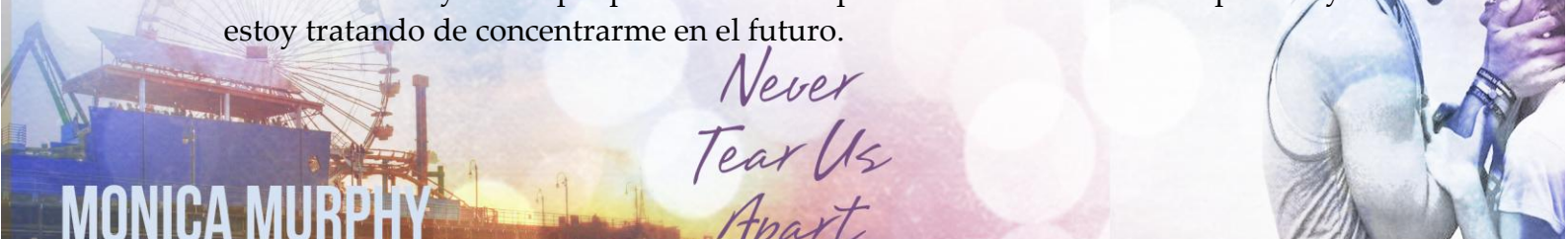
"Tenía casi trece años. Sucedió en el parque de atracciones donde nos conocimos. Ahí es donde él… me secuestró. —Entonces se gira, su mirada en la mía de nuevo, y sólo nos miramos el uno al otro—. Fue… fue horrible, lo que hizo.

Destellos de dolor pasan por su rostro y libera el volante, casi como si quisiera llegar al otro lado del coche y tocarme. Me recuesto en mi asiento, sin querer sentirlo, sin querer nada de él a medida que sigo hablando.

"Pero ahora estoy bien. La mayoría de las veces. Lo intento. Para tratar de avanzar. Ha sido un largo tiempo, pero no es una cosa fácil de superar.

—Yo… yo estoy seguro que no lo es. —Su voz es un graznido, su mirada oscura—. Katie, yo…

Levanto mi mano para hacerlo callar. —No digas nada. No me digas que lo sientes, no pienses que es necesario ofrecerme consuelo o algo por el estilo. Ocurrió. No hay nada que podamos hacer para cambiarlo. Está en el pasado y estoy tratando de concentrarme en el futuro.



—¿Cómo te va con eso? —Cuando lo miro extrañada, aclara—: Con la superación.

—Es un proceso de un día a la vez —admito—. Algunos días son buenos. Otros, no tanto.

Asiente, al parecer satisfecho con mi respuesta.

—¿Esto te hará aún más sobreprotector? —pregunto, necesitando saberlo. Curiosa por conocer su reacción. Nunca le he dicho a un hombre lo que me pasó. Camino en un territorio desconocido.

Me mira fijamente, como si no supiera cómo responder.

"Porque ya eres bastante sobreprotector. Siempre corriendo y salvándome.

—¿Eso es malo? —Frunce el ceño.

Me encojo de hombros. —Lo es si llego a ser demasiado dependiente de ti. —Comienza a decir algo, pero lo interrumpió una vez más—: Temo que esto pueda ser demasiado para ti, Ethan.

—Déjame ser quien juzgue eso —dice.

El alivio que se arrastra sobre mí es fugaz. No sé si realmente puede manejar esto. Todavía no sé si *yo* puedo manejar esto. Una relación después de todo lo que me ha pasado parece tan descabellada, tan difícil de imaginar.

—Tal vez necesitamos un... tiempo. Algo de distancia —sugiero, con la esperanza de que discuta conmigo. Que decline.

Estúpido pero cierto.

—¿Eso es lo que quieres, Katie? —Alcanza mi mano y la agarra sin apretar. Demasiado suave. Quiero sentir su palma presionada contra la mía, nuestros dedos entrelazados. Quiero que me tire hacia él y me dé un beso como lo hizo contra la pared en el club.

Pero ahora me tratará de manera diferente. Como si fuera un trozo de vidrio frágil que podría romperse en cualquier momento.

—Podría ser lo mejor —digo tentativamente—. Sólo por poco tiempo. Sé que estás ocupado y que podrías necesitarlo para pensar esto. Lo que te dije.

Me mira fijamente, con los labios separados, los dedos enrollándose en los míos. —Te daré todo el tiempo que necesites. Lo que quieras. —Como si supiera que soy yo quien necesita ese tiempo, no él.

Creo que puede que tenga razón.



56

Ahora

Traducido por Verito

Corregido por Lynbe

Ethan

Escucho la voz de Lisa Swanson en mi televisor y es como un déjà vu.

¡Entrevista exclusiva con Aaron Monroe! Escucha su lado de la historia.

Me lleno de disgusto mientras veo el comercial en un estado de semi-shock. Viejas fotos aparecen en una sucesión rápida. Unas de Katie, de mi padre, *mierda*, un par él y yo juntos, y termina con una foto de mi papá ahora. No lo he visto en lo que se siente como una eternidad.

Luce viejo. Delgado. Jodidamente desgastado.

—Tengo cosas que decir. —Infla el pecho, tratando de lucir importante pero fallando. Sólo se ve como un harapiento viejo que ha estado encerrado por mucho tiempo—. Nadie ha querido oír la verdad. Es tiempo de aclarar las cosas.

Creo que voy a vomitar.

Lisa aparece en una última toma, esa pensativa expresión en su rostro en tanto asiente y escucha lo que la escoria de mi padre tiene que decir, relatando la fecha y hora de este espectáculo de mierda que orgullosamente orquestó. Está trabajando en ello. Trabajando duro. Me pregunto si el canal le dará un ascenso por todas estas entrevistas "exclusivas" que está consiguiendo. Apuesto que se cagaría en los pantalones si escucha de mí, si hubiese respondido a ese correo electrónico que me envió. Si me tuviese a mí para contar *mi* lado de la historia, que nadie ha escuchado.

Jamás.



Sin embargo, no pasará. William Monroe está muerto y enterrado. Apuesto que se rindió en tratar de encontrarlo, frustrada por su fracaso.

Me emociona un poco ese hecho en particular.

Ver el comercial de la próxima entrevista me hace saltar. Tengo que encontrar a Katie para asegurarme que esté bien. Sé que dije que le daría tiempo, pero que se joda eso. Esta noticia debe haberla hecho tambalearse. Podría necesitarme durante este difícil momento.

Si te necesitase, ¿no crees que te habría buscado ya?

Ignoro esa criticona voz en mi cabeza.

Retrocedí por su bien, atendiendo su petición, o eso me dije a mí mismo. He repetido en mi cabeza esa noche en el club una y otra vez, preguntándome si fui muy duro y la asusté. Temeroso de que mi golpe a ese chico, que tenía sus manos en ella sin aviso, podría haberla desanimado. Tiende a evitar la violencia. Estaba probablemente disgustada por mi conducta primitiva esa noche. Tenía mis manos por sobre todo su cuerpo, la besé como si quisiese devorarla completamente.

Quería. Mi plan era llevarla a su casa y retomarlo donde lo dejamos. Hasta que ese idiota llegó y arruinó todo.

Quizás *yo* soy el idiota que arruinó todo. Realmente creí que nunca lo sabría.

Pero ahora soy un idiota que quiere asegurarse que esté bien. Olvida todo el asunto de "necesitamos tiempo". La entrevista de mi padre podría herirla. Devastarla por completo, y no puedo permitirlo. Juré que la protegería hace todos estos años, y estoy tratando condenadamente de mantener mi promesa.

No he indagado sobre ella en lo que se siente como una eternidad y abro *Google* en mi computador para hacer una búsqueda rápida, helada impresión se desliza sobre mí otra vez cuando leo uno de los primeros artículos que aparecen en la búsqueda de *Katherine Watts*.

Planifican Película No-Autorizada Basada en el Secuestro de Katherine Watts.

Mierda.

Distancia. Prometí mantener distancia y realmente creí que era lo correcto. Ella creyó que me asustaría por lo que le pasó. Sé que se volvería loca si supiese quién soy yo realmente. Nuestra situación se salió de nuestras manos y no sé cómo arreglarlo. Me siento inútil.

Pero no puedo dejar que esto se extienda más. Necesito asegurarme de que se encuentra bien.







Tomando mi teléfono, le envío un rápido mensaje preguntando si está bien, pero no responde.

Dos horas más tarde aún no ha respondido. Lo que significa que no lo está y probablemente me odia. Debería estar contento con esto. Es lo que quería. Lo que debí hacer desde el comienzo. No necesitaba interferir tanto en su vida. Pero un toque y estaba ido. Pasar tiempo con ella, hacerla sonreír, hacerla reír... quería más de eso. Conocer su sabor, averiguar qué la hace sentir bien, qué le da placer...

Quería todo.

No obstante, desde el momento en que entré a su vida, le traje nada más que desorden. No tenía nada que ver con la película y la entrevista de mi papá, pero sentía que sí. Casi me sentía responsable. Sí, ella se abrió a todo tipo de escrutinio luego de la entrevista con Swanson...

Incluyendo escrutinio de mí parte. Verla en la TV trajo de vuelta todos los recuerdos, todo el anhelo y necesidad olvidados. Tanta necesidad. Tenerla en mi vida una vez más, ambos adultos consensuales, supe desde el momento en que nuestras miradas se encontraron lo que quería de ella. Más que amistad. Más que yo vigilándola y asegurándome de su seguridad.

La quería a *ella*, cuerpo y alma, tanto como necesitaba respirar.

No importa cuán errados son mis sentimientos, no puedo resistirme a ellos. Saber todas las consecuencias potenciales, saber que lo que hago no está bien, que si descubre la verdad se destrozaría, no me detiene. Mis intenciones podrán ser buenas.

Mis métodos son horribles. Deshonestos. Y odio a los mentirosos.

Aun así, aquí estoy… mintiéndole a Katie. A quien quiero proteger. Ella aún no lo sabe, pero es mía.

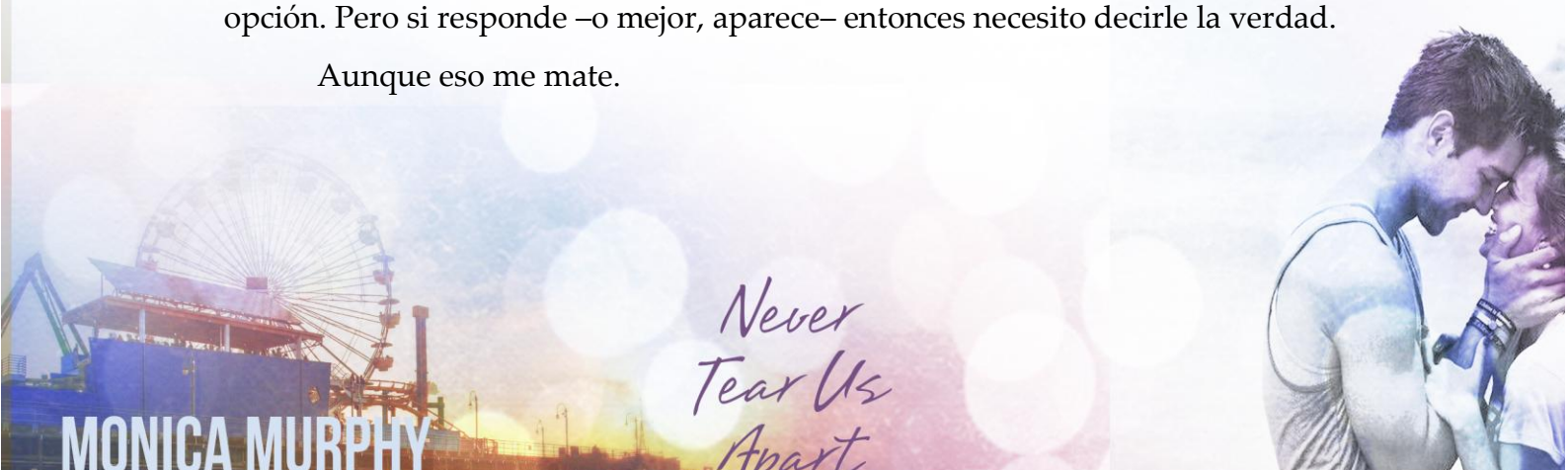
Y a pesar de lo jodido que estoy con esto, no puedo dejarla ir.

Con frustración bullendo a través de mí, tomo mi teléfono otra vez y envío otro texto, sin preocuparme de cuan abrupto sueno. Esperando como el demonio de que hará lo que pido.

La cafetería a la que fuimos por primera vez, encuéntrame a las 3.

Si no lo hace, tendré que dejarla ir de una vez por todas. No tendré opción. Pero si responde –o mejor, aparece– entonces necesito decirle la verdad.

Aunque eso me mate.



57

Ahora

Traducción por johanamancilla

Corregido por Lynbe

Katherine

—No te atrevas a reunirte con él en esa cafetería —resopla Brenna, inclinándose lejos de mi teléfono después de mostrarle el mensaje—. De todas formas, ¿quién se cree qué es, dándote órdenes de esa forma? Exigiendo que se vean sin un *por favor* o *gracias*. Mandándote un mensaje de la nada, después que no saber de él por días, comportándose como el preocupado novio cariñoso. Es un montón de mierda si me preguntas.

Miro fijamente mi celular, medio escuchando la diatriba de mi hermana sobre mi comportamiento mientras reflexiono si debería responderle a Ethan o no. Todo dentro de mí grita que no diga una palabra. O que le diga que tengo otros planes. Después de todo, soy la que le dijo que deberíamos estar un tiempo separados. Es mi culpa que él no se haya puesto en contacto conmigo.

Y realmente pensé que sería mejor si ya no fuera parte de mi vida. Me estaba preparando a mí misma para la decepción. Seguramente habría terminado tarde o temprano, así que ¿por qué no terminarlo ahora? ¿Antes de salir más lastimada?

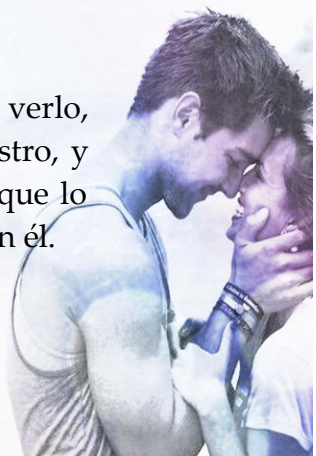
Pero ya lo estoy. Lo extraño tanto que mi cuerpo duele. No puedo seguir con mi vida si él no está en ella. Sólo...

No puedo.

Ese secreto, la parte oscura que quiere y teme su toque, suplica verlo, abrazarlo. *Besarlo.* Sólo ir a esa cafetería, mirar fijamente su hermoso rostro, y escuchar lo que tiene que decir. Entonces sacar algo de coraje y decirle que lo extraño. Que lo necesito en mi vida. Que no puedo seguir de esta forma sin él.







Aunque, ¿lo haría? ¿Ser lo suficiente valiente para revelarle mis verdaderos sentimientos? Quiero serlo, pero no sé si puedo. Apenas lo conozco, aun así tiene este tirón sobre mí que no puedo explicar. No estoy lista para renunciar a él, no importa cuántas veces me aleje.

Y eso me hace sentir débil. Además, alejarlo en esta ocasión tampoco me hizo sentir más fuerte.

—Será mejor que no le respondas —dice Brenna, su voz firme atravesando mis pensamientos en conflicto.

Con un suspiro dejo el teléfono sobre la mesa entre nosotras, jalándolo más cerca cuando Brenna hace como si fuera a quitármelo. —No le responderé, lo juro. —Al menos no en este preciso momento. Aunque no puedo prometer no hacerlo más tarde...

Ugh. Como que me odio a mí misma por siquiera pensar eso.

—Tampoco vayas a encontrarte con él. —Brenna extiende la mano y la coloca sobre la mía, haciéndome encoger. Divertido, cómo me aparto cuando alguien me toca ocasionalmente, incluso alguien como mi hermana. Ese pequeño susurro de pánico inunda mi piel, el que me hace querer retroceder y esconderme. Excepto con Ethan. Con Ethan ha sido todo lo contrario.

Pensarías que no tendría problema con ello después de todo este tiempo, pero de vez en cuando, un toque inesperado casi puede hacer a mi piel erizarse.

—Me parece raro que después de todas las locuras que salieron a la luz en los últimos días, de pronto está enviando mensajes de texto y preguntado si estás bien. Que *en realidad* quiera reunirse contigo —continúa.

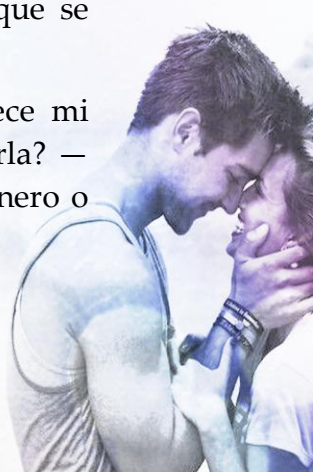
—No creo que sea tan extraño. Le conté brevemente lo que me sucedió, y tiene mi nombre completo. Sólo hace falta una rápida búsqueda y puede averiguar todo lo demás. —Me encojo de hombros, tratando de actuar indiferente, pero por dentro muero de curiosidad. Y miedo. Montones y montones de miedo nervioso. ¿Ethan *me* buscó en internet? De ser así, ¿cuán tolerante será con mi pasado? Los detalles que le di fueron completamente pasados por alto. La verdad de mi secuestro y violación es casi exorbitante para cualquiera que le haga frente.

—Claro, así que cuando indagó sobre ti, probablemente vio las noticias sobre la película no autorizada, y la próxima entrevista televisiva con ese imbécil que te secuestró. —Brenna sacude la cabeza—. Quizá piensa que se volverá famoso porque sale contigo o tan algo estúpido como eso.

Casi quiero reír, pero lo contengo cuando veo cuan seria parece mi hermana. Está defendiéndome. Preocupada por mí. ¿Cómo puedo culparla? —Dudo que tenga algo que ver con eso. No es como que tenga mucho dinero o algo.







—Eres dueña de tu propia casa —señala—. No muchas mujeres en sus veintitantos pueden decir eso.

La casa fue comprada con dinero que heredé cuando nuestro padre murió, así que sólo he vivido allí seis meses. Brenna está aferrándose a su parte hasta que encuentre la casa perfecta para que ella y Mike se muden una vez que se casen.

—No está detrás de ningún tipo de fama o fortuna, Brenna. Suenas ridícula.

—¿Sí, Katherine? ¿De verdad sabes tanto sobre este chico? No lo has tratado por mucho tiempo. —Sé que quiere protegerme, pero estoy cansada de ello. Cansada de todos tratando de encerrarme en una jaula y nunca dejarme vivir.

—Soy una chica grande, Bren. Si quiero ver a este chico, reunirme con él, entonces *lo haré*. Ni siquiera tú puedes detenerme. Tengo que vivir mi vida, no caminar con miedo todo el tiempo —digo, dejando toda mi ira y frustración mostrarse.

—Sólo quiero asegurarme que estás segura. Yo no... no confió en *este* chico.

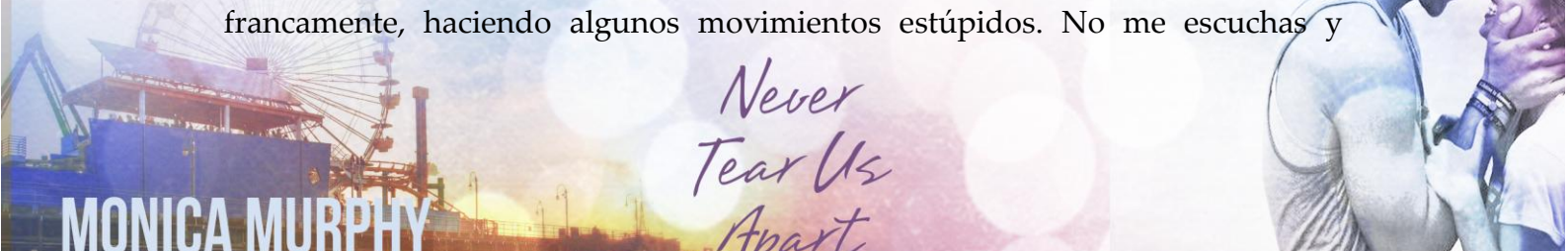
Pongo los ojos en blanco. —No confiarás en ningún chico que entre en mi vida.

—No es verdad… —comienza, pero le envió una mirada y se calla. Desearía que ya tuviéramos nuestra cena frente a nosotras. O incluso mejor, que hubiésemos *terminado* nuestra cena así podemos irnos. Salir con mi hermana fue un gran error.

No decimos nada por un rato, y el silencio me vuelve loca lentamente. No puedo soportarlo más.

—¿Qué se supone que haga? ¿Ah? ¿Pretender que nunca sucedió? ¿Nunca decirle a un chico en el que estoy interesada mi apellido y esperar como chiflada que no se entere de la verdad? Tengo que ser honesta. Sincera. Eso no significa que necesite decirle todo en la primera cita, pero si un hombre realmente está interesado en mí, merece saber la verdad. No puedo esconderme para siempre

—¡Te has estado escondiendo por años desde que sucedió! —grita y la fulmino con la mirada, odiando cuan ruidosa es. Unos pocos comensales cercanos nos echan un vistazo, y mis mejillas se calientan con vergüenza. Hace un escándalo por nada—. Luego conoces un chico guapo que finalmente pone en marcha tus hormonas y no estás comportándote normal. Es como si ya ni siquiera te importara tu seguridad, tu privacidad. Nada. Eres imprudente y francamente, haciendo algunos movimientos estúpidos. No me escuchas y



tampoco a mamá. No sabemos qué pasa contigo y todo lo que queremos es ayudar.

No sé qué decir. Sus palabras me hacen enojar, ¿pero lo peor? Duelen. Un montón. Tanto que quito la servilleta de mi regazo y la lanzo sobre la mesa directamente frente a mí. —No sabía que tu opinión sobre mí fuera tan baja. —Me pongo de pie, tomando mi cartera de donde cuelga en la parte trasera de mi silla—. Me voy.

—Oh, vamos, Katherine —llama, pero la ignoro y me apuro a salir del restaurante lleno de gente, esperando que nadie me preste atención. Mi cara entera arde y mantengo la cabeza abajo a medida que camino, exhalando fuerte una vez que estoy fuera. El frio aire nocturno se envuelve a mi alrededor, jalándome en su abrazo gélido, y un escalofrió pasa sobre mí cuando inclino la cabeza hacia atrás y miro fijamente la luna plateada.

Estoy cansada de estar asustada. De darme por vencida antes de lo debido. De nunca intentar algo que quiero hacer. Esa ha sido mi vida desde que casi tenía trece años. Siempre dándome por vencida, o peor, nunca yendo por lo que quiero. Permanecía en este frágil y pequeño caparazón protector, mi cabeza doblada hacia adelante, mis hombros encorvados, pretendiendo ser invisible.

Trato de salir de mi caparazón y todavía parece no funcionar. Ya no sé qué hacer. No sé cómo comportarme, cómo sentir.

Cómo *vivir*.

Toco mi muñeca, tristeza llenándome cuando me doy cuenta, una vez más, que el brazalete no está allí. Está sobre mi tocador, el amuleto roto situado junto a él. Necesito mandar a repararlo. O arreglarlo por mí misma. Apuesto que podría si sólo trabajo en él por unos pocos minutos.

—Katherine. —Me volteo para encontrar a Brenna parada allí, sonrojada e irritada—. Ni siquiera nos han servido la cena.

—No tengo hambre —resoplo, volviendo la cabeza así no tengo que mirarla. Gracias a Dios nos reunimos en el restaurante. No pienso haber manejado depender de ella para que me llevara a casa, o tener que llevarla de vuelta a su casa. Hablando de tensión.

—Estás siendo ridícula. —Le lanzo una mirada y ella suspira—. Lo siento. Sabes lo que quiero decir. Tan sólo... entra, K.

—¿Por qué? ¿Así puedes continuar diciéndome lo estúpida que soy? —Le doy la espalda completamente y cruzo los brazos. Me siento enferma y cansada de todos expresando sus opiniones y básicamente insultando mis elecciones de vida debido a la "preocupación" por mi bienestar. Es un montón de basura.



El único que me trata como si fuera normal es Ethan. Y la mitad del tiempo me ignora, así que no sé dónde me equivoqué con él.

Curvo los brazos alrededor de mi misma y frunzo el ceño. Quizás esto de las citas no funcionará. Quizás esta cosa de vivir-en-el-mundo-real tampoco lo hará. Tal vez estoy mejor viviendo en ese pequeño caparazón, quedándome en casa y en realidad nunca haciendo nada.

—Hablaremos sobre otras cosas, ¿está bien? —Escucho los tacones de Brenna hacer clic en la acera y entonces siento su mano sobre mi hombro, dándole un apretón. Esta vez no me encojo de dolor. Lentamente echo un vistazo hacia ella y ofrezco una débil sonrisa. Pero no lo siento.

—Vamos adentro —digo con cansancio, rindiéndome.

Como siempre.





58

Ahora

Traducido por Michelle♡

Corregido por Lynbe

Ethan

La espero afuera, frente a la cafetería, caminando de un lado a otro y la par tratando de mantenerme caliente. Es viernes por la tarde, comenzó soleado y brillante, pero se nubló alrededor del mediodía, dejando el cielo oscuro y gris.

Deprimente.

Son las tres y cuarto y ella todavía no aparece. Le mando un texto, pero no responde. He estado aquí de pie. Me dije a mí mismo que si no se presenta, tendría que dejarla ir de una vez por todas. Así que necesito mantener mi promesa y dejarla ser.

No importa lo mucho que me mate.

Pasan otros diez minutos y finalmente me doy por vencido, cabreado me alejo del café. Todo tipo de personas he visto entrar y salir de la tienda, sonriendo y felices mientras agarran sus cajas de cartón para llevar. Quiero golpear todas esas tazas de sus manos, estoy tan enojado. Tan resentido por su felicidad cuando yo no la tengo. La cagué. Realmente la cagué, me acerqué demasiado a Katie, y ahora que sé lo que me falta, no puedo tenerla…

Nunca seré el mismo otra vez.

Con la frustración alimentándome, sigo caminando; mi mirada al frente, mis zancadas largas. Voy en dirección al parque de atracciones, sorprendido cuando veo algunos juegos, escucho gritos provenientes de la montaña rusa subiendo. Creí que la temporada había terminado.



No dejo de caminar hasta llegar a la entrada. Veo la bandera colgando por encima de mi cabeza y me detengo.

¡ÚLTIMO FIN DE SEMANA ABIERTO!

Cierran durante el invierno, siempre reabriendo en primavera. Este será su último hurra antes de que cierren para la temporada, y sin pensarlo entro, casi como si no pudiera evitarlo.

El olor a comida frita persiste en el aire, dulce y picante. Los graznidos de gaviotas abalanzándose, recogiendo un pedazo de pretzel en el suelo y batiendo las alas violentamente cuando se alejan. Observando su partida, veo un globo en el cielo, el contraste de su color rosa brillante contra las nubes color gris pizarra. Escucho el choque de las olas contra la arena y sé que probablemente no haya ninguna familia sentada en la playa. No tiene sentido. Está condenadamente frío.

Al igual que mi corazón. Está congelado. Como el hielo. Ha estado así durante años. Fue mi única defensa contra mi padre cuando era joven. Si no sentía nada, entonces no podía hacerme daño, ¿verdad? Eso es lo que me dije.

A veces funcionaba. Otras no.

Katie derritió el hielo dentro de mí dos veces. Cuando era joven y yo una persona diferente…y ahora. Me gustaría que estuviera aquí. Desearía que estuviera a mi lado, sonriendo y pidiendo un perrito caliente, palomitas de maíz o tal vez algún algodón de azúcar, un churro. Algo que pudiéramos compartir. Tal vez me diría que quiere subirse a la montaña rusa o al carrusel. Este lugar no es tan malo. Tengo un montón de buenos recuerdos aquí cuando era un niño, a pesar de mi padre de mierda y mis circunstancias jodidas.

Podríamos crear nuevos recuerdos, Katie y yo. Desterrar esos viejos de una vez por todas y sólo recordar los buenos momentos aquí. Aquellos que creemos juntos.

Pero supongo que no está destinado a ser.

Me detengo en un puesto de comida para comprar un refresco e inmediatamente me arrepiento, deseando haber tomado un café cuando tuve la oportunidad. Está condenadamente frío afuera, el viento ha comenzado a soplar, y camino por el parque sin rumbo, junto con una gran cantidad de otras personas sin rumbo, tampoco parecen encajar. Y eso hace que se vean igual. ¿Dónde están las familias, los niños? La mayoría en la escuela. Hay adolescentes aquí, y todos ellos me recuerdan a mí cuando tenía su edad. Lucen como problemas.

Como yo.



También veo un buen número de madres que parecen cansadas empujando cochecitos de niños ruidosos y malcriados, en busca de una distracción, y lo siento por ellas.

Necesito una distracción lejos de Katie. De mi jodidos y confundidos sentimientos por ella.

Caminando hacia la fila del teleférico, doy gracias a Dios que sea corta. Me subiré a uno y cruzaré la mayor parte del parque, dejándome no demasiado lejos de donde me estacioné. Entonces podré largarme de aquí y volver a casa, lejos de los recuerdos de Katie.

Volver a nada más que la soledad.

Al principio no lo creo cuando escucho mi nombre. Siento que lo alucino, que estoy perdiendo la cabeza, lo que no dudaría. La mierda que he pasado en los últimos años… Creo que la gente entendería si me vuelvo loco. Diablos, debí volverme loco hace mucho tiempo.

Pero escucho mi nombre otra vez. Y otra vez. Hasta que por fin me doy la vuelta a eso del quinto *Ethan*, y mi mandíbula cae abierta cuando veo quién está de pie allí.

Katie.

Se está congelado, con los ojos abiertos, su mano cayendo a su lado como si estuviera tratando de hacer señas. Nos miramos el uno al otro y todos los sonidos, los olores, la gente… todo parece desvanecerse hasta que somos sólo ella y yo de pie en este parque. Los dos con demasiado miedo de acercarse al otro.

Veo un cubo de basura cercano y vuelco el refresco medio lleno en el interior, limpiándome las manos húmedas contra mis vaqueros a medida que comienzo a caminar hacia ella. Todavía no se mueve. Se ve asustada y añoro quitar su miedo. Ofrecerle consuelo. Decirle que lo siento.

Decirle quién soy realmente, y espero como el demonio que me pueda perdonar.

—Ethan —jadea cuando al fin estoy lo suficientemente cerca como para escucharla—. Te encontré.

—¿Qué haces aquí? —Me detengo justo enfrente de ella, con tantas ganas de estirar los brazos y sostenerla que tengo que empuñar mis manos para evitar hacerlo.

—Fue a encontrarme contigo como lo pediste y... me acobardé en el último minuto. —Deja caer su cabeza, así no puedo ver su cara—. No sé lo que me obligó a venir al parque.







—Hice lo mismo. —Cuando levanta su cabeza y su mirada encuentra la mía, continúo—: No llegaste y yo estaba... enojado. Empecé a caminar, deseando que estuvieras conmigo. Lo siguiente que supe es que estaba aquí.

Sus labios separados, los ojos llenos de tristeza. —No sé lo que estamos haciendo —susurra.

Doy un paso más cerca, agarrando una de sus manos. Sus dedos están fríos y los entrelazo con los míos, apretando con fuerza. —Yo tampoco.

Inclina la cabeza hacia atrás, su bonita mirada azul oscuro se encuentra con la mía. Sus ojos están llenos de dolor y confusión y el más pequeño parpadeo de esperanza. —Sabes lo que realmente me sucedió, ¿verdad?

—No importa. —Niego con la cabeza. No quiero hablar del pasado. Quiero el *aquí* y *ahora*. Quiero estar con Katie—. Ven a casa conmigo.

Sus ojos se abren, juro que está a punto de tirar su mano de mi agarre, pero la aprieto más, sin querer dejarla ir. Si fuera por mí, nunca la dejaría ir. La conexión que compartimos, lo que formamos cuando éramos unos niños, no ha desaparecido. Sí, hay algo que se ha vuelto más fuerte y estoy harto de luchar contra ello, cansado de luchar contra mis sentimientos por ella.

—Por favor. —Llevo nuestras manos a mi boca y rozo los labios sobre sus nudillos. Su jadeo me lo dice todo. Que nuestra química, nuestra atracción por el otro, no es unilateral. Ella lo siente también. *Siempre* lo ha hecho. Ha estado ahí desde el primer momento en que nos vimos hace tanto tiempo—. Monta el teleférico conmigo y después vayamos a casa.

—No…no lo sé. —La mirada de pánico en su cara casi me hace retractar. La asusté y odio hacerla sentir de esa manera. Sus ojos están llenos de tanto miedo y no estoy seguro de por qué—. Este es el paseo que el hombre que me secuestró me pidió que montara con él. No sé si puedo hacerlo.

Dios, soy un idiota. ¿Cómo pude olvidarlo? Su dolor me lastima, por lo que siento mi corazón como si quisiera romperse en dos. Tomando una respiración profunda, odiándome, digo—: Soy un idiota.

La sonrisa en sus labios es débil. —No lo eres.

—Sí —le digo, mi voz firme—, lo soy. Ni siquiera pensé en este viaje, ¿cómo eres capaz de lidiar con los recuerdos estando en este parque? No debe ser fácil. Y he sido un completo idiota contigo, lo siento. Voy a través de mi propia mierda. No tiene nada que ver contigo, pero por desgracia te está afectando, y no me gusta eso. —Una verdad a medias. Tiene *todo* que ver con ella, pero no puedo decirle eso. Ahora no. Aún no.

Pero pronto.



—Tengo que ser más fuerte. Lo sé, pero es tan difícil. Sólo necesito tiempo. Creo que tú también. Tal vez no estamos destinados a ser. Tal vez esto no funcionará. Soy demasiado nueva en esto, y... —Cierra los ojos y sacude la cabeza una vez antes de mirarme de nuevo. Sus palabras están a punto de darme un puto ataque al corazón y me esfuerzo por no reaccionar—. No estoy preparada para esto, Ethan. Todavía no, al menos. Así que dime si estás dentro o no. Necesito saber.

Ni siquiera dudo. Inclinándome hacia delante, presiono mi boca en la suya y susurro contra sus labios—: Estoy dentro.

Y hablo en serio.





59

Ahora

Traducido por Julie

Corregido por Lynbe

Katherine

Nos dirigimos a las escaleras que conducen al teleférico, Ethan a mi lado. Es surrealista cómo nos encontramos el uno al otro, cómo me besó y me dijo que está dentro. Estamos tomados de la mano y me acompaña hasta los asientos, esperando un carrito vacío para regresar allí y que el encargado pueda bloquear la barra frente a nosotros.

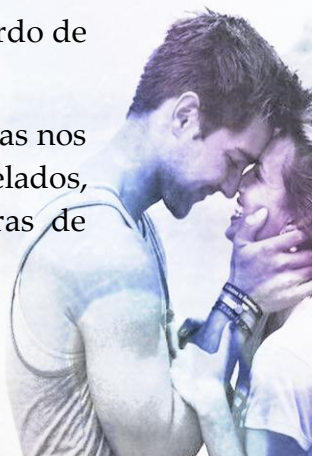
Empujo el miedo lejos, guardo los malos recuerdos, *muy* lejos. Incluso río un poco cuando baja la barra y el chico adolescente que maneja la atracción les da a nuestro cochecito un empujón para que arranque. El teleférico solía aterrorizarme cuando era una niña, atrapada en el coche con lo que parecía demasiado espacio entre la barra y el asiento. Por lo general, sentada con mi mamá, que se aferraba a la parte posterior de mi camiseta como si tuviera miedo de que me resbalara y cayera.

El teleférico vuela por encima de la mayor parte del parque, un gran atajo para usar cuando se quiere llegar a otra atracción (o al otro lado del parque), rápido. Esa fue la excusa de Aaron William Monroe. Que tenía que cruzar el parque de forma rápida para reunirse con su familia. Una mentira, como todo lo demás que dijo.

Me niego a pensar en él ahora. No quiero echar a perder este recuerdo de Ethan y yo juntos.

Ethan pasa su brazo alrededor de mis hombros y me acerca mientras nos deslizamos en silencio por encima del parque. Pasamos un puesto de helados, con su azotea llena de sandalias, accesorios para el cabello, y pulseras de





plástico que los niños ganan en las maquinitas. Me inclino hacia delante un poco y bajo la vista, luego el carrito se balancea apenas, y me presiono de inmediato contra Ethan.

—¿Asustada? —me susurra al oído, mimando el lado de mi cara con la nariz.

Me agito, pero no por el viento. —No. No cuando te tengo a ti para mantenerme a salvo. —Quiero que siempre me mantenga a salvo. Que me ayude a sentirme segura.

Creo que Ethan podría ser el indicado para hacerlo.

Lo siento sonreír antes de que bese mi mejilla persistentemente, haciéndome temblar de nuevo. Todavía no puedo creer que esté aquí con Ethan. Que me reuní con él en la cafetería en contra de mi mejor juicio, odiando la voz interior que me regañaba, diciéndome que diera la vuelta y volviera a casa.

Esa voz sonaba como Brenna.

En el momento en que empecé a caminar hacia la cafetería, la voz interior se hizo más fuerte. Más insistente. Como si me gritara que girara y me fuera. Irme sin más. Así que lo hice. Y de alguna manera terminé en el parque, donde vagué por todos lados, buscando… algo, cualquier cosa para aliviar el dolor amortiguado dentro de mí, pero no pude encontrarlo.

Hasta que vi a Ethan y el malestar desapareció, sustituido por un rayo de esperanza.

Pensé que alucinaba. Creía que era producto de mi imaginación. Pero no había duda de su cabello oscuro, ese hermoso rostro masculino, las gafas y los hombros anchos y fuertes. La forma en que se movía entre la multitud menguante era tan familiar para mí, tan querido, que grité automáticamente su nombre.

Él no oyó. Grité de nuevo, y otra vez, mi voz más fuerte con cada grito hasta que finalmente se dio la vuelta. En el momento en que me vio, por la mirada de sus ojos oscuros, la expresión de su rostro, lo supe.

No había vuelta atrás. No para nosotros. Hoy no. Y no quiero volver atrás. Lo quiero. Cada vez que estoy cerca de él me siento codiciosa. Como si quisiera agarrarlo y decirle al mundo que es mío. Que me pertenece.

Nunca he deseado nada antes en la forma que quiero esto. Nunca quise a alguien tanto como quiero a Ethan. Es como si fuera adicta y no pudiera renunciar. No quiero. Deseo tomar lo que es mío.

El viento nos golpea, enviando mi pelo a mi cara, por lo que levanto la mano para apartarlo. La pulsera con el dije del ángel de la guarda cuelga de mi



muñeca, la manga de mi suéter cae por mi brazo para revelarlo, y Ethan sostiene mi muñeca, moviendo su mirada a la mía.

—¿Qué es esto?

—Es un…un brazalete. —Lo arreglé anoche, decidida a hacer algo por mi cuenta para demostrar que puedo cuidar de mí misma. Y lo logré. Puede que sea pequeño, pero bueno, algo es algo.

Y arreglar ese brazalete se sintió bien, sin importar lo pequeño que sea el logro. Me hizo sentir como una adulta cuando casi nunca me siento de esa manera.

La única otra persona que me hace sentir así es el hombre sentado a mi lado, quien tiene una extraña expresión en su rostro mientras estudia mi pulsera.

—¿Quién te lo dio? —pregunta, con voz serena. Tan serena que casi no lo oigo por la música que se escucha desde más abajo y el ruido de la montaña rusa cerca.

—Un chico que conocí —admito, mordiendo mi labio inferior—. Era un… amigo.

Ethan frunce el ceño, jugando con el dije con el dedo índice. —¿Un amigo?

Mi corazón se acelera. No sé por qué. Su voz suena extraña. La expresión de su rostro es oscura. No hay otra palabra para describirlo. Está reaccionando a mi pulsera de modo extraño y no sé por qué.

—Él me ayudó, me *salvó.* —Agito mi mano y la pulsera se desliza por mi brazo—. Es complicado.

Me mira fijamente a los ojos, sus dedos todavía dan vueltas por mi muñeca. —Sucedió hace mucho tiempo. —Habla como si supiera quién me lo dio y por qué.

Asiento, y un suspiro tembloroso se me escapa cuando su pulgar roza el interior de mi muñeca. —Me ayuda cuando me siento perdida.

—Un ángel de la guarda —su voz es plana; toca el dije de nuevo, presionando la parte lisa, el fresco metal contra mi piel—. ¿Te cuida?

—Siempre —le susurro justo cuando libera su agarre del dije…

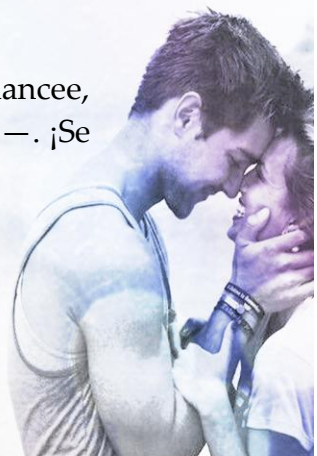
Y se separa de la pulsera de plata, cayendo al suelo.

—¡Oh! —Me inclino sobre la barra, haciendo que el carrito se balancee, Ethan agarra mi hombro con la mano, tratando de tirar de mí hacia atrás—. ¡Se cayó!

—¿Qué cosa?







—¡El dije! —Me vuelvo para mirarlo, tratando de tragar el pánico arañando mi garganta—. No puedo perderlo, Ethan. Yo… no puedo.

Baja la mirada y trata de dar con él. —Tal vez podamos encontrarlo una vez que bajemos de esta cosa.

—¿Cómo? —pregunto con incredulidad, siguiendo su mirada. Acabábamos de volar sobre un grupo de puestos de comida. Podría haber aterrizado en uno de los techos, y es imposible que lo encontremos de ser así—. Es tan pequeño. Podría estar en cualquier parte.

—Lo encontraremos —dice con firmeza, reuniendo su inquebrantable mirada con la mía. Su mandíbula parece tensa, con los ojos muy oscuros y serios—. Lo prometo.

Sus palabras, la sinceridad en su voz, la forma en que me mira… me recuerda a otra promesa que me hicieron hace años. Estoy desconcertada con las similitudes y me quedo mirando a Ethan durante mucho tiempo, en busca de una visión de Will en sus características.

No. Niego con la cabeza. Estoy siendo ridícula. Loca. Will Monroe se ha ido. Tal vez estoy tan atraída a Ethan debido a las similitudes que comparten. De todos modos, quién sabe en qué se convirtió Will. Las circunstancias no estaban de su parte. Por lo que sé, podría estar encerrado en la cárcel en algún lugar, siguiendo los pasos de su padre.

Mi corazón se rompe sólo de pensarlo.

Cuando bajamos de los teleféricos, Ethan se aleja y lo sigo, mirando el cielo sombrío con irritación cuando empieza a llover. Pero el clima no lo disuade. Gente se dispersa cuando el aguacero toma intensidad, la mayoría van en busca de refugio, pero Ethan sigue caminando, impulsándose en un trote lento, y se dirige al lugar donde creemos que el dije se cayó de mi pulsera.

Trato de contener la decepción y la tristeza que amenaza con brotar, pero es muy difícil. No sé cómo vamos a encontrarlo. No estoy segura exactamente *dónde* cayó. Podría estar en cualquier parte.

Acepto que se ha perdido para siempre, pero tampoco quiero desalentar a Ethan de buscarlo. Que quiera ayudar significa más para mí de lo que nunca se imaginará.

—Ethan —digo, pero me ignora, parando en el lugar donde el dije podría haber caído. Empieza a buscar, sacando su teléfono del bolsillo trasero de sus vaqueros y encendiendo la linterna para ver mejor. Observo con impotencia como busca en todas partes, en torno a los edificios, a lo largo de la acera, con la luz de su teléfono creando un resplandor plateado que parece resaltar las gotas de lluvia que caen desde el cielo y las hace chispear.



—Ayúdame, Katie —dice y yo salto en acción, sintiéndome como un idiota por no hacerlo antes. Escaneamos toda la zona, y en un momento Ethan cae sobre sus manos y rodillas, haciendo una mueca mientras mira a través de la basura que recubre la cuneta de la acera. Me imagino los muchos pies que han pasado por el mismo lugar donde se halla arrodillado.

No puedo creer que esté haciendo esto por *mí.*

—No tiene sentido —le digo, cuando finalmente se levanta y se limpia las manos contra la parte delantera de sus pantalones vaqueros. Parpadeo para apartar la lluvia que salpica mi cara, oscureciendo mi visión—. Ha desaparecido. —Un sollozo se escapa de mis labios con la última palabra y me cubro la boca con la mano, poniéndome a llorar.

Se acerca a mí con una expresión abatida, los ojos llenos de tanta tristeza y preocupación. Todo por mí. —Katie. Cariño, no llores. Lo encontraremos, lo prometo. Haré lo que sea necesario para encontrarte ese dije.

—N…no impor…ta. —Mis dientes están castañeando y tengo dificultades para recuperar el aliento.

Ethan agarra mis brazos y me acerca. Incluso bajo la lluvia fría, con la ropa empapada, puedo sentir el calor de su cuerpo llegando a mí, consolándome. Hago todo lo que puedo para absorberlo. —Es importante para ti —dice, con voz tranquila y seria—. Lo siento mucho por perderlo.

—No fue tu culpa. —Niego con la cabeza y aprieto los labios—. El dije se cayó hace unos días y pensé haberlo arreglado. Pero supongo que no lo hice. —Otro sollozo se me escapa y me inclino hacia adelante, presionando mi rostro contra el suéter con capucha húmedo de Ethan—. No puedo creer que lo perdí.

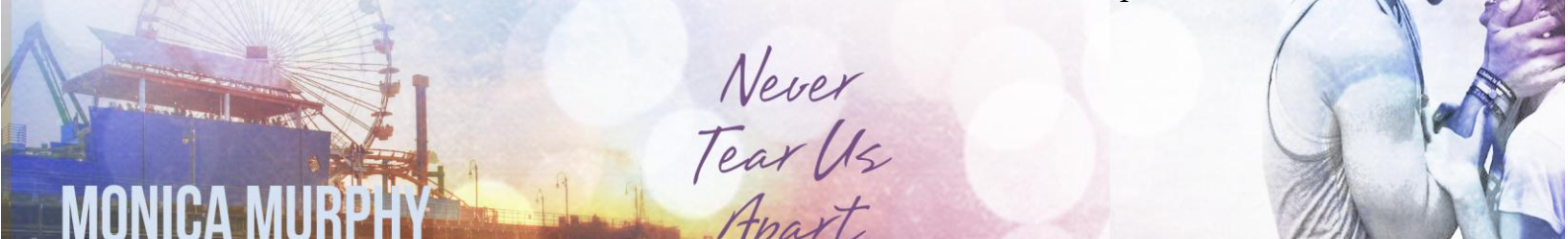
Me acaricia el pelo mojado, con su boca cerca de mi sien mientras murmura—: Lo encontraré. Juro por Dios que voy…

Su voz se acalla, desenredándose a sí mismo de mí. Veo con incredulidad mientras camina hacia una construcción cercana, un pequeño puesto de helados. Mostradores de color rojo brillante alineados en la parte delantera, donde guardan servilleteros y copas llenas de cucharas. Ethan levanta algo en la palma de su mano, y se me acerca, abriéndola para revelar lo que ha encontrado.

Mi dije del ángel de la guarda.

—Oh, Dios mío —le susurro justo antes de lanzármele. Cierra el puño alrededor del dije cuando lo abrazo, mis brazos alrededor de su cuello, besándolo rápido y agradecida—. Lo encontraste.

Sonríe, con el rostro mojado por la lluvia y los brazos apretados alrededor de mi cintura mientras me tira en sus brazos. —Te lo prometí. —Otro



beso, esta vez un poco más largo, un poco más profundo, y un suspiro se me escapa cuando se retira—. Nunca voy a romperte una promesa, Katie.

Sus palabras… son otro eco de Will. Es inquietante, cómo de repente me recuerdan uno al otro. Culpo a mis pensamientos yendo a la deriva hacia Will últimamente. Sólo me encuentro sobreponiendo viejos sentimientos que tenía por Will en Ethan. Los recuerdos y emociones que se acentúan debido a lo que hemos pasado, lo que Will y yo sufrimos juntos.

No es nada. Los dos no se parecen en *nada.*

—Gracias. —Me besa antes de que pueda decir una palabra más, con sus labios suaves y aferrados a los míos. Me abro para él, siento el primer movimiento de su lengua, y la encuentro con la mía, curvando mis dedos alrededor de su cuello, presionando la parte inferior de mi cuerpo en el suyo. Estoy bajo la lluvia fría y brumosa, en medio del parque de diversiones donde fui secuestrada, donde me pasaron cosas horribles… y está bien. Estoy creando nuevos recuerdos, los que borra la edad.

Y, extrañamente, fusionan dos personas juntas, uno un niño.

El otro, un hombre.



60

Ahora

Traducido por Vane hearts

Corregido por Dannygonzal

Ethan

Ella me sigue a mi casa, su coche justo detrás del mío mientras conduzco más despacio de lo normal, para no perderla. Mi mente corre durante todo el camino, mis pensamientos son caóticos a medida que nos dirijo por el maldito tráfico, la lluvia sólo haciendo las cosas peores.

Todo lo que quiero hacer es llevarla de regreso a mi casa en una sola pieza. Donde luego planeo desarmarla completamente. Poco a poco, pieza por pieza, hasta que sea un tembloroso, desnudo, incoherente lío. Y el único que pueda satisfacer sus necesidades sea…

Yo.

Verla usando el brazalete que le di hace todos esos años me rompió. Saber que lo mantuvo durante todo este tiempo, escucharla describir quién se lo dio, *yo*, destrozó mi alma. Signifiqué algo para ella. Después de todo este tiempo creyendo que no valía, que Katie me odiaba y que creía que tenía algo que ver con su secuestro, para descubrir que consideraba a Will un *amigo*. Que guardaba el brazalete que le di y que estaba devastada cuando pensó que lo perdió…

Froto una mano por mi cara y me estaciono en mi calzada. *Joder.* Ya no sé cómo sentirme. Se merece la verdad. Sé eso. Pero no quiero arruinar lo que puede traer esta noche. La necesito. La quiero. Le digo quién soy realmente, arruino su mente con la verdad, y pondré todo en riesgo.

Todo.





Y no puedo hacer eso. No esta noche. Necesito una noche con ella. Sólo una.

Le diré pronto la verdad. Mañana tal vez.

No sé, pero tiene que suceder. No puedo seguir viviendo así.

La lluvia ha cesado y salgo del coche, viendo cómo Katie sale del suyo y corre hacia mí. Tomo su mano y la llevo a la casa despejada y oscura. Las persianas todavía están recogidas, y con la tormenta terminada, todo está envuelto en oscuridad, silencioso e inmóvil.

La empujo contra la puerta al minuto en que está cerrada, apoyando mis manos a cada lado de su cabeza. Aunque es de noche, todavía puedo verla y ella levanta la cabeza, sus ojos muy abiertos encontrándose con los míos. —Katie —susurro, mi cabeza desciende y mi boca roza la suya una vez, el toque de sus labios sobre los míos electrizándome de adentro hacia afuera.

Un suspiro tembloroso recorre mis labios y lo capturo, besándola de nuevo. Luego otra vez. Me alcanza, sus dedos curvándose en mi sudadera húmeda, su cabeza inclinada hacia atrás, separando sus labios debajo de los míos. Muevo mi lengua en su boca, la enredo con la suya, y llevo mi mano a su cara y acuno su mejilla, sosteniéndola allí en tanto devoro su boca.

Contengo todo y me está matando. Jodidamente asesinándome. La quiero. Tan mal. Mi ropa está mojada por la lluvia, pesada e incómoda, y cuando finalmente rompo el beso, le susurro—: Debemos quitarnos la ropa.

Sus ojos se abren, amplios y llenos de vacilación. —¿Q…qué?

—Está mojada. —Me río—. No quiero decir que nos desnudemos. —*Aún*—. Creo que deberíamos quitarnos esta ropa empapada.

—Pero no tengo nada para ponerme —protesta.

—Puedo arreglar eso —prometo.

Así que lo hago. Le entrego una vieja y suave camiseta y una franela con botones, junto con un par de calcetines gruesos. Ninguno de mis pantalones de chándal o pantalones cortos encajarían en ella. La dejo cambiarse en el dormitorio mientras yo utilizo la sala de estar, dándole privacidad. Me cambio a unos pantalones de deporte color gris oscuro y una camiseta blanca de manga larga, luego la espero en el sofá, en el borde y deseando que salga ya.

Cuando escucho la puerta de mi habitación abrirse me siento derecho, mis manos posadas en mis rodillas, sintiendo que estoy quieto y listo para el viaje. Entra en la sala de estar, con los pies cubiertos por los calcetines gruesos que sólo uso con cierto par de botas, llevando la franela media abotonada encima de la camisa, resplandeciendo demasiado atractiva con su cabello



recogido en un moño descuidado en la cima de su cabeza, con las mejillas encendidas de un rosa pálido.

Adorablemente atractiva.

—¿Estás bien? —Me levanto y voy hacia ella, sintiéndome increíblemente protector. Se ve tan pequeña usando mi ropa, su expresión de inseguridad, sus piernas desnudas y su cara completamente limpia me recuerda a cuando era más joven.

Cuando la conocí.

Katie sonríe, la vista de ello como una chispa que va directamente a mi corazón ya destrozado. —Sí. Mucho mejor después de salir de esa ropa mojada.

—¿Dónde la dejaste? Podemos ponerla en la secadora.

Nos ocupamos de hacer exactamente eso, actuando como una pareja domesticada que acaba de llegar a casa después de un largo y duro día. Me sigue al pequeño cuarto de lavado junto al garaje, su ropa en sus manos. Abro la secadora y la lanza junto con la mía, cierro la puerta, presiono el botón y escucho a la secadora trabajar.

Se encuentra con mi mirada, una sonrisa curvando sus labios. —¿Ahora qué?

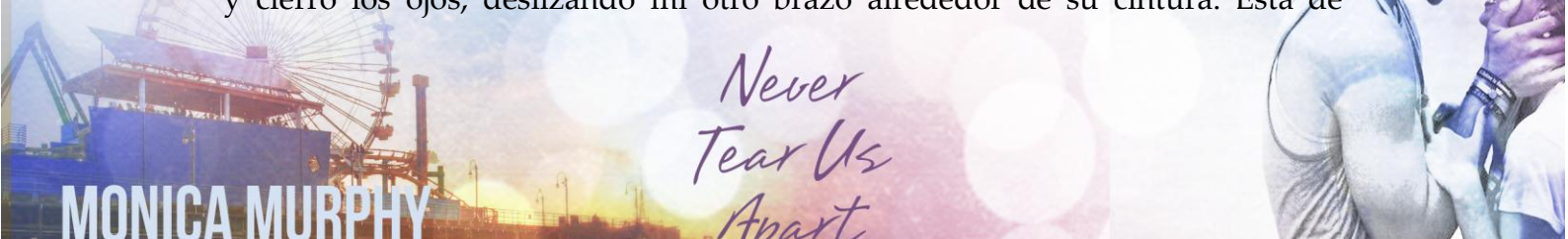
¿Realmente tiene que preguntar? Cada instinto primordial me dice que la agarre. La levante sobre la vibrante secadora y la bese. Meter mi mano entre sus piernas y ver si lleva bragas, lo que no puede ser porque las vi en la secadora sólo hace unos momentos. Está desnuda debajo de mi ropa. Sin sostén, sin bragas, sólo piel.

Mis dedos pican por tocarla, acariciarla. Averiguar lo que le gusta y hacerlo de nuevo. Y otra vez. Hasta tenerla arqueándose en mi contra y pidiendo más.

—¿Qué quieres? —pregunto, mi voz ronca, mi cerebro haciendo cortocircuito cuando se acerca y envuelve su dedo alrededor del cordón de mis pantalones de chándal. Su mano está demasiado cerca de mi pene, que ya está duro y adolorido.

—Fuiste mi héroe hoy, Ethan —susurra cuando tira del cordón. Me tropiezo hacia ella, sintiéndome como un idiota torpe con sus manos sobre mí, su cuerpo tan cerca. Presiono mi mano contra el borde superior de la secadora y me inclino, oliendo la dulzura floral de su cabello, el rico aroma embriagador de su piel, una combinación de la loción que debe usar y su perfume. Quiero devorarla.

Sus palabras me recuerdan cosas dichas a otro chico hace mucho tiempo, y cierro los ojos, deslizando mi otro brazo alrededor de su cintura. Está de



espaldas contra la secadora, la levanto con un brazo, su trasero posado en el borde por un breve momento antes de recorrerse hacia atrás.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta sin aliento, con sus manos descansando sobre mis hombros, dándoles un breve apretón.

—Abre las piernas —exijo, y lo hace de forma automática. Doy un paso entre ellas, mi mano todavía apoyada en la secadora, mis dedos rozando la cara externa de su muslo la vez que reajusto mi otro brazo alrededor de su cintura—. Te ves bien con mi ropa puesta, Katie.

Se sonroja e inclina la cabeza hacia abajo. —Suenas muy posesivo, Ethan.

—Me siento posesivo. —Inclinándome, presiono mi mejilla a la suya y cierro los ojos por un momento largo y tranquilo, respirándola, absorbiéndola—. Te quiero. Malditamente demasiado. Estar lejos de ti casi me mató.

Suspira y pasa sus dedos a lo largo de mis hombros. Dios, su toque se siente bien. —Yo…yo también te quiero.

Triunfo surge a través de mí con su declaración. —Después de todo lo que me dijiste, creo que entiendo de dónde vienes. Y no quiero presionarte. Sé que tienes miedo, pero no te voy a hacer daño. Lo prometo.

—Lo sé. —Asiente—. Confío en ti.

Mi corazón se hunde. No sé si soy digno de su confianza. *Quiero* serlo. Dios, cómo quiero serlo. Pero he mentido durante mucho tiempo y me siento como un completo idiota por eso. ¿Podrá alguna vez perdonarme una vez que se entere de la verdad?

Estoy dispuesto a asumir el riesgo.

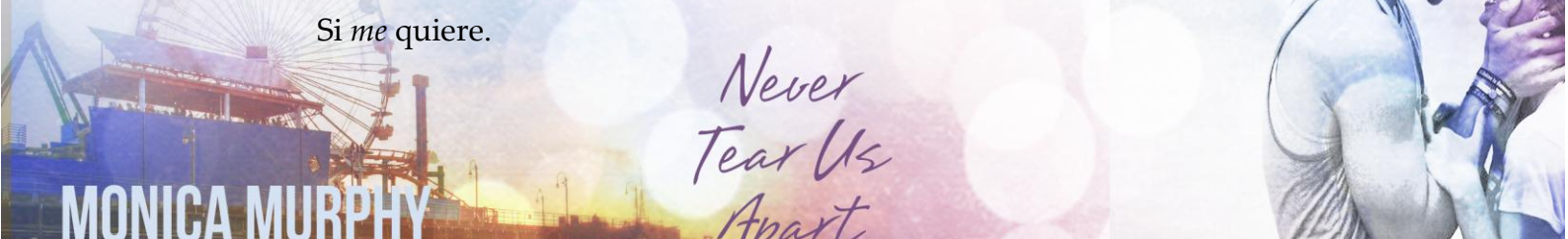
—¿Me permites, Katie? ¿Me dejas tocarte? —Muevo la mano de la caliente y ruidosa secadora para apoyarla en la cara externa de su muslo. Su piel es suave, como la seda, y corro mis dedos a lo largo de su pierna, serpenteando mis dedos sobre su rodilla desnuda—. ¿O quieres que pare?

Sacude la cabeza, sus labios separándose en un suspiro cuando muevo suavemente mi mano de vuelta arriba, mis dedos trazando a lo largo de la cara interna de su pierna. —N…no.

—¿Quieres más de esto? —La estoy torturando. Torturándome a mí mismo. Y maldita sea, se siente tan bien finalmente dejarse ir, finalmente ceder a mi necesidad de Katie y hacerle saber lo que me hace—. ¿Más de mí?

—Mmm mmm. —Asiente, sus ojos cerrándose cuando rozo con mis dedos la cima de su muslo. Está abierta y dispuesta, y juro que la puedo oler. Me pregunto lo mojada que está para mí, si está confundida y asustada o si realmente quiere esto.

Si *me* quiere.



La beso y alza sus brazos, las yemas de sus dedos extendiéndose encima de mi mandíbula, sus labios aferrándose a los míos. Su toque hace que mi piel cosquillee y profundizo el beso, mi lengua empujando, desliza su otra mano bajo el dobladillo de mi camisa.

Está audaz esta noche. No duda en absoluto. Como si supiera lo que quiere y fuera tras ello.

Rompiendo el beso, voy a su cuello y la lamo allí, sintiendo el movimiento de su garganta cuando se queda sin aliento, arrastrando mis labios sobre su delicada piel. Su mano se mueve de mi cara para envolverse alrededor de mi nuca mientras me sostiene. La saboreo, mordisqueo su piel, la siento temblar y descanso mis manos en sus caderas, manteniéndola quieta. Quiero desnudarla, pero aún no. No aquí, sentada en mi puta secadora en medio de mi cuarto de lavado.

—Ethan. —Mi nombre es una declaración sin aliento, pero no le respondo. Continúo lamiendo y chupando su piel en su lugar, mis manos deslizándose por debajo del dobladillo de la camiseta que lleva puesta, tocando su vientre plano. Se contrae y se agita bajo mis palmas y finalmente me desprendo de su cuello para mirarla—. Serás… gentil conmigo, ¿verdad?

Asiento, mi mirada nunca vacilando. —Voy a llevarte a alturas que nunca has soñado, Katie. —*Lo juro*.

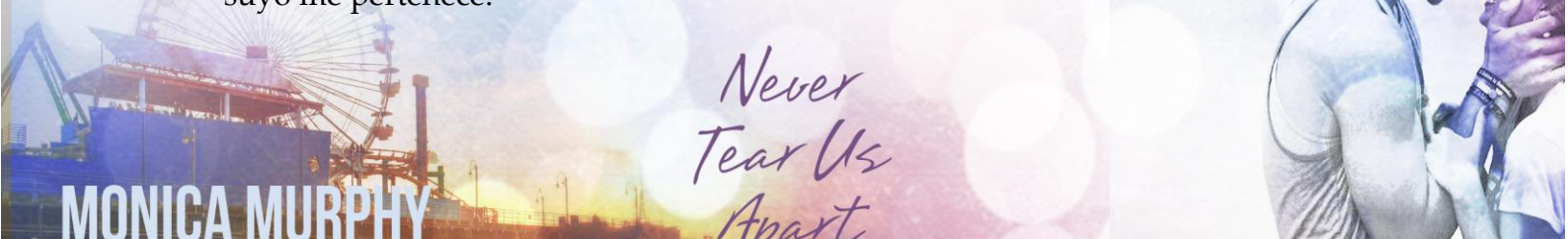
Cierra los ojos. —Oh, Dios.

Esas son las últimas palabras que pronuncia antes de tragármelas con mis labios, apartándolas con mi lengua. Quito mis manos de debajo de la camisa para desabrochar los botones de la franela lentamente, uno por uno, mis dedos rozando sus senos desnudos mientras continúo besándola. Empuja su pecho contra mis manos, un grave gemido sonando en su garganta, y una oleada de posesividad me golpea tan fuerte que juro que mis rodillas se debilitan.

Ha pasado por tanto, ha soportado demasiado a una edad tan joven. Que confíe en mí, que esté permitiéndome tocarla de esta manera, besarla así, es humillante.

Casi hace que me arrodille.

Termino de desabrocharle la camisa y prácticamente se la arranco, lanzándola sobre la lavadora, alzando los brazos para acunar su rostro a medida que continúo besándola. Podría besarla así durante horas, con sus rodillas apretando mis muslos, un brazo envuelto en mi cuello, el otro deslizándose por debajo de mi camisa y rozando mi costado. Su boca abierta, su lengua ocupada, todo lo relacionado a ella sexy y caliente, y cada centímetro suyo me pertenece.



Y no le voy a dar la espalda. No otra vez.

Jamás.





61

Antes

Traducido por Sofía Belikov

Corregido por Miry GPE

Will

El entendimiento me golpeó como un puñetazo en el estómago después de, como, la octava chica que follé en preparatoria. Todas lucían igual, una semejanza que no noté hasta la noche que estuve con Maddie Whitaker. Una Maddie coqueta y rubia se aferró a mí desde el momento en que entré a la fiesta que celebraba el fin del período escolar de mi último año. Sabía lo que quería.

Yo también lo quería. Y se lo di en una habitación de invitados, justo después de que me la chupó.

—Sabía que me follarías —dijo casi triunfante mientras se ponía la ropa. Ya habíamos terminado y sólo quería que se fuera—. Todos dijeron que lo harías, considerando que soy tu tipo.

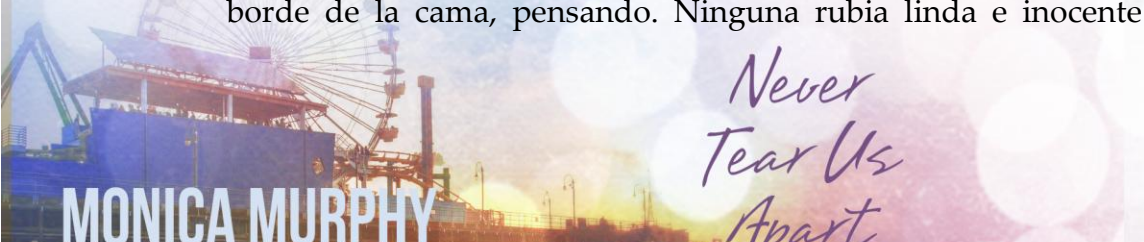
Dejé de abotonarme los pantalones, echando un vistazo a través de la habitación para encontrarla observándome. —¿Tengo un *tipo*? —pregunté.

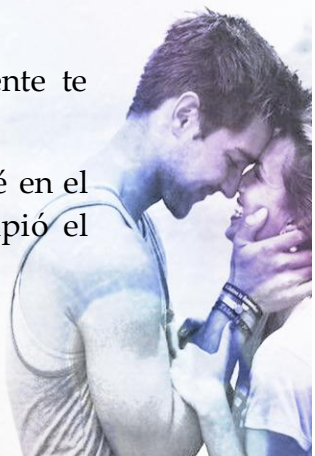
Asintió, cerrándose la blusa. —Te gustan las chicas pequeñas y rubias. De ojos azules. Mirada inocente. —Me guiñó un ojo y no vi nada inocente en el rostro de Maddie. Después de todo, sus labios se envolvieron alrededor de mi polla hace no menos de quince minutos.

—En serio. —Mi voz se oía plana mientras me ponía la camiseta.

—Sí. Se rumorea por la escuela que alguna rubia linda e inocente te rompió el corazón.

Maddie salió de la habitación tan pronto como dijo eso y me senté en el borde de la cama, pensando. Ninguna rubia linda e inocente me rompió el





corazón. Mi corazón era irrompible. Diablos, la mitad del tiempo me imaginaba que en realidad no tenía uno. De todas formas, no uno normal.

El mío era impenetrable. Muchas chicas en la escuela intentaron hacerme su novio, pero no me interesaba. ¿Pasar el rato? Sí. ¿Una novia estable para la cual tuviera que hacerme tiempo?

Olvídenlo.

Turbado por la observación de Maddie, me pasé una mano por el cabello desordenado, preguntándome si decía la verdad. ¿En serio decían eso de mí en la escuela? Juraba que a las chicas les gustaba el aura peligrosa que creían tenía. Era el hijo de un conocido asesino en serie. No podría huir de mi reputación aunque lo intentara.

Dios sabía que lo intenté. Un montón de veces.

La verdad me consumió casi diez minutos después, seguía sentado en la habitación de invitados de una casa que le pertenecía a personas que ni siquiera conocía. Sólo una chica me tocó, rompió y llenó con un anhelo intenso. No tenía idea de lo que le sucedió, o dónde se hallaba. Me hice a un lado, aunque nunca la olvidé. Sin importar lo mucho que lo intentara.

Katie Watts. Linda. Rubia. Inocente. Dulce, confiando y necesitándome tanto. Ella era a la que seguía persiguiendo como si fuera mi droga.

Ella era a quien nunca podría tener.





62

Ahora

Traducido por Yure8

Corregido por Ana Ávila

Katherine

Me levanta como si no pesara nada, sus grandes manos extendiéndose sobre mi trasero, mis piernas van automáticamente alrededor de sus caderas. No llevaba bragas y se mantuvo muy cerca de mí, mi piel desnuda presionada contra su vientre plano, me pregunto si puede sentirme. Si sabe que no llevo ropa interior. Si piensa que soy demasiado atrevida, excesivo.

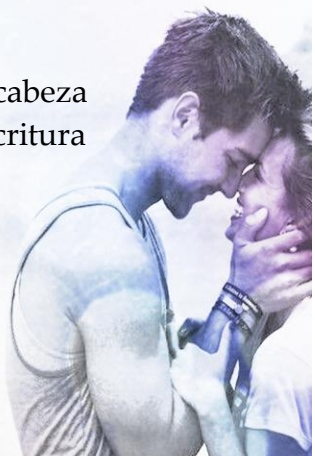
Pensamiento estúpido. Es hombre. Se siente atraído por mí y puedo sentir su erección, pero no me asusta. Más bien como que me excita. Mi sangre bombea fuerte, mi corazón late vigorosamente, y mi entrepierna palpita. Sus manos descansan sobre el algodón de su camisa que me puse, pero estoy segura de que puede sentirme.

Quería sus manos sobre mi piel desnuda.

Después de darme un prolongado beso que me dejó sin aliento, me llevó a su habitación, me dejó en el borde de la cama, y ahora está de pie delante de mí, quitando su camisa, dejando al descubierto su pecho desnudo para mí por primera vez. Lo miro descaradamente, hipnotizada por su forma masculina. Sus hombros, sus brazos precisados, su pecho, sus pectorales, su estómago plano. Es musculoso sin exagerar en la parte superior, y mis palmas hormiguean. Estoy muy ansiosa por tener mis manos sobre él.

Hay un tatuaje en su costado a lo largo de las costillas, e inclino la cabeza queriendo un buen vistazo. Dos palabras cortas escritas en una escritura elegante que dice *sólo nosotros*, con un par de alas de ángel debajo.





Extraño. E inexplicablemente familiar. Me pregunto qué significa. Me pregunto quién significaba lo suficiente como para que se hubiera tatuado tales palabras románticas en su cuerpo por esa persona. Una mujer. Una chica que mantuvo su corazón en algún momento de su vida. Una ola de celos parpadea a través de mí y la empujo lejos.

Afortunada ella.

Sólo llevo su camiseta, nada más… bueno, y los calcetines; froto los muslos juntos, sin conocer las sensaciones desconocidas que fluyen a través de mí. Estoy ansiosa. Nerviosa. Quiero sus manos sobre mí, pero… no. Quiero su boca por toda mi piel, pero tengo miedo. ¿Me presionará demasiado? ¿Enloquecerá si no lo dejo hacer ciertas cosas? Ni siquiera sé lo que son esas *ciertas cosas*, pero quizás no sea para él lo mismo, y no quiero enojarlo.

—¿Estás bien? —Su profunda voz golpea mis pensamientos. Toca mi mejilla y me apoyo en su mano, cerrando los ojos y absorbiendo su calor, su bondad…—. Katie.

Abro los ojos y lo miro. Se quitó las gafas cuando nos cambiamos la ropa mojada. Sus ojos son muy oscuros, los músculos de su cara y cuello se ven tensos, y sé que está conteniéndose por mí.

¿Qué sería toda esa contención desatada en mí? ¿Me gustaría? ¿Me perdería en ella? ¿O me asustaría intensamente?

Era hora de descubrirlo.

—No tienes que contenerte por mí —susurro, mi mirada bloqueada con la suya. Frunce el ceño como si mi declaración lo confundiera, y continúo—: Te quiero, Ethan. Quiero… todo de ti.

No dice nada durante unos segundos hasta que finalmente aclara su garganta. —No creo que sepas lo que pides.

Ahora es mi turno de fruncir el ceño. —¿Qué quieres decir?

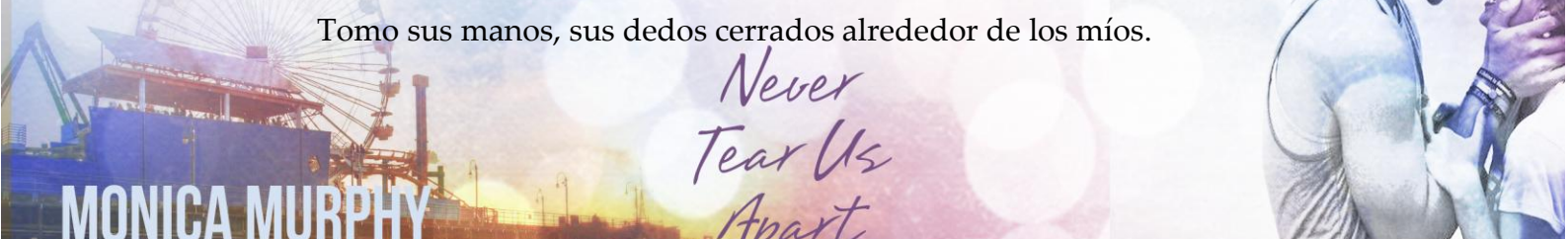
—Viéndote de esta manera, sabiendo que estás completamente desnuda debajo de mi camisa. —Presiona los labios y niega con la cabeza, aparentemente superado. El placer se desliza sobre mí, caliente y líquido, como esa sensación de poder femenino desenfrenado. Me encanta poder hacerle reaccionar con tanta fuerza—. Harás que pierda el control, Katie. Lo sé. Te he deseado durante mucho tiempo.

—¿Mucho tiempo? Ni siquiera nos hemos conocido el uno al otro…

Se arrodilla delante de mí, sobresaltándome y cortándome a mitad de la frase.

—Desde el primer momento en que te vi, lo supe.

Tomo sus manos, sus dedos cerrados alrededor de los míos.



—¿Sabías qué? —pregunto con voz temblorosa.

—Que serías mía. —Se inclina y me besa suavemente. Despacio—. Que te haría mía y no habría vuelta atrás una vez hecho. —Otro beso, su lengua trazando la parte interior de mis labios, haciéndome jadear. Haciéndome temblar—. ¿Quieres ser mía, Katie?

—Sí —susurro contra sus labios—. Eso es todo lo que quiero. Ser tuya.

No dice nada, simplemente me empuja sobre la cama, su cuerpo grande y cálido sobre el mío, nuestras manos todavía entrelazadas. Las levanta, las lleva sobre mi cabeza mientras continúa besándome, nuestras lenguas se enredan, nuestros cuerpos se rozan. Su erección se encuentra entre mis piernas y las extiendo más, la camisa se amontona hacia arriba, desnudándome, y puedo sentir el contacto directo del algodón que cubre su erección rozando mi centro.

Me tenso y lo siente, todo su cuerpo se queda inmóvil por un largo y tranquilo momento, luego mi gemido rompe el silencio.

—Te sientes tan bien. —No suena como yo. Dios, ni siquiera me *siento* como yo. Mi piel está caliente, todo mi cuerpo palpitante al compás del ritmo frenético de mi corazón, levanto mis caderas, frotándome deliberadamente en su contra. Es su turno de gemir, el bajo y masculino sonido ondula sobre mí, volviéndome loca.

Haciéndome desear poder oírle gemir así de nuevo.

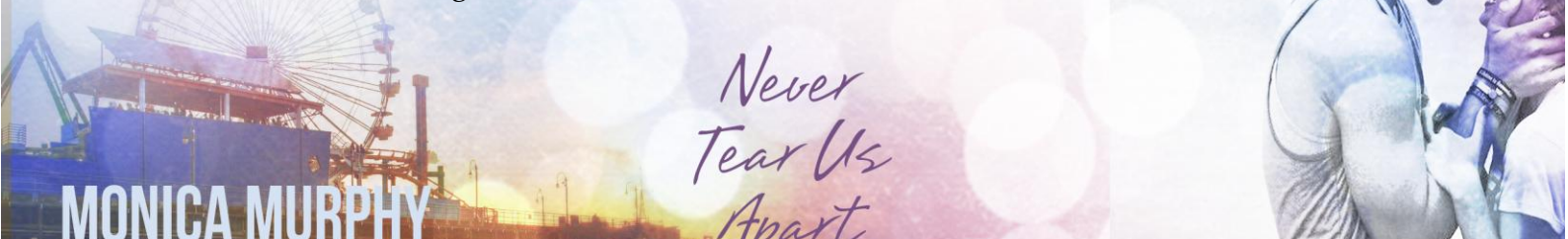
Sin decir palabra, se levanta, dejando ir mis manos para poder apoyar las suyas en mis caderas, sus dedos presionando mi carne. Espero con el aliento contenido mientras lentamente levanta mi camisa, dejando al descubierto mi cuerpo, centímetro a centímetro, hasta que la camiseta está por encima de mi estómago, agrupada justo debajo de mis pechos. Cierro los ojos con un suspiro entretanto me mira fijamente, sus dedos se desplazan por mi estómago, un dedo rodea mi ombligo.

—Tu piel es tan suave —murmura con reverencia.

No digo nada, simplemente disfruto de su cumplido, de la forma en que me toca. Arrastra la camisa más arriba, sobre mis pechos, el tejido se engancha en mis pezones erectos, y aspiro el aliento cuando el aire frío golpea mi piel sensible. Ahueca ambos, envolviéndolos con sus grandes manos, con los pulgares bruñendo mis pezones, presiono mis labios para evitar gemir.

—Quiero escucharte. —Abro los ojos para encontrarlo mirando fijamente mis pechos con fascinación, casi aturdido—. No te contengas, Katie. ¿Te gusta?

Asiento, incapaz de hablar. Muy hechizada con la forma que parece extasiado conmigo. Es maravilloso.



Emocionante.

—Vamos a quitar esto —insta. Levanto los brazos, alzo la cabeza lejos del colchón, y tira la camisa, arrojándola al suelo. Estoy completamente desnuda debajo de él. La única barrera entre nosotros son sus pantalones de chándal. Puedo sentir cada pulgada suya presionando contra mí y aunque estoy un poco preocupada acerca de cómo exactamente funcionará esto, también me encuentro excitada.

—Joder, Katie. —Cierro los ojos una vez más ante el gemido gutural que se le escapa al levantarse. Puedo sentir su mirada acalorada corriendo sobre mí, como si fuera una caricia física—. No sé si podré contenerme mucho más tiempo.

—Entonces no lo hagas —suelto, mis dedos trazando la piel caliente y firme de su pecho. Quiero sentir todo de él contra mí—. Por favor, Ethan.

Creo que es el uso de la palabra *por favor* lo que lo consigue. Está sobre mí en cuestión de segundos, su boca devorando la mía, sus manos vagando por todas partes. Me arqueo ante su toque, gimiendo contra su boca, mi lengua se entrelaza con la suya, animándolo, con ganas de más, empujando lejos mi miedo porque es Ethan con quien estoy.

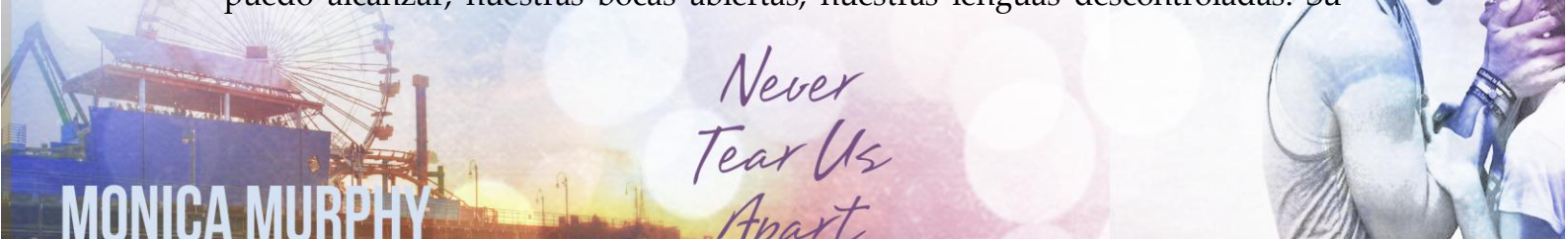
Confío en él. Me importa. A pesar de su anterior actitud caliente-fría, no puedo negar la conexión entre nosotros. Me ata a él me guste o no y cuando no está conmigo, me siento un poco perdida. Muy sola.

Y estoy increíblemente cansada de sentirme sola.

Se mueve por mi cuerpo, su boca abriéndose camino a través de mi piel. A lo largo de mi cuello, mi garganta, mi clavícula, mi pecho, la parte superior de mis pechos. El valle entre ellos, sus labios persistentes, su lengua cálida se lanza para lamerme, haciéndome jadear y mantenerlo cerca. Cuando su boca besa mi seno izquierdo, y luego el derecho, entierro mis dedos en su pelo. Cuando lleva un pezón a su boca y chupa, su lengua girando, tiro de su pelo y grito.

La atención que derrama en mis pechos me deja sin sentido por el placer. Todo mi cuerpo se sacude, aprieta mi estómago, y entre mis piernas, estoy húmeda. *Increíblemente* húmeda. Quiero que me toque ahí. Quiero su boca en la mía de nuevo. Me encanta la manera casi contundente en que usa su lengua. Su suave acercamiento me vuelve loca, demasiado, y tiro de sus hombros. Lo quiero cerca. Quiero más.

Ethan recibe la indirecta y está ahí, tocando mi cara, su boca fundida con la mía. Se mueve hasta que está directamente encima de mí, su erección entre mis piernas, su pecho caliente contra el mío. Acaricio todas las partes que puedo alcanzar, nuestras bocas abiertas, nuestras lenguas descontroladas. Su



mano pasea por mi vientre y más abajo; me tenso bajo su toque. No puedo evitarlo. Mis temores todavía me manejan y aunque confío en Ethan, es difícil romper los viejos hábitos.

—Déjame —susurra, sus dedos apenas rozando mi vello púbico—. Quiero hacerte sentir bien, Katie. Quiero hacerte venir.

Me derrito ante sus palabras que engatusan. Lentamente asiento y su mano se mueve hacia abajo, ahuecándome, su mano cubriendo la totalidad de mí. Palpito bajo su palma, mi aliento atascado en la garganta. Un largo dedo presiona contra mí, aumentando el deseo… y luego está indagando en mis delicados pliegues, su toque ligero como una pluma.

—Estás jodidamente mojada. —Suena como si estuviera en agonía, y un dolor se impulsa en mi sangre—. Dios, Katie, lo que me haces.

Más bien al revés. Se mueve hacia un lado para obtener un mejor ángulo y poder acariciarme, me levanto contra su mano, mis piernas más abiertas y gimo. Se inclina sobre mí y toma un pezón en su boca, chupando profundamente mientras desliza un dedo dentro de mi cuerpo, y ahogo el grito que sube por mi garganta.

Estoy… abrumada. Y sin la más mínima vergüenza. No debería sentirse tan bien, ¿o sí? Mi preocupación, mi culpa, es una carga tan pesada, incapaz de dejarme ir, pareciendo cavar sus garras más profundo dentro de mí cada vez que pienso que lo he arrojado para siempre. Lo odio. Lo odio demasiado y no quiero que mis problemas arruinen esta noche con Ethan.

Pero ahí vienen. Envolviéndome. Recordándome quién soy y lo que me pasó.

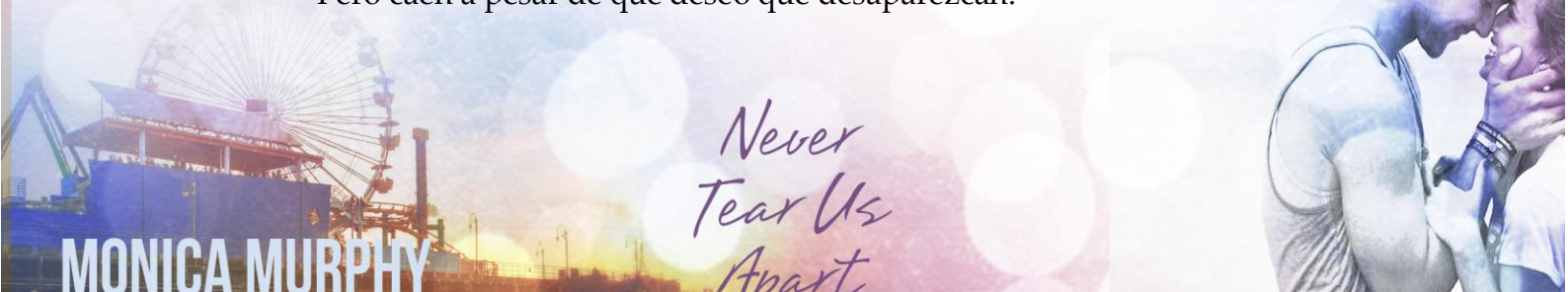
—Relájate, bebé —susurra en mi pecho, su aliento soplando a través de mi pezón y haciéndome temblar—. Déjalo ir.

—No… no puedo —admito, mi voz prácticamente estrangulada por la frustración.

—No pienses en el pasado —ruega y se levanta para observarme—. No dejes que nada de esa mierda te detenga. Sólo céntrate en mí. Concéntrate en mi tacto. Enfócate en cómo puedo hacerte sentir.

Me esfuerzo pero no sirve de nada. El placer que se había comprimido en mis venas hace sólo unos momentos, ahora se siente como un recuerdo lejano. Su boca vuelve a mi piel, sus dedos se desplazan y se mueven entre mis piernas, pero puedo sentir sólo una pequeña medida de emoción. Se desvaneció a casi nada, y aprieto los ojos con fuerza, obligándome a alejar las lágrimas.

Pero caen a pesar de que deseo que desaparezcan.



63

Antes

Traducido por Val_17

Corregido por Laurita PI

Katie

Para cuando tenía dieciséis años, mis expectativas del romance se fueron directamente a la Tierra de la Fantasía. Era una princesa *Disney* caminante y parlanchina, sola en mi castillo.

Esperaba que mi misterioso y apuesto príncipe viniera a rescatarme de mi torre solitaria. Leí libros de romance, dulces historias de adultos jóvenes con mucho anhelo, miradas robadas y bastantes sueños sobre besos para llenar el diario secreto de cada adolescente. Todo ese deseo, espera y ansia era mi parte favorita. Una vez que el beso ocurría, una vez que la confirmación del estatus de novio/novia se encontraba en su lugar, terminaba totalmente con la historia.

El amor no correspondido era lo mío. Podía entender eso. Esa era yo. ¿Tener un novio de verdad, lidiar con los problemas que venían con una relación, hablar, abrazar y besar a un chico de manera regular?

Apenas podía comprenderlo. Tenía dieciséis años y estaba completamente aislada. Completamente sola.

Lo odiaba.

Los chicos nunca me prestaron atención antes de que ocurriera todo, y seguro como el infierno que no me prestaron atención una vez que regresé a la escuela. Creo que los asustaba.

Sé que ellos me asustaban a mí.



Todos me asustaban. Esa fue mitad de la razón por la que mamá decidió educarme en casa a pesar de las protestas de mi consejero y mis maestros. Ellos me querían en la escuela; querían que experimentara una vida normal.

Pero no podía hacerle frente. Y tampoco mamá.

Mi terapeuta parecía desesperada por ver un progreso en mí. Quería que comprendiera quién era mi chico de fantasía. Mi héroe. Mi salvador. Pero me encontraba en negación. Sabía, en el fondo, *quién* era. Pero había pasado tanto tiempo. Casi cuatro años. Debería haberlo superado, ¿verdad? De ninguna manera vendría a rescatarme de nuevo. Lo hizo una vez. Cumplió con su obligación.

Nuestro momento juntos se había terminado.

Pasé los dedos por el colgante del ángel guardián, luego retiré lentamente la pulsera de mi muñeca. Fui a mi armario y agarré el viejo joyero que recibí de mi abuela para la Navidad cuando tenía siete años. Al abrir la tapa, puse el brazalete en el interior, y luego la cerré lentamente.

Hecho. No más recordatorio físico de Will.

Era el recordatorio emocional, la forma en que permanecía en mi mente y venía a verme en mis sueños, lo que sería mucho más difícil de apartar.





64

Ahora

Traducido por Jan Cole

Corregido por Ana Avila

Ethan

La perdí. Estaba tan cerca, demasiado. Sé que le gustaba. Lo disfrutaba. Obtenía placer de mi toque, de mi boca, mis palabras.

—Oye. —Me levanto, alineando nuestros cuerpos, y veo lágrimas cayendo por sus mejillas. Hacen que mi corazón trastabille hasta casi detenerse por completo. Odio verla herida. Siempre lo he hecho—. ¿Nena, que pasa?

Abre los ojos llenos de lágrimas, azules y tan intensos. —No sé si puedo hacer esto, Ethan.

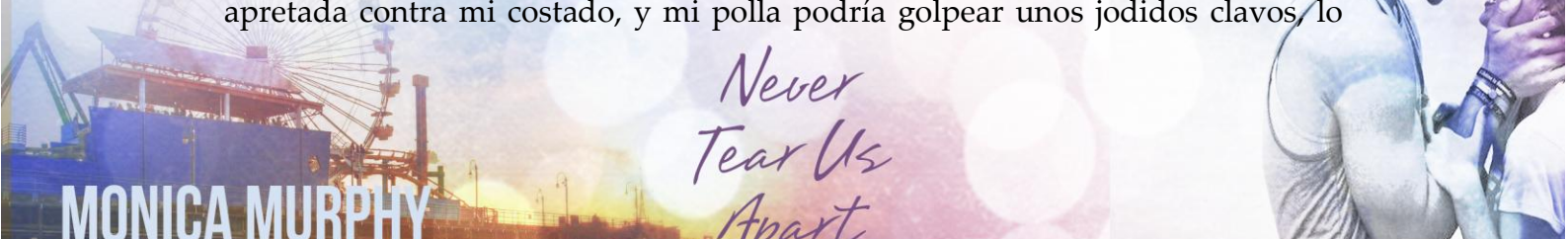
—¿Qué pasó? —Le toco la mejilla, recogiendo cada lágrima que puedo con el pulgar—. Te presioné demasiado.

—No, no. —Niega con la cabeza—. Es por mí. Mis problemas. Mis asuntos. Soy un… un desastre.

La acerco y envuelvo el brazo alrededor de su espalda, dejando que presione el rostro contra mi pecho. Sus lágrimas humedecen mi piel, sus hombros se sacuden silenciosamente mientras llora, y mi corazón se rompe en lo que parece un millón de pedazos.

¿Y si no la puedo ayudar? ¿Y si nunca está cien por ciento cómoda respecto al sexo? No quiero pensar qué podría pasar, pero es una clara posibilidad.

—*No* eres un desastre —le aseguro, mis dedos van de arriba abajo por la suave y lisa extensión de su espalda. Cada curva desnuda se encuentra apretada contra mi costado, y mi polla podría golpear unos jodidos clavos, lo



juro. Pero tengo que contenerme. Fingir que no estoy todo excitado y muriendo por empujar profundamente en ella. Follarla hasta que ambos estemos sudando, jadeando, gimiendo y corriéndonos.

—Lo soy —dice contra la piel de mi cuello, haciéndome temblar—. Sé… sé que me deseas. Que deseas esto. Pero no creo poder dártelo.

Corro un dedo a lo largo de su columna, deteniéndome peligrosamente cerca de su perfecto trasero. —¿No deseas esto? ¿A mí?

Todo su cuerpo se queda quieto cuando levanta la cabeza, su mirada atrapa la mía. —Lo… lo deseo.

—Simplemente te encuentras asustada. —La beso. Sólo una suave presión de labios, completamente inocente. Sin lengua. Sus labios se abren bajo los míos, pero me aparto antes de que podamos llevarlo más lejos—. Lo entiendo.

—No estoy asustada. No realmente. Simplemente… no lo sé. —Tiembla mientras continuo acariciándole la espalda, y sé que no es tan inmune a mi tacto como cree.

—Shhh. —La ruedo sobre su espalda y me mira con los ojos muy abiertos, todo su cuerpo tiembla—. Sólo escúchame, Katie. Cierra los ojos.

Toma una respiración profunda y cierra los ojos, todo su cuerpo se tensa como si tuviera miedo de que vaya a hacerle algo horrible. Estiro la mano y suavemente le toco el rostro, mis dedos rozan sus mejillas, sus cejas, la longitud de su nariz, sus carnosos labios. Toco la línea de su mandíbula, el punto de su barbilla, la piel justo debajo, su garganta, el lado de su cuello, su oreja. La otra. Trazo el lóbulo con la yema del dedo, luego lo jalo, y mi mano cae a su hombro.

—¿Te gusta cuando te toco? —pregunto.

Asiente, sus labios se curvan en la sonrisa más pequeña. Me pregunto si se da cuenta que sonríe. —Se siente bien.

—Se siente incluso mejor porque sabes que soy yo quien te toca, ¿verdad? —Cuando vuelve a asentir bajo la cabeza cerca de su oreja y susurro—: Me siento exactamente de la misma manera. Cuando tus manos están sobre mí, cuando nos besamos… se siente jodidamente increíble. Y eso es debido a *ti.*

Rozo sus hombros, su pecho. Paso la yema de los dedos por sus pechos y la hago contener un fuerte aliento. Está ardiendo por mí, ya sea que lo quiera admitir o no. Sé que lo está. Me desea. *Yo* la deseo. Necesito que logre superar este miedo. Otra vez, siento que es mi deber rescatarla, ayudarla a superarlo. El hombre que me dio la vida le arruinó esto.

Es mi trabajo salvarla.



—Ethan. —Mi nombre es susurrado sin aliento, e incapaz de detenerme, bajo la cabeza y beso la cima de su pecho derecho—. ¿Por qué eres tan paciente conmigo?

—Porque lo vales —digo, manteniendo mi boca sobre su piel. Tiembla bajo mis labios y cuando rodeo un perfecto pezón rosado con mi boca, el suspiro de felicidad que sale de sus labios me dice cuánto le gusta.

Romperé sus miedos. Lo sé.

Su mano se encuentra en la parte trasera de mi cabeza, sosteniéndome más cerca, y dejo que mi mano baje lentamente por la pendiente de su vientre y descanse entre sus piernas. Está caliente allí, y húmeda. Tan increíblemente húmeda. La toco sólo con la punta de los dedos, ahondando con cada caricia hasta que se mueve contra mi mano, sus piernas se separan, sus caderas se levantan sutilmente. Sigo hablándole, diciéndole cuán hermosa es, cómo quiero hacerla sentir bien, cuánto necesito que se venga.

Sus ojos se abren mientras su cuerpo se tensa y me pregunto si se encuentra cerca. O si se aleja, dejando que sus miedos la sobrepasen de nuevo. Su mirada encuentra la mía, salvaje y confundida, aumento el ritmo pasando el pulgar sobre su clítoris una y otra vez, y sé instantáneamente que no la he perdido.

Finalmente la he encontrado, *joder.*

Inclinándome, aplasto la boca en la suya, mi mano se halla ocupada entre sus piernas, su cuerpo tenso por debajo de mí. Se aparta de mi beso, un dolorido *oh* se le escapa, seguido por mi nombre. Mi mano se mueve vigorosamente sobre ella, rodeando su clítoris con mi pulgar, y se arquea debajo de mí.

Se corre.

Su cuerpo tiembla por los estremecimientos. Su piel se halla cubierta de sudor. Mi nombre sale de sus labios como un canto, una y otra vez, y luego me besa, justo antes de colapsar como si sus huesos se fundieran. Ella es quien me consume; quito la mano de entre sus piernas para acercarla y la giro para que esté sobre mí.

—Te hice venir —susurro contra sus labios, la arrogancia en mi voz es inconfundible.

Kate suspira, el sonido de una mujer profundamente satisfecha. —Lo hiciste.

—Quiero hacerte venir de nuevo. —La beso—. Quiero que te vengas sobre mi polla.

—Ethan —me regaña, pero veo la forma en que sus ojos brillan.





Le gusta que le diga eso.

—Déjame entrar, nena. —Enredo los dedos en su cabello, sacándolo del moño desaliñado. Quito la banda elástica que lo sostiene en su lugar y pelo dorado se derrama sobre sus hombros, las puntas me hacen cosquillas en el rostro, y su familiar aroma me inunda.

Si mi polla se pone un poco más dura, podría estar en problemas.

—¿Así? —Rueda las caderas contra mí y juro que se me cruzan los ojos—. ¿Conmigo encima?

—Como te sientas cómoda. —Le aparto el cabello y se lo paso por el hombro. Es tan hermosa así. Su piel resplandece, sus ojos brillan. *Puse* ese resplandor en su rostro, ese brillo en su mirada. Soy el responsable de hacerle sentir placer sexual por primera vez en su vida.

Quiero ser su primero y último.

—Creo que preferiría que tú… —Su voz se apaga y sus mejillas se ponen rojas de vergüenza—. Quiero que estés encima. No sé lo que estoy haciendo.

Sin advertencia, la ruedo para que esté sujeta debajo de mí y la beso, saboreando su sabor y la forma en que se retuerce. —Iré lento —juro—. Y será más fácil ahora que has tenido un orgasmo. Estarás más… abierta. Más relajada.

—Sigo sintiendo el cosquilleo de ese orgasmo —susurra y yo sonrío.

—Vamos a hacer que pase de nuevo.





65

Ahora

Traducido por Jadasa

Corregido por Ana Ávila

Katherine

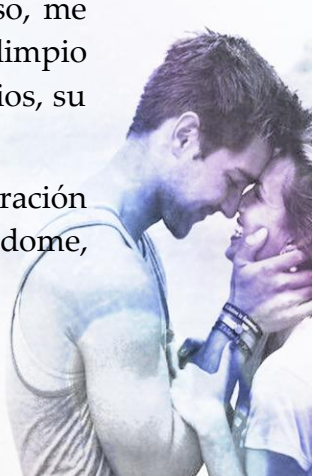
Extiende su mano hacia la mesita de noche y saca un condón del cajón, rasgando el envoltorio y rodando lejos de mí así puede sacarse sus pantalones de chándal y ponérselo. Miro fascinada, asimilando por primera vez, plenamente la longitud y anchura de su erección, y mi garganta se seca. Sé lo que dijo, que debería ser más fácil teniendo en cuenta que acabo de tener un orgasmo, pero aun así.

Ethan parece grande. No es como si haya visto un montón de penes, pero... sí.

Sin embargo, no miro fijamente ni me preocupo por mucho tiempo. Me estira bajo él una vez más, su boca fusionándose con la mía, su lengua haciendo todos estos deliciosos círculos alrededor de la mía. Me encanta cuando me besa. Amo la sensación de su cuerpo caliente presionándome más profundo en el colchón. La insistencia sutil en la manera en que empuja sus caderas contra las mías, el movimiento haciendo que mis muslos se separen y lo amolden. Está perfectamente posicionado para tomarme, codos reforzados a ambos lados de mi cabeza, su boca aún sobre la mía, su erección tanteando mi entrada.

Me niego a dejar que mis temores tomen el control. En vez de eso, me concentro en el aquí y ahora. La forma en que huele, cálido y masculino, limpio y fresco. El cosquilleo de su barba contra mis mejillas, el sabor de sus labios, su toque seguro.

Lentamente, con paciencia infinita, me penetra. Me tenso, la respiración se estanca en mis pulmones, los músculos congelándose, pero sigue besándome,



persuadiéndome con sus labios y lengua, aliviando la tensión mientras penetra completamente mi cuerpo. Musita mi nombre contra mis labios y se levanta, apoyando las manos sobre la almohada a medida que empuja sus caderas, enterrándose… yendo más profundo.

Cierro los ojos y trato de recordar respirar. Su longitud entra y sale, causando una sensación de picazón en mí interior; hago una mueca de dolor, respirando entrecortadamente cuando se retira casi por completo y luego empuja de vuelta dentro de mí.

Oh. Eso no fue tan malo.

—Si me muevo más y más rápido, me correré —dice, y abro los ojos para ver la tensión en su rostro, sus labios presionándose en una línea—. Se siente muy bien —murmura.

Moviéndome debajo de él de alguna manera lo envía más lejos, y ambos gemimos por la sensación. Doblo mis piernas, mis muslos a cada lado de sus caderas y me penetra de nuevo. Retirándose y entrando. Retirándose y entrando. Lentamente, *muy* lentamente, mi cuerpo se acomoda al suyo, su boca sobre la mía una vez más, su mano en mi pecho, apretándolo antes de que se deje ir.

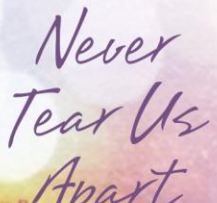
—Levanta las manos —pide, y obedezco, llevándolas por encima de mi cabeza, apoyándolas sobre la almohada. Extiende sus manos hacia ellas, entrelazando nuestros dedos y sosteniéndome allí. *Nos* mantiene allí, unidos entre sí. Haciendo el momento de alguna manera aún más íntimo.

—Muévete conmigo, bebé —susurra y lo hago, mis caderas se elevan, mis piernas se sujetan a sus lados. Animándome con sus susurros envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, anclando mi cuerpo al suyo y enviándolo tan profundo como sea posible.

Se siente... *asombroso*. Tan lleno. Estoy completamente conectada a él, involucrada y en el momento, perdida en la sensación de su cuerpo que se mueve encima del mío, *dentro* del mío. Nuestras manos fuertemente entrelazadas, nuestros dedos apretados entre sí, se inclina y me besa, con la voz quebrada cuando reconoce—: Me voy a venir. ¿Estás cerca?

No, pero eso no importa. Aprieto sus manos, levantando la cabeza lo más que puedo para besarlo, y aumenta su ritmo. Sus caderas embisten contra las mías, nuestra piel húmeda con sudor haciendo ruido en el silencio de la casa, y luego se tensa por encima de mí, sus dedos se aprietan tan fuerte alrededor de los míos que duele un poco. Un grito ronco sale desde lo profundo de su pecho y luego se empuja con fuerza sólo una vez, mi nombre llenando el aire mientras su cuerpo se consume con estremecimientos.







Permanezco debajo de él, disfrutando de su entrega, fascinada por lo que acabamos de hacer. Acabamos de tener relaciones sexuales y dejé que estuviera encima de mí, le permití entrar a mi cuerpo. Me hizo venir con el toque de sus dedos… y me encantó. Sólo una cosa en una noche por lo demás perfecta, y de alguna manera lo superé.

Se deja caer encima de mí, con las manos aún alrededor de las mías, su cuerpo pesado, su respiración entrecortada. Libero una mano y acaricio su cabello húmedo y su espalda, sintiéndole temblar bajo mis dedos. Beso su cuello, su mandíbula, el mentón… donde sea que puedo alcanzar, y se aparta para poder mirarme, sus ojos con los párpados pesados llenos de satisfacción.

—¿Pasas la noche conmigo? —me pide y yo asiento, tratando de reprimir la sonrisa que amenaza con apoderarse de mí.

—¿Hambrienta? —Cuando asiento de nuevo rueda sobre su costado, llevándome con él y acurrucándose conmigo—. Déjame deshacerme de este condón y tendremos una siesta. Luego prepararemos algo para la cena. U ordenaremos. Lo que sea que quieras. —Besa mi frente y luego sale de la cama, entrando al baño del dormitorio con una despreocupación que sólo puedo envidiar.

Quizás, algún día tendré la confianza suficiente para andar desnuda delante de él. Tal vez algún día me desharé de mis obsesiones de una vez por todas...

Ya estoy medio dormida para el momento en que regresa a la cama y me acuna en sus brazos. Termino durmiendo como un tronco, como si no hubiera dormido en años, lo que realmente no he hecho.

Y por una vez, no sueño.



66

Ahora

Traducido por Jeyly Carstairs

Corregido por Ana Avila

Katherine

He aprendido mucho en mi corta vida. Un montón de cosas terribles me han sucedido. He conocido la tragedia, el dolor, la pérdida, la cruel violencia.

Ahora conocí la ternura. La pasión. El deseo. El romance. He conocido lo que se siente ser abrazada y besada por alguien que te importa.

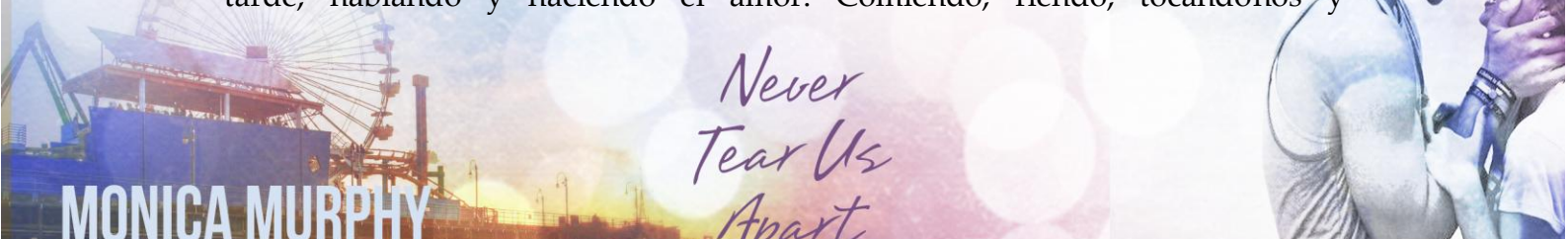
También sé lo que se siente ser traicionada. He experimentado esa sensación en particular una y otra vez.

La traición de mi mejor amiga, Sarah, quien no supo cómo continuar con nuestra amistad después de lo que me pasó. Traicionada por los medios de comunicación cuando una pequeña fracción de ellos me denigraron durante el juicio, haciéndome sentir como una zorra que pidió ser secuestrada.

Mi padre me traiciono, y eso dolió por encima por todo. El cómo no pudo hacer frente a la culpa y la vergüenza por lo que me pasó. Su forma de tratarme, llenándome más de culpa y temor a la que no sabía cómo hacer frente. Me lastimó más que cualquier otra persona en este planeta, tal vez incluso más que Aaron Willian Monroe, y eso siempre me hará sentir triste y llena de pesar.

Pero esta mañana, cuando me despierto en la cama de Ethan, con mi cuerpo desnudo y adolorido por su gentil trato de toda la noche, me siento en la cima del mundo.

Se encuentra en la ducha. Puedo oír el agua corriendo y froto las manos sobre mi rostro, tratando de despertarme. Nos quedamos despiertos hasta tarde, hablando y haciendo el amor. Comiendo, riendo, tocándonos y



besándonos hasta que no pudimos mantener nuestras manos fuera del otro. Estoy sensible entre mis piernas, mis músculos adoloridos, mis labios y mejillas sufriendo de un caso grave de quemadura por su barba incipiente.

La ducha se cierra y escucho la cortina abrirse. Imagino a Ethan desnudo y mojado, y todo mi cuerpo duele de deseo por él. Debería haberme invitado a tomar el baño juntos.

Oh, bueno, siempre hay una próxima vez.

—¿Acabas de levantarte? —le pregunto, levantando la voz.

Asoma la cabeza por la grieta de la puerta del baño. —Hola. —Su sonrisa es amplia, su hermoso rostro y ancho pecho cubiertos de gotas de agua, y quiero ir con él, pero me mantengo en la cama. Puedo ver que tiene una toalla envuelta holgadamente alrededor de sus caderas, alimentando mi imaginación recién descubierta—. Estas despierta.

—¿A qué hora te despertaste? —pregunto.

—Hace unos veinte minutos. —Se encoge de hombros—. Dormías y no quería molestarte.

—Tal vez quería tomar una ducha contigo —digo con un pequeño puchero, maravillada por ello. *¿Desde cuándo hago pucheros?*

Su sonrisa crece. —La próxima vez. Lo prometo.

Me gusta cuando hace promesas.

Se retira de la grieta de la puerta abierta e imagino que está secándose. Escucho un cajón abrirse. El ruido metálico de algo mientras lo coloca sobre el azulejo de la encimera, agua corriendo en el fregadero. Me recuesto y cierro los ojos, escuchando el ritual mañanero de Ethan y disfrutándolo. Me siento tan normal, tan lúcida, tan *libre*.

Me siento emancipada. Como sí por fin hubiera atravesado al otro lado de la montaña y sobrevivido. Esto es lo que la vida podría ser con Ethan. Los dos juntos. Felices.

Completos.

Su teléfono vibra en la mesa de noche, sorprendiéndome; abro los ojos, inhalando profundamente para calmar mi acelerado corazón.

—Oye, ¿revisarías eso por mí? —dice desde el baño —. Estoy esperando que un cliente me conteste un mensaje y creo que podría ser él.

—¿Se reunirán hoy o algo así? —pregunto mientras me incorporo, alejando el cabello de mi rostro. Sostengo la sábana apretada contra mis pechos desnudos, mi pudor regresando con fuerza a la luz de la mañana, y espero como loca que la ropa en su secadora en realidad esté seca.



Aunque realmente no me importaría si no tuviéramos que vestirnos en absoluto, sólo un poco más de tiempo. Quiero que vuelva a la cama conmigo.

—Se supone que debemos encontrarnos la próxima semana, pero mencionó que saldrá de la ciudad, así que tendríamos que adelantar nuestra cita. Para hoy en la mañana posiblemente. —Hace una pausa; el agua se enciende y luego se apaga—. ¿Puedes revisar mi teléfono, por favor?

Decepción comienza a formarse, pero la empujo lejos. Tiene que trabajar. No puedo esperar que me entretenga constantemente. Pero tal vez podamos pasar algún tiempo en la cama antes de que se vaya.

—¿Estás seguro de que quieres que revise tu teléfono? ¿No hay secretos que esconder? —bromeo.

Hace una pausa. —Adelante.

Me inclino para tomar el teléfono de la mesita de noche, sorprendida de nuevo cuando vibra una vez más. El mensaje parpadea en la pantalla, un número con un código de área que reconozco débilmente, pero sin un nombre agregado.

Extraño.

—¿Es él? —pregunta, pero no le contesto. Estoy demasiado ocupada leyendo el mensaje que poco a poco hace que se me hiele la sangre.

¿Creo que este número pertenece al antiguo William Aaron Monroe? Si es así, por favor póngase en contacto conmigo de inmediato. Soy Lisa Swanson.

Frunzo el ceño, mirando el mensaje, las letras borrosas cuanto más las miro. —No puede ser verdad —susurro leyéndolo nuevamente, el nombre de *William Aaron Monroe* parpadeando en mi mente una y otra vez.

William Aaron Monroe.

William Monroe.

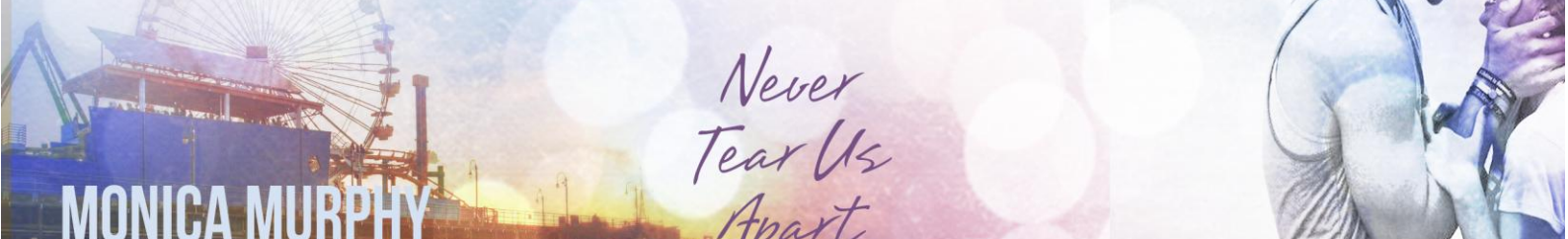
Will.

No. No puede ser.

El teléfono se cae de mis manos, aterrizando en el suelo con un ruido sordo. No puedo respirar, siento que voy a hiperventilar, y trago saliva, cerrando los ojos en tanto lucho contra el mareo.

Necesito salir de aquí.

Me arrastro fuera de la cama, ignorando a Ethan llamándome desde el baño, agarro el teléfono porque quiero que sepa sobre ese mensaje. *Aún no*. Corro a su cuarto de lavado, el aire frío golpea mi piel desnuda haciéndome temblar, pero sigo adelante. Cuando entro a su pequeña lavandería me agacho



y abro la secadora, sacando mi ropa; agradecida de encontrarla seca, y me la pongo sin molestarme con las bragas o el sujetador.

Mi mente y cuerpo están entumecidos. Me tengo que ir. ¿Qué significaba ese mensaje? ¿Cómo podría este teléfono pertenecer al *antiguo* William Aaron Monroe? ¿*El* William Monroe?

Mi William Monroe.

—Oye.

Me giro con un jadeo cuando encuentro a Ethan de pie en la estrecha puerta, su ancha complexión parece llenar todo el espacio. Lo miro, verdaderamente lo miro, pero no lo veo. No veo a mi taciturno, oscuro y emocional Will adolescente. El cabello de Will era tan negro, su rostro afilado y anguloso, aunque tienen los mismos ojos oscuros, lo puedo notar ahora que realmente busco por algo. El labio y la ceja de Will tenían perforaciones, su larguirucho cuerpo alto. El hombre de pie delante de mí no se parece a Will, no así.

Sólo se ve como… mi Ethan.

—¿Ya te estas vistiendo? —Su sonrisa es fácil y odio pensar eso, pero se ve tan increíblemente bien. Tan guapo, tan cómodo en su propia piel, tan a gusto con… todo—. Quería hacerte el desayuno. ¿Era ese un mensaje de mi cliente? No vi mi teléfono.

—No era de tu cliente —digo, mi voz monótona. Frunce el ceño, su mirada tan penetrante, tan intensa, y me alegra ya estar vestida. Se siente como un escudo, como si pudiera protegerme.

Pero nada ni nadie me puede proteger. Ya no. La verdad está revelándose, descongelándose a través de mi adormecido cerebro, y me doy cuenta que me han mentido.

Engañada.

Traicionada.

Una y otra vez.

—¿Estas bien? —musita en ese tono suyo preocupado, y quiero darle un puñetazo. Sólo golpear su hermoso rostro, lastimarlo, hacerlo sangrar. Despedazarlo, como lo está haciendo conmigo en este mismo momento.

No digo nada, sólo sostengo su teléfono hacia él. Lo toma, mirando la pantalla, su rostro palideciendo cuando ve el mensaje que acabo de leer.

El mensaje que ha arruinado mi mundo entero.

Me mira, parece torturado, su expresión una mezcla de determinación y temor cuando comienza—: Katie…







—Sólo dime por qué —lo interrumpo, sin querer escuchar ninguna excusa. No puedo respirar. Estoy herida, humillada y llena de tanta rabia, *tanta rabia* por lo que ha hecho. ¿Cómo pudo? ¿Y con qué propósito?—. ¿Por qué me mentiste?

Sacude la cabeza, confundido. —¿De qué hablas?

—Sólo… detente —digo, mi voz baja y mi cabeza comenzando a palpitar—. ¿Tratas de decirme que ese mensaje no era para ti? —Oh, Dios, no puedo creer esto. No puedo ni siquiera comenzar a vislumbrar lo que acabo de descubrir.

—Katie, por favor. Cálmate.

—¡Dime la verdad! —grito, sorprendiéndolo. Sorprendiéndome. Mi corazón se siente como si hubiera sido cortado en dos. Duele. Lo que ha hecho duele mucho—. ¿Eres Will? ¿*Mi* Will?

Ethan no dice una palabra por segundos. Minutos. Cuanto más tiempo pasa sin hablar, más culpable suena—: Mira —dice finalmente—. Puedo explicarlo…

—¡Jódete! —Nunca había dicho eso a alguien en mi vida y se siente… bien. Satisfactorio. Fortalecedor—. Que se jodan tú y tus explicaciones. Me *mentiste*. Te acercaste a mí, me engañaste haciéndote pasar por otra persona, y luego me metiste a tu cama, tuviste sexo conmigo como si fuera una especie de broma de mal gusto y… ¿ahora qué? ¿Le vas a decir a Lisa Swanson todo sobre mí? ¿Cómo me dejé engañar con la creencia de que eras un buen tipo que está interesado en mí en lugar de alguien de mi pasado? ¿Alguien a quien prefiero olvidar?

Esa última línea es una mentira. Sólo trato de hacerle daño, y por la expresión de su cara, creo que funcionó.

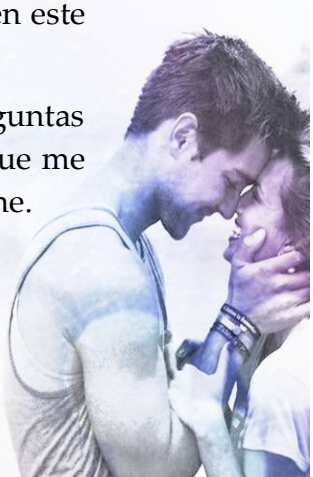
—Katie, detente. Escucha. —Agarra mis brazos y trato de quitármelo de encima, pero no sirve de nada. Es demasiado fuerte—. *Soy* un buen chico que está interesado en ti. Lo juro. Me preocupo por ti, Katie. Siempre lo he hecho.

Siempre lo ha hecho. Esas palabras me conmueven a pesar de mi enojo. —¿Entonces por qué las mentiras? —Odio responder a sus manos sobre mí. Mi piel está hormigueando, mi cuerpo caliente al tenerlo tan cerca. Quiero patearlo. Golpearlo en las bolas con mi pie y verlo caer al suelo, gimiendo de dolor. Cualquier cosa por verlo sentir una fracción del dolor que experimento en este momento—. ¿Por qué, Ethan? ¿O debería decir *Will*?

Se estremece, como sí no le gustara ser llamado así. Tantas preguntas corren por mi mente, ninguna que pueda hacer porque eso significaría que me importa, y es en absoluto la última persona por la que debería preocuparme.







Ethan es en realidad *mi* Will. Mi *Will*. No puedo creerlo. De verdad no puedo creer que esto esté sucediendo. *¿Por qué todas las mentiras, el engaño? ¿Qué esperaba ganar con esto?* No entiendo.

—Si pudieras calmarte por un momento, podría explicarlo —comienza, pero sus palabras sólo aumentan mi cólera.

—No quiero escuchar tus explicaciones de mierda. —Me alejo de su agarre y paso a su lado, pero escucho sus pasos detrás de mí, persiguiéndome a través de su casa. Voy a la sala en busca de mi bolso y los zapatos, y encuentro las dos cosas, deslizándome en mis botas y agarrando mi bolso para poder lanzarlo sobre mi hombro.

—Katie, maldita sea, espera —ruega, yo camino hacia la puerta principal.

Me detengo allí, mi mano en el picaporte, mi cabeza inclinada. No estoy llorando, lo cual me parece difícil de creer, pero me encuentro tan enfadada… tan completamente desconcertada e incrédula sobre lo que acabo de descubrir, juro que estoy en estado de shock.

—L…lo siento —dice—. No puedo ni siquiera comenzar a explicar lo que pasó, cómo ambos terminamos aquí. Pero sólo sé que nunca… mi intención nunca fue lastimarte.

Cerrando los ojos, presiono mi frente contra la fría madera de la puerta. Mi mente corre con un sinfín de preguntas. *¿Hizo esto a propósito? ¿En realidad trataba de hacerme daño? ¿Engañarme?* Se siente así. Se siente como el peor truco en el mundo. Y ahora que me he dado cuenta que está en contacto con Lisa Swanson, igual que su padre, me siento totalmente traicionada.

Completamente destruida.

Gracias a Dios lo seguí a su lugar. Había sugerido que dejara mi auto y regresara con él ayer, pero quería mi auto como una opción en caso de que necesitara escapar.

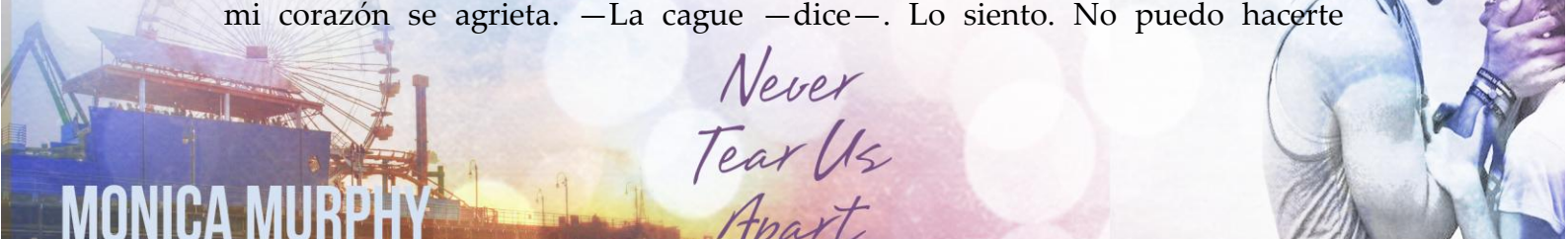
Y nunca he necesitado escapar tanto como lo hago en este mismo momento.

—No quiero verte nunca más —digo hacia la puerta, incapaz de mirarlo. No creo que pueda soportarlo—. No sé por qué hiciste esto, por qué querías engañarme, pero lo hiciste. Conseguiste la victoria sobre mí. Felicitaciones.

Abro la puerta y salgo corriendo por la acera en dirección a mi auto. Lo siento detrás de mí pero no me persigue, y a pesar de que algo dentro de mí me grita que no debería mirar hacia atrás, que no debería dar la vuelta…

Lo hago.

Está de pie en su puerta, con el rostro lleno de tanto dolor que siento que mi corazón se agrieta. —La cague —dice—. Lo siento. No puedo hacerte



entender lo que he hecho sin la oportunidad de explicar las cosas. Una oportunidad para decirte todo.

—No quiero oírlo —prácticamente le escupo, empujando la curiosidad que me llena. Desbloqueo y abro la puerta de mi auto, a punto de deslizarme en el interior cuando lo escucho decir una cosa más.

—Nunca, nunca quise hacerte daño, Katie. Espero que sepas eso. Esa es la última cosa que deseo. He pensado en ti todos los días durante *años*. Preguntándome si estabas bien, esperando que sanaras. Cuando te vi en televisión…

Mi corazón se hunde. Fue la entrevista lo que hizo que me encontrara. Nunca debería haberla hecho. —No importa ya —digo con cansancio—. Lo hecho, hecho está. Te divertiste. Espero que haya valido la pena.

Me subo al auto y cierro la puerta detrás de mí, enciendo el motor y doy marcha atrás en su camino de entrada. Me mira todo el tiempo, sus manos agarrando el marco de la puerta con una expresión de dolor total y absoluta.

Se ve de la forma en que me siento.

Las lágrimas fluyen libremente durante toda la hora de trayecto a casa. No sé si me recuperaré de esto.

Sé que nunca seré la misma.





67

Ahora

Traducido por Dannygonzal

Corregido por Miry GPE

Ethan

La furia me consume. Provoca que haga cosas estúpidas.

Destruí mi habitación, específicamente la cama. Arranqué el edredón y las sábanas, lancé tan fuerte la almohada contra la pared que derribó la pintura que tenía colgada allí, una mierda de arte abstracto que le compré a un cliente como un acto de buena voluntad.

Siempre odié esa maldita pintura.

Encontré mi teléfono en el suelo, descartado por Katie. El mensaje de Lisa Swanson aun destellaba y fui a la conversación, escribí un mensaje y presioné enviar.

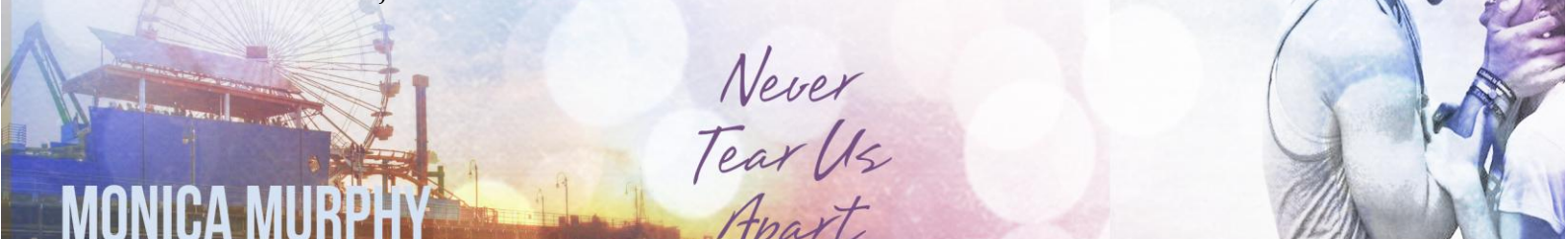
¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡Jódete, perra!!!!!!!!!!!!

Aunque no me hizo sentir mejor enviar ese mensaje.

Me paso las manos por la cara, por el pelo. Lo único bueno en mi vida, la única chica que me hacía sentir merecedor de algo, y la lastimé. Arruiné nuestra relación tan rápido como la formamos. ¿Por qué demonios lo hice? ¿Por qué le escondí semejante secreto? ¿Realmente qué pensaba que ganaría con esto, con mentirle?

En vez de ser precavido y mantener la distancia, me metí de lleno. La localicé, la contacté, pasé tiempo con ella, me volví a preocupar por ella, me enamoré…

Y lo jodí todo.



Mi corazón duele. Duele demasiado. Froto una mano por mi pecho mientras evalúo el daño, listo para causar más cuando mi teléfono suena. Lo tomo, veo un número bloqueado, y por alguna extraña razón creo que podría ser Katie, así que respondo.

No es ella.

—¿Es usted William Monroe?

La voz de Lisa Swanson es inconfundible.

—¿Qué quiere? —pregunto apretando los dientes.

—Sólo hablar —dice apresuradamente. Como si tuviera miedo de que pudiera terminar la llamada. Tiene razón. Estoy listo para hacerlo—. Tu padre… dijo que aún estaba en contacto contigo.

Cierro los ojos, dejando que la miseria y el terror me atraviesen. *Genial.* Arrojado por mi padre. No es una sorpresa. —No quiero hablar con usted.

—¿Viste la entrevista con Katherine Watts? Te permitiré contar tu lado de la historia, justo como ella lo hizo. La entrevista será completamente imparcial, sólo tú hablando. Nada más —explica Lisa.

—Usted atacó a Katie —digo—. Le tiró algunas sorpresas… no lo niegue.

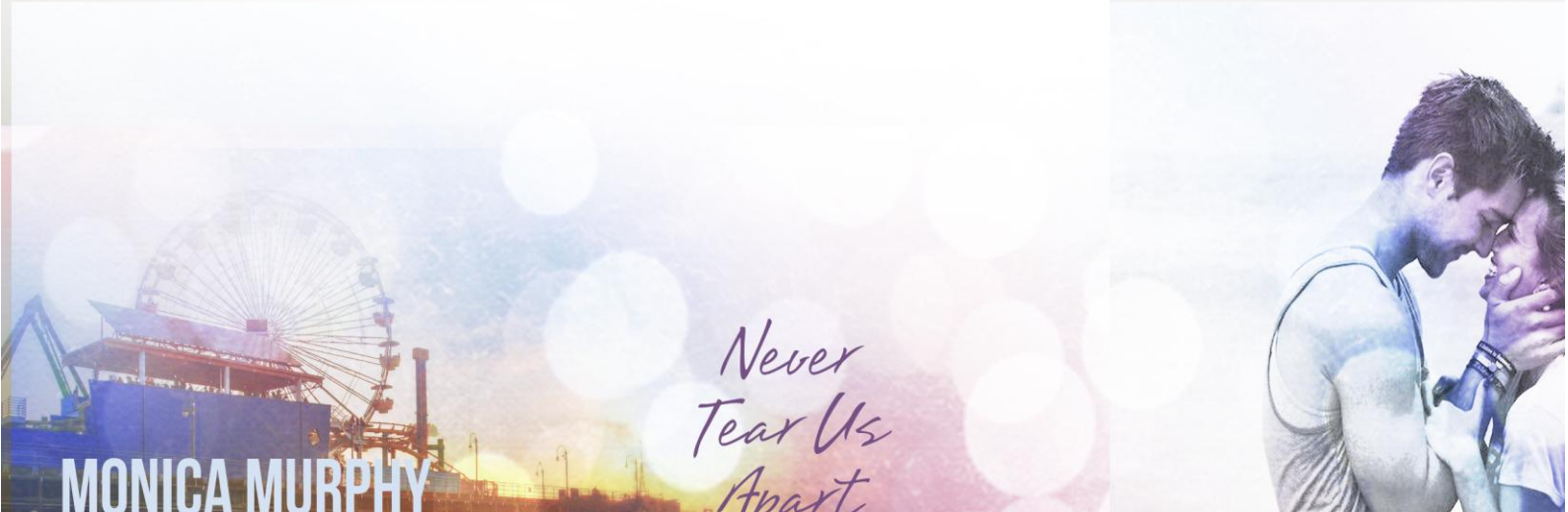
Lisa suspira. —Lo tenía que hacer. No te haré lo mismo.

—No lo creo. Ni por un minuto. —Termino la llamada antes de que pueda decir otra palabra. Ya dije demasiado, revelé *demasiado.* Sabe quién soy. Sabe cómo ponerse en contacto conmigo.

Mi padre no tenía este número, ni siquiera sabe mi nuevo nombre. Me aseguré de eso. Así que, ¿cómo lo descubrió? ¿Lo hizo él? ¿O todo lo hizo Lisa? Y si fue así, ¿correrá y le dirá mi nueva identidad?

Presiono las manos contra mi cara y las froto por mis mejillas antes de pasarlas por mi cabeza, jalando mi pelo. *Joder.* Esto es malo. Peor que malo. No sólo he arruinado todo con Katie; me he puesto en riesgo para que los medios me encuentren. Demonios, los medios me *han* encontrado. ¿Es la oportunidad para que también mi padre lo haga?

Bastante garantizado.



68

Antes

Traducido por Jeyly Carstairs

Corregido por GraceHope

Katie

Después de que todos se fueron a la cama me colé en la sala y encendí la televisión, manteniendo el volumen bajo. Eran casi las once y media. El programa comenzaría pronto. Me encontraba ansiosa; las palmas de mis manos sudaban y mi corazón latía.

Lo vería pronto. Escucharía su testimonio. Oiría su voz. No lo había escuchado hablar en mucho tiempo y lo extraño. Lo extrañaba.

Ridículo, teniendo en cuenta que en realidad no lo conocía, pero cierto.

El comercial terminó y el tema musical dio inicio. Un programa de noticias que se había dedicado al juicio de Aaron William Monroe, daba una actualización cada noche. Videos de las pruebas, análisis de los abogados que se convirtieron en personalidades de la televisión, resúmenes de testimonios del crimen, entrevistas con varios miembros de las familias de las víctimas.

Nunca me permitían verlo. Mis padres estaban demasiados preocupados de que… me asustara, supongo. Nunca me permitieron hacer *nada*. Pero yo quería ver esto. Quería ver todo a pesar de mi temor, mi odio y miedo a Aaron Monroe.

Esta noche, sin embargo, quería ver a Will.

Vi ansiosa por que llegaran a la recapitulación. Hablaron de Will, mostraron fotos de él cuando fuimos descubiertos por primera vez. Tenía el mismo aspecto que recordaba, pero eso fue hace un par de años. Sabía que había cambiado. Yo cambie. Había crecido unos pocos centímetros, mi cabello



estaba más largo, mi cara menos llena. Tenía pechos que escondía en mis camisas holgadas y una cintura más estrecha que cubría las camisas, también. No quería crecer y ser una mujer. Casi tenía quince años.

¿No podía ser una niña para siempre?

El locutor comenzó a hablar sobre las actividades probatorias de hoy, habló del testimonio de Will. Estuvo en el banquillo de los acusados durante más de dos horas, y cuando llegó el momento de la defensa para hacer preguntas, no lo hicieron. Eso pareció sorprender a todos.

No me sorprendió, porque sabía que Will había dicho la verdad.

El programa de televisión fue a imágenes del juicio, y allí estaba él. Will sentado en el estrado, llevaba una camisa de botones negros, las mangas enrolladas, su expresión seria mientras escuchaba lo que el fiscal tenía que decir. Me moví para sentarme en el suelo y me acerqué más, con ganas de conseguir un buen vistazo de él.

Justo allí me di cuenta, se veía diferente. Su cabello no era tan oscuro, ya no como ese poco natural negro, lo que confirmó mi sospecha de antes de que se lo teñía. Sin piercings, tampoco, ni en su labio o ceja. Parecía mayor. Su mandíbula era tan fuerte, su expresión casi implacable mientras hablaba de su padre en este tipo de voz monótona y plana. Entrecerraba los ojos de vez en cuando y me pregunté si necesitaba gafas.

Escuché su voz. Era más profunda y sonaba mayor. Sus hombros eran anchos, sus brazos gruesos. Era un chico totalmente diferente al que conocía.

Alcance mi muñeca, tocando el dije de ángel que colgaba de la pulsera que Will me dio. Me la había colocado recientemente. Mis padres no tenían idea de quién me la obsequió. Estoy bastante segura de que ni siquiera se dieron cuenta de que lo tenía, y no iba a decirles algo al respecto.

Ellos me la habrían quitado. Y el brazalete era el último vínculo que tenía con Will.

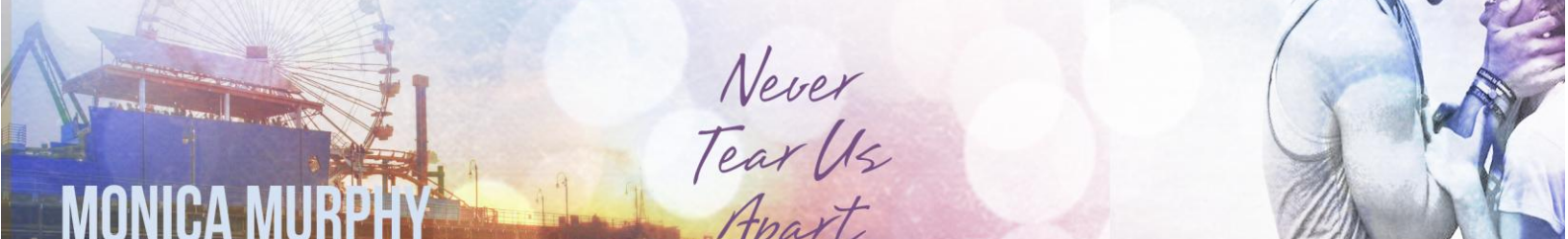
El *único* vínculo.

—¿Tuvo algo que ver con el secuestro de Katherine Watts, señor Monroe? —le preguntó el fiscal a Will.

Su expresión se volvió de piedra. —No —dijo con vehemencia —. No tuve nada que ver con ello. Ni siquiera sabía que él la había secuestrado.

—Sólo cuando la encontró en el cobertizo menos de veinticuatro horas después del secuestro supo que ella se encontraba allí, en la propiedad.

—Sí —suspiró, un destello de vulnerabilidad cruzó su rostro. Reconocí esa mirada. Era una que había visto en muchos de los momentos que estuvimos



juntos. Cuando me acompañó a la estación de policía—. Cuando la encontré, yo… entré en pánico. No sabía qué hacer, como llegó allí, y me escapé.

—¿Por qué escapó?

—Estaba asustado. No podía creer que hubiera una chica encadenada en nuestro cobertizo. —Tragó visiblemente—. Tenía miedo de que, si se enteraba que yo sabía, estaría en problemas.

Mi corazón se rompió. Se veía tan triste, tan… *destruido.*

—Pero finalmente regresaste. ¿Qué pasó después?

—Le dije que la ayudaría a escapar.

—¿Por qué?

—Porque no podía dejarla en ese cobertizo. Él iba… iba a lastimarla. No podía correr el riesgo. No podía arriesgar su vida. La habría matado si la dejaba allí.

Lágrimas corrían por mi rostro. Tenía razón. Su padre me habría matado. Lo sabía. Will también lo sabía.

—Así que la salvaste —dijo el abogado.

—Era lo correcto por hacer. —Will se detuvo, aclarándose la garganta—. Era lo único que podía hacer.





69

Ahora

Traducido por Sofía Belikov

Corregido por Jani Colton

Katherine

Despierto con un jadeo, el corazón latiéndome con fuerza, y la respiración acelerada en mi garganta. Me siento y me aparto el cabello del rostro, a sabiendas de que el sueño que tuve en realidad no lo era, sino un recuerdo.

Un recuerdo de la noche que vi el testimonio de Will en televisión. Había lucido tan diferente y maduro.

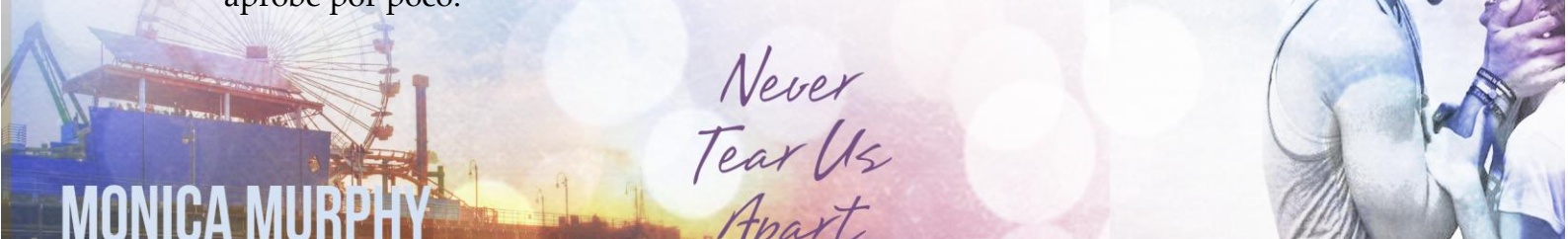
Ahora me doy cuenta de que se parecía un montón a Ethan.

Cerrando los ojos, lucho contra las lágrimas. Soy una idiota. ¿Cómo pude no haberlo visto? Especialmente los últimos días, cuando me recordaba tanto a Will. ¿Me encontraba en algún tipo de negación? Cualquiera creería que habría querido encontrar a Will, para agradecerle por haberme salvado, para dejarle saber lo mucho que todavía significa para mí, incluso después de todos esos años.

Me recuesto en la cama y cierro los ojos, descansando un brazo sobre mi rostro. No ha tratado de enviarme un mensaje o llamarme, y han pasado cinco días desde que dejé su casa. O bien me está dando tiempo o me está dejando ir.

La última parte duele. Más de lo que me gustaría admitir.

Mamá ha estado llamando. Igual que Brenna. He sido bastante cortante con ellas, echándole la culpa de mi mal humor a las tareas. Pero apenas y he pensado en los informes que tengo que escribir, y en la última prueba que di aprobé por poco.



En todo lo que puedo pensar es Ethan y lo que me hizo. Cómo me mintió. No entiendo el por qué. ¿Qué clase de emoción enfermiza obtenía al engañarme? ¿Está realmente así de jodido? Quiero creer que lo hizo con buenas intenciones, pero no sé.

Y supongo que nunca lo sabré.

A pesar de todo, lo extraño. Pienso en lo que compartimos esa noche. En cómo me desnudé ante él, los momentos íntimos que vivimos. Quiero más. Desearía poder tener más, pero no confío en él. No confío en nadie. Dejo entrar a una persona en mi vida después de años de nunca confiar en nadie, y termina en un completo desastre.

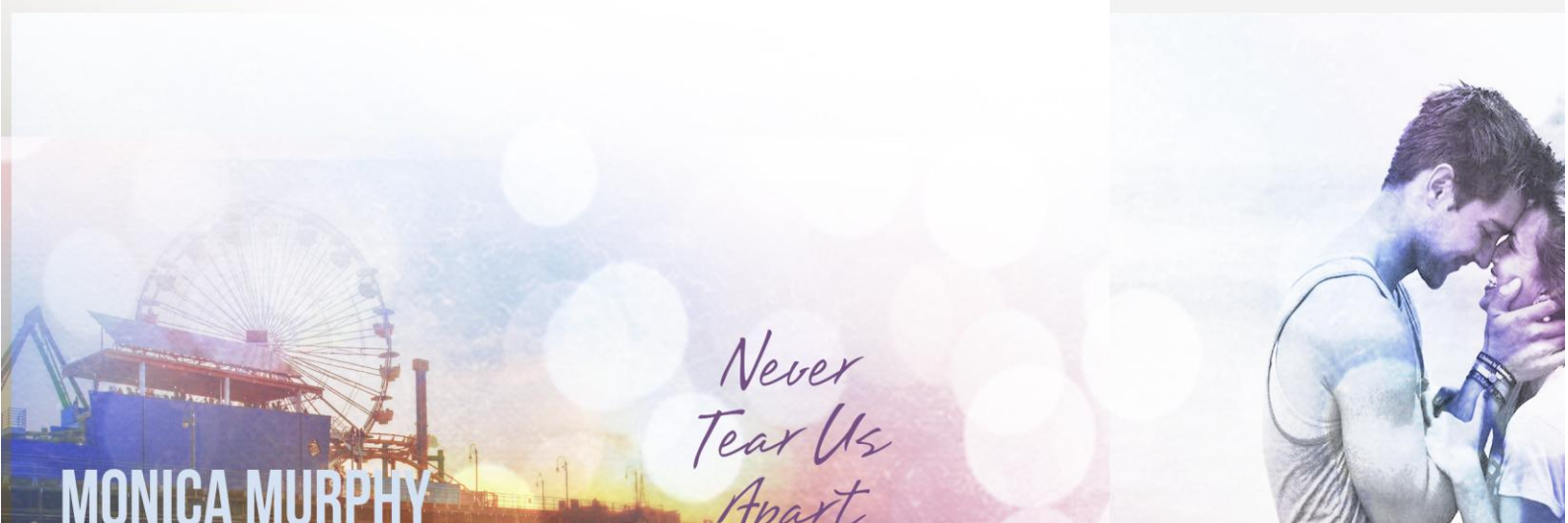
Ya no puedo dejar entrar a nadie.

Jamás.

Mirando mi teléfono, veo que son casi las seis de la mañana, y dejo de fingir que volveré a dormir. Salgo de la cama y tomo una ducha. Hago mis tareas matutinas, me visto, me seco el cabello, tomo el desayuno y reviso el teléfono. Necesito hacer unos cuantos encargos, y estoy a punto de irme cuando recibo una llamada de un número desconocido. Vacilo al responder; debería dejar que entre al buzón de voz, pero algo me anima a contestar esa llamada.

—¿Diga?

—¿Katherine? Soy Lisa Swanson. Necesitamos hablar.



NOTA DE LA AUTORA

Queridos lectores,

Este libro aborda temas difíciles, cosas que me han fascinado durante mucho tiempo. Desde que era joven he leído muchos libros sobre crímenes *verdaderos* (Ann Rule es una estrella en ese aspecto, y será extrañada), pasé horas interminables mirando archivos forenses y en un momento creí que el canal de Discovery Investigación estaba hecho sólo para mí.

Estoy hipnotizada con los asesinos, específicamente los asesinos en serie. ¿Por qué lo hacen? ¿Es una enfermedad? ¿Se vuelven tan arrogantes mientras continúan con sus horribles acciones hasta descuidarse en ellas? ¿Cómo te vuelves tan desesperado, tan trastornado al grado de matar a las personas por pasatiempo? ¿O secuestras a niños para satisfacer alguna necesidad interior enloquecida?

No lo entiendo No creo que quiera. Pero me intriga. Entonces, cuando le dije a mi editor que tenía esta idea para un "romance no convencional", y luego procedí a explicar mi idea, no me dijo de inmediato: "Estás enferma y retorcida y eso sería un no".

En cambio, dijo: "Me encanta", y aunque tal vez esto significa que *estamos* enfermas y retorcidas, espero que ese no sea el caso. Mi objetivo era crear una pareja que comparta un vínculo muy especial y único que nadie más entienda. Para hacer eso, tuve que hacer que ambos sufrieran a manos del mismo monstruo.

Este libro trata sobre la violación de una niña, y quiero dejarlo claro por adelantado. Si este tipo de cosas te molestan, por favor no lo leas. No estoy tratando de endulzar este tema e hice mi mejor esfuerzo para manejarlo con sensibilidad y cuidado. Gracias a las historias escritas por Elizabeth Smart, Jaycee Dugard y Michelle Knight, recibí una idea de lo que es ser una víctima de secuestro y *sobrevivir*. Estas mujeres son increíblemente valientes por compartir sus historias, son verdaderos héroes a mis ojos.

También quiero mencionar al *Centro Nacional para Niños Desaparecidos y Explotados.* Trabajan muy duro para ayudar en la búsqueda de niños desaparecidos y para proteger a nuestros niños de cualquier daño. Para obtener más información, visita www.missingkids.org.

Espero que disfrutes de la historia de Katherine y Ethan. Espero que comprendas su lucha y veas que aunque su amor no sea convencional, es verdadero y real y les da esperanza en una situación en la que creían que no



tenían esperanza. Muchas veces, mientras escribía su historia, me rompieron el corazón. Estas son dos personas que están tan profundamente rotas cuando están solas, que sólo tienen sentido cuando están juntas.

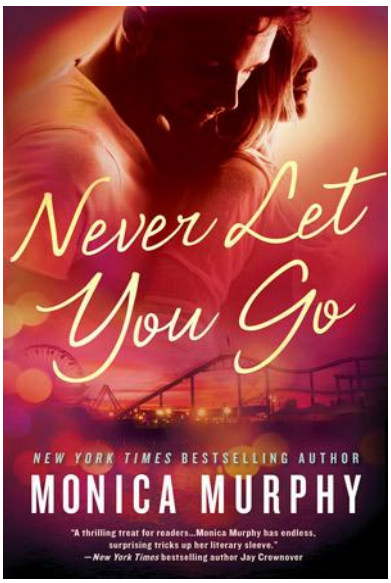
Para mí, esas son las mejores historias de amor.

Mónica





NEVER LET YOU GO



La verdad duele, dicen, y mi dolor es profundo. Mientras me enamoraba de Ethan, él me estaba engañando todo el tiempo. Tenía un gran secreto, protegido por sus mentiras. Cuando descubrí lo que ocultaba, la verdad sacudió mi mundo, amenazando con arruinarnos para siempre. Arruinarme. Pero pronto me di cuenta de que lo que compartimos no puede ser destruido.

La conexión entre nosotros es muy fuerte. Siempre ha sido así. No puedo negarlo más. Y no puedo negar mi verdad: estoy enamorada de Ethan.

No quiero dejarlo ir.

Mientras hacemos todo lo posible para que esta relación funcione, otras fuerzas están luchando contra nosotros. Mi familia, que quiere mantenerme a salvo. Los medios obsesionados con mi pasado trágico. El público que se alimenta de eso. Incluso el padre de Ethan, el hombre que casi me destruyó hace tantos años. Está haciendo todo lo posible para terminar el trabajo.

A pesar de mi amor por Ethan, las dudas se infiltran, nublando mi mente. ¿Vale la pena el dolor? ¿Sobrevivirá nuestro amor, o no tendremos más remedio que terminarlo, acabar con nosotros, de una vez por todas?





SOBRE EL AUTOR



Monica Murphy ama escribir libros sobre chicos y besos. También le gusta leer libros sobre chicos y besos. Cuando no está tan obsesionada por los chicos y los besos, sale con su esposo e hijos. Vive en California.

Visita la página de Monica en:

www.missmonicamurphy.blogspot.com

Envía un mensaje a Monica:

missmonicamurphy@gmail.com

Sigue a Monica en Twitter:

www.twitter.com/MsMonicaMurphy

